"EL AMOR TAMBIÉN TIENE FECHA DE CADUCIDAD"

31 De Febrero



BRENDA PONCE LIZAOLA


"EL AMOR TAMBIÉN TIENE
FECHA DE CADUCIDAD"
31 De
Febrero
BRENDA PONCE LIZAOLA



Brenda Ponce Lizaola

31 de Febrero
Brenda Ponce Lizaola

Copyright © 2023 Brenda Ponce Lizaola.
No. de Registro: 2207071534634

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por la ley escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Editado en México.

Primera edición: Octubre de 2023

Para mi abuelita y mi tio que fueron los primeros en creer en mí. ¡Un abrazo hasta el cielo!

Para todos aquellos que dejaron ir una versión de ustedes mismos y descubrieron que fue lo mejor que pudieron haber hecho.

Para mi yo de quince años que escribió este libro: ¡lo logramos!

Nota de la autora:

Esta historia es para todos aquellos que han perdido a alguien y cuyos recuerdos se han vuelto la gasolina para seguir adelante. También es para todos aquellos que han tenido que despedirse cuando no han querido hacerlo, pero con el paso del tiempo descubrieron que irse fue lo mejor que pudieron haber hecho.

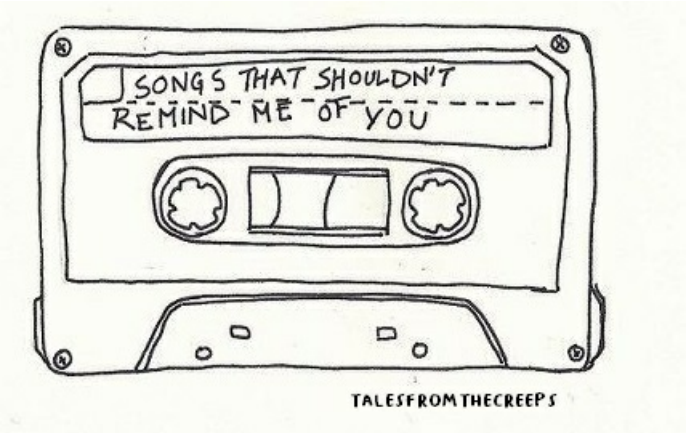
Este libro es para quienes han querido mucho y los han querido poco.

A lo largo de esta historia encontrarás el link a algunas canciones que acompañan ciertos capítulos, porque la vida es así, hay veces en que una melodía tiene el poder de recordarnos en dónde estuvimos para que así nos percatemos de quienes fuimos y quienes somos.

Playlist:

Escúchala en Spotify

Escúchala en YouTube



Escucha aquí: This Is Why We Can't Have Nice Things de Taylor Swift

❝ Te voy a contar en esta carta toda la verdad de por qué sucedió. Y la maldita verdad es que te quise demasiado ❞.

Daniel Handler
Y por eso rompimos (2011)

Prólogo

Él fue un trueno en todas mis tormentas. Él fue el ancla que me salvó en todos mis diluvios. Sin embargo, él no era nada a comparación de mí que ahora, gracias a él, lo soy todo.

Él me ayudó a convertirme en mi mejor versión, a pesar de que nuestros caminos ya no eran los mismos. Yo le quise en sus mejores y peores momentos, y no me arrepiento en lo absoluto.

Él, Alexander Collins, el protagonista de todos los finales felices que me imaginé y nunca podrán hacerse realidad, porque aprendí que el amor también tiene fecha de caducidad.

1 de enero de 2022

Sombra tras sombra.

Sollozo tras sollozo.

Latido tras ¿latido?

El tiempo transcurría y nadie en la habitación parecía notarlo, pues el miedo les obligaba a mantener la mirada lejos de los relojes, ya que no importaba si era de día o de noche, tampoco si llevaban días aislados, nada era más importante que ella.

—Todo estará bien —dijo una de las chicas, mientras sostenía un vaso de café sin intenciones de beberlo y vigilaba a su mejor amiga que se encontraba junto a ella postrada en una cama de hospital.

La paciente, a pesar de que no podía hablar ni moverse, trataba de escuchar lo que le susurraba su amiga, pero era como el sonido de la radio cuando la señal se va y no parece querer regresar.

Dicen que al estar en coma se pueden escuchar algunas voces e incluso que al despertar recuerdas lo que oíste. Lamentablemente ese no era el caso, porque ella ya estaba despidiéndose de los momentos más importantes de su vida. No se estaba rindiendo, más bien por primera vez en mucho tiempo estaba pensando en su bienestar.

Parecía una película a punto de terminar o un cuchillo pasando sobre ella sin causar dolor, pues al mismo tiempo la paz estaba tomando el control de su mente y su respiración.

—Según los médicos ya tendría que haber despertado. No lo entiendo, ¿cómo un ligero golpe puede causar esto?

—Dijeron que tiene una contusión, así que puede tardar en despertar, pero me preocupa que sus latidos sean tan inestables y su saturación sea baja. Espero que logre recuperarse, ha pasado por situaciones peores.

Ambas mujeres apretaban, sobre la palma de su mano, el collar que solía usar la paciente: una

rosa cubierta de oro. Esperaban que esa joya le transmitiera serenidad, aunque era el recuerdo de una etapa difícil en sus vidas.

Por otro lado, su prima no dejaba de verla. Ya no era la misma persona que a los ocho años organizó una fiesta de cumpleaños, a la que solo asistieron ellas, porque no tenían amigos en el orfanato. Ya no era aquella adolescente intrépida que la convenció de escaparse de aquel lugar y tuvo que aprender a robar para poder sobrevivir. Ya no era la adulta que dirigía una compañía y aún se manchaba la cara al comer helado.

La mujer conectada al monitor tenía el rostro congelado y su semblante mostraba una gran serenidad. Su piel no lucía ninguna imperfección, parecía que nunca había envejecido. No obstante, ella escondía algo dentro y se aferraba a detenerlo, así que sus brazos rodeaban su pecho.

—No se puede obligar a nadie a quedarse si ya no tiene ninguna razón para hacerlo, pero no podemos rendirnos, debe haber una solución —dijo uno de los hombres que las acompañaban.

Se acercó para depositar un beso en la frente de la mujer que días atrás seguía consciente, por ende, su familia se aferraba a la idea de que pronto mejoraría y podría regresar a casa.

«Tengo que irme, creo que ya es hora, pero no quiero dejarlos» Esas palabras se repetían en su mente, ella llevaba varias horas luchando con su subconsciente y con la idea de no poder despedirse de su familia.

Sin embargo, nadie sabía que desde hace tiempo ella estaba lejos de su hogar, y que no importaba cuanto luchara por recuperarse, su lugar ya no estaba allí con ellos, así que sus últimos latidos hicieron eco en la habitación y el monitor sonó inesperadamente anunciando su partida.

Varios doctores entraron para impedir que se fuera, pero la decisión no estaba en sus manos y no quedaba nada que hacer, pues ella ya no estaba ahí desde hace tiempo, pero nadie lo había notado.

Uno de los médicos se acercó al esposo de la mujer y le mostró los resultados de los laboratorios que acababan de obtener: la causa de su deceso fue una bomba que explotó arrasando con todo a su alrededor, pues su pasado la atormentó en silencio hasta su último día.

Los doctores se miraron entre ellos, derrotados y agotados, apagaron la máquina y no pudieron evitar mirar a su paciente, que llegó horas atrás aparentemente por una simple contusión.

—Lo sentimos. Hora de la muerte, 7:07 a.m.

La rosa de oro cayó de la cama anunciando, en vez de vida, muerte. El dolor no tardó en manifestarse en la habitación. Su prima, después de leer los resultados de los exámenes médicos, se acercó cubierta en lágrimas, ya que estuvo con ella toda su vida, fue la persona a la que solía recurrir en momentos difíciles, y la persona a la que quiso como a una hermana, por lo que decidió prometerle:

—No te preocupes, lo encontraré y le daré tu carta.

Le dio a su prima un beso en la frente y salió después de todos. Las lágrimas corrían por sus mejillas y sentía un hormigueo en las manos, como si no le quedara nada a lo que aferrarse y su pecho dolía como nunca.

Le haría justicia a su prima costara lo que costara, no dejaría que los responsables de su muerte continuaran disfrutando de la vida cuando ella ya no tenía esa oportunidad, por lo que daría lo mejor de sí para conseguir que su partida no fuera en vano.

Además, encontraría al hombre que se suponía debía estar con ella en sus últimos momentos, y que por razones tontas se alejó sin siquiera despedirse o dar una explicación. Tenía que viajar a Estados Unidos para informarle de lo sucedido, porque esa era la única manera de que él se enterara de su muerte.

¿Cierto?

Llovizna

—¡Vamos, funciona! ¿Después de tantos años juntos me tienes que fallar?

El hombre frustrado y con el rostro enrojecido no dejaba de dar patadas a su viejo Dodge Spirit que se oponía a ser utilizado. Desde hace meses venía haciendo lo mismo, pero su dueño hacía caso omiso a ello, pues prefería concentrarse en la carretera o, en otras palabras, en las chicas que se cruzaban en su camino.

Aquella serie de gritos parecía una pelea entre un hombre y su mujer. Era de esperarse, puesto que el vehículo había pasado catorce años en la vida del hombre, sin contar los tres años que le perteneció a su padre.

Aquel hombre era Alexander Collins, que recién había cumplido treinta y un años. Sin embargo, parecía ser mucho mayor debido a la barba bastante descuidada que cubría mitad de su rostro y a algunas canas imposibles de pasar desapercibidas.

Su vestimenta se limitaba a playeras grises o negras, pantalones de mezclilla rotos y en ocasiones llevaba puesta una chaqueta negra que adquirió en su juventud durante un viaje a Italia.

—Tanto tiempo juntos y me pagas así —Alex agregó golpes a su sermón, lo cual resultó ser mala idea, pues el auto chorreó aceite sobre su único par de zapatos en buenas condiciones—. Acabas de hacerme un gran favor, llevo meses tratando de deshacerme de estas cosas que a duras penas se pueden llamar zapatos.

Un niño pasó a su lado preguntándose ¿por qué Alex hablaba con su auto? Lo que debió ser una simple pregunta terminó siendo otra razón para aumentar la furia de Collins.

—¿Qué estás viendo? ¿Acaso pedí público? —El niño, sin contestar a su agresor, continuó comiendo el chocolate que tenía en su mano derecha, mientras sostenía una grabadora de voz con la otra—. Veo que tienes pies, así que úsalos y vete. No deberías estar aquí tan temprano.

Alex no siguió hablándole al niño, decidió darle prioridad a su auto y empezó a empujarlo poniendo sus manos sobre la parte de atrás ya descolorida a causa del tiempo. Las ruedas apenas se movían, por lo que observó alrededor buscando a alguien que pudiera ayudarlo, pero la carretera estaba sola al ser un pueblo poco transitado.

Pensó en llamar a la grúa, pero recordó que no tenía dinero para pagar una debido a las deudas que tenía desde hace varios meses, así que despegó sus manos y admiró el auto que había tenido durante gran parte de su vida. Resultaba triste dejar el coche varado, pues la única persona que había visto en el camino para poder cuidarlo mientras buscaba un taller donde arreglar su auto, era al niño; sin duda un mal candidato.

Alex, con unas palmadas en el cofre, suspiró y abandonó su automóvil. Más tarde llamaría a su amigo Matthew, que era mecánico, para que se encargara del asunto. Ya se imaginaba que le diría al ver su carro hecho chatarra: *“Debiste aceptar el auto que te daba tu padre como regalo*

de cumpleaños, en lugar de pagar un supuesto viaje a la playa donde habría chicas guapas, que en realidad resultó ser una alberca inflable en tu jardín y las invitadas fueron unas viejitas obsesionadas con bailar salsa" Ese comentario lo provocó la broma que le hizo su hermana Mary como supuesto regalo de cumpleaños.

Comenzó a caminar llevando sus zapatos en las manos y una gran decepción en el pecho. El cielo estaba nublado y las calles olían a tierra mojada, el aroma se mezclaba con el de la comida recién hecha que se filtraba por las ventanas de las casas y llegaba a la nariz de Collins, lo que empeoró, si es que era posible, su terrible humor.

No dejaba de preguntarse el porqué de su mala suerte, sobre todo aquel día tan importante, pues Jessica, una de las chicas que había formado parte de su vida, decidió invitarle un café para hablar de cosas triviales o eso le dijo por teléfono. Alex se quedaría con la incertidumbre de qué hubiera pasado: ¿saldría de la cafetería con una gran sonrisa o con un ojo morado porque el tacón de su ex se estrelló "por accidente"?

Collins se percató de que sus zapatos estaban chorreando aceite y no podía volver a usarlos, así que los dejó a la orilla de la carretera lo que provocó que lanzara una carcajada, no podía creer que los usó durante tres años sin importar la suela tan desgastada. Aquello parecía una escena de crimen: su auto varado a un lado de la carretera y sus zapatos abandonados junto a un contenedor de basura. No obstante, la risa cesó cuando escuchó un trueno.

—¡No puede ser! ¡Lo que faltaba!

La tormenta lo tomó por sorpresa y de inmediato apresuró el paso, sin embargo, la lluvia aumentó su intensidad y tuvo que correr con los pies descalzos mientras sentía las pequeñas rocas bajo los pies. A su lado se encontraba el niño de antes, con el rostro lleno de chocolate y los ojos llorosos. Chis, el vecino de Alex, solía espiarlo, pues consideraba que Collins tenía un cierto parecido con Chewbacca, su personaje favorito de Star Wars.

—¿Chris, sigues aquí? Pensé que te habías ido a tu casa. Por eso no tienes que seguirme, sobre todo en esta época de lluvias. Ten, puedes utilizar mi chaqueta para cubrirte, pero ten cuidado porque es costosa —Chris tomó la chaqueta y la utilizó para cubrirse.

Alex, durante el resto del camino, corrió al ritmo de Chris que en realidad solo trotaba, ya que el niño no era muy buen atleta. Minutos después, lograron llegar a la esquina de la calle de su hogar. Alex vio a Trisha Fleming correr en dirección a su pequeño para cubrirlo con un paraguas y dirigirle una mirada singular antes de devolverle su chaqueta.

—Gracias por cuidar de Chris. Lamento que siempre esté siguiéndote, hablaré con él.

Alex intentó responder, pero hacía bastante tiempo desde la última vez que habló con Trisha, quien huyó y lo dejó congelado en la banqueta. De inmediato recordó que no llevaba zapatos y se sintió avergonzado al pensar que su vecina pudo notarlo, así que se apresuró a entrar a su casa.

Después del bochornoso momento se asomó por la ventana para despedirse de Trisha, pero en su lugar se encontró al padre de Chris mirándolo enfurecido mientras el niño se ocultaba detrás del sillón.

Alex cerró la cortina y golpeó la pared. Se suponía que aquel tipo no regresaría, pensó que se lo había dejado claro cuando le quebró la mandíbula por intentar desalojar a Trisha. No obstante, sabía que sería imposible alejarlo de nuevo.

Invasión

Desde la entrada se escuchaban susurros provenientes de la cocina. Alexander, antes de irse, dejó a su hermana, Mary, haciendo el desayuno para Richard, pero cuando se asomó para informarles sobre la situación que descubrió, se encontró a la ama de llaves alimentando a su padre.

—Creí que comerías más rápido, Richard —Luisa y el hombre se asustaron al ver a Alex, creyeron que no volvería hasta más tarde—. ¿Qué pasa? ¿Tan aterrador soy?

Luisa se levantó para tomar el trapo del fregadero y limpiar la sopa que tiró antes de que llegara a la boca del padre de Alex. Aún conservaba la sorpresa en el pecho por estar a punto de ser descubierta en su misteriosa conversación. La mujer sintió sobre su nuca la fuerte mirada de su jefe, por lo que fingió que aún quedaba comida en el plato y regresó a su lugar frente a Richard.

—Claro que no señor, creímos que llegaría tarde, eso es todo. La señorita Mary tuvo que salir por un asunto de trabajo. ¿Gusta algo de desayunar?, en la mañana se fue mucho más temprano de lo habitual, de hecho, se fue antes de que yo llegara y no pude prepararle algo que llevar para el camino. Le pido disculpas.

Alex dejó de acomodar su chaqueta en el perchero y observó con incertidumbre a la mujer que trataba de engañarlo. Él se cruzó de brazos, señal de que una pequeña bomba estaba a punto de estallar.

—¿De verdad? porque yo recuerdo que, minutos antes de salir, te observé entrar a la casa de enfrente con un plato lleno de comida. Hasta Chris se ofreció a ayudarte.

La mujer de cincuenta y dos años se delató al palidecer y no poder dirigirle la mirada a Alex. Luisa llevaba tres décadas trabajando para la familia Collins, por lo que era fácil descifrar si mentía, sobre todo por la forma en que su voz se cortaba.

Luisa tenía el pelo color plata, su piel estaba cubierta de manchas por el paso de los años, y era habitual que vistiera coloridos delantales a juego con las sombras de sus ojos.

—¿Me vas a decir que tus amigas y tú rentaron la casa de enfrente para hacer una fiesta privada y a ti te tocó llevar los bocadillos?

No hubo respuesta a la acusación que tensó aún más el ambiente; sin embargo, Richard lanzó un quejido, pues era el único sonido que podía pronunciar debido a su enfermedad, Afasia de Broca, que afectaba su capacidad de hablar y a veces le costaba comprender a los demás. Afortunadamente había mejorado un poco con ayuda de las terapias.

El hombre, con la mirada, le indicó a su amiga que se mantuviera callada. No era un buen momento para entregarle la carta, oculta debajo del frutero, que llegó aquella mañana.

—Luisa ¿puedes explicarme por qué estabas ahí tan temprano en lugar de cumplir con tu

trabajo? Por favor.

—La nueva vecina se mudó hace poco y quería ser amable con ella, ya sabe, darle la bienvenida como se merece.

—¿Tenemos una nueva vecina? —Richard cerró los ojos dándose por vencido de ganar esa guerra de preguntas—. Pensé que nadie quería rentar esa casa porque era extremadamente cara, pero ¿por qué le ofreciste comida?

—Como le dije, solo quise ser amable.

—Dime la verdad, sé que estás mintiendo. ¿Tiene que ver con que el ex de Trisha está de regreso? No se imaginan el coraje que tuve al ver a ese imbécil.

—No señor, ni siquiera sabíamos que aquel hombre está en el pueblo, pero no puedo decirle más, su padre me ha dado esa orden. Todo está bien, sin embargo, es un tema delicado.

—Mi padre ha perdido el habla y la movilidad, así que ¿cómo te da órdenes? La mayoría del tiempo nadie lo entiende y viceversa. ¡No te das cuenta de que ahora yo soy el responsable de esta casa!

Alexander gastó tanto dinero en la recuperación de su padre que tuvo que vender su antiguo departamento y el terreno que sería su herencia para poder pagar las cuentas del hospital.

—¡En nombre de su padre le exijo una disculpa!

—¡Yo debería recibir tal disculpa! —Alex jaló el mantel favorito de su madre y, sin importar que los alimentos estuvieran en la mesa, lo lanzó al suelo, por lo que los platos y cubiertos cayeron haciendo gran estruendo. Ese incidente terminó siendo una viñeta en la lista de malos días de la familia Collins—. Ahora dame un café bien cargado si no quieres perder tu trabajo.

Para él resultaba más fácil dar la espalda al sufrimiento que causaba, era mejor pretender que su mal carácter no había herido a nadie. Además, aunque no lo aceptaba, sabía que él y sus hermanas eran las únicas personas que comprendían el peculiar lenguaje de su padre.

—Ya no hay café señor —Alex pateó la silla junto a él. Si hubiera estado su hermana Mary lo habría reprimido y le habría dado un discreto, pero doloroso golpe en la espalda.

—Entonces ve y compra más café, no sé qué esperas —Lu no perdió la oportunidad de librarse y escapó al supermercado. Después, Alex tomó el periódico de su padre y lo leyó para él como lo hacía todas las mañanas, subiendo un poco el tono de voz para que entendiera mejor—. Escucha Richard, aquí dice que el salón de belleza de la señora Keller está en venta. ¿Tú qué piensas? ¿debería comprarlo para poder mantener a Alicia ocupada y así no esté aquí la mayoría de tiempo?

Richard sonrió ante la broma de su hijo, tal vez logró entender el chiste o le dio por su lado. Por su parte, Alex rio al observar el anuncio, pues ocupaba una página completa y estaba decorado con moños acompañados de flores:

“Queridos amigos del bellísimo pueblo de Andrews, me entristece anunciar que me mudaré a Canadá por cuestiones personales. Las personas que en verdad me conocen saben que la razón de mi partida es muy importante, por ello me veo obligada a abandonar mi hogar.

Como sabrán mi salón de belleza es algo muy preciado, por lo que no me gustaría cerrarlo, así que lo traspaso, pido una cantidad muy justa. De verdad deseo que mi negocio quede en buenas manos.

Por último, me gustaría agradecer públicamente a un grupo de personas que me llevo en el corazón:

La señora Jane por su riquísimo pastel de chocolate.

Al cartero David por traerme cartas que yo misma me mandaba y aun así nunca juzgarme.

Al veterinario que en realidad era doctor, pero si lee esto le agradezco por salvar varias veces a mi gato bambi de la muerte.

Finalmente, pero no menos importante, a Richard Collins por invitarme todos los viernes a su casa para cenar junto a sus adorables hijas y su peculiar hijo Alexander.

Pd: partiré este domingo al mediodía para los que quieran despedirse”

—Por lo visto le has robado el corazón a la señora Keller.

Richard miró con enojo a su hijo. No obstante, en su mente no dejaba de recordar la carta que Luisa le leyó en cuanto despertó. Parecía ser que ese día le habían prestado un par de horas para reflexionar sobre su pasado. De cualquier manera, su hijo no le entendería en su intento por hablar, ya que, en ocasiones pasadas, al tratar de expresar más de tres palabras, Alex terminó con una severa migraña por no poder comprenderlo. Richard abandonó sus pensamientos al oír que su hijo le hablaba:

—¿Qué ocurre? ¿Quieres un vaso de agua? —Richard cerró los ojos, era la forma de comunicarse con su familia. Ojos abiertos era un sí y los ojos cerrados era un no—. ¿Quieres ir a despedir a tu admiradora?

Richard cerró y apretó los ojos como un rotundo no. Ambos se rieron al imaginar la posibilidad. Richard lanzó un soplido, así que Alex negó con la cabeza, pero sus manos hicieron lo contrario: descolgó de la pared trasera la pintura favorita de Mary y abrió la caja secreta en busca de los cigarros favoritos de su padre, al regresar junto a él le dijo:

—Sabes que un día Mary o Alicia te atraparán y me darán una paliza —Le puso el cigarro en los labios a Richard quien sin dudarlo lo aceptó. Alex le ayudaba a quitarlo de su boca al momento de exhalar. Normalmente él se terminaba el cigarro que su padre dejaba, pero por primera vez esa tradición no ocurrió— ¡Vaya, te lo terminaste tú solo! Con que hoy ha sido una mala mañana. Ya somos dos.

Richard y su hijo tenían la costumbre de fumar para olvidar los problemas, era su forma de disfrazar las preocupaciones.

Alex limpió el suéter de su padre al igual que las cenizas, para ocultar cualquier rastro del delito cometido y optó por subir a su habitación porque Luisa se estaba tardando en el supermercado, además ya no tenía hambre, pues tenía mejores preocupaciones en las cuales

enfocarse.

Por otro lado, Richard estaba frente a la ventana, observando con tristeza el jardín, pues aquel día no pudo dar su habitual paseo a causa de la lluvia, pero en realidad lo que más le afligía era pensar que su hijo podría no ser el mismo cuando se enterara de quien había fallecido.

Secretos

Más tarde Luisa llegó con las bolsas de compras en una mano y una botella en la otra. Al encontrarse con la cocina hecha un caos y darse cuenta de que, como todas las veces, Alex no levantó el desastre que provocó, llamó al culpable que con pereza bajó las escaleras.

—Señor, pensé que usted recogería esto antes de subir a su habitación. Es una de las mayores reglas de la casa —Richard decidió escapar de esa plática “tan civilizada" y activó el botón de su silla eléctrica para dirigirse a su habitación, sin embargo, por los nervios no se percató de que la puerta estaba cerrada, así que se propició un buen golpe. Tuvo que cambiar de dirección y se dirigió al sótano, fue el mejor escondite que pudo hallar—. Mire lo que ocasiona. Su padre le teme y prefiere huir de usted.

—Es tu culpa por levantar el tono de voz.

—No lo haría de no ser por su falta de empatía —dijo Luisa mientras colocaba las bolsas del supermercado en la barra de la cocina.

—Se supone que limpiar es tu trabajo y por eso te pago el doble de lo que debería. En el pueblo eres la única ama de llaves que solo trabaja tres días a la semana.

—Pero de vez en cuando una necesita ayuda, recuerde que soy un ser humano como usted. Además ¿qué quiere que haga?, lo que usted me paga no es suficiente, por eso debo trabajar en la cafetería —Lu notó que su jefe no mostraba entusiasmo por ayudarla—. Está bien, por lo que veo tendré que quedarme esta botella de tequila.

—¿Tequila? Pensé que en este pueblo era muy difícil de conseguir, ¿dónde lo compraste?

—Alguien lo dejó en la puerta, creo que es para usted porque tiene su nombre en la tarjeta. Considero que debo dárselo cuando esté de buen humor, si bebe ahora usted podría hacer todo un caos y ejecutar al ex de Trisha.

—Estoy bien, tal vez un poco alterado, pero un poco de tequila me ayudará a relajarme, así que dame esa botella —respondió Alexander tratando de arrebatarle la botella a Luisa.

—Lo haré hasta que recoja ese desorden.

Alexander, con una gran habilidad, en menos de una hora recogió los platos y vasos rotos, también limpió el suelo y depositó en la lavadora el mantel sucio.

—Cómo puedes observar te he ayudado y a cambio quiero mi recompensa —Lu negó varias veces y guardó en la alacena, bajo llave, la botella de tequila. Se dirigió a Alex y le señaló una silla.

—Tome asiento señor Collins, hay algunas cosas que tenemos que hablar, antes de que su padre logre salir del sótano.

—Espero que no sea la misma charla sobre tus amigas y sus problemas para verse más jóvenes.

—Aquella vez le hablé sobre eso como castigo por organizar una fiesta sin avisarme. Esta vez es distinto, no hablaremos de mí sino de usted.

—En mi defensa los únicos que estábamos en esa “fiesta” éramos yo y unas viejitas que Mary contrató para hacerme una broma.

—Como sea, no hablaremos de ello de nuevo. Quiero hablar de algo que realmente le interesará.

—Está bien, me sentaré con la condición de que me des el tequila que acabas de guardar —Se acercó a la silla que le señaló Luisa, pero no se sentó hasta asegurarse de que podía confiar en la mujer.

—Por supuesto. Es un trato —Alex, con una actitud de superioridad, se sentó delante de la ama de llaves y se recargó en el respaldo de la silla cruzando los brazos detrás de su cabeza.

—¿De qué quieres hablar?

—Usted sabe que quiero a su padre como un hermano y, por lo que he visto, usted es muy cruel con él. Soy consciente de que el señor Richard no fue un hombre ejemplar en su juventud; sin embargo, ahora es distinto.

—¿Distinto? Ambos sabemos que, si pudiera moverse y hablar, seguiría siendo el mismo hombre manipulador de antes.

—Pienso que su padre es una mejor persona desde que vendió la empresa, por ejemplo, decidió entregar gran parte del dinero a alguien de la familia, y yo soy la única persona que sabe a quién se le dio ese dinero, considero que es momento de que usted sepa la verdad.

—Todos sabemos que ese dinero se lo dieron a mi hermana Mary para su escuela de ballet en Australia.

—No, la escuela de su hermana se pagó con el fideicomiso, mientras que su universidad se pagó con el dinero que Richard le envió a usted.

—¿De qué hablas? Yo fui quien pagó la escuela de música en Nueva York.

—Sí, con el dinero que alguien anónimo le envió en un sobre.

Collins fingió no sorprenderse de que Lu supiera cómo fue que pudo pagar la universidad, él creía que aquel dinero lo había enviado otra persona.

—No sé si creerte, tal vez alguna de mis hermanas te contó cómo pagué la universidad, eran las únicas que lo sabían. Además ¿cuál es el punto de todo esto?

—El punto es que usted no desempeña esa carrera como tal y trabaja en algo que nunca le ha

gustado, lo que significa que malgastó el dinero de su padre, y ya no gana lo suficiente para solventar los gastos de la casa —Alex agachó la mirada, pues no era la primera vez que se burlaban de él por no ser un músico reconocido como él se lo propuso años atrás.

—Dime, ¿me pagarás la mudanza?

—¿Qué quiere decir?

—Mientras siga viviendo en este pueblo no puedo aspirar a ser músico o tener un trabajo con un sueldo millonario. Tal vez no gano lo suficiente para que comamos langosta todos los días, pero puedo pagar las medicinas de Richard y puedo pagarte a ti.

—Lo sé, pero, aunque suene loco, escuché que Berklee tiene vacantes y creo que usted debería postularse para el trabajo, así podrá mejorar su calidad de vida.

—¿Esto es una broma? ¿Has creado un canal de YouTube? —Alexander rio y se dirigió al frutero que estaba encima de la barra para buscar una cámara entre las frutas.

—Señor, deje de hacer eso —Luisa le quitó a Alex las manzanas que tenía en las manos—. Ahora míreme y escuche mi propuesta.

—¿Me vas a pedir matrimonio? Lu eres una gran persona, pero no eres mi tipo. Lamento arruinar tu video para YouTube, ¿dónde escondiste la cámara?

—Deje de bromear. Escuche, tengo una amiga que trabaja en una fundación y están pidiendo voluntarios para hacer servicio comunitario, pensé que a usted le interesaría, puesto que así no tendría que pagar las multas de su auto y, lo más importante, ella tiene un contacto muy importante que trabaja en Berklee.

Las últimas palabras provocaron que Alexander dejara de reírse, así que su atención se postró sin dudarlo en Luisa.

—Qué suerte tengo, es una oportunidad caída del cielo. ¿Por cuánto tiempo tengo que hacer servicio comunitario? —Alex se cruzó de brazos y trató de no reírse de Lu.

—Tal vez un par de semanas.

Collins se detuvo a pensar sobre la opción de dejar su trabajo a cambio de ayudar a la comunidad. Por su mente pasó la idea de que Mary le estuviera jugando otra broma pesada y que Luisa fuera su cómplice, porque ¿cuál era la posibilidad de que Luisa tuviera una amiga que le consiguiera un empleo en Berklee?

—No me interesa. La mayoría de tus amigas me hablan de sus problemas al cocinar arroz porque se les quema o me quieren presentar a sus nietas y, por si fuera poco, tratan de venderme productos supuestamente milagrosos.

—Bueno, es su problema por desaprovechar esta oportunidad, porque no es una amiga de mi edad, ella es mucho más joven.

—¿En serio? ¿Cuántos años tiene? —Alex se alejó de la cocina y sacó su celular para checar sus mensajes.

—Veintiocho años. Ella es mexicana como nosotros.

—Adivino ¿Ella te dio la botella de tequila?

—Supongo que ella la dejó en la entrada para convencerlo de aceptar la propuesta.

—Lu, ya puedes dejar de actuar, sé que esto es una broma de Mary. No te preocupes, le diré que me creí todo lo que me dijiste.

—No es ninguna broma. Sé que es raro que se le presente esta oportunidad, pero creo que es el momento de que haga su vida. solo prométame qué pensará en aceptar el empleo.

—Lo pensaré —Lu miró su reloj y con una sonrisa se dirigió a Alex.

—Tiene menos de veinticuatro horas para tomar una decisión.

—¿Cómo voy a tomar una decisión en veinticuatro horas?

—No hay algo que pensar. Cualquiera aceptaría, esta amiga es una persona muy influyente en el medio artístico, no tendrá esta oportunidad de nuevo.

—Luisa, esto se escucha tan falso. ¿Por qué hasta ahora me dices que conoces a esta persona?

—Porque ella y yo perdimos comunicación durante mucho tiempo, y me contactó el fin de semana pasado.

—¿Ella de verdad quiere ayudarme? Ni siquiera me conoce.

Luisa se acercó y lo miró, durante varios segundos, con los ojos un poco llorosos. Se perdió en sus pensamientos y volvió a preguntarse si Alex estaba preparado para aquello.

—Usted conoció a esta mujer hace diez años. Sé que no debo entrometerme entre ustedes, pero necesitan hablar y aclarar las cosas.

Alex sintió como se le contrajo el pecho al saber que esa chica resultó ser más importante de lo que pensaba. Lo conocía desde antes de que se mudara a Estados Unidos, lo que le llevaba a pensar en dos mujeres: Sabrina y Kimberly, sobre todo en Sabrina que los últimos meses le había enviado demasiados mensajes en Facebook que nunca respondió.

—Primero quiero saber quién es y después tomaré mi decisión, ¿sabes en dónde puedo encontrarla?

—Creo que dejó una tarjeta en la botella de Tequila.

Luisa le entregó lo acordado a Alex que, como un niño con juguete nuevo, fue a buscar a Richard para presumir su obsequio, no obstante, no podía dejar de pensar en la amiga de Lu.

—Richard, mira lo que me envió una admiradora. No dejó nada para ti, pero espero que te conformes con ver este manjar —Destapó la botella y al beberla cambió su expresión pues no sabía a alcohol, así que miró la etiqueta donde estaba escrito: “Nos vemos mañana en el café a mediodía. Ahí te entregaré la verdadera botella”

—Parece que su admiradora le quiere mucho señor —Luisa y Richard rieron al unísono, y Alex se puso más rojo que las paredes del mismo color en la habitación.

Fantasmas

Escucha aquí: Oh My God de Alec Benjamin

—Te veré el viernes. No olvides cenar, me preocupa que no te estés alimentando bien.

—No te preocupes, una de mis metas es engordar treinta kilos. Adiós, vampira —Su sonrisa hace que me arrepienta de lo que estoy a punto de hacer. Las últimas horas intenté fingir que todo estaba bien, pero mis nervios me traicionaron y ella notó que físicamente estaba ahí, pero mentalmente me encontraba en un lugar demasiado lejano, un lugar que ella nunca podría encontrar—. Oye, creo que Octavio empieza a sospechar que estamos saliendo de nuevo, ¿por qué no finges que andas con Matías? tal vez así lo despistemos un poco.

—Alex, no le pediré a Matías que se involucre en esto, no sería justo para él y tampoco para ti. Además, yo no soy propiedad de La Bola Ocho, sigo ahí porque me obligaron a firmar otro contrato del que estoy segura Sabrina podrá liberarme, así que debes estar tranquilo. Pronto podremos ser tú y yo solamente, como antes.

—Pienso que estamos jugando con fuego, sabemos de lo que son capaces Octavio y Alfonso. Puede que esto no tenga un buen final y nunca podrás verme sin tener que mentirles y sin tener que preguntarme cada diez minutos la hora.

—Prometo idear algo para ya no tener que hacer eso —Una de sus manos se coloca en mi chaqueta, mientras la otra acaricia mi rostro. Ella me hace sentir bien en mi propia piel, a diferencia de las demás, ella no me quiere por mi apellido o por las influencias de mi padre, ella me quiere a mí—. Alex, siempre haré lo posible por verte una última vez, aunque lo haga para decirte adiós, pero no te rindas ahora, estamos a unos cuantos pasos de deshacernos de ellos, ten paciencia.

—Es más fácil que encuentres a alguien más y te alejes de mí. En parte soy el responsable de lo que te está ocurriendo, yo aumenté la sed de Octavio al dejarlo entrar a la empresa, y gracias a mí pudo encontrarte —Ella parpadea varias veces, parece que trata de controlar sus lágrimas, y lo logra, pues ya ha recibido tantos golpes que este no le duele tanto.

—Alexander, prefiero romper y volver contigo sin importar lo que hagan ellos, pero no saldré con otro chico solo porque te culpas de algo que no es verdad. Desde hace tiempo no tenía un hogar y tú me diste uno. La culpa es mía por haber caído en su trampa — Suspira y tiembla más de lo habitual. Quiero preguntarle si se encuentra bien, pero en este punto me basta con oír su voz para descifrar sus emociones—. Si lo que te preocupa es que ellos vuelvan a alejarme de ti, prometo que encontraré la forma de volver a verte antes de irme.

—Eso es prácticamente imposible, ellos nos vigilan la mayoría del tiempo y ya no tenemos más escondites donde ocultarnos.

—Lo sé, Alex. Trato de decirte que ahora es la única promesa que puedo hacerte, pero la cumpliré y no me iré sin decirte adiós.

—El día que te vayas será 31 de febrero —Ella traga en seco e intenta hablar, pero solo puede mover los labios sin articular ninguna palabra.

—Supongo que así será, pero no me iré porque ya no te quiera sino porque, por alguna razón externa a nosotros, no podremos seguir juntos.

—Ya es tarde y el grupo se enojará, será mejor que te apresures.

—De acuerdo. Te veré luego. Suelta mi mano o no podré irme — «No quiero que te vayas. Ni hoy. Ni mañana. Nunca quiero verte partir»

Tuve que soltar su mano sin saber que, en lugar de protegerla, la estaba poniendo en peligro y estaba cometiendo uno de los errores más grandes de mi vida.

—No creo que volvamos a vernos —Susurro, mirándola por última vez y así reunir las fuerzas que me faltan para irme.

Ella comienza a correr, voltea a verme y quiero decirle que no cumpla sus promesas, que no es necesario, porque en ese instante yo las estaba rompiendo, pero se fue. Entonces supe que siempre tendríamos la duda de que podríamos haber sido.

—Alexander, despierta. Es hora de cenar —Mary sacudió a su hermano varias veces.

Ella tenía cabello rubio a la altura de los hombros, la mayoría de veces lo llevaba sujetado con una diadema de lunares; sus ojos eran grises como los de su padre y su hermano; su piel era clara y sus pestañas eran lindas al natural. Mary medía un metro con cincuenta y dos centímetros, por lo que su familia de cariño la llamaba hormiguita, a pesar de que ella no estaba de acuerdo con ese apodo.

Movió a su hermano de un lado a otro, tratando de que volviera a la realidad, pues eran menos de las diez y Alexander estaba dormido igual que un bebé. La chica tuvo que repetir su súplica:

—¡Despierta!, Luisa te ha estado gritando para que bajes a cenar con nosotros. Tus quejidos sonaban como los de un zombi.

—¿La cena? Cuando me dormí era medio día, no tengo mucha hambre —Mary tocó la frente de su hermano para asegurarse de que no tuviera fiebre, pero parecía tener una temperatura normal, entonces ¿qué le ocurría a Alex?

—¿Qué te ocurre?, tú no sueles dormir medio día sin haber comido. ¿La partida de la señora Keller te afectó tanto como a Alicia y a mí? Te entiendo, ¿ahora quién cenará con nosotros los viernes? Te aseguro que Alicia está peor que nosotros, ella amaba la lasaña de la señora Keller.

—Mary no estoy triste por eso, estoy cansado. Esta mañana mi auto dejó de funcionar y tuve que correr a casa en medio de la lluvia. Al llegar, descubrí que el ex de Trisha regresó y Luisa tenía una conversación extraña con Richard. Prácticamente no desayuné y, para acabar con mi

fantástico día, tú apareces sin avisar.

—Para empezar, yo vivo aquí y no eres el único que ha tenido un mal día. Agradéceme por despertarte, parece que estabas teniendo una pesadilla porque sollozabas.

—¿Estaba sollozando? Yo nunca hago eso. Intentas manipularme.

—¡Deja de llamarme manipuladora! Alexander, te juro que tus sollozos se oían hasta mi habitación. Es por eso que también vine a verte, para mí no es bonito despertarte en medio de tanto sudor.

—Para mí no es agradable verte al despertar.

—Por eso es que no tienes amigos, tu carácter los ahuyenta.

—Tú no hables, tu única amiga es Trisha y la mayoría del tiempo estás con William, por eso no haces amigos.

—Por lo menos yo sí tengo personas en quien confiar. Tú, en cambio, apenas hablas con alguien que no sea de la familia porque nadie te soporta. ¡Vaya futuro que te espera! —Ambos hermanos se quedaron en silencio, dándose cuenta de que la permanente soledad de Alex era una gran posibilidad.

La música favorita de Luisa dejó de sonar, al igual que los ronquidos de Richard en la sala. Mary no supo cómo continuar la conversación, observó que su hermano sacó del ropero una chaqueta junto con unos pantalones y los depositó en una mochila. Nunca le había visto de ese modo, creyó que contestaría con uno de sus chistes y después le devolviera la pesada broma. Conocía a Alex, estaba ocultando algo.

—¿Te irás? Luisa hizo tostadas.

—Prefiero retirarme y evitar que nuestra pelea arruine la cena. Puedes disfrutar tus tostadas, después de todo has logrado restregarme en la cara que tu si pudiste seguir adelante mientras yo intentaba que Richard siguiera con vida. La razón de que no convivo con casi nadie es que debo estar aquí para vigilar que la silla de Richard no se atore en el jardín, tengo que hacerle su desayuno porque soy el único que sabe picar la fruta como a él le gusta, también tengo que leerle su periódico porque ustedes no saben cuáles son las noticias que a él le interesan. Luego tengo que trabajar para pagarle a Lu y para pagar las cosas de la casa, y sé lo que dirás, apenas estás emprendiendo tu estudio de baile, y no te quiero quitar el dinero que podrías invertir en tu negocio. Por la tarde mi rutina es similar, tengo que ayudar a Matthew en el taller y llegar temprano para la cena.

—Lo siento, no tenía que decirte eso. Te agradezco lo que has hecho por todos, asumiste el rol de papá después de que ocurrió el accidente. No necesitas irte, admito que en ocasiones soy impulsiva y lo fui al ir a Australia. Recuerda que soy como mamá, huyo cada vez que me siento un estorbo y tú también lo haces —Alex suspiró y bajó las escaleras controlando su furia, se detuvo al ver a Luisa acomodando los platos en la mesa.

—¿Por qué hay seis lugares? Nuestras cenas por lo regular son para cinco personas —Luisa, sin responder, continuó con su trabajo arreglando las flores de la mesa y limpiando todo rastro de suciedad. Pensó en cómo mentirle a Alex, pero ninguna idea pudo salvarla—. Luisa, ¿invitaste a alguien sin avisarme?

—Mary invitó a William. Me dijo que tienen algo importante que decirnos.

—Ella no me habló sobre eso. De hecho, tuvimos una pequeña discusión, espero que Richard no nos haya escuchado.

—Señor, usted siempre busca un motivo para pelear. Por cierto, William se quedará un par de días en la casa, por lo que le cedí su habitación, lamento no haberle dicho antes. Espero que no le moleste, puesto que usted no quiere arreglar la calefacción de la habitación de invitados, ¿qué le cuesta desembolsar un poco de dinero? —Alexander enfureció, agarró el florero que tenía Lu entre sus manos y lo tiró con ira.

—¡Alexander, esas flores me las dio William! —Mary bajó rápido el escalón que la separaba del suelo. y con lágrimas en los ojos le dio un golpe en la mejilla a su hermano, era momento de que reaccionara y saliera del trance en el que se encontraba—. Te molesta que te dijera tus verdades. No soportas ver como soy feliz porque mi relación con Will te recuerda a ella. Ella ya no estará contigo porque…

Antes de que la chica terminara la frase, Luisa colocó una mano en su boca para impedir que la verdad saliera a la luz. Alexander no supo defenderse y fue hasta ese instante que comprendió que fue demasiado cruel.

—¿Ella qué? ¡Responde!

—Ella…yo no soy quien tiene que decirlo.

—¿Entonces quién? ¡Todos actúan raro! ¡Me largo!

Caminó hacia la puerta y pisó las flores o lo que quedaba de ellas. Arrastró los pedazos del florero hasta la salida. Los trozos de vidrio tenían la misma característica de Collins: ambos tendían a lastimar a la gente y dejar cicatrices a cualquier persona que los tomara entre las manos.

Pausa

Escucha aquí: Empty Space de James Arthur

Al salir, Alex respiró hondo tres veces para deshacerse de la ira. Observó desde el otro lado de la calle a su vecina Trisha que estaba leyendo un cuento para Chris, después lo acurrucó en su cama y lo cubrió con una manta, sin embargo, Trisha se percató de que alguien los miraba, así que cerró las cortinas sin poder ocultar el rubor en sus mejillas.

Alex sonrió al ver que en el filo de la ventana había un dibujo de él disfrazado de Chewbacca y Chris disfrazado de Darth Vader. Tomó una foto del dibujo y continuó su camino hacia el taller de su mejor amigo.

En el camino, recordó el sueño que tuvo, que en realidad fue un recuerdo de su juventud. Hace años que se negaba a hablar de Kimberly y cada vez que ella aparecía en su mente se distraía a propósito con su trabajo, no obstante, después de su cumpleaños no pudo evitar buscarla por todas las redes sociales, pero lo único que encontró fueron viejas noticias sobre su vinculación con La Bola Ocho.

«¿Cómo estará?, ¿habrá estudiado arquitectura?, ¿tendrá esposo e hijos?» Esas preguntas inundaron su mente y de paso golpearon su presente. Ella siempre tendría un lugar en su vida, aunque sabía muy bien que su decisión de irse fue para que ambos encontraran a alguien mejor y evitaran lo que desde el comienzo era inminente: el fracaso de su relación.

Alex pasó por el pequeño puente donde cinco años atrás se encontraba fumando con Matthew cuando Mary, con las piernas temblorosas, corrió hacia ellos porque Richard había chocado, así que Collins caminó lo más rápido que pudo para alejarse de ese fantasma que lo atormentaba desde que los médicos diagnosticaron a su padre.

Llegó al taller de Matthew, entró por la reja rota y encontró a su mejor amigo lavando su auto. Matthew no se sorprendió al verlo entrar y bajó el volumen de la música para saludar a su amigo que no lucía muy feliz.

—Hey, ¿qué te ocurre?, ¿mi madre otra vez intentó enseñarte a tejer?

—No, estoy bien, igual que todos los días —Alex saltó igual que un niño pequeño y sonrió exageradamente.

—Que desagradable imagen. Te ves horrible, ¿qué pasó?, ¿quién te hizo enojar?

—La vida, ¿quién más?

—Siempre es culpa de la vida, no es ninguna novedad —Matthew se dirigió a tomar un par de cervezas que tenía ocultas en la cajuela de un auto. Desde donde él estaba le lanzó una lata a Alex quien la recibió entusiasmado.

—¿Cómo llegó mi auto aquí?

—Verás, tocaron la puerta, eran Harry Potter y Ron Weasley que de camino a Hogwarts encontraron tu auto y con magia lo trajeron hasta aquí. La noticia apareció en el Diario del Profeta, ¿no la viste?

—No estoy de ánimos para oír tus chistes infantiles —Matthew torció los ojos y bebió un poco de cerveza recargándose en el auto de Alex.

—De acuerdo, encontré tu nota en mi puerta y conseguí que un amigo me prestara su grúa, aunque tuve que reparar gratis su motocicleta.

—Yo no dejé ninguna nota, ni que estuviéramos en los sesenta cuando no había celulares.

—Entonces ¿dices que estoy loco y me imagino cosas?

—Si así lo quieres ver. ¿Dónde está la nota?

—La tiré, no creí que fuera importante para guardarla.

—Es extraño, porque no le mencioné a nadie dónde estaba el auto, incluso olvidé por completo llamarte.

—Alguien tuvo que darse cuenta para dejar la nota, ya decía yo que tu letra no pudo haberse vuelto tan pulida.

—No importa, lo bueno es que pudiste traerlo, gracias, te pagaré mañana. Oye, ¿puedo quedarme a dormir esta noche en el taller?

—¿Qué hiciste ahora? —Matthew dejó de beber su cerveza para mirar a Alex y su equipaje.

—Nada, tal vez tiré unas flores que William le dio a mi hermana y grité un poco. Ya sabes que mi familia exagera.

—Te dije que debías controlar tus instintos de oso.

—¡Y yo te dije que no tengo instintos de oso! Me enojé porque Mary y Luisa invitaron a William a quedarse en la casa, hasta le cedieron mi habitación porque “No he querido reparar la calefacción de la habitación de huéspedes” Ni que viviéramos en el polo norte, puede taparse con un cobertor y ya, asunto arreglado.

—Ya sabes que William es raro, pero ambos sabemos que en realidad te enfadaste porque le guardas rencor a Mary por haberse ido a Australia.

—No estoy molesto porque Mary se fuera, sino por hacerlo en el momento menos oportuno, porque mi padre la necesitaba a su lado. No sabes cómo es observar que tu padre no puede caminar o siquiera tomar un vaso de agua. Richard necesitaba palabras de aliento, y Alicia y yo no éramos buenos en eso.

—Tú también te fuiste y nadie te criticó. Además, creo que el otro día una amiga de Alicia te encontró en Tinder y de seguro Mary está enojada porque uses esa aplicación en lugar de invitar

a Trisha a cenar.

—Me fui a Nueva York mucho antes del accidente, no es igual que irse a Australia tal como hizo Mary cuando Richard estaba aún en el hospital, y Tinder no es tan malo como piensas, así que deja de burlarte de mí.

—Volviendo a lo de Mary, ella era muy joven, tenía diecinueve años y era su oportunidad de entrar a esa escuela.

—Seguiré molesto con ella hasta que acepte su error y me pague los quinientos dólares que gasté en su bromita de cumpleaños.

—Es más probable que se disculpe por irse a Australia a que te pague. Alicia me dijo que con ese dinero compró una televisión de 85 pulgadas y Mary compró pintura para su estudio de baile —Matthew suspiró y miró su taller, pensando en todas las veces que su amigo había estado en esa situación—. Quédate esta noche, pero mañana tendrás que abrir el taller por mí y lavar los primeros autos, porque tengo que entregar la motocicleta.

—No puedo quedarme mucho tiempo, tengo una entrevista de trabajo al medio día y debo preparar mis papeles —El chico, que creció desde niño con Alexander, escupió la cerveza que quedaba en la lata y rio hasta que su estómago pidió tregua.

—¿Una entrevista de trabajo? El único lugar donde te pagarían muy bien es en el circo.

—Hablo en serio. Tu madre me consiguió una entrevista con una amiga suya, que me conoce desde que vivía en México y pensó en darme trabajo para hacer servicio comunitario.

—Es obvio que no te pagarán por hacer trabajo comunitario. ¿Seguro que te encuentras bien?, ¿qué clase de trabajo es ese? Es una broma, ¿cierto?

—No es ninguna broma, por lo menos no de mi parte. Si hago trabajo comunitario podré evitar pagar las multas del auto, además la amiga de tu madre conoce a alguien importante que trabaja en Berklee y podría contratarme.

—¿Te irás a Boston?

—¡Ese es el propósito de ir mañana a la entrevista! que, en realidad, no lo es porque estoy contratado solo tengo que aceptar la oferta.

—Es demasiado bueno para ser verdad, debe ser otra broma de Mary. ¿Qué te dijo mi madre?

—Dijo que una amiga suya, más joven que ella, tiene una fundación y está buscando a alguien para hacer trabajo comunitario, así que pensó en mí para el puesto, porque así podría evitar pagar las multas del auto y al final obtendría un trabajo en Berklee.

—No conozco a una amiga de mi mamá que sea más joven, todas son de su misma edad o más grandes. También es extraño que de la nada aparezca esta mujer misteriosa que conoce a alguien “importante” de Berklee.

—¿Crees que tu madre mintió y en realidad quiere que salga con una de sus amigas? Tal vez para ella ser joven significa tener un par de años menos que ella.

—Pienso que es una broma de Mary. ¿Crees saber quién es esa mujer?

—Tal vez, sin embargo, Luisa me entregó una botella de tequila de parte de su amiga. Al final resultó no ser alcohol y en la etiqueta estaba escrito esto —Alex le mostró a su amigo la foto de la etiqueta.

—He visto esta letra, pero no recuerdo en dónde —Matthew no pudo reconocer la letra a pesar de que le hizo zoom a la foto—. Olvida lo que dije, Mary no haría este tipo de bromas ahora que está ocupada con la inauguración de su estudio de baile. Ayer mi madre estuvo en la cafetería hasta tarde, seguro estuvo con la mujer que te quiere contratar, aunque no ha mencionado nada sobre ella.

Empezó a salir humo del auto de Alex, Matthew se apresuró a abrir el cofre del auto, pero no encontró la causa de que su trabajo de toda una tarde se estropeara.

—Mientras lo estuve reparando no hizo esto. Lo arreglé toda la tarde hasta dejarlo como nuevo ¿Qué ocurrió?

—Desde esta mañana no quiere funcionar. Parece que al verme se descompone.

—Lo tienes desde tu juventud, no me sorprende que se haya hartado de ti. Yo en su lugar ya me habría estrellado en el primer poste que viera.

—Que gracioso. ¿Tiene arreglo? —Matthew abrió el cofre del auto y tosió por el humo.

—Tal vez sea el alternador y el motor, pero en ningún lado los encuentras porque fueron descontinuados hace tiempo. Lo siento amigo, tendrás que comprar otro auto o caminar.

—Este día no podría ser peor —Pateó la llanta de su auto.

—¿Tu día ha sido horrible porque Mary te hizo enojar y tu auto no funciona? Has tenido días peores, al menos que ocultes algo.

—Eso no importa, ¿Tienes más cerveza?

—¿Me contarás lo que te tiene de mal genio?

—Si no te lo cuento ¿qué harás?

—Le tendré que contar a Alicia sobre aquella vez en que te emborrachaste con Richard y querías llevarlo al rodeo de Texas, pero no pasaste el alcoholímetro y tuve que pagar su fianza.

Alex odiaba que Matthew recordara ese momento tan vergonzoso. Durante el verano su padre y él aprovecharon que Alicia se encontraba de viaje y bebieron una botella completa de Bacardí 151. No pensaron que la bebida les afectaría tanto que terminarían vestidos de vaqueros rumbo al rodeo de Texas, al que claramente no llegarían a tiempo en auto, pero no pensaron en eso cuando

decidieron comprar los boletos.

Alex aún no sabía cómo logró que la silla de ruedas de su padre cupiera en la cajuela de su auto, solo recordaba que a la mañana siguiente se despertó junto a Richard en la estación de policía porque condujo ebrio y a máxima velocidad durante la noche.

—Alicia no te va a creer.

Matthew abrió la galería de su celular y le mostró a Alex una fotografía que tomaron los oficiales momentos antes de arrestarlos. Alex y Richard estaban tendidos en la banqueta, vestidos con sus sombreros de vaquero mal puestos y sus camisas de cuadros estaban manchadas de alcohol.

—¡Qué! ¿De dónde sacaste esa foto?

—Dime lo que pasó y no le enviaré esta foto a tu hermana —Alex intentó hablar, pero Matthew levantó la mano para silenciarlo—. Ya sé lo que dirás, y no me importa si parezco una madre sobreprotectora, le prometí a Alicia que te ayudaría a resolver tus problemas.

—Está bien, te contaré lo que ocurre, pero elimina esa foto antes de que destroce tu disco autografiado de The Weeknd.

—No te atreverías —Alex se cruzó de brazos, así que Matthew eliminó la foto delante de él—. Supongo que no salió bien tu cita con Jessica.

Alexander bebió un gran trago de su cerveza mientras pensaba cómo decirle a su amigo lo que en realidad pasó.

—Ni siquiera pude ir, el auto se descompuso a medio camino y ella no respondió mis llamadas —Alex hizo una pausa larga y confesó de golpe lo que en realidad le tenía preocupado—. Tuve un sueño extraño que ocurrió hace años —se sintió aún más loco al decirlo en voz alta.

—¿Qué? Explícate en español.

—Soñé con mi ex.

—¿Con quién de todas? ¿Sabrina, Kimberly, Jessica o Patricia?

—No salí con ninguna Patricia, creo que te refieres a Matilda y ella decía que era mi novia, pero yo nunca supe cómo ocurrió. Además, eso fue a los nueve años.

—Patricia y Matilda son lo mismo. Entonces ¿con quién soñaste? — Alex dejó de mirar a Matthew y se concentró en el tatuaje de su brazo derecho, lo que le hizo recordarla otra vez:

Flashback:

Ambos corremos hacia el primer edificio que aparece en nuestro camino. Un par de niños, que están jugando en la acera, nos miran confundidos y, antes de que hablen, Kim les regala

nuestro último paquete de galletas. Los niños la ayudan a colocar una escalera que dirige a la azotea. A lo lejos se oyen los gritos de los hombres que nos persiguen.

Kim estira su mano para tomar la mía, subimos por la escalera y, al llegar a la cima, abre una pequeña puerta que dirige a los contenedores. Dos de ellos estaban llenos y el último estaba cerrado, pero Kim lo abrió con una llave que sacó de su pantalón.

—¿Has estado aquí alguna vez? —digo mientras me sostengo de su cintura.

—Demasiadas veces, ya hasta perdí la cuenta. En toda esta zona hay escondites que usa La Bola Ocho. Este es mi favorito porque los niños me conocen y me ayudan a cambio de que les de golosinas.

—¿Los vecinos saben que te escondes aquí?

—No lo sé, la mayoría de ellos trabaja en una fábrica y casi no están en sus casas durante la noche. Tranquilo, estamos a salvo por ahora. De hecho, esos tipos se merecen que les hayamos robado, porque no te imaginas cómo tratan a los migrantes, les venden "comida" a precios exagerados y en realidad les dan las sobras —Kim saca la rebanada de pizza que robamos y me da un pedazo, pronto me doy cuenta de que solo me dio la orilla así que ella ríe e imita mi expresión—. Lo siento, te daré otro pedazo. Estoy acostumbrada a robar sólo para mí, no para dos personas. Por cierto, recordé que me dijiste que no puedes comer la pizza sin cátsup, así que te traje un par de sobres, ¿dónde los guardé? —Kim busca en los bolsillos de su pantalón y no encuentra nada—. Que tonta, los guardé en el bolsillo de tu camisa.

—¿Qué? —Se estira y saca los sobres de mi camisa, y con los dientes abre uno.

—Los puse rápido, antes de que echaremos a correr, no quería que se cayeran cuando huyéramos.

Sé que estuvo mal lo que hicimos y que no estaba siendo yo, pero estaba acostumbrado a recibir otro tipo de detalles y ella lo único que podía darme eran pedazos de pizza y sobres de cátsup espacialmente robados para mí. Al estar a escasos centímetros de ella no pude evitarlo y la besé.

—Espera, Alex. No quiero que nos confundamos más de lo que ya estamos, porque ahora mismo estoy en la frontera de Estados Unidos contigo, dentro de un contenedor, y no sé si hice bien en cruzar esa línea.

—Recuerda que tanto La Bola Ocho como mi familia no pueden saber que tenemos algo y no creo que debamos poner una etiqueta, porque tarde o temprano tendremos que separarnos.

—Siempre me dices lo mismo cada vez que tienes la oportunidad. Sé que ambos corremos peligro si Octavio o tu padre se enteran, pero creo que lo correcto es ser honestos el uno con el otro y decidir si seremos solo amigos o algo más, así sabré que esperar. Además, no quiero ser la amante que tendrá que soportar verte con otra mujer delante de las cámaras.

—¡No paro de decirlo porque es la realidad! Nuestros días juntos están contados. Kim, no

pienses que solo estoy jugando, además pudiste quedarte en México, pero quisiste venir.

—No podía quedarme en México, ellos podrían encontrarte y necesitaba asegurarme de que estuvieras a salvo, porque quiero que mueras cuando seas un viejito enojón. No quiero que mueras porque Octavio te disparó para vengarse de mí.

—No era necesario que vinieras hasta acá solo para cuidarme, y perdón por seguir mis impulsos cuando estoy contigo.

—De verdad te quiero y estoy haciendo todo lo posible por solucionar este problema, pero tu opinión sobre nosotros cambia cada hora. Este año ha sido muy difícil, por un lado, aunque ya no forme parte del grupo, tengo que ocultarle a La Bola Ocho que tú y yo tenemos algo. Por el otro, tengo que cuidar la imagen de la empresa y fingir que te odio. Admito que ni siquiera he pensado en lo que realmente quiero porque no importa mi decisión, sé que tendré que complacer a los demás.

—Es mejor así, no querrás que todo el país hable sobre ti. Ambos sabemos que Octavio podría intentar herirte, y no quiero ser la causa de ello. Escucha, si me alejo podrás empezar desde cero y tener una vida aburrida, así el grupo perderá el interés en ti.

—Soy la primera persona que escapa de ahí, ellos jamás me olvidarán y utilizarán cualquier cosa para dañarme. Trato de decir que yo nunca estaré segura, por lo que no sé cuánto tiempo nos quede para seguir juntos y deberíamos aprovechar esta oportunidad, por una vez en mucho tiempo nadie nos conoce.

—Debes estar con alguien que te asegure una vida tranquila y lejos del ojo público.

—Alex, como me gustaría que pudieras saber lo que ocurre en la casa de Octavio. Hay una manipulación tan astuta y aterradora que no creo poder vivir tranquilamente después de haber estado ahí.

—Estuve una semana en Tijuana encerrado junto a ti, así que comprendo el infierno por el que pasaste.

—No, a ti te disparamos una vez. En cambio, Sabrina, Jorge y yo vivimos ese tipo de dolor muchas veces, y aunque suene extraño no tengo miedo de que me atrapen, supongo que me acostumbré a ser parte de ellos. No te estoy pidiendo matrimonio, sino que estemos juntos mientras sea posible, después podrás olvidarte de mí y yo podré regresar a México o tal vez me mude al otro lado del mundo.

—Entonces ¿estás segura de que quieres estar conmigo mientras dure?

—Sí, pero si quieres que solo sea tu amiga lo aceptaré con la condición de que no intentes besarme u otro tipo de acercamiento.

—De acuerdo, mientras dure —Kim me da un beso rápido y después muerde un pedazo de mi trozo de pizza.

—*Mientras dure.*

—Matthew, ¿crees que ella aun piense en mí?

—¿Quién? Creo que estás enloqueciendo.

—Olvídalo, creo que estoy borracho.

—¿Me dirás quién era la chica que apareció en tus sueños? —Pensé en contarle aquella historia a Matthew, pero sentí que estaba enloqueciendo y decidí no hablar de ello.

—No es nada. Quiero distraerme. ¿Te ayudo a arreglar mi carcacha? —di una patada a mi carro, con la esperanza de que Matthew cambiara de opinión e intentara arreglarlo. Le tendí una careta, y con un poco de resignación, la aceptó suspirando de cansancio.

Corre a casa

Matthew y yo hablamos varias horas sobre el auto que podría comprar si mi carro no funcionaba. Al ver el reloj descubrí que era demasiado tarde para continuar. Supuse que mi familia debía estar tan concentrada con su invitado que se habían olvidado del pequeño show que ocasioné.

Debo admitir que no me llevaba muy bien con el novio de Mary, pues no teníamos nada en común pues, siempre que Mary nos dejaba solos, él hablaba sobre política y terminábamos peleando. En cambio, Matthew era como un hermano para mí, pues era hijo de Lu y nos conocíamos desde que éramos pequeños.

Matthew era un poco más bajo que yo, su cabello era chino y negro, su piel era morena clara y tenía una cicatriz en la barbilla por una pelea en la que ambos nos metimos cuando éramos adolescentes, sin embargo, con frecuencia recibía cumplidos por sus “rasgos varoniles”.

Su novia era mi media hermana y ella siempre le repetía lo apuesto que era, lo cual me causaba mucha risa así que como broma cada navidad le regalaba a Alicia un cupón para ir al oftalmólogo. Aunque sabía que ella merecía tener a alguien, a veces era incómodo sobrar entre ellos y más al presenciar sus momentos de afecto.

Cuando era pequeño, trataba pésimo a Matthew y le presumía de los nuevos juguetes o aparatos tecnológicos que mi padre me daba para mantenerme ocupado, pero Matthew nunca se enfadaba. Cuando nos mudamos a Estados Unidos me di cuenta que él era mi único amigo.

—Me voy a casa. No olvides cerrar el portón con candado, no quiero que esos criminales vengan a reclamar el dinero que yo gané con mi propio esfuerzo.

—Vete ya. No necesitas recordarme nada, ya te pareces a Alicia.

—Sueña con Pomona Sprout —Matthew era gran fan de Harry Potter, por lo que cada vez que podía hablaba de los libros.

—Tú sueña con la cajera del supermercado. Por cierto, ayer me volvió a pedir tu número.

—¡Cierra la boca Collins!

Por fin me quedé solo y con tiempo de recapacitar sobre mis extraños recuerdos. Me senté en la silla giratoria detrás del escritorio y me puse los audífonos para escuchar a mi banda favorita: The Verve. A la vez intenté encontrar la razón de soñar con ella. Dicen que los sueños son los deseos ocultos del subconsciente. Mi subconsciente nunca fue mi gran aliado, incluso fue el responsable de tantas malas decisiones en mi pasado.

Giré en la silla que robó Matthew de la oficina de mi padre. A los seis años me sentaba en ella y fingía dar sermones a cada persona que estaba enfrente mío, pues era la única imagen que tenía de Richard, pero él ya no podía regañar a la gente, no podía siquiera pronunciar una palabra completa y mucho menos trabajar, estaba atado a esa silla de por vida. Después un recuerdo suyo

surgió:

—Mañana es el lanzamiento de la nueva campaña y más te vale tener todo listo, de lo contrario ¡Estarás despedido!

Llevaba mi nuevo tren de madera a pasear por toda la planta baja de la casa, mientras simulaba el sonido del silbato, llegué a la oficina de mi padre que no dejaba de gritar al teléfono. Traté de llamar su atención lanzando mi juguete dentro de la oficina de Richard quien, con brusquedad, lanzó de vuelta al pasillo el tren de madera y con el golpe perdió un vagón de cinco que tenía. Cerró la puerta al darse cuenta de mi presencia. Mi madre vio la reacción de mi padre y me tomó entre sus brazos para llevarme a la cocina y pedirle un dulce a Lu.

Mi madre siempre escuchaba la radio y cantaba cada canción que sonaba. Sabía cada letra, cada silencio y tiempo a la perfección. Lo único que ella no sabía era quedarse en la tormenta, prefería escapar a lugares donde fingía no tener familia. Siempre me pregunté qué era lo que pasaba por su mente al entrar a casa, y encontrarse con nuestras fotos familiares decorando la sala de estar, y prácticamente cada habitación.

«Debo dejar de tener estos extraños recuerdos» pensé y bebí mi quinta lata de cerveza en la noche. Recordé que hacía bastante tiempo que no veía el estado financiero de Matthew. Abrí la libreta roja que contenía la mayoría de sus cifras y me sorprendí al encontrar una notable disminución a causa de interminables préstamos a "D. A" a quien identifiqué como mi hermana o "Dear Alice" como Matthew la llamaba. Matthew estaba en bancarrota y consideré apoyarlo con un poco de dinero, pero apenas lograba sobrevivir a la semana, así que estuve pensando durante horas cómo ayudarlo, pero me quedé dormido.

Me encuentro recostado en el viejo sillón de mi departamento en México. Escucho que alguien entra y cierra lentamente la puerta, después camina hasta mí y su suave mano se posa en mi mejilla.

No hacía falta abrir los ojos para ver quién era, pues su perfume seguía siendo el mismo y seguía ocasionando que me pusiera nervioso. Por otro lado, a lo lejos se oían un par de voces gruesas que mantenían una conversación apresurada.

—Solo toma lo que haya en la caja, después regresaremos por más. Además, si tomamos todo, el tipo se dará cuenta y sabrá que fuimos nosotros.

—¿Estás seguro de que está sedado?

—Llevamos haciendo esto veinte años y ¿me preguntas si el chico está sedado? Ahora busca el dinero, no creo que tenga una caja fuerte, no tiene suficiente dinero para comprar una —los hombres rieron y observé la sombra de uno de ellos asomarse para comprobar que no hubiera alguien cerca. Volví a caer dormido.

—Alex, tienes que despertar.

—Todavía no son las nueve, puedes quedarte más tiempo.

—Alex, están en la bodega de Matthew. Debes huir o te harán daño —Me reincorporé y sentí un horrible dolor en la cabeza. Por otra parte, ella ya no estaba, tan solo había una serie de reflejos que me impedían saber por dónde pisaba. Sin embargo, su voz seguía sonando en mi cabeza:

—Corre a casa.

—¿Qué pasará contigo?

—Te veré ahí, lo prometo.

Desperté y comprobé que el dolor en la cabeza no era falso y superaba al dolor de la resaca que tuve por año nuevo. Volví a escuchar las voces de los hombres que me inyectaron algo para que me quedara dormido, moví un brazo y me alegró descubrir que respondía a mi movimiento, pero ¿Cómo era posible que estuviera consciente?

Al caminar escuché un crujido bajo mis pies, por suerte Matthew tenía una pequeña lámpara en su escritorio y la tomé para alumbrar mi camino hacia la salida. El objeto que pisé fue una jeringa cuyo contenido seguía intacto.

Me dirigí con cautela a la puerta trasera. Planeaba salir y encerrar a ese par de ladrones en el taller para después ir por la policía, pero cuando estaba a punto de abrir la puerta un auto pasó y su luz me alumbró, así que ambos tipos me descubrieron y en seguida vinieron a mi secuestro, por lo que les di un par de golpes antes de huir.

El hombre cayó al suelo antes de poder disparar, su compañero lo empujó para abrirse paso y llegar a mí, no obstante, le di un golpe en la nariz que lo desestabilizó y me permitió escapar. Corrí hacia mi casa, aunque no era el escondite más cercano. *«De seguro estás loco por creer en voces creadas por tú demencia»*

—¡Alex, corre! ¡No mires atrás!

—¡Mateo Hernández! ¡Regresa antes de que lamentes escapar! —esos tipos pensaban que yo era Matthew, por suerte la estación de policía se atravesó en mi camino y, sin meditarlo, entré en ella.

—¿Qué sucede? ¡Ambos quedan detenidos!

«Lo que faltaba. Alicia me va a matar cuando se entere y tendré que soportar sus sermones por lo que resta del año»

Atado al ayer

—Diga su nombre completo, por favor —dijo el oficial.

—Alexander Collins, pero ya le dije que no estoy involucrado en ningún acto de robo con esos delincuentes.

—Lo sé. Usted está detenido por haber golpeado a esos hombres —Volteé a ver a los culpables de que yo estuviera ahí en lugar de estar durmiendo.

No podía creer que un par de sujetos flacos y físicamente débiles fueran los acosadores de Matthew. Recordé que una vez estaba en el taller de mi mejor amigo y oímos que la ventana de la bodega se había roto. Encontramos los estantes partidos en dos y las cosas tiradas en el suelo. En ese entonces, yo no sabía de los problemas económicos de Matthew, por lo que no pude entender dicho acontecimiento. Después de una semana me contó que llevaba meses siendo perseguido por un par de hombres, ellos decían ser propietarios del dinero que Matthew había ganado con arduo trabajo.

No sabíamos la razón de que vieran a mi mejor amigo como una amenaza, pues él nunca se había ido del país desde que llegó. Estaba convencido de que Matthew se limitó a hacer su vida en ese pequeño pueblo, por lo que estaba aún más seguro de que esos hombres estaban locos.

—Señor Collins ¿puede responder?, por favor.

Dejé de prestar atención al oficial, que hacía mi papeleo, por ver a uno de los delincuentes mascando un chicle para después sacarlo de su boca y ponérselo en la nuca a su compañero, que no dejaba de temblar mientras bajaba la cabeza cada vez que veía mi mirada sobre la suya. Ambos tipos se parecían bastante, me atrevería a decir que eran gemelos.

—Lo siento, no lo escuché, ¿qué fue lo que dijo?

—¿Usted tiene un abogado a su disposición o prefiere que la comisaría le asigne uno?

—Me da igual, solo quiero irme de aquí y no volver a ver a ese par de insectos. Tampoco quiero verlo a usted, me ha hecho las mismas preguntas durante todo el tiempo que llevo aquí, las respuestas siguen siendo las mismas de hace unos minutos. ¿Acaso es usted estúpido? —El oficial se quitó sus lentes y acercó su rostro a mí, lo que me hizo retroceder en mi sitio, estuve a punto de caer por su culpa. Llevaba muchos años viviendo en ese pueblo y nunca vi a ese señor, por ello a veces pensaba que estaba teniendo una pesadilla.

—Le estoy dando la oportunidad de salirse con la suya y ahorrarse cuarenta y ocho horas preso, pero usted prefiere decir “Me da igual”. Además, ofenderme implica otra sanción por no respetar a sus autoridades —Me sequé el ojo al sentir una gota de saliva caer en mi rostro. El policía, antes de regresar a lo que segundos atrás estaba haciendo, le dio una mordida a su galleta y limpió las migajas que cayeron en mi acta—. Vuelvo a preguntarle, ¿cuenta con un abogado?

Apreté los puños por debajo del escritorio para retener la ira, pues el novio de mi hermana era

abogado, lo que me orillaba a recurrir a él. Hubiera preferido tener de abogada a mi ex novia que deberle un favor a mi cuñado. Entonces observé el reloj, necesitaba salir de ahí lo antes posible, para ver a la mujer misteriosa en el café a medio día.

—Cuento con mi propio abogado —respondí dudoso y lancé un suspiro de desesperación, cubrí mi rostro con las manos y pateé el escritorio.

—Excelente. Podría decirme el nombre de su abogado, por favor —No quería decir en voz alta mi derrota, así que busqué otra salida a ese problema que no me pertenecía.

—¿Puedo pagar una fianza o algo por el estilo?

—Señor Collins, si usted pagara la fianza estoy seguro de que se quedaría sin comer por varios días.

—¿Cuánto sería?

El oficial leyó en voz baja las razones por las que estaba detenido e hizo cuentas en la calculadora. Después de ver el resultado, sorprendido y con los ojos a punto de salirse de su órbita, dijo:

—Su fianza es de mil dólares.

Años atrás, sin protestar, hubiera pagado e incluso le hubiera dejado otros mil de propina al oficial. Al conseguir mi libertad, me hubiera parado y bastante orgulloso me dirigiría a la salida, igual que en las películas clásicas cuando el malo es el ganador. Esa ilusión se quedó en mi mente, ya que pagar ese dinero implicaba gastar una parte de mis ahorros para comprar un nuevo auto. Sé que no era mucho, por ello no pensaba gastar en algo que no era mi culpa.

—No cuento con esa cantidad. El nombre de mi abogado es William Cooper. él trabaja aquí, de hecho —El oficial dejó de beber su café para acomodarse en el respaldo de su silla y mirarme como su próxima víctima. Una sonrisa maléfica se dibujó en su arrugado rostro.

—Claro, William es uno de nuestros mejores integrantes, así que no creo que él sea su abogado. El señor Cooper solo trabaja con personas respetables.

Quería salir de ese lugar, sin embargo, cada oportunidad que tenía se esfumaba tan pronto aparecía en el mapa. Estaba harto de tener que dar explicaciones a todo lo que hacía, igual que un niño pequeño después de hacer una travesura.

El sonido de un grillo no había dejado de sonar durante mi plática con el oficial, por lo que no podía concentrarme. Por otro lado, todos en la sala no perdían detalle alguno sobre mí. Sus miradas estaban fijas en mis movimientos. Quería golpear a cada uno de los espectadores.

—Él es mi cuñado. Sale con mi hermana Mary Collins desde hace cuatro años.

—Ahora entiendo la razón de que su rostro me pareciera familiar, pensé que se debía a que el fin de semana pasado arresté a un vagabundo bastante parecido a usted. Ahora veo que tiene los

mismos ojos de Mary. me da pena por ella, tan buena persona que es, ya decía yo que no podía ser tan perfecta —«*Este oficial está colmando mi paciencia. Juro que en cualquier momento me le echaré encima para tomar su placa y lanzarla hasta el más allá*» pensé—. Entonces ¿estamos bien, Alexander?, te puedo tutear ¿no es así? Ahora somos amigos, después de todo tenemos amistades en común.

—Sí, estamos bien, amigo —Contesté con una sonrisa falsa y me tragué los malos comentarios. Sentí como las palmas de mis manos ardían en busca de algo que golpear.

—Llamaré a William para que venga a hacer el papeleo correspondiente. Te llevaré a la celda más privilegiada que tenemos.

El oficial se levantó y miró amenazante a todos, después colocó su placa en su cinturón y les dijo que siguieran con sus respectivos trabajos. La mayoría continuaron con sus labores, estaba seguro de que alguno de esos reportes sería sobre lo que me acababa de ocurrir. Ya me imaginaba a los dueños de los negocios para los que trabajaba diciéndome “Te vimos en el periódico, por lo que será mejor que no te vuelvas a presentar en mi tienda o, una mejor idea, que te vayas del pueblo”.

Me levanté a regañadientes y seguí a Richard, no sin antes observar amenazante a los responsables de aquello.

Te pareces a tu padre

Al llegar al fondo del pasillo, Jack abrió la puerta que separaba la sala principal de las celdas y prendió la luz, muchos quejidos y un mal olor me recibieron. Por si fuera poco, Jack me entregó una bandeja llena de arroz batido.

Recorrí, con Jack a mis espaldas, lo que debió ser un corto pasillo, pero debido al público se convirtió en lo contrario. Todos se acercaron lo más que pudieron a sus rejas para no perder de vista “al hombre parecido a un gnomo” No era la primera vez que me decían eso a causa de mi aspecto.

—Hey chicos, parece que tenemos un nuevo integrante en la familia. Lo llamaremos gnomo ¿qué les parece? —Las risas de los presos afirmaron como respuesta a la pregunta. Respiré hondo tres veces. como hacía Mary cada vez que le estresaba ver cómo el protagonista de uno de sus libros prefería quedarse con otra.

—Oye, gnomo, no era necesario que vinieras tan elegante —dijo el preso con sarcasmo al observar que mi pantalón tenía demasiados agujeros y mi playera estaba manchada de salsa—. Parece que no quiere hablar. Saben, me recuerda al vagabundo que Jack arrestó la semana pasada, debe ser su hermano perdido.

Lo ignoré, pero el hombre lanzó otro dardo en mi poco autocontrol. Volví a sentirme como un niño de diez años siendo amenazado por chicos de secundaria, pero ya no era un niño delgado de primaria sino un hombre alto, lo suficiente para tumbar a alguien con un solo golpe, por lo que respiré hondo, pero la ira no cesaba sino aumentaba con cada insulto que recibía.

—¿Qué creen que hizo? Puede que lo confundieran con un vagabundo y por lastima dejaron que entrara a las celdas —Sin meditarlo, giré sobre mis talones y me arrojé hacia el que parecía ser el líder de todos para darle un golpe en el ojo derecho.

—¿Quieres callarte? Si no lo haces te echaré a patadas de aquí y el único vagabundo serás tú. De hecho, ese es un buen apodo para ti, considerando que ese puede ser tu destino si no me dejas en paz —Los presos, al escuchar mi voz gruesa, quedaron perplejos.

—¡Pobre! No sabes lo que te espera.

—¡Esa estuvo buena, hermano! —El bullicio elevó mi ego.

—¡El gnomo tiene coraje!

—Jack ¡haz algo! ¿Dejarás que trate así a tu buen amigo?

—Lo siento Bill. Él es cuñado de William, otro buen amigo mío por lo que tendrás que controlarte si no quieres que tu papeleo hacia la cárcel sea reanudado —Bill me miró por un segundo, después volvió a su cama cubriéndose el ojo. No pude evitar reírme junto a los demás.

—Alex, la última celda es tuya. Permanecerás ahí un par de horas hasta que Will se haga

cargo de ti. Lo llamaré, estoy seguro de que vendrá a buscarte. Prepárate para llenar un montón de formularios.

Jack cerró mi celda con candado, lo que me hizo sentir como un oso de verdad. Sentí escalofríos al mirar el poco espacio que me pertenecería por las siguientes horas.

—¿Qué ocurrirá con los tipos que me perseguían?

—Los llevaré a otras celdas. No es la primera vez que alguien los acusa de cometer robo o allanamiento de morada. Me sorprende, considerando que ya son algo mayores. No te imaginas las locuras que dicen.

—¿Qué clase de locuras?

—Nada que tengas que saber. Disfruta tu estadía. Si surge algún inconveniente puedes presionar ese botón para que acuda a verte, lo cual espero que no suceda porque de todos modos nunca vengo, así que olvida todo lo que te he dicho.

Confundido, me quedé en mi sitio observando el sombrío lugar donde me encontraba. Pasé miles de veces por la acera y no me imaginé que un día yo estaría dentro de una de las celdas. Resignado giré y me permití admirar mi celda privilegiada que constaba de un colchón mediano, una baraja española junto a una pequeña lámpara y un inodoro en la esquina.

Me senté y tomé la baraja, la última vez que jugué fue con Jorge, un amigo de México, siempre apostábamos botellas. Hubo una ocasión en la que terminamos tan borrachos que a la mañana siguiente despertamos en el techo del vecino y los zapatos de mi amigo estaban en uno de los árboles. No pude evitar reírme al recordar que una semana después vimos que el vecino llevaba puestos los tenis de Jorge.

Sentí que alguien me estaba mirando, el preso de junto me espiaba a través de los barrotes de su celda y arrugaba la frente cada vez que me reía.

—Hola, ¿se te ofrece algo? —Negó con la cabeza y señaló la cama—. ¿Quieres la sabana?

Se golpeó la frente como signo de desesperación. Me sentí torpe por no entenderle y, aunque repitió un par de veces las últimas acciones, yo continúe en mi ignorancia.

—¿Eres mudo... —busqué su nombre en algún lado de su uniforme, unas letras mal escritas que decían: “Anthony” se asomaron en el cuello de su camisa— Anthony?

Asintió y no supe qué hacer. Pasaron un par de segundos y agarró un bloc que estaba a su lado, escribió bastante rápido y me entregó una nota:

“¿Quieres jugar una partida?”

—¿Sabes jugar? Te advierto que nunca pierdo —dije, aunque sabía que llevaba años fuera de práctica.

“Ya lo veremos”

Anthony y yo jugamos varias partidas, al principio él llevaba la ventaja, pero al final del juego dejó que yo le ganara. Pensé que lo hizo por lastima, pero en realidad se distrajo al mirar el tatuaje que tenía en la parte interna de mi antebrazo derecho, era el retrato de Kim, por lo que flexioné el brazo para ocultarlo.

A pesar de ese detalle me di cuenta de que, por más extraño que pareciera, me la pasaba mejor en esa celda que en mi propio hogar. Disfruté ese tiempo lejos, sin escuchar a Lu cantar en un idioma que para nada era inglés, aunque ella decía que sí lo era, y sin que Mary me estuviera gritando la mayoría del tiempo porque estaba estresada con la inauguración de su estudio.

El tiempo avanzaba y el cielo me indicaba que pronto amanecería. La preocupación me inundó al percatarme de que no había noticias de mi abogado. Después de una hora, escuché a Anthony escribir y con un poco de miedo me entregó una inesperada nota, yo la acepté sin pensar nada extraño, creí que me preguntaría la razón de que me arrestaran, pero fue algo muy distinto:

“Te pareces mucho a tu padre. Lamento lo de su accidente”

Desconcertado, leí varias veces el trozo de papel. Cuando estaba a punto de preguntarle a Anthony como conocía a mi padre, él ya se había dormido. Pensé en despertarlo, pero no quería escuchar una respuesta de algo que yo ya sospechaba.

Escuché el teléfono de la comisaría y Jack contestó preocupado, por lo que tuve la esperanza de que se tratara de William. Estuve escuchando la aburrida conversación, lo suficiente para entender que no se trataba de mi cuñado sino de la esposa de Jack que había perdido a su perro.

Liberado

Me quedé dormido un par de horas al contagiarme de los ronquidos de los demás presos, y abrí los ojos porque los rayos del sol se asomaron en la pequeña ventana junto a mí. Unos pasos se escucharon en medio del silencio. Me levanté esperando ver a Mary o a William, pero en su lugar apareció Jack.

—Alex, William no contestó el teléfono. Le llamé doce veces, pero nunca recibí respuesta suya.

—¡Las doce! ¿Jack, qué hora es?

—Cuarto para las doce —Caminé un par de veces por el pequeño pasillo para encontrar una solución. Lo único que se me ocurrió fue pagar la fianza, aunque ocupara mis ahorros, pues era extraño que una chica me ofreciera empleo por estar interesada en mí y aún más que yo me aferrara a un asunto tan absurdo—. Escúchame Alex...

—No, tú escúchame. Te pagaré la fianza, llamaré a un amigo para que me traiga el dinero, no tardará mucho.

—Tranquilo, no debes hacerlo porque ya han pagado tu fianza.

—¿En serio? ¿Quién lo hizo? Seguro fue Matthew.

—Fue una mujer, no la conozco, pero acompáñame para que le des las gracias en persona. Además, trajo a un abogado que te salvó de un gran papeleo.

—¿Ella sigue aquí?

—Dice que quiere verte, pero tiene unos asuntos que arreglar. Esperemos que siga aquí y no se haya ido —Jack abrió mi celda y me señaló el exterior. Yo, feliz por ser libre de nuevo, salí no sin antes despedirme de Anthony que escribió:

“La próxima vez quiero la revancha”

—Por supuesto, amigo. Adiós —Abrí la puerta, me encontré con muchas personas escribiendo en varias computadoras, pero no había ninguna chica esperándome.

Busqué por todo el lugar y la mayoría eran mujeres desconocidas. Jack arrugó la frente al ver la silla vacía detrás de su escritorio, miró a su alrededor y lanzó las manos a un costado mientras asentía con la cabeza.

—¿Alex la ves por algún lado? —Bastante confundido negué con la cabeza. Entró una señora robusta con una pequeña jaula para perro en sus manos.

—¿Hablas de ella? —Jack siguió la dirección de mi mirada y rio al ver a la mujer avanzando hacia nosotros.

—Claro, es ella la señorita que pagó tu fianza. Debes meterte a la jaula, ella te llevará a tu casa.

—No me tomes el pelo, Jack.

—Lo siento. Ella es mi esposa Lizzie.

—Mucho gusto... —la señora giró su cabeza descifrando mi rostro. Se acercó al oído de Jack e hizo un intento de susurro que alcancé a entender con claridad—. Jack, ¿cómo es que tiene más canas que tú?

—No lo sé, pero actúa normal.

—Disculpen, los estoy escuchando perfectamente.

—Lo lamento Alex. Déjame ver si puedo contactarla, ya regreso —Jack se alejó para tomar el teléfono y me dejó con su esposa que estaba demasiado cerca de mí y no dejaba de sonreírme—. ¡Por fin! Señorita, aquí se encuentra Alexander Collins.

Después de unos segundos en silencio, Jack anotó varias cosas en un papel y me lo entregó al colgar.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que estará en la cafetería como habían quedado — *«Entonces es la misma chica que conoce a Lu»* pensé.

—¿Recuerdas cómo se llama? —Enterarme que la misma chica que me quería ver fue quien pagó mi fianza, descartó la idea de que fuera una broma de Mary.

—No lo recuerdo. solo lo anoté en el acta, pero la guardé en el archivo. Deberías ir a buscarla antes de que se vaya —Agarré mis pertenencias y me dirigí a la salida. Al cerrar la puerta, Jack fue detrás mío.

—Alex, estaré aquí por si lo necesitas. Créeme, yo también lo viví.

Aturdido, volteé al otro lado de la calle. Varias personas estaban entrando a la iglesia, lo que significaba que acababan de dar las doce y debía apresurarme.

—¡Gracias Jack! —Corrí calles abajo, dispuesto a saber si Sabrina estaba en el pueblo.

La Nota

Tomé un atajo y pasé por el mercado, esquivando múltiples cajas que salían de todos lados. Un amigo de Alicia estuvo a punto de atropellarme con su bicicleta, pero se detuvo porque corrí a su dirección para empujarlo.

—¡No me hagas daño, Alex!

—¡Paul, préstame tu bicicleta!

No esperé su respuesta y pedaleé lo más rápido que pude. Mi corazón latía demasiado rápido, creí que en cualquier momento perdería el control y chocaría con alguien, pero la esperanza de que fuera ella me mantuvo cuerdo. Sin embargo, me tomó veinte minutos llegar a mi destino, porque un desfile se atravesó en mi camino.

Entré al café y la campana de la puerta sonó, todos dejaron de comer para mirarme, fingí no notarlo y saludé a Lu con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde está? —Cortando fruta y sin verme contestó:

—Se acaba de ir porque tiene una agenda bastante llena. Dijo que volverá en la tarde, por si le interesa.

—Luisa, ¿no la detuviste?

—Por supuesto que no. Creí que no le interesaba el empleo. Incluso ella continuó con las entrevistas y me pareció egoísta retenerla.

—¡Corrí hasta aquí en vano! Por lo menos ¿sabes de dónde vengo?

—Sí, sé que estuvo en la comisaría. Señor, relájese y beba un poco de limonada para celebrar que no pasó a mayores —Enojado tiré la bebida que me entregó Lu sobre la mesa junto a mí. Todos empezaron a exclamar de sorpresa, por su lado Luisa torció la boca—. Señor, acababa de limpiarla.

No solo estaba molesto porque ella se hubiera ido y Lu no lo hubiera impedido, sino porque Lu sabía que necesitaba ayuda y lo único que hizo para ayudarme fue regalarme un vaso de limonada.

—¿Sabías que estaba en la comisaría y no hiciste nada para ayudarme? —Lu me jaló del brazo para sacarme del lugar y me dio una nota.

“Espero que no te hayas enojado con Lu, ella no tiene la culpa. Te veré en la tarde, es tu último intento para conseguir el trabajo. Si no vienes entenderé tu decisión, pero no me busques después para retractarte”

Necesitaba ir al parque, no por el trabajo, sino por ella. Primero me dio una botella de tequila

falsa, después pagó mi fianza y se fue sin decirme nada, finalmente me dejó una nota, lo que resultaba muy interesante. Parecía que todo era parte de un plan.

Cuando me giré, y me encontré con la puerta de la cafetería aún cerrada, el estómago se me revolvió. Dicen que el odio es veneno para el alma, pero mi nombre era la definición perfecta para aquel sentimiento.

Me mantuve firme en mi sitio, tratando de calmarme y olvidar el vergonzoso momento que acababa de pasar. Aquella puerta era solo una de entre tantas que habían repetido la misma acción de ese día. Mi mirada estaba atiborrada de tirria y mis manos estaban hechas puño, así que pateé el letrero del café y por accidente lo rompí a la mitad. Me aseguré de que nadie me viera y a escondidas lo escondí detrás del bote de basura.

—Disculpe, ¿usted es Alexander Collins? –preguntó un hombre a mis espaldas. Salté del susto y fingí que estaba ayudando a recoger la basura del local de junto.

—¿Por qué busca a Collins?

—Soy el Señor Jan, el dueño de la pastelería del pueblo. Ayer recibí la solicitud de empleo de Alexander Collins. He tratado de contactarlo, sin embargo, no cuento con su número de teléfono. Además, pregunté en el negocio de enfrente y me dijeron que usted es Alexander Collins.

Observé mi alrededor buscando un lugar donde esconderme, lo único que encontré fue un poste, pero no me ayudaría a esquivar a ese hombre. Por sus rasgos supe que era asiático y al hablar se le notaba el acento. Por otra parte, yo no envié solicitud para algún trabajo, mucho menos para una pastelería, pues la cocina y yo éramos como el agua y el aceite, nunca nos mezclábamos.

—Yo no mandé ninguna solicitud. Ni siquiera conozco la pastelería. Creí que el único lugar donde vendían pasteles era con la señora Jane.

—Exacto, es bueno saber que nos entendemos. La señora Jane y yo hemos abierto una pastelería juntos. Ella se encarga de los pasteles y yo me encargo de los postres como brownies, galletas, ese tipo de cosas.

—Déjeme entender, usted afirma que les llegó una solicitud de empleo de mi parte para la nueva pastelería, cuyos dueños son la señora Jane, que se encarga de los pasteles, y usted que se encarga de los postres —El hombre asintió con cada palabra mía, pero al escuchar lo última gritó con emoción por encima del ruido de los autos.

—¡Exacto! Ya sabe, brownies y galletas, ¿alguna vez los ha probado? —El señor Jan me hizo sentir como si yo fuera de otro planeta y nunca hubiera probado ese tipo de comida.

—Por supuesto que los he probado, pero yo no sé cocinar. Estudié administración, puedo ayudarle a manejar las finanzas de su negocio, pero no a cocinar.

—¿Quién habló de cocinar? Por lo que leímos solía trabajar como mesero en un restaurante mexicano—Mi mandíbula estaba por los suelos. Alicia era la única persona que sabía sobre mi

antiguo trabajo como mesero, pensé que lo había olvidado.

—¿Cómo sabe que trabajé en un restaurante mexicano? —Le arrebaté a Jan la hoja que se suponía era mi solicitud, me encontré con una letra que no me pertenecía. No tenía una caligrafía tan pulida, mi letra era horrible.

Recordé que días atrás Alicia no dejaba de hablarme sobre conseguir un nuevo empleo, pues las medicinas de mi padre aumentaron de precio y nuestros sueldos no podrían cubrir ese gasto, incluso consiguió trabajo en una guardería, lo que me pareció raro puesto que a ella no le agradaban mucho los niños. Por otro lado, Jan no dejó de sonreír durante nuestra charla, lo cual era algo extraño, parecía que promocionaba pasta dental.

—¿Dónde consiguió esto?

—Estaba junto a las otras solicitudes en el buzón. Me pareció interesante su solicitud, sobre todo al ver que trabajó como mesero.

—¿Dónde se encuentra la pastelería?

—Se encuentra delante del parque, ayer hicimos la gran inauguración. No se preocupe, nos está yendo bien en el negocio, hasta tuvimos que comprar más mesas porque las que teníamos no alcanzaban. ¿Puede contestarme que sí a la oferta de trabajo? Necesito regresar o la señora Jane me va a matar.

—Está bien, acepto —Pensé que Alicia sólo quería ayudar y no quería que creyera que no me importaba nuestra situación económica.

—¡Es una excelente noticia! —Jan juntó sus manos y se agachó para agradecerme en japonés.

El Reencuentro

Escucha aquí: Si Nos Volvemos a Encontrar de Ivana

Caminé con Jan rumbo a la pastelería para firmar el contrato. Fue difícil llegar a tiempo porque él se distraía fácilmente con cualquier cosa que veía, sobre todo con las tiendas que se cruzaban en nuestro camino.

Jan me contó varias anécdotas que le ocurrieron al llegar al pueblo, hablaba tan rápido que me era difícil comprender todo lo que me decía y ni siquiera me daba tiempo de responder a sus preguntas, continuaba hablando.

Yo caminaba delante de él para guiarlo, sin embargo, al pasar por una florería dejé de escuchar su característica voz, pensé que por fin guardaría silencio, pero al voltear no lo encontré, parecía que nunca había estado ahí.

Decidí regresar y recorrer la última calle. Busqué en todas las tiendas, pero no lo vi por ninguna parte. Estaba a punto de rendirme cuando lo miré comprando flores al otro lado de la calle.

—Señor Jan, ¿qué hace aquí?

—¡Alexander! ¡Pensé que te habías perdido! —me dijo mientras la encargada le mostraba varios ramos de girasoles y lirios—. ¿Qué ramo te gusta más?

—¿Por qué quiere comprar flores?

—¿No es obvio? Tú me has impulsado a confesar mi amor —Jan me extendió un gran ramo de lirios, le costó sujetarlo debido a su estatura y su complexión delgada.

—¿De qué habla? Me está asustando.

—Tranquilo, no son para ti. Quiero regalarle un ramo a la señora Jane, yo sé que en el fondo me ama, aunque parezca lo contrario. Nuestra conversación me impulsó a confesar mis sentimientos, no quiero terminar como tú.

—¿Cómo yo?

—Viejo y solo —me dijo dando palmadas en mi hombro.

—¿A qué se refiere con viejo? Soy más joven que usted.

—¿En serio? Tienes muchas canas y por ello pensé que eras viejo, perdóname. Te regalaré un champú japonés que es buenísimo, en unos meses volverás a ser joven —La mujer que atendía a Jan agachó la mirada pues debido a su edad su cabello era totalmente blanco, y Jan se percató de su reacción—. No se preocupe, también le obsequiare uno a usted, pero el champú no hace milagros, le advierto.

Interrumpí a Jan a propósito antes de que empeorara aún más la situación y provocara que nos echaran de la tienda.

—Jan, no conozco mucho a la señora Jane, pero podría darle un ramo de girasoles y lirios, así no tendrá que decidir.

—¿Acaso eso se puede? —la encargada y yo asentimos bastante confundidos por la emoción de Jan—. Gran idea, Alexander. Por favor, deme un ramo de orquídeas.

—¿No quiere un ramo personalizado? Podemos armar uno con girasoles y lirios —contestó la encargada.

—Acabo de recordar que las flores favoritas de la señora Jane son las orquídeas —suspiré mientras reía por dentro.

Jan parecía estar muy entusiasmado, pero un gran trueno me recordó el motivo principal por el que nos dirigíamos al parque.

—Tenemos que apurarnos o Jane nos matará.

—¿Por qué no me lo recordaste antes? —Jan pagó el ramo y estuvo a punto de caerse al salir del local.

Caminamos lo más rápido posible, ya que los charcos impidieron que pudiéramos mantener el equilibrio. Las personas a nuestro alrededor nos observaban raro, aún más al notar que Jan llevaba un ramo gigante de orquídeas y que se sujetaba de mi brazo para no caerse.

Llegamos a la calle de la pastelería cuando la lluvia aumentó su intensidad y una gran corriente de aire tiró las flores, lo que hizo enloquecer a Jan.

Metros más adelante, en medio del parque, había una silueta junto al lago, pertenecía a la de una mujer que se encontraba de espaldas a nosotros. Estaba tomando fotografías del paisaje y no se molestó al notar que la lluvia empañaba el lente, de hecho, dejó que las gotas formaran parte de la fotografía.

El viento lanzó el suéter que ella tenía amarrado a la cintura y corrí para alcanzarlo. Lo reconocí de inmediato: esa abertura en uno de los bolsillos la hice a los doce años cuando aprendí a patinar y me atoré con la rama de un árbol, esa mancha de pintura en el hombro izquierdo intenté quitarla muchas veces, pero solo empeoré el asunto y esa inicial dentro de una manga la hizo alguien muy especial cuando tuvimos que separarnos por un tiempo.

Jan hablaba, pero no lo escuchaba, su voz era un susurro a comparación de los recuerdos que retumbaban en mi mente.

Pude girar e irme, pude pretender que nunca llegó esa botella de tequila, pude fingir que mi fianza nunca fue pagada, pero, sobre todo, pude pretender desconocer esa sombra y alejarme como en antaño. No obstante, preferí verla en silencio, aunque aprendí que el silencio era lo único capaz de, en un segundo, imponer paz o arrebatar la cordura.

—¡Alex! ¿Puedes ponerme atención? —Ella botó la cámara al escuchar mi nombre en boca del señor Jan.

Se giró y plantó su mirada en mí. Absolutamente en mí. Nunca pensé que ella regresaría a mí.

Esos ojos cafés, esos labios finos pero especiales y ese rostro le pertenecían a una sola mujer.

Yo sé que si ella fuera una aguja en un pajar podría encontrarla, así como ella cumplió su promesa y me encontró.

—¿Alex?, Alexander —me dijo en susurros mientras se acercaba con cautela. Las bocinas de los autos no dejaban de sonar porque obstruíamos el paso. El viento disminuyó y la lluvia caía con gotas ligeras, el clima parecía normal, pero ella no. Ella nunca fue normal —. Hola, viejo amigo.

Su voz me golpeó el pecho y juro que sentí los latidos de mi corazón pidiendo tregua. Mi mente no dejaba de preguntarse si era real lo que estaba ocurriendo o si nuevamente, a causa del cansancio, me encontraba soñando cosas sin sentido.

—Hola Kimberly...

El Inicio



7 de noviembre de 2012

—"Four More Years" Con estas tres palabras, en su cuenta de Twitter, el presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, anuncia que ha obtenido la reelección...

Se escuchaba en las noticias que me mantenían distraído de mis obligaciones. Me negaba a prestarle atención a mi padre, pero a propósito él se plantó delante de mí y no tuve otra opción que dirigirle la mirada.

—¿Alexander, recuerdas todo lo que debes decir?

—Sí, debo decir mentiras sobre ti. Ya estoy acostumbrado—Mi padre acomodó mi corbata antes de que las cámaras nos enfocaran. Apretó el nudo hasta el punto de ahorcarme y ponerme rojo. La noche anterior no pude dormir porque se le ocurrió la magnífica idea de repasar los diálogos acordados para la entrevista. Por supuesto que no fue un repaso, sino un estudio meticuloso de las falacias que diría—. Me estás ahorcando, Richard.

—¿Recuerdas la sonrisa que tienes al recibir tu salario?, pues esa sonrisa es la que usarás enfrente de las cámaras, y en cuanto a tu insolencia tendrás que apartarla por lo menos hasta que finalice el programa —susurró enfadado.

—¿Al culminar este lío, podré ir a donde yo quiera?

—Por supuesto, me da igual si vas a un bar y tomas toda la noche, pero asegúrate de que Jessica te acompañe.

—Disculpe, señor Collins, entramos al aire en cinco.

—Gracias, mi hijo y yo estamos ansiosos de empezar.

Puede que mi padre no estuviera equivocado, ya que me encontraba demasiado nervioso y desde que salí de casa, y por poco olvidé el saco, supe que ese día no sería fácil de sobrellevar. No era la primera ocasión en la que mentía para tapar el polvo encima de mi familia. Sin

embargo, era la primera vez que lo hacía delante de cientos de personas.

Quería correr hacia Nancy Rodríguez, la conductora, para suplicarle que sus preguntas no fueran tan personales y que aumentara el número de comerciales en caso de que me desmayara.

Me sentía atado a esas cuatro paredes que me ahorcaban con su existencia. No dejaba de preguntarme «¿es posible fingir que estás bien cuando ni siquiera sabes que quieres hacer con tu vida?» esperaba que fuera posible.

Me senté junto a mi padre, repasé mi expresión facial además de la frase con la que debía dar por terminada la entrevista. Mi media hermana no se quiso presentar, pues la prensa la aterrorizó con la última visita en la entrada de su casa. Por otro lado, Mary y mi madre habían salido de viaje a visitar a los abuelos de manera oportuna.

Las luces se encendieron, mitad del estudio oscureció, Nancy Rodríguez carraspeó y sonrió de oreja a oreja, "al aire" apareció en la pantalla del fondo, mi padre golpeó mi hombro de forma amistosa y yo me sentí como un extraterrestre. Después de una introducción, comenzó el interrogatorio:

—Alex, ¿qué opinas sobre la nueva iniciativa de tu padre de otorgar diez mil becas a niños de bajos recursos?

Las notas en la pizarra de la oficina de mi padre se reproducían en mi cabeza con cada pregunta. Evitaba mirar a Richard, no quería ser reprimido más tarde por mi falta de seguridad al contestar.

—No me sorprende en lo absoluto, él es un hombre bastante dadivoso. Estoy seguro de que no será su último proyecto. Él es sinónimo de triunfo y solidaridad, por consiguiente, me considero afortunado de ser heredero de proyectos como este.

—Señor Richard, debe estar orgulloso de tener un hijo como Alexander. Dígame, ¿usted y su familia tienen un lazo tan genial como este?

La oficina de mi padre hecha un caos, sus gritos y órdenes acompañados de golpes para mantenernos presos en nuestras habitaciones, junto a las ventanas rotas porque la prensa exigía verle, envolvieron mi mente en un remolino de mala adrenalina. Observé a mi padre con ojos amenazantes, creí que no escaparía de esa.

—En cuanto a mí, nuestra familia es como un rompecabezas, siempre intentamos mantener cierta unión. Sin embargo, quiero oír la opinión de mi hijo. No tenemos tan seguido la oportunidad de expresar nuestra opinión sobre el tema —Nancy cambió el micrófono hacia mi dirección.

Sentí como mis piernas temblaban por la frustración. Para mi padre era un gozo verme de aquella manera y para mí era estar en medio de un campo de guerra desarmado y sin ejército.

—Mi familia es única, así que no hay palabras para describirla. Cada vez que enfrento un problema pienso ¿qué haría yo sin mis hermanas? Aunque a veces es incómodo escucharlas

pelear por los chicos —Las risas en el estudio me devolvieron un poco de calma. Después de unas cuantas preguntas sin importancia, la conductora dio por finalizada la entrevista no sin antes darme la palabra—. Nancy, quiero decir unas palabras a mi padre, quiero que las personas que nos están viendo sean testigos. Papá, te aseguro que seré un jefe ejemplar como tú. También quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. No imagino a un mejor hombre de familia que tú, por lo que, frente a esta audiencia, reitero mi compromiso de no dejar que Collins Company caiga. Me será difícil superarte, pero haré lo mejor que pueda para mantener tu nombre en alto.

—Hijo, me alegro de formar parte de sus vidas. Sé que el futuro de la empresa está en buenas manos —Richard me abrazó y con dos palmadas en la espalda me dijo que mi trabajo de ese día había terminado.

Las cámaras se apagaron y, sin despedirme, salí del estudio. Bajé las escaleras rumbo al estacionamiento mientras me quitaba la corbata y el saco. Nuestro chofer, al mirarme, abrió la puerta del automóvil, pero le hice señas a él y a mis guaruras de que me iría por separado.

Caminé calles abajo hacia mi departamento. Caminé con prisa, no quería que mi padre se arrepintiera y me ordenara pasar tiempo con él en la empresa, ya bastante tenía con mentir y cubrir su espalda. Empujé a un par de personas que no parecieron enojarse sino sorprenderse de verme sin guardaespaldas. Pasé por la fuente cuando alguien tomó mi brazo y me tropecé con una chica gótica.

—¿Quieres quitarte de mi camino, vampira? —Ella no me pidió un autógrafo como pensé.

—¿Me dices vampira a mí? —Me miró unos cuantos segundos y después pretendió estar ocupada leyendo una revista de espectáculos.

—No, se lo digo a la lagartija detrás de ti —No veía su rostro por el mechón de pelo que lo cubría. Ella, como si leyera mis pensamientos, despejó su cara y pude ver sus ojos marrones junto a una mueca de disgusto—. Tengo prisa. No me hagas tirarte a la fuente.

—¿Es cierto lo que dicen? "Alexander Collins es solo otro títere de Richard Collins" —dijo al mismo tiempo que me señalaba la portada de la revista que tenía en sus manos.

—Por favor, aléjate de mí. Yo no salgo con chicas góticas.

Lo único que deseaba era llegar a mi departamento para aislarme de todo y alejar el remordimiento de conciencia. No tenía espacio para una chica ese día.

—No creo que quieras irte, puesto que yo tengo tu celular.

—Eso no es cierto —El celular tenía información confidencial, que nadie de mi familia o externo a los abogados de mi padre conocía.

—¿Entonces qué es esto?

Levantó mi celular y la pantalla se iluminó por una llamada de Alicia. Quise arrebatárselo,

pero lo único que conseguí fue que ocultara el aparato en su bolsillo. Desde ese momento ella fue la ladrona de mi mesura.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te daré el celular a cambio de un poco de dinero.

—No tengo dinero, ni siquiera traigo mi cartera.

—No te estoy preguntando si tienes dinero, te lo estoy exigiendo. Sé que tienes la cartera en el bolsillo izquierdo junto a las llaves de tu departamento.

—¿Cuántos años tienes? ¿dieciséis? No tienes la facultad de darme órdenes.

—Tienes razón, yo no puedo exigirte, pero mi amiga sí puede —Sacó una pistola y la puso entre mi estómago y el suyo. Era el colmo que una de las únicas ocasiones en que me encontraba solo me quisieran matar—. Puedo jalar el gatillo para matarte y morirme en la cárcel. Total, al parecer, no tengo una vida que valga la pena.

Al ver que yo no cedía, apuntó el arma a mi sien y comenzó a jugar a la ruleta rusa, lo que me trajo malos recuerdos.

—¡Está bien! Te daré el dinero, pero dame el teléfono.

—No creo que tengas veinte mil pesos.

—Tengo el dinero y si me dejas de apuntar con tu "amiga" te lo daré sin protestar.

Ella mascaba chicle mientras elegía si dejarme vivir o matarme. Desde esos momentos comenzaron las amenazas de muerte entre nosotros, pero la mente es cautelosa en la paz e impulsiva en la felicidad.

—Primero dame el dinero, después te daré el celular y así podrás continuar con vida —Lancé parte del dinero al suelo donde ella lo recogió sin avergonzarse, entonces me di cuenta de que las calles estaban vacías o por lo menos en la que estábamos no había nadie.

—Dame mi celular.

—Ya lo hice. Lo puse entre tu cinturón tal como estaba al principio.

Busqué mi celular y me sorprendí al encontrarlo donde debía estar desde que salí de la entrevista. Me distraje unos segundos tratando de llamar a la policía, pero no tenía señal.

Perdí a la ladrona de vista, como era de esperarse, y al girar la vi cruzando la calle sin importar que el semáforo estuviera en verde.

—¡Me las vas a pagar! —grité

—¡Cuídate, Alexander!

Su silueta se perdió entre la multitud que al verme se abalanzó sobre mí, tuve que correr hasta mi destino.

Debí saber que eras tú

—Dime que no quieres robarme dinero y que no traes un arma —dije y ella solo sonrió.

—Por supuesto que no quiero robar tu dinero y la única arma que tengo es un paraguas —Verla hizo que mis sentidos se bloquearan y que los pensamientos más absurdos salieran a flote.

—Hace diez años que no te veo —¿Cómo esa frase pudo ser mi introducción?

—Sí, diez años desde la última vez que te vi, pero estoy aquí para arreglar algunos asuntos, así que ¿te puedo invitar a comer?

Sus respuestas eran firmes, no dudaba en responder a cada una de mis tontas palabras. Por otro lado, yo continuaba pensando que lo que estaba ocurriendo era un sueño loco.

—¿Sabrina sabe que estás aquí? —*«Estoy empeorando las cosas»*

El dolor se apropió de su expresión facial. Suspiró y endureció su semblante, algunas arrugas cubrieron su frente y con sus músculos tensos me contestó:

—No creo que Sabrina pueda enojarse.

—Es tu prima, además yo salí con ella un tiempo, después la dejé por ti y ella se enojó como nunca. No creo que le agrade la idea de que me veas.

¿Podía arruinar aún más las cosas? Incluso el señor Jan dejó de recoger las orquídeas que se le cayeron con el aire para mirarme y negar con la cabeza varias veces.

—Sabrina lo sabe. Ella no está en condiciones de impedirme que hacer —no comprendí a qué se refería con “no está en condiciones”, sin embargo, hice caso omiso.

—De ser así hablemos, pero por la tarde tengo una cita con una amiga de Lu —Cambié el tema sin notar que regresé al mismo hoyo de antes.

—¿Una cita?

—Sí, una amiga de Lu quiere ofrecerme empleo, aunque es probable que se trate de una broma de Mary.

—No es ninguna broma. Soy yo.

«Debí saber que eras tú»

Un no sé qué



—¿Tienes el dinero? —Me gritó Jorge, mientras frotaba las palmas de sus manos, cuando me vio llegar a la esquina de la calle.

—¡Puedes esperar a que llegue hasta ahí! —contesté con ira. Nunca había sentido tanta vergüenza.

Me sorprendió lo fácil que resultó nuestra jugada y eso me puso en alerta porque quería decir que la familia Collins tenía dinero de sobra.

—¿Cuánto es?

Jorge me arrebató el fajo de dinero, rompió el sobre que lo protegía y lo tiró a la calle sin preocuparse por lo que dijeran los demás, pero ¿dónde estaban los demás?

—Jorge, ¿por qué las calles están vacías?

—¡Esto es increíble! ¡Es un poco más de lo que queríamos!

—¡Jorge, responde a mi pregunta!

—Vattiare logró llevarlos al zócalo, fingió ser agente de tránsito.

—¿Le puedes decir que la misión está cumplida?, no quiero aparecer en las noticias y que sepan del robo.

—Lo haré. Entonces, ¿Alexander Collins es tan guapo como dicen?

Me preguntó mi novio, en tono burlón, con el celular entre el hombro y la oreja. No le pude contestar porque su conversación con Vattiare nos interrumpió.

Alexander no era tan atractivo, puede que fuera un tipo insípido, con un físico demasiado diseñado por las agencias de publicidad. También tenía una mirada monótona que resultaba triste junto a un rostro particular…

—Kim, ¿Quieres ir a robar algo de comida?

—No me lo perdería por nada.

Pero Alex tenía un no sé qué y era imposible no querer mirarle todo el tiempo.

¿A quién engaño? Sí, Alexander Collins era demasiado guapo.

Bala tras bala

Escucha aquí: tqum de Sofia Reyes y Danna Paola

Desde que entramos a la pastelería, Alexander no dejaba de verme. Sentí como el rubor cubría mis mejillas.

—¿Dónde quieres sentarte?

Los arreglos florales sobre todas las mesas eran hermosos. Los manteles hacían juego con los pétalos morados y rosas. Su olor me recordó a la época donde todo comenzó.

—En la mesa junto a la planta.

Debí sonar rara, odiaba elegir los lugares más ocultos entre la multitud, sin embargo, era mejor de esa manera, pues quería pasar desapercibida.

—Es mejor la mesa junto a la ventana, ¿no crees?

—Por supuesto, pero muy pocos saben que me mudé y no quiero que me encuentren.

—No conoces a nadie de este pueblo, pero si quieres podemos sentarnos junto a la planta.

—Prepararé la mesa —dijo Jan entusiasmado—. Listo, les traeré el especial de hoy, les encantará.

Avanzamos a la mesa, con torpeza me senté y coloqué mis pertenencias en el respaldo de la silla. Estaba buscando mi suéter, cuando Alex extendió su mano y me lo entregó.

—Gracias.

—Creí que lo habías perdido.

—Dije eso para que Sabrina no se incomodara delante de tu familia.

—Hablando de ella, ¿cómo está?

Tenía la esperanza de que mi visita fuera fácil. Estaba sola sin mi prima, afrontando una situación tan peculiar. Yo sabía que Alex lucía distinto, pues una infinidad de ex compañeros de la empresa llenaron mi bandeja de mensajes con los rumores de su mudanza a Estados Unidos.

Nunca pensé que me encontraría con el brillo de sus ojos oculto detrás de esas ojeras, sus labios parecían no existir y haber sido reemplazados por su barba, tenía algunas canas y en su frente había algunas arrugas que mis manos querían borrar. No obstante, tenía que resistir mis impulsos.

—Dime, ¿qué hiciste para ser arrestado? —Lo adecuado era evadir el tema por un tiempo, él

enloquecería al saber las causas de mi presencia. Sabrina no era un buen tema de conversación.

—Nada malo, solo golpeé a unos tipos que querían robarme dinero. ¿Te recuerda a alguien?

Jan apareció con un pastel de frutas y lo colocó al centro de la mesa para servirnos lo que quisiéramos. Jan no opinó sobre nuestra plática, se limitó a cumplir con su trabajo.

—Señorita, ¿quiere que quite la planta? para que no parezcan intrusos.

—Muchas gracias, Jan. Quisiera permanecer así. La planta parece disfrutar de mi compañía.

—¡Ella es muy graciosa!

—Ya lo sé Jan —dijo Alex con un tono de voz sarcástico.

Llevó un trozo de pastel a su boca y Jan lo miró en busca de un halago, pero Alex escupió la comida en la servilleta.

—¿No le gustó?

—No sé qué decir.

Sus ojos chocaron con los míos. Rogué que no intentara hacer un escándalo. Habían pasado muchos años sin convivir, así que perdí el hábito de permanecer calmada y ayudarle a superar sus ataques de ira. Fingí tomar mi malteada sin dejar de observar a Alexander. Arrugué la nariz y le saqué la lengua para que dejara de estar molesto.

—Jan, a lo que se refiere Alex es que le gustaría otro postre sin cerezas porque es alérgico.

—¡Perdóneme, no lo sabía! En un momento traeré una tarta de chocolate que seguro les gustará.

—No se preocupe, ahora ya lo sabe.

Collins lanzó la servilleta sin importar que cayera en mi plato, yo la quité tomándola de un borde y depositándola en el bote junto a nosotros. Alex no pareció avergonzarse y sacó su celular para no tener que hablar conmigo.

Jan se alejó con una sonrisa a modo de disculpa. Yo continué “comiendo” y “tomando” mi bebida. Acerqué una rebanada de pastel de frutas a mi plato. Busqué una forma de borrar la incomodidad del momento, así que agarré un poco de crema pastelera y la embarré en el rostro de Alex, de inmediato guardó su celular.

—Lo siento, no encontré servilletas y necesitaba limpiarme.

Alex me observó confundido y analizó lo que acababa de hacer. Llevaba años que no bromeábamos de aquella manera.

—No te preocupes. Espera, tienes una mosca en la nariz.

—¿Dónde?

—Ahí —Pasó su mano sobre el puente de mi nariz hasta mi barbilla y, para desafiarme, embarró un poco de fruta en mi rostro—. Kimberly, no me hagas embarrarte el pastel como en tu cumpleaños número dieciocho.

—Eso no lo hiciste conmigo, lo hiciste con Sabrina.

Su media sonrisa cambió a su habitual rictus. Sabrina seguía en su mente. Era de esperarse.

—Perdón, ustedes son tan similares que confundí recuerdos.

—De hecho, mi prima y yo somos muy diferentes. No te preocupes, sé que es difícil no recordarla.

—Lamento haber dicho eso, no sé qué decirte. Llevamos años sin convivir y esto es raro.

—Sí, lo es. Hablemos de otro tema. Lu me comentó que trabajas como administrador.

La cafetera era lo único que se escuchaba junto a la respiración de Alex. Tenía que burlarme de su trabajo o no aceptaría mi propuesta.

—Sí, administro algunos negocios del pueblo.

—Pensé que a estas alturas ya tendrías tu propia empresa o algo por el estilo.

—¿Qué hay de ti? ¿En qué trabajas?

—Soy arquitecta, me va bastante bien.

—Cuéntame más, no seas modesta.

—No quiero hacerte sentir mal.

—No te preocupes, puedes decirme —hubo un silencio incómodo.

—Alex, ¿qué te ocurrió? ¿Qué pasó con los otros planes que tenías?

—No quise continuar, es todo. Estoy bien trabajando como administrador. ¿Qué tiene de malo mi empleo?

Dejé de comer. No podía solapar su comportamiento, no después de verlo ensayar cuatro horas diarias en el piano de su departamento. Hacer aquello era imprescindible o le esperaría la desdicha a la vuelta de la esquina. Alex merecía una vida mejor.

—Honestamente, en tu caso, fracasaste. Mírate, resultaste un experto en los negocios y no un prodigio del piano como presumías. ¡Vamos!, si quieres puedes prestarme tu puesto para demostrarte que cualquiera puede imitarte o superarte. Cualquiera podría hacer tu trabajo mejor que tú, no sé porque los demás te contratan si pueden solucionarlo ellos mismos. Gastaste miles

de pesos en una universidad de música para que al final no siguieras con tu carrera.

Él se sentía intimidado si lo amenazaban con superarlo y le restregaban el dinero que había tirado a la basura. Supe golpear su talón de Aquiles.

—Bueno, entonces haz mi trabajo. Veamos si en realidad resulta tan fácil como lo planteas y trata de ganarte la vida como músico.

—Lo haré si aceptas hacer servicio comunitario.

—¿Quieres intercambiar empleos? ¿Necesitas dinero?

—No y no. Yo te acompañaré al trabajo y tú me ayudarás con el mío. solo será una hora diaria.

—¿Es cierto que puedes conseguirme un puesto en Berklee?

Seguía siendo tan directo como siempre al tratarse de obtener algo a cambio.

—Para Alex sí, pero para Collins no —Él sabía a lo que me refería. Quién podía ir a Boston era su versión verdadera y no la versión que creó Richard—. Tienes un par de semanas para ganar tu lugar en Berklee.

—Kimberly, ¿cómo obtendré un trabajo en esa academia de música?

Era claro que no creía en mi palabra y pensaba que aquello era una mentira para acercarme a él, pero de verdad quería ayudarlo a cumplir ese sueño que tenía desde que lo conocí.

—Eso déjamelo a mí. Conozco a alguien bastante poderoso que puede ayudarte. ¿Trato hecho?

—Esto suena tan irreal, pero trato hecho.

Comimos sin dirigirnos la palabra. Algunas veces atrapé su mirada y, cuando parecía estar distraído, aprovechaba la oportunidad para escanear lo que dejó las malas decisiones de su pasado. Mi mente no parecía procesar la idea de que él estuviera frente a mí.

Alex miraba hacia la ventana detrás suyo para evitar encontrarse conmigo, pretendía estar interesado en los autos que estaban pasando. Era obvio que el momento se había tornado más frío que el helado que acababa de pedir.

Llevaba meses pensando en cómo sería estar con Alexander a solas, sin su padre queriendo controlarlo todo, sin Alicia intentando separarnos y sin los medios encima nuestro todo el tiempo.

En ese momento lo tenía delante de mí. Tenía la oportunidad de comprobar los rumores que me habían preocupado, también podía desbordar el vaso de quejas que siempre quedó atrapado en mí. Pero, su padre ya no podía controlar a Alex. Alicia ni siquiera me dirigía la palabra, y ya nadie recordaba a la familia Collins.

Era como si hubiera ahorrado durante diez años todo lo que tenía, pensando en las cosas que podía corregir para poder recuperarlo, y logré llegar a donde sea que él estaba, pero me di cuenta de que la persona, por la cual ahorré tanta esperanza, había cambiado por completo. La razón de mi decepción no era que él ya no estuviera disponible, sino que se encontraba bastante dañado por el paso del tiempo.

¿Qué debía hacer? si por lo que ahorré estaba delante mío, pero roto. ¿Lo debía aceptar? sabiendo que, tal vez, yo no podría arreglarlo. Durante el tiempo que estuve con Alex, no dejé de preguntarme si estaba bien estar ahí.

—Kimberly, ¿cuándo te vas a ir? —preguntó sin poder sostenerme la mirada.

Su tono áspero provocó que mi mente se congelara. Sus dedos golpeaban suavemente la mesa como si eso ayudara a suavizar mi respuesta.

Estar con él era como ver una bala tras otra, pues estar juntos era como siempre tener una escopeta enfrente mío. No sabía si estaba a punto de disparar o si la bala me tocaría a mí, solo podía intuir que en cualquier momento el desastre ocurriría, y no podría evitarlo porque ya no estaba en mí el defenderme. Además, en cuanto Alex se fue de México supe que yo me quedaría atorada en el pasado.

—Hoy no, planeo quedarme unos cuantos días.

Jan apareció con otra rebanada de pastel de chocolate para Alex. Puede que mi respuesta no haya sido lo que esperábamos, pero sirvió para alejar cualquier miedo.

—Por cierto, Alexander, su hermana me pidió darle un recado —dijo Jan.

—Usted es nuevo en el pueblo, ¿cómo sabe quién es mi hermana?

—Porque ella vino en la mañana a comprar un pastel, así que escuchó mi conversación con Jane sobre ir a buscarle y me pidió que si lograba encontrarlo le diera un recado.

—¿Qué recado? —Jan sacó de su mandil un trozo de papel.

—William y ella quieren verlo hoy a las tres de la tarde para darle una noticia importante.

—¿Qué noticia?

Yo sabía a lo que se refería Jan. Alex reaccionaría mal al enterarse, en casos como ese recurría a mi fe para salvarlo.

Nada Es Lo Que Parece

Estábamos a punto de salir de la pastelería, pero sonó la campana anunciando un nuevo cliente. Era un hombre que no conocía, sin embargo, Kimberly me suplicó que permaneciera callado y saliéramos por la puerta trasera.

Por primera vez sentí una caricia de parte ella: las yemas frías de sus dedos se aferraron a mi brazo y transmitieron una extraña energía a mi cuerpo. Ese recuerdo tendría que ser incómodo, pero se convirtió en todo lo contrario. Aquel momento fue medicina para mi mente.

—¿Por qué debemos permanecer callados?

—¿Disculpe? —dijo el hombre mientras pedía un brownie y un café. Parecía estar irritado y por sus ojos sospeché que no había dormido lo suficiente.

—Perdón, le hablaba a ella.

Señalé el lugar junto a mí, Kimberly estaba molesta, por lo que se alejó sin decir nada y cerró la puerta trasera con brusquedad. Parecía como si nunca hubiera estado junto a mí. Pensé que al salir me daría cuenta de que todo fue producto de mi imaginación y que Kimberly nunca estuvo conmigo.

—Le entiendo, yo también alucino cuando llevo días sin dormir, pero se le pasará en poco tiempo. Es mejor que descanse. Hasta luego.

El señor se fue dejándome con la confusión. No pude evitar buscar una respuesta en Jan que alzó los hombros y me sonrió restándole importancia al asunto.

—Mañana comienza su primer día de trabajo, lo veré a las ocho de la mañana. La señora Jane es bastante estricta.

—Haré lo posible, pero no le prometo nada —me dirigí a la salida y Jan corrió a impedir que me fuera.

—Pensé que acompañaría a la señorita de camino a su trabajo y después vendría a la pastelería. Ella trabaja muy cerca de aquí.

—¿Cómo sabe dónde trabaja Kim?

—Porque se lo dije en la mañana. Esta semana ayudaré en el orfanato —contestó una voz a mis espaldas. No me di cuenta de su regreso.

Perdí la concentración al saber las intenciones de Kim. Fijé mi mirada en las paredes del local, después miré hacia sus ojos marrones. La última vez que fuimos a un orfanato ella consiguió unos cuantos moretones en el rostro y una torcedura en el tobillo, porque sus malas amistades la apuñalaron por la espalda.

—Kimberly, ¿vienes sola o alguno de ellos te acompaña?

Un gran suspiro de su parte se topó con mi pesimismo. Se recargó en la barra y jugó con su pulsera antes de responderme.

—No los veo desde hace años y no me van a encontrar porque están en la cárcel. Deberías ya olvidarlos, Alex —salí hecho una furia.

Kim caminó detrás mío y me alcanzó porque giré en dirección equivocada. Traté de evadirla, pero no lo logré.

—Alex, ¿por qué te has enfadado? Te he dicho la verdad, deberías estar feliz porque ellos recibieron su merecido.

Sabía que era un tonto al enojarme, pero no hallé la forma de explicarle que a la fecha seguía temiendo que ellos regresaran a nuestras vidas.

Por otro lado, la ira ocasionó que mis oídos zumbaran. Kimberly permaneció quieta y calmada e inclinó su rostro apaciguando mi respiración.

—Alex, deseo ir a casa, porque parece que otra vez va a llover. Es mejor que apresuremos el paso.

—Pero…

—No te preocupes. Sé que ellos no son un buen tema de conversación, será la última vez que los nombremos.

Me mostró una pequeña sonrisa, dio media vuelta y comenzó a caminar. Pese a llevar seis pasos de ventaja, percibí su olor a vainilla.

—¿Por qué te fuiste cuando entró aquel hombre?

—Sentí que le incomodaría mi presencia, no quería que pensara que hablábamos sobre él, parecía estar molesto.

—Pero nuestra conversación no tenía nada que ver con él, Es normal hablar delante de otras personas

—Lo sé, pero yo no soy normal. Tú lo dijiste.

—¡Podemos dejar atrás las cosas dichas en el pasado! Ambos sabemos que hay fantasmas innecesarios y que vamos a pelearnos por ellos. Prefiero hablar de comida o de cualquier otra tontería —Kim rio.

—¿Comida?, acabamos de comer y quieres hablar de comida. De ser así dime, ¿qué más quieres comer?

Me reí por mi estupidez. No supe qué decirle, preferimos caminar hombro con hombro sin

querer marcar distancia entre nosotros.

Durante el camino a su casa, Kimberly me preguntó sobre mi familia y le conté lo más sobresaliente. Al hablar acerca del accidente de Richard no quise entrar en detalles. Ella me contó varias anécdotas que vivió con mi hermana, pues antes de mudarnos a Estados Unidos solían ser muy buenas amigas. Pensé que Kim me preguntaría la razón por la cual no le llamé o por qué no me despedí, pero no lo hizo.

El tiempo pasó rápido, sin notarlo llegamos a mi calle. El auto de William estaba estacionado donde habitualmente se encontraba mi coche. Kimberly sacó unas llaves de su sudadera y las introdujo en la puerta de la casa de enfrente.

—Espera, ¿esta es tu casa? —Esperé que fuera una broma, pero ella abrió la puerta sin forzar la cerradura.

—Si le puedes llamar casa a un colchón y un sofá entonces es mi casa. Seremos vecinos.

—¿Cuándo te mudaste?

—Hace dos días por la madrugada. Era la única casa disponible y el precio no estaba tan mal.

—Me alegro. Oye, ¿quieres saludar a Mary?

—Tal vez más tarde, prefiero platicar con ella en otro momento. Creo que es mejor que no le cuentes a tu familia que estoy aquí y que trabajaremos juntos.

—¿Me quieres tener bajo candado? —Kim miró detrás mío y sin distraerse de su objetivo me dijo:

—Me refiero a que es mejor que se los digas cuando ya hayas conseguido el empleo. No quiero que piensen que tengo malas intenciones —Un grito acaparó mi atención y al girarme me encontré con Mary señalando, con gran nerviosismo, el interior de nuestro hogar. William se asomó por la ventana mientras acomodaba su corbata. No sé quién estaba más nervioso, si él o yo—. Alex, diles que no corran, que su decisión puede cambiar si es necesario. No le lleves la contraría a William, ambos son igual de tercos y no queremos que yo pague tu fianza de nuevo. En cuento a ella, dale tu apoyo, torcer el brazo no te hará daño y recuerda que ella nos apoyó cuando se lo pedimos.

Kim cerró su puerta sin despedirse, parecía que estaba huyendo. Pensé que le alegraría ver a mi hermana, pero se escondió en cuanto la vio.

Saludé a Mary y dejé que me condujera a la sala donde también estaba Alicia limándose las uñas. Luisa estaba sentada en el sillón individual leyendo una novela de misterio y Richard estaba a punto de quedarse dormido hasta que Mary lo despertó con unas palmadas en el hombro.

—¿Sabes qué hacemos aquí? —Le pregunté disimuladamente a Alicia antes de sentarme junto a ella.

—Supongo que Mary ha caído.

Alicia y yo solíamos decir eso si una persona decía estar enamorada. Un destello se asomó en mi paradero y un anillo robó mis palabras. Mary en su dedo anular lucía un pequeño diamante, puede que fuera su joya más cara.

Mi hermana extendió una mano hacia su novio. En ese instante pensé que Mary ya no tenía esas coletas que usaba cuando era pequeña, ya no arrastraba consigo a sus muñecas, ya no era la niña que imitaba con gran emoción a las chicas súper poderosas. Mary estaba a punto de hacer su vida. Parecía que sí caminaría por el altar, una vez más tuvo la razón y me hizo quedar como un tonto. Por supuesto que William como cuñado no me agradaba, pues su dentadura perfecta y su vestimenta formal no lograban persuadir mi aceptación.

—William y yo queremos compartir una noticia con ustedes —Mi hermana le arrebató la lima a Alicia para que le pusiera atención.

—¡Oye! Devuélveme eso.

—William y yo tenemos que decirle a Alex y a ti algo muy importante.

—Está bien, les pondré atención —Alicia suspiró y se recargó en mi hombro.

—Gracias. Como les decía, William y yo llevamos tiempo hablando sobre dar un siguiente paso en nuestra relación, y ahora que él fue ascendido y yo estoy a punto de abrir mi estudio de baile, hemos tomado una decisión. ¡Nos vamos a casar!

¡Boom! Fue como si una cubeta de agua helada cayera sobre nosotros. Mary buscaba nuestra opinión la cual no florecía ni por parte de Alicia ni por la mía. De nosotros tres, Mary sería la última en casarse o eso era lo que decía mi padre, pues era la hija menor, la niña de Richard y por lo general prefería leer un libro que tener una cita. Antes de William solo tuvo un par de novios, pero solo por estrategias de marketing de la empresa.

Mary y William se conocieron en un vuelo. Mi hermana regresaba de su escuela de ballet en Australia y William se mudaba a Estados Unidos. Mary se sentó junto a William en el avión, ella estaba molesta porque días antes acababa de ser plantada por un chico de Tinder. William la escuchó y le aconsejó no buscar pareja en sitios como ese, pues su hermano llevaba tres divorcios gracias a esa aplicación. Prácticamente William y mi hermana contaron sus vidas, hasta el más mínimo detalle.

Después de que aterrizó el avión, él quería pedirle su número a Mary, pero ella estaba recogiendo su equipaje, así que se perdieron de vista. Al llegar a casa Mary quiso desempacar, sin embargo, al abrir su maleta se encontró con cinco esmóquines, la fotografía de un gato y un par de raquetas. Por su parte, William se encontró con leotardos, vestidos, mallas, unas zapatillas de ballet y una plancha para el cabello.

Mi hermana contactó a la aerolínea para quejarse sobre su equipaje, ellos no se hicieron responsables porque Mary fue quien no notó que la etiqueta tenía el nombre de William Cooper. Mi hermana buscó a William por todas las redes sociales para recuperar sus cosas, pero no

aparecía. Por otro lado, el chico de Australia que la plantó hizo una videollamada con ella para disculparse, al fondo había varias fotografías y William estaba en todas, así que Mary pudo conseguir el número de William.

Mi hermana nunca dejaba de repetir que era como si el destino quisiera unirla a William de cualquier manera. Así fue como Mary terminó comprometida con el hermano del chico de Tinder que la plantó.

—¿Cuándo se comprometieron?

—Ayer, antes de que te fueras de la casa.

—Hablando de eso, intenté contactarlos e incluso llamaron muchas veces a William. Necesitaba un abogado.

—Lo sabemos, pero William llamó a la comisaría y le dijeron que tus trámites ya estaban en proceso y que saldrías pronto. No pasaron más de tres llamadas perdidas para que él respondiera.

—¿Estuviste en la comisaría? —Alicia se levantó hecha una furia.

—Alicia no es el momento.

Me levanté del sofá y me planté justo delante de William. Sus cejas se arquearon en modo de desafío y levantó sus manos para protegerse si le lanzaba un golpe.

—Tu hermana y yo fuimos a buscarte, pero Jack nos dijo que ya te habías ido.

—Pero me dejaron ir hoy al medio día, después de que alguien pagó mi fianza.

—Nosotros fuimos a las cuatro de la mañana, solo había pasado una hora desde que te arrestaron. Por supuesto que quería ayudarte, incluso luchar por tu libertad, también defender la idea de que esos hombres te confundieron y por lo que me informaron quisieron drogarte.

—¿Querías ayudarme? —pregunté con sarcasmo. William levantó los hombros.

—Por supuesto, insistí en ir a ayudarte. Llevé muchos papeles para facilitar tu salida. Cuando llegué, Jack me dijo que no era necesario porque te dejaron en libertad tan pronto llegaste.

—Alex, yo soy testigo de que Will fue a buscarte, pero eso lo hablaremos en otro momento. Te acabo de dar una noticia importante y como mi hermano tienes derecho a opinar, pero no cambiaré mi decisión.

Caminé por el corto pasillo entre la sala y la entrada, froté mi cabeza asimilando que Mary y William parecían decir la verdad sobre acudir a mi ayuda, sin embargo, no entendí por qué Jack dio una versión falsa de lo que ocurrió.

—Yo pienso que Mary es lo suficientemente inteligente y madura para tomar su propio rumbo. Ya no es la bebé de la familia. Yo te apoyo, hormiguita.

Alicia abrazó a Mary y permaneció en su sitio esperando a que yo le siguiera la corriente, no obstante, preparé mis puños junto a un sermón.

—¡Escuchen! —recordé el consejo que me dio Kimberly antes de entrar a la casa—, sé que no soy la mejor persona para decirles que hacer, pero por experiencia no deben tomarse a la ligera esta decisión. Lo que trato de decir es que no corran, y piensen si de verdad quieren esto.

—Ambos queremos esto, Alex. No dejaré de venir a verlos. Además, la boda será en unos meses, por lo que ese tiempo servirá para saber si este paso es correcto o no, pero sé que quiero un futuro con Will.

—Mary, respeto tu decisión, pero no sé si sea correcto que se casen tan pronto, llevan pocos años de relación y creo que aún les falta conocerse más.

—No te preocupes, te entendemos —William dejó salir el aire que estaba conteniendo.

—Si me disculpan, subiré a mi habitación. Necesito hacer unas cosas de trabajo. De todas maneras, los felicito.

Todos, incluyéndome, se sorprendieron con mi reacción. Hasta Luisa dejó de aferrarse al florero junto a ella, que sostuvo para evitar que lo rompiera al estallar como era habitual. William, una vez más, relajó los músculos y suspiró aliviado. Alicia tenía la boca abierta y dejó caer su bolso. Mary pestañeó repetidas veces.

Entré a mi habitación y encontré todo como lo dejé, lo que quería decir que William no estuvo ahí como Lu me informó. Lo único distinto era la repisa con mis documentos algo desordenados. El teléfono sonó y nadie contestó, creí que se debía a que mi familia continuaba en shock por mi reacción.

—Diga.

—¿Ya hablaste con Mary?

—¿Quién habla? —La voz del otro lado se cortaba, también había un extraño sonido de interferencia en la línea.

—Kimberly.

—Hola de nuevo, seguí tu consejo. Aunque no entiendo cómo supiste que iba a ocurrir, empiezas a asustarme.

—¿Mi consejo?

—Sí, el que me dijiste antes de cerrarme tu puerta en la cara.

—Estoy consciente que acordamos no hablar del pasado, pero los fantasmas a veces son buenos. Ese consejo tú me lo diste el día que quería huir de nuevo del grupo; “No corras, tu decisión puede cambiar si es necesario. No le lleves la contraria a Octavio, ambos son igual de

tercos y no quiero pegarle a causa de tu rebeldía" —Kimberly provocó que buscara entre recuerdos del pasado y me demostró que en cierto punto podía controlarme—. ¿Te veo mañana a las siete en mi casa?, te acompañaré a la pastelería y por la tarde te ayudaré en el trabajo. Después si quieres podemos salir. ¿Qué dices?

—No te ofendas, Kim, pero prefiero por ahora mantener la distancia entre nosotros. Tengo muchas cosas que procesar y tengo asuntos personales que resolver. Por ahora solo somos compañeros de trabajo.

—Bueno, supongo que es metafórico lo que quieres puesto que vivo enfrente tuyo. Tal vez en unos días podamos hablar, tengo algo importante que decirte…

Le colgué, preferí evitar hablar de nosotros, pues no quería confesar la razón que me empujó a abandonarla en México.

La Bola Ocho



—¿Qué quieres? —Me preguntó Jorge mientras observábamos las suculentas delicias del aparador.

Cuando él habló de robar comida no creí que se refería a robar comida de verdad, por lo general robábamos en negocios callejeros donde había tacos o algo por el estilo.

—Estás loco. Con el dinero que ganamos podemos comprar todo este aparador.

—¿Qué te ocurre? El dinero yo lo controlo, tengo cada billete calculado. Podremos pagar algunas deudas como la multa por chocar ese auto robado, podremos pagar el hospedaje de esta semana a Octavio y por supuesto pagar mis deudas del casino.

—Yo conseguí el dinero y no me das por lo menos unos cuantos billetes.

—Sabes que lo mío también es tuyo. Recuerda que yo te entrené y por lo que veo tus encantos lograron seducir a Collins. ¿Lo sedujiste?

Por los nervios no hice nada de lo que Jorge me dijo. Sabía que fue mala idea tomar prestada la pistola, pues eso nubló mi memoria. Estaba segura de que si Jorge se enteraba de cómo conseguí el dinero me regañaría, y puede que se hubiera burlado de mi falta de originalidad.

La razón por la cual teníamos en la mira a los Collins era porque nuestro grupo llamado La Bola Ocho, un nombre bastante cómico puesto que el único que jugaba billar era Jorge, se dedicaba a robar, hackear y espiar a la gente más adinerada de México. A lo largo de la república había cinco grupos, uno en cada punto cardinal del territorio y uno en la capital que éramos nosotros.

—Lo seduje a mi modo.

—Quiero pensar que no te pasaste de la raya ¿cierto? —Jorge acercó su rostro al mío y pude percibir el olor a cigarro que debió estar fumando durante mi ausencia.

—Por supuesto que recordé los límites. Sabes que no te traicionaría.

—Esa es mi Kim.

Sus labios chocaron con los míos y me separé de inmediato. Se suponía que me daría el ultimo cigarro que teníamos si lograba robarle el dinero a Collins.

—Fumaste el cigarro que supuestamente me darías si conseguía el dinero.

—Lo siento, necesitaba calmar el estrés por la expedición de esta noche.

—¿Es esta noche?

—Alfonso y Octavio creen que es propicio. La familia se irá de viaje y regresará en una semana, lo bueno es que la expedición durará un par de horas y lo malo es que al ser poco tiempo no debemos cometer ningún error.

Nosotros llamábamos expedición a un robo. Por lo regular cada mes se realizaban diez expediciones, las cuales constaban de saquear casas lujosas o empresas.

Alfonso y Octavio eran los líderes del grupo. Ambos eran demasiado altos, con algunas cicatrices en el rostro. Siempre tenían que ir juntos a cualquier expedición, pues eran gemelos y argumentaban que uno sin el otro no pensaba de la manera correcta.

Alfonso medía un metro con noventa y dos centímetros, y tenía media cabeza rapada, su ropa habitual era un saco negro y pantalones a juego. Octavio medía un metro y noventa y cinco centímetros, esos tres centímetros de diferencia causaban muchas peleas inofensivas entre ellos, él no tenía un corte de cabello raro, pero sí una cicatriz gigante en una mejilla. Ambos eran bastante pálidos, Jorge parecía estar bronceado junto a ese par.

—Quiero cuatro hamburguesas y un par de cervezas —Quise cambiar de tema.

—Yo pediré un paquete familiar. Los chicos deben estar hambrientos.

Jorge sacó una jeringa de su chamarra y me la dio. Yo siempre evadía hacer eso, tenía miedo de que algún día nos descubrieran o que inyectara la cantidad incorrecta de anestesia y provocara la muerte de alguien.

Mi novio me miró y apretó mi hombro para brindarme confianza, pero mi mano temblaba aun sin la jeringa entre mis dedos. Sin embargo, agarré el objeto y lo guardé.

—¿Cuánta dosis?

—Si es mujer la mitad del contenido y si es hombre toda. Tranquila, Nicolás revisó la sustancia antes de salir y me aseguró que no tendrá tantos efectos secundarios— Poco convencida busqué alguna cámara a nuestro alrededor. Encontré una en lo alto del edificio frente a nosotros, pero no había señal de que funcionara, por lo que pensé que Camila estaba involucrada.

—¿Camila desactivó la cámara?

—Todas las del centro. Reemplazará la cinta por una de la semana pasada, así que no lo notarán. Tenemos que apurarnos, pronto las calles volverán a estar llenas.

Entramos al pequeño restaurante. No había clientes, solo un chico que parecía ser el encargado, era bastante amigable y nos recibió con efusividad.

—Hola, bienvenidos. ¿Puedo tomar su orden?

—Sí, queremos un paquete familiar y cuatro hamburguesas con un par de cervezas. Todo para llevar, por favor.

—Por supuesto, pueden tomar asiento mientras preparo su orden.

Cuando el chico se dirigió a la cocina, preparé la jeringa y Jorge buscó un buen lugar donde dejarlo una vez que se desmayara.

—Este restaurante es nuevo, aún no hay muchos empleados y la ventaja es que él está solo. Los chefs dejan la comida preparada para irse temprano —Me dijo Jorge y destapé la jeringa, antes me aseguré de que fuera la dosis correcta.

—¿Cómo sabes todo eso? Pensé que Vattiare se encargaba de la investigación.

—El edificio de enfrente fue la expedición de hace dos semanas, así que aproveché para espiar un poco —suspiré una y otra vez.

No era correcto dormir a alguien de esa manera, pero tampoco estábamos matando al mesero o eso esperaba. Jorge espió hacia la cocina y me tocó el hombro como señal para que alistara la jeringa.

—Aquí tienen. Son quinientos pesos, por favor.

—Sí, permíteme.

Jorge tiró por "accidente" un billete del otro lado del mostrador, el dinero cayó junto a el chico y, al agacharse a recogerlo, le apliqué el sedante. Tuve que ser hábil y subirme a la barra que nos separaba.

El chico lanzó un pequeño quejido antes de desmayarse. Después, lo sentamos en una silla para que al despertar pensara que todo fue un sueño, aunque tarde o temprano recordaría lo ocurrido.

—No le quites el billete, déjale un poco de dinero —Jorge, poco convencido, colocó cien pesos en la caja registradora y le di un beso de agradecimiento.

—Kim, no se vale, esto no es robar.

—Esto es robar a medias.

Borré parte del video de la cámara de seguridad, cerramos las puertas con candado y

colocamos el letrero de cerrado. Luego nos dirigimos hacia la casa de Octavio.

Él Lo Sabe

Escucha aquí: A Través del Espejo de Leon Leiden, Pau Laggies, Lucauy (Ft. Kendall Peña, Melanie Espinosa)

Estaba tomando un vaso de agua, pues la forma en que Alex colgó el teléfono fue bastante dolorosa o se debió sentir así para que mis piernas comenzaran a temblar. El agua no logró disolver el nudo en mi garganta, a decir verdad, lo empeoró.

Admito que dejé caer el vaso sin importar el estruendo. Ya no tenía algo que golpear como mi saco de box en mi antigua casa. Me dolía pensar en esa casa, nunca podría regresar allí. Deseaba con todo mi ser regresar el tiempo a cuando Sabrina y yo podíamos estar juntas y el cielo no nos separaba.

Preocupada y arrepentida, me dirigí al colchón arrumbado en el suelo donde me senté a prepararme mentalmente para el siguiente día. Al recostarme, busqué en el techo fuerzas para continuar con todo. Debí haberme ido cuando pude, pero por experiencia la mayoría de los trenes que tomé me llevaron a destinos que me hicieron infeliz durante mucho tiempo.

Por la mañana siguiente, al cruzar la calle, contemplé a Lu acercarse a la casa de enfrente mientras sacaba las llaves de su bolso. Vigorosa, la llamé y corrí a su lado para poder hablar de cerca. Ella se sorprendió al verme y abrió los ojos exageradamente.

—Kim, creí que te habías ido —La última vez que nos vimos dije que era una despedida, pero estaba ahí para terminar con lo que empecé.

—Tengo que cumplir mi promesa o no podré estar tranquila. Después de hablar contigo decidí seguir tu consejo y cerrar bien este ciclo.

—Espero que todo salga bien, Alex es como un árbol cuyas ramas se tuercen más cada día.

—Tranquila, no me iré. Ya tomé esta decisión y no puedo retroceder, tengo que darle la carta.

—Tengo fe en que resultará el plan. Por otro lado, Mary se fue con Will, Richard debe estar durmiendo, Alicia viene solo por las tardes y Alex debe estar preparándose para el trabajo.

—No le ha dicho a Mary o a Richard, ¿verdad?

—No, si Mary supiera que estás aquí ya te habría ido a buscar. Richard no entiende mucho, así que no te preocupes, solo finge que todo está bien.

—¿Qué hay de Alicia? A ella nunca le agradé.

—Lo sé, por ello Richard y yo acordamos en no decirle del funeral, puede que no lo tomé como una mala noticia —La ira se esparció por mi rostro.

Alicia era la única persona que podía alegrarse de la noticia. Tal vez para ella fuera un motivo

de celebración, así que se pasaría por la tumba y bailaría sobre ella usando sus mejores zapatillas Gucci. Yo no dudaría en darle su merecido, pero yo ya no era ese tipo de chica.

—¿Cómo me veo? —Le pregunté a Luisa antes de que abriera la puerta.

—Luces como si tuvieras diecisiete años —cerré los ojos compungida y sonreí a Lu quien me abrazó de manera discreta para tranquilizarme. Fue la única persona, aparte de Jack, en quien pude confiar. Recuerdo que hace diez años solía pensar que no le agradaba a Lu, pero después accedió a ayudarme y ser mi cómplice—. Sabrina estaría orgullosa de ti si te pudiera ver.

—Lo sé. Yo también estoy orgullosa de ella, ojalá estuviera aquí.

A pesar de que había una puerta como barrera entre Alex y yo, podía sentir nuestra conexión. Me imaginé la calma que debía estar reinando dentro. Lu consiguió abrir la puerta después de varios intentos. Antes de entrar caminé lento y con cautela, me tardé lo suficiente como para darme cuenta de que había un par de rosas en el jardín que hasta ese momento desconocía. Respiré hondo y entré a la casa.

Aunque intenté no hacerlo, observé hasta el más mínimo rincón de la sala de estar. Analicé las paredes rojas y su nula decoración, lo único colgado era un reloj en la pared de mi derecha y una foto familiar en la pared del fondo. La última vez que estuve en la casa de los Collins fue cuando aún vivían en México y las paredes estaban repletas de fotos, reconocimientos y portadas de revistas.

—Iré a preparar el desayuno de Richard. No tarda en despertar —Impactada, por lo que mis ojos se encontraron, acompañé a Lu para no sentirme sola.

Desde la cocina pude oler la loción de Collins. Oí sus pasos acelerados en el piso de arriba, al igual que un gritó porque quemó su camisa con la plancha.

—¿Sabe planchar?

Luisa volteó mientras lavaba los platos y rio por lo bajo. Ambas sabíamos la respuesta, pero no quisimos admitirlo porque corríamos el riesgo de que el rey de roma nos descubriera.

Percibí un cambio de ánimo en el ambiente, no pude descifrar si era bueno o malo. Supe que Alex ya no estaba en el piso de arriba y que, en menos de un segundo, entraría a la cocina y se daría cuenta de que insistí en verlo a pesar de que él no quería estar conmigo.

—Es la primera vez que oigo que agarra una plancha —dijo Lu susurrando y fingió estar hablando por teléfono para que Alexander pensara que ella y yo nunca intercambiamos palabra.

—Luisa ¿puedes… —Alex paró en seco al notar mi presencia.

Sentí cómo mi estómago se revolvió por el temor. Se suponía que no debía tenerle miedo y no le tenía miedo a él sino a la situación o a las ideas incorrectas que pasaban por su cabeza.

—Hola, Alex. Buenos días.

—Buenos días, Kimberly —respondió sin verme y se dirigió hacia Luisa para susurrarle que acababa de quemar su camisa y no encontraba otra.

—No tienes que ir de camisa, puedes ir con tu ropa habitual —prometí quedarme callada pero no estaba acostumbrada a hacerlo.

—¿Qué dices? Fui mesero, yo sé cómo es esto —respondió agitando los brazos—. ¿Dónde están las llaves del ático?

—Junto al perchero, pero no recuerdo si su padre conservó sus antiguas camisas.

Me alejé del lugar al notar que Alex estaba bastante molesto y salí al jardín. Observé la bicicleta de Alex arrumbada en una esquina, me acerqué y recordé el momento en que me enseñó a andar en ella. En cada caída él estuvo para darme ánimos de continuar.

Una ráfaga de aire hizo relucir mi bufanda negra que nunca pudimos sacar de una de las llantas, al verla pasé mi mano sobre la tela de la prenda, y cerré los ojos para recordar el día en que la compré. Gasté mis primeras monedas ganadas con honestidad en ella, además puedo jurar que conservó el olor a la fragancia que solía usar. Cada noche, antes de irme a dormir, rociaba en la bufanda el perfume Prada Candy que me regaló Alex cuando cumplí diecinueve años.

Un día la bufanda se atoró y no pudimos quitarla, por lo que compramos una nueva bicicleta que ocultábamos en un callejón cerca de la casa de Octavio. Pensé que algún día Alex regresaría y volveríamos a pasear por la ciudad. Creí tantas cosas que me alejé de la realidad.

Toqué el timbre de la bicicleta, me sorprendió que a pesar del tiempo sonara como si estuviera nueva. Ese timbre era la señal para que me escapara por la ventana y pudiera estar con Alex por lo menos un par de horas antes de que amaneciera.

Alex se acercó a mí y tomó la bicicleta.

—Recuerdas cuando se atoró la bufanda y por poco chocamos con una motocicleta —reí.

—Puede que tengas que desarmarla para quitarla.

—Aún no logro entender cómo se atoró en la llanta. No la desarmé porque me pareció una pérdida de tiempo, no es como si aún sirviera, la tengo desde que era un niño. Además, ya no la uso.

—¿Entonces caminas?

—No, usualmente uso mi auto, pero se acaba de descomponer porque ya está bastante viejo.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Catorce años.

—Espera, ¿conservas el Dodge Spirit?

—Sí, al mudarme pensé que no servía comprar un auto nuevo, es un pueblo muy pequeño y los lujos llamarían mucho la atención.

—Yo aún conservo la última bicicleta que compramos.

—Me alegro.

Alex pasó de sonreír a estar bastante serio. Entonces me di cuenta de que llevaba puesta una camisa blanca con puntos azules. Esa camisa era la que llevaba cuando le conocí.

—Es la única camisa que tengo. Mi padre regaló las demás.

La camisa estaba arrugada y desprendía un leve olor a humedad, pero la forma en que la usaba su propietario no cambió. Tuve miedo de que a Alex le regresara el aire de niño rico, por lo que mis oídos se estaban preparando para recibir el tono insolente de su voz al ordenarle a Lu o incluso al querer ordenarme a mí.

—Alex, tenemos que apresurarnos. Hoy es tu primer día de trabajo.

—Ahora voy, tengo que barrer el jardín.

Alex tomó lo primero que encontró y fingió barrer el pasto con un trapeador para no tener que seguir con nuestra incómoda conversación.

Luisa me contó sobre su agenda de ese día, no pude prestarle atención a la razón de su molestia, solo pensé en cómo Alex se molestó al saber que me quedé con la bicicleta. Hice lo que creí correcto, pero al parecer él pensaba que me equivoqué y que le falté el respeto al llevarme algunas cosas suyas o en específico que me quedara con ellas, pero ¿qué podía hacer? Si él fue quien huyó, sin darme una explicación, y yo me quedé sola tratando de componer el desastre que dejó.

—Kim, presiento que hoy será un día difícil para Alex.

—¿Por qué?

—Su rutina ha sido la misma desde hace cinco años. Por las mañanas solía ayudar a Matthew en el taller, por la tarde trabajaba y en la noche regresaba para molestar a Mary o para hablar con su padre. Ahora estás tú, no pasará mucho tiempo con Matthew, tendrá dos trabajos, Mary se comprometió y su padre se encontrará dormido a su regreso. Kim, no me malinterpretes, me alegra que lo saques de su zona de confort, pero no sé cómo lo tomará él.

—Siempre creí que, si algún día él y yo nos separábamos, yo tendría una vida sencilla y cuando lo volviera a ver, él sería alguien exitoso y ambos estaríamos felices a nuestra manera, pero cuando lo vi ayer no supe qué decir. Quiero que sea el de antes, no me refiero a ser un títere sino a ser el chico que disfrutaba de esa libertad que lo caracterizaba.

—Kim, lo quieres hacer cambiar. Las personas no cambian.

—Yo cambié o mejor dicho fui mejor persona gracias a él.

Así quise devolverle a Alex lo que me dio, porque, en los últimos años, me percaté de que él me dio parte de su vida para que yo continuara con la mía, aunque él se quedara sin nada. Fue así como aprendí que las personas siempre tienen su lado bueno y que si llegas a conocerlo significa que algo hiciste bien.

—Lo que trato de decir es que no esperes verlo en tu puerta por la mañana para salir a desayunar. Tampoco revises el correo en busca de canciones escritas para ti. Esto tomará más tiempo de lo que crees. Una semana no será suficiente.

Por costumbre, en necesidad de serenidad, busqué mi collar. Sin embargo, me di cuenta de que ninguna rosa colgaba de mi cuello.

Dicen que la verdad tarde o temprano se descubre, pero la mía no debía descubrirse hasta dentro de una semana.

—¡Kimberly, creo que se cayó tu collar! —Lu dejó caer un poco de café al saber que Alex encontró mi collar y ambas abrimos los ojos de par en par, después corrimos en dirección al jardín.

Él sostenía el dije en su mano derecha y lo admiraba atónito. Su mandíbula se tensó y arrebató con romperse antes de poder hablarme.

—Lu, creo que ahora lo sabe —Luisa se cubrió el rostro con ambas manos y se le escapó un pequeño sollozo.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué tienes esto?

—Lo puedo explicar —mentí, no podía explicar algo que ni siquiera yo lograba comprender.

Sabrina



—¡Miren quién llegó! ¡Nuestra ladrona estrella! —gritó Octavio al oír que Jorge y yo abrimos el portón de su casa.

—¿Cómo supiste que logré robarle el dinero a Collins? —me abrazó con fuerza.

—Querida, la comida que trae tu novio ha respondido a mis plegarias y a mis preguntas.

Todos se acercaron a felicitarme y vaciaron las bolsas de comida para llenar sus estómagos que no recibían alimento desde un par de días atrás.

Con una sonrisa busqué a mi prima, pero no la vi por ningún lado. Espié en la piscina que era donde se la pasaba la mayor parte del tiempo, lo único que hallé fue su colchón inflable flotando en la superficie.

—Octavio, ¿dónde está Sabrina? —torció los ojos al escuchar su nombre, y con un trozo de pollo en la boca, me señaló el techo donde mi prima observaba a todos con tristeza mientras se aferraba a sus rodillas y jugaba con las agujetas de sus zapatos.

—¿Qué hace ahí?

—De seguro está intentando volar —Jorge le dio un golpe en la cabeza—. ¡Auch! No sabemos qué le ocurre, cuando Vattiare llamó para informar que tú ya tenías el dinero, Sabrina subió al techo como un zombi y se negó a bajar hasta hablar contigo.

Tomé la comida y subí para hablar con mi prima. Al estar detrás de ella, fingió no percatarse del sonido del techo crujiendo bajo mis pies. Se acercó más a la orilla y corrí para evitar que cayera.

—Sabrina ¿qué ocurre?, creí que la noticia te alegraría.

—¿Creíste que me alegraría por eso?, ¿le hiciste mucho daño?

—¿De qué hablas? Sabes que mis métodos no incluyen dolor al menos que la situación lo amerite.

—Pero si la situación lo amerita prefieres robar la pistola de Alfonso para usarla contra Alexander. Por cierto, Alfonso se dio cuenta y me castigó porque creyó que yo robé el arma. Ya no podré estar en la piscina y tampoco podré acercarme a Alex.

—Perdón, prometo hablar con Alfonso para que te levante el castigo.

—Kimberly, eso es lo de menos. Sabes que estoy enojada contigo por querer matar a Alex. Llevo meses hablándote de cuanto me gusta ese chico y tú decides torturarlo —respiré hondo mientras me senté junto a ella, le extendí una hamburguesa y una cerveza, que a regañadientes aceptó.

La piel clara de mi prima lucía irritada a falta de un bloqueador, sus ojos verdes amenazaban con gotear al verme y sus rizos rojos le cubrían mitad del rostro debido al fuerte viento que nos rodeaba.

—Fue una decisión de último momento, pasé junto a la oficina de Alfonso y la puerta estaba abierta. Yo quería agarrar un gas lacrimógeno, pero me encontré con la pistola. Te juro que mi intención no era dispararle, solo lo asusté un poco. Sin embargo, él pudo controlar la situación mejor de lo que pensé.

—Alex es muy valiente, se los dije. ¿Es tan guapo como luce en las fotos?

Era extraño que a Sabrina le gustara Alexander Collins, todo el grupo decía que era feo y que lo único bueno de él era su dinero, Sin embargo, mi prima lo convirtió en su amor platónico.

Varias veces la llegué a atrapar espiando en las oficinas de Collins Company, porque Alex estaba en la recepción. Nunca la había visto con esa esperanza reluciendo en sus ojos, ¿cómo podía arrebatarle eso?, sabiendo que lo único que la mantenía con ganas de vivir era ver a ese tipo y nadar en la piscina.

—Las fotos no le hacen justicia. Es mucho más guapo en persona, tenías razón.

—¡Ahora me crees! La semana pasada, a pesar de los cinco metros de distancia entre nosotros, pude observar sus fantásticos ojos y su sonrisa impecable.

¿Les ha pasado que se mueren por ver una película que la mayoría de gente asegura que es muy buena y al verla te das cuenta de que no todos los rumores son ciertos?, pues eso pasó con Alex. Su piel blanca lucía demasiado reluciente para ser verdad, sus dientes no eran perfectos y su vestimenta le hacía ver más mayor de lo que era. No obstante, sus ojos grises, su porte y su voz lograban imponer tanto como para hacerte sentir que estabas en un serio problema.

Rogaba a la vida que el amor de Sabrina no se entrometiera en los próximos robos, pues de no ser así debía apresurarme a ahorrar para que escapáramos cuando fuera necesario, aunque no sabía con claridad a dónde iríamos.

La Rosa de Oro

—Este collar no te pertenece, ¿por qué lo tienes?

—Sabrina dejó que lo tuviera.

—¿Por qué?

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Estaba tentada a contarle a Alex la verdadera razón que me impulsó a buscarlo, incluso estuve a punto de darle la carta, pero recordé que Sabrina de verdad quería que me quedara con la rosa y que yo no podía darle a Alex todo en charola de plata.

—Porque Sabrina se sentía muy triste al mirar la rosa. Ella dijo que la empeñaría o tal vez la vendería, pero prefirió echarla en una caja de basura, después sin que ella supiera yo la recogí porque pensé que se arrepentiría más tarde y ella al saberlo me la dio.

Todo lo dije sin dejar de observar la cadena de oro que él sostenía suspendida en su mano.

La mayoría de personas con las que convivía, por lo general, se tragaban mis mentiras, las adoptaban como si fueran la única verdad, pero Alex nunca me creía, ni un poco. Él fue un detector de mentiras hasta el último día en que estuvimos juntos y, aunque llevábamos años distanciados, lo seguía siendo.

—Ten, quítalo de mi vista y más te vale que mientras estés cerca de mí no lo uses porque no te pertenece —me devolvió la joya y me aseguré de que no me la quitara de nuevo poniéndola dentro del bolsillo de mis jeans—. Date prisa Kimberly, no quiero que Alicia te encuentre aquí.

Me reí por lo que era obvio, su hermana no me vería nunca. Al entrar a la casa, Lu estaba sirviendo café en un termo para entregárselo a Alex. Ella estaba muy pálida lo que llamó la atención de él.

—Lu, ¿qué te ocurre?

—Tengo un poco de gripa

—Entonces cúbrete la nariz, no quiero que contamines mi desayuno —Alex agarró su chaqueta y una bufanda del perchero. Yo llevaba puesta una blusa y unos jeans. Miré hacia la ventana y me percaté del viento azotando contra los arbustos. Si yo salía usando solo eso moriría congelada—. Luisa, me llevaré el desayuno.

—Está bien señor. Que tenga un buen día.

—Kimberly, ¿dónde está tu desayuno?

—Planeaba comprar algunos brownies en la pastelería.

—No puedes desayunar eso, no es sano. Luisa, prepárale una ensalada o un sándwich, por favor.

—Claro. Kim, acompáñame a la cocina.

Estupefacta, me dejé arrastrar por Lu hacia la cocina y fingí que ese pequeño detalle no significó la gran cosa.

Desde que llegué pensé que me toparía con el ego de Collins, no obstante, me encontré con una pizca de amabilidad. Él prefirió portarse como un caballero y brindarme comida. ¿Qué estaba ocurriendo?, acaso ¿le ayudó haber visto la rosa y saber que no estaba perdida?

Lu se deslizaba por la alacena buscando aderezos para mi sándwich, no me dirigía la palabra, supuse que estaba igual de sorprendida que yo. Me senté detrás suyo y contemplé la escena que estaba viviendo: Alex preparándose para el trabajo, yo a punto de comer un sándwich que él ordenó para mí, la radio encendida reproduciendo las noticias y la sensación de que volvía a pertenecer en algún lugar.

Admitiré que siempre esperé vivir una mañana como esa y por un momento me permití olvidar el pasado e imaginé que los diez años que me separé de Alex fueron diez horas, pues durante los últimos meses me limité a aceptar lo que creía merecer. Sin embargo, me di cuenta de que siempre tuve lo que pensé necesitar y pocas veces lo que en verdad quería.

—Ten, Kim. No te preocupes, puedes comer el sándwich con calma, Alexander tardará un poco en alistarse. Estoy segura de que llegarán justo a tiempo a la pastelería —tomé el sándwich, pero Collins me lanzó un gorro y un abrigo negro a la cabeza. Mi sándwich cayó de regreso al plato. Con disgusto, alejé la prenda de mi rostro y acomodé mi cabello.

—Tienes que abrigarte, no quiero ser el responsable de que te enfermes. El abrigo y el gorro son de Alicia, no se dará cuenta de su ausencia en el ropero porque “son de la temporada pasada” o eso dice ella —dijo imitando a su hermana.

—No creo que me quede, no soy de la misma talla que tu hermana. Ella es mucho más alta que yo.

—Es eso o ponerte una bolsa de basura.

—Si me pongo una bolsa de basura me dará hipotermia —terminé el desayuno lo más rápido que pude y me puse la ropa de Alicia que me quedaba bastante grande. El abrigo me llegaba por debajo de los talones y el gorro me tapaba la mitad de los ojos—. Alexander, ¡no me quedó la ropa de tu hermana!

Él estaba en la sala guardando su desayuno, por lo que no me prestaba atención. Además, noté que a escondidas estaba respondiendo un mensaje: “*Me muero por verte”* comenzaba el misterioso chat.

—Debí suponerlo, mides lo mismo que un Oompa Loompa.

Levanté un poco más el gorro para comprobar que seguía sin hacerme caso, así que se me ocurrió ponerme una pequeña mochila que estaba colgada en el perchero y los zapatos de Alex que se encontraban arrumbados junto al sillón. y al mirarme al espejo noté que tenía una apariencia bastante cómica. Hice muecas graciosas como siempre me gustaba hacer desde pequeña.

—Señorita Kimberly, ¿gusta llevar café?

Lu me descubrió sacando la lengua y haciendo ojos bizcos, así que comenzó a reír y se cubrió la boca para que Alex no la escuchara. Su rostro se tornó rojo en su intento de no llamar la atención.

—Lu, no quiero que Alex me vea vestida así —le susurré para que se mantuviera en silencio.

—¿Verte cómo? —Alex guardó su teléfono en la chaqueta y me prestó atención. Sabía que lucía bastante tonta y que él se burlaría de mí, por lo que quise quitarme la mochila, pero al tratar de hacerlo me di cuenta de que se había atorado en mis hombros—. ¿Qué es eso?

—Es la señorita Kimberly.

—Lo sé, pero parece una mini monja. Kim, ¿quieres que te lleve al convento? —Alex tomó el gorro y cubrió mitad de mi rostro.

—Oye, ¡qué te pasa! No puedo respirar.

—Quítate esa mochila y dame mis zapatos, no quiero que los ensucies.

Le devolví los zapatos a Alex y mientras él se los ponía yo continué luchando para sacar la mochila de mis brazos, pero ni con la ayuda de Lu lo pude lograr.

—Alex ¿Te importa que me lleve la mochila?

—Como quieras, no creo necesitarla —Lu, avergonzada por no ayudarme, guardó en la mochila un termo con café y mis papeles de trabajo.

—Tranquila, más tarde puedes pasar a la cafetería para que te ayude a quitarla —me susurró Luisa antes de darme un empujón hacia la puerta pues, sin esperarme, Alex salió rumbo a su nuevo trabajo.

Estuviste Aquí

—No entiendo por qué te gustó la mochila, debe de tener demasiado polvo. Era de Mary, mi padre insiste en conservarla por el recuerdo, así que más te vale regresarla pronto.

—Me pareció tierna la mochilita. No te preocupes, te la regresaré lo antes posible si es que no me la quedo, porque combina bastante bien con unas zapatillas que tengo —*«¿Qué rayos Kim?»* pensé.

—Lo digo en serio, debes regresarla pronto. ¿A qué hora empieza tu trabajo en el convento, monja? —Alex sonrió

—Fingiré que no me dijiste monja. Iré al orfanato al medio día.

—Entonces ¿qué haces aquí?

Alex se detuvo y me observó desconcertado. Yo siempre me preguntaba lo mismo y no solo cuando estaba con él, también al estar rodeada de personas falsas o en situaciones comprometedoras que no deseaba cumplir.

—¿Tú que piensas?, dime tu hipótesis —continué caminando.

—Pienso que me estás acechando y que te gusto demasiado por eso no me quieres dejar ir —reí y miré que la mayoría de gente abría las ventanas de sus casas, regaba sus jardines o corría a pesar del clima. Por otro lado, no sabía qué contestarle a Alex.

—Tienes razón en una sola cosa —dije sin mirarlo y pateando una lata de refresco que me encontré en el camino.

—¿Tengo razón en que no me quieres dejar ir?

—No, me refiero a que te estaré observando, porque, si voy a obtener un empleo para ti en Berklee, necesito asegurarme de que cumplas con lo necesario.

—Te aburrirás, será como si vieras una película sin trama una y otra vez. Mi vida es bastante aburrida, es peor que aquel documental sobre extraterrestres que vimos cuando Richard cumplió cincuenta años.

—Yo pienso que estás exagerando, no puede haber cosa más aburrida que aquel documental de extraterrestres. Aún recuerdo los ronquidos de Alicia y la manera en que fingía estar despierta cada vez que tu padre se emocionaba al ver un “nuevo dato interesante” —dijimos al unísono y Alex sonrió—. ¿A qué te refieres con que tu vida es aburrida?, ¿piensas que tu vida no tiene trama o no tiene drama?

—¿Qué prefieres? ¿Qué mi vida tenga una gran trama o mucho drama?

—Prefiero la trama, porque ya tengo bastante drama al caminar contigo.

Lo empujé de forma amistosa contra un auto y él fingió estar dolido. Regresó a mi lado para bajarme el gorro hasta los ojos.

—¡Oye! —despejé mi vista y desde mi sitio observé que él caminó rumbo a la comisaría.

Se mantuvo de pie frente a la entrada con el ceño fruncido y las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta. Las últimas risas que habíamos compartido fueron reemplazadas por la volubilidad de Alex.

—¿Qué ocurre? —pregunté al llegar a su lado.

—Kimberly, ahora que lo pienso, ¿cómo supiste que estaba detenido?

—Lu me lo dijo. Fui a tu casa para hablar contigo y me enteré de esa manera —intenté responder con seguridad.

—Luisa se lo diría a mi familia, no a ti. ¿Por qué todos se comportan tan raro? Dime, ¿soy su hazmerreír?

—No, ¿a qué viene eso? Supongo que Lu me lo dijo porque sabía que te ayudaría.

—No mientas, hay algo que no me has dicho —se cruzó de brazos y me encaró sin importar que los demás lo miraran atónitos.

—Tienes razón, tengo algunas cosas que decirte, pero debes tranquilizarte o nunca podré decirlas.

—¿Algunas cosas? En aquella comisaría trabaja un oficial llamado Jack, ¿lo conoces?

—Sí, lo conocí al pagar tu fianza. ¿Por qué tantas preguntas?

—Me refiero a conocerlo desde antes de eso —levanté los hombros y sin querer me eché de cabeza yo sola—. Kim, no me engañas, tú ya estuviste aquí hace tiempo.

No pude evitar tartamudear, temí que supiera de mi visita hace un año, pero recordé que se encontraba fuera del pueblo junto a toda su familia y nadie me conocía, así que eran solo sospechas.

Me percaté que a lo lejos había un árbol cuyo tronco era bastante grueso para escondernos, por lo que llevé a Alex sin importar sus intentos de zafarse.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—Porque estás llamando mucho la atención de los vecinos, podrían correr algún chisme sobre nosotros.

—No te preocupes, saben que no eres mi tipo.

—Tienes razón, mis gustos son más refinados —con discreción pateó furioso las rocas bajo

sus pies y me dio la espalda respirando con gran rapidez.

—Kimberly, responde. ¿Conoces a Jack desde hace tiempo?

—No, créeme que lo conocí al llegar al pueblo —De cierta manera fue así, no era del todo una mentira.

—Entonces admite que no es la primera vez que visitas este pueblo.

—Alex, no hay tiempo para discutir. Tienes un nuevo trabajo que te espera y esta pelea resta tiempo a lo que de verdad importa.

—¡Deja de evadir mis preguntas!

—¡Jack y yo nos conocimos cuando llegué!, ¿contento? —Alex emitió una risa sarcástica—. No lo entiendo, ¿por qué piensas que miento?

—Porque tu llegada ha sido muy extraña: te ocultas cada vez que te es posible y evitas preguntas que tengan que ver con tu estancia.

Me observó con recelo y tensó la mandíbula. Por instinto di un paso atrás y me sujeté a la barda junto a nosotros. Le aguanté la mirada tanto como pude, pero le eché más fuego a la leña.

—Alex, debes tranquilizarte. Podemos hablar en otro momento.

—¡Ven conmigo! —me apretó con gran fuerza la muñeca izquierda y me llevó hacia la comisaría donde empujó a varias personas para llegar a donde Jack.

—William sí vino a buscarme ¿no es así?

—Hola de nuevo Alexander —No fue necesario que Jack dejara de leer los papeles que estaban en su escritorio para saber quién le estaba gritando—. Estás en lo correcto, Cooper contestó de inmediato mis llamadas.

Respondió Jack dirigiéndonos una corta mirada, después continuó escribiendo y tomando su café.

—De ser así ¿por qué no me dejaste ir?, ¿por qué mentiste?

—Porque habría sido demasiado fácil y por lo menos merecías un precio que pagar después de ofenderme.

—Alex llegarás tarde a la pastelería.

—Jack, déjame ver los registros de hace once años.

El oficial cerró su portafolio, cruzó los brazos y analizó las palabras de Collins.

—¿Te encuentras bien? ¿Acaso estás ebrio?

Alex no contestó, se acercó a Jack y dio un gran soplido en su dirección para que comprobara que estaba sobrio.

—No estoy ebrio.

—Lo lamento, los registros son confidenciales. solo miembros de la policía pueden tener acceso a ellos.

—De acuerdo, entonces busca los antecedentes de Richard Collins.

—¿Qué?

Jack y yo fingimos no reconocer el nombre del padre de Alex, pero lamentablemente era bastante conocido en esa comisaría.

—¡Necesito saber si Richard Collins estuvo aquí hace once años!

Alex estrelló sus puños contra el escritorio y dejó derramar la bebida del oficial. Se mojó todo a su paso, incluida la computadora.

—Alex, debes calmarte. Richard es tu padre, ¿no es así? Es un hombre bastante respetable en el pueblo, te recomiendo que no hagas comentarios como ese, por el bien de su reputación.

El ojo derecho de Alex comenzó a temblar y con discreción le pedí a Jack que lo llevara a un lugar menos concurrido. Los susurros nos siguieron hasta que entramos a una oficina al final del pasillo.

—Alex respira, debes seguir aturdido por lo que te ocurrió.

—¿Quieren callarse?

El reloj que llevaba puesto marcaba cinco minutos restantes para que Alex pudiera llegar al trabajo.

—Alex, me parecen muy fuertes tus acusaciones. Conozco a tu padre desde hace años y solo por eso dejaré que veas los registros, pero espero que reflexiones y te percates de las estupideces que dices.

—¡No son estupideces! Muéstrame los registros.

Esperé a que Jack me dejara a solas con Alexander para darle un gran sermón por el tremendo show que brindó en la comisaría.

—¿Qué te ocurre? Hace unos minutos nos estábamos riendo, y después sin derecho alguno me traes aquí para pelear con Jack sin ninguna razón. No gastaré más dinero en ti, Alexander.

—Nadie sabe tanto como tú sobre los antecedentes de mi padre y al recordar lo que ocurrió ayer uní todas las pistas. Desde hace meses sospecho que cuando desapareció fue porque estaba aquí encerrado como un criminal. También ayer un preso me dijo algo extraño y aún presiento

que tú mientes.

—Alex, escucha lo que has dicho. Puede que tu padre fuera algo reservado con su vida y fuera un hombre controlador, pero no creo que fuera un criminal. De ser así, debo cuidarme de ti, ya que hace unas horas estuviste en una de esas celdas.

—No lo entiendes, Kimberly.

Me acerqué y lo sacudí para que me observara. Sin dejar de verlo me descubrí el hombro izquierdo para que viera mi tatuaje; acaparó su atención una bola de billar con el número ocho.

—Sé más que nadie acerca de criminales. Un criminal siempre lleva mínimo una cicatriz —levanté un costado de mi blusa y señalé la cicatriz debajo de mi costilla derecha—, nunca tiene tarjetas de crédito y no deja que su familia tenga acceso a sus cuentas bancarias. No se queda en un mismo sitio —le mostré mi pasaporte lleno de sellos—, y tiene cientos de identificaciones falsas —le dije señalando las diversas tarjetas ocultas en mi cartera— y lo más importante, es demasiado desconfiado.

Él tragó en seco y miró hacia un costado para evitar que le siguiera llevando la contraria. Lo solté, dejé que anduviera alrededor de la habitación y gritara todo lo que quisiera.

—¿Alguna vez le preguntaste a tu padre la razón de su ausencia aquel año? —pregunté

—No, solía pensar que se ausentó porque estaba con otra mujer, porque mi madre ya no estaba. Después revisé su oficina por completo y lo único que encontré fue un trozo de papel con su firma y un sello del juzgado.

—Tu padre logró divorciarse, ¿verdad?

—Sí, incluso Sabrina tramitó el divorcio —me contestó con una risa seca y cruzó los brazos.

—Alex, hay algo que nunca te dije.

Recordé el día en que todo comenzó a torcerse:

Flashback

9 de enero de 2013

—Consigue tres docenas de Macallan Whiskey para la fiesta, por favor.

—¿Qué haces aquí, Sabrina? —agarré a mi prima y la forcé a esconderse detrás de las escaleras, hice caso omiso de sus reclamos y le susurré histérica—. Pudieron verte.

—Lo siento. Esta mañana escuché que alguien de la familia Collins vendría a las oficinas, por lo que pensé en Alexander.

—¿Él está ahí?

—¡No! Se trata de su padre, está haciendo cientos de llamadas para la fiesta que dará este viernes.

—Creo que el viernes es la fiesta de cumpleaños de Alexander, aunque su cumpleaños fue ayer —me arrepentí de haber dicho aquello en voz alta.

—¡Gracias por recordarme! ¿Qué piensas que debo regalarle? Tal vez una chaqueta o puedo pedirle a Alfonso que consiga boletos para el crucero que vimos en Cancún.

—Sabrina, debemos…

Mi prima, al notar que Richard nombró a Alex, cubrió mi boca y se sostuvo de la pared para espiarlo.

—Envía las botellas al hotel Resol, antes del viernes y asegúrate de que los reporteros vean el McLaren que le compré a Alexander — Sabrina regresó al escondite y me dejó respirar.

—El hotel Resol, este es un regalo caído del cielo —dijo mientras apuntaba en su agenda la fiesta de Alexander.

—Por supuesto que no irás, recuerda que estás castigada.

—Exacto, recuerda que estoy castigada por tu culpa, pero tú estás libre. Me debes una o le contaré a Alfonso la verdad.

—De acuerdo, pero no podré entrar a la fiesta. Es el hotel Resol, ¿lo has visto? Con ver la fachada sabes lo lujoso que es y su seguridad es de primera.

—Sí, es todo eso y también es la próxima expedición.

—¿De qué hablas?

—Octavio consiguió la membresía del hotel, por lo que será la expedición de toda la semana y tú vas a ir para "ayudar a Jorge". Puedes decirle que tienes miedo de dejarlo solo o invéntate algo.

—Eso no me servirá, lo he intentado muchas veces y él no quiere llevarme a expediciones tan largas. Él piensa que aún no estoy lista, aunque llevo más tiempo en el grupo que él.

—Entonces intercambia turno con alguien, creo que Camila se encargará del panel de control y en eso tu eres mucho mejor que ella.

—Disculpe, en un momento le regreso la llamada —Richard colgó y respondió a su agente de bienes raíces cuya característica voz era inconfundible—. ¿Qué ocurre Roger?

—Richard, por fin respondes, he intentado hablar contigo desde ayer. Me llamaron de Nueva York bastante molestos porque cancelaste la compra de la fábrica.

—¿De qué hablas?, ¡Yo no cancelé la compra! Tenemos que resolver esto cuanto antes.

Vimos a Richard acercarse a nuestra dirección, por lo que Sabrina y yo corrimos hacia el estacionamiento donde casualmente también se dirigió el padre de Alexander.

—Kim, ¿dónde dejaste el auto? —El lugar donde creí haber dejado el coche estaba vacío

—Lo dejé aquí, no pueden haberlo robado.

—De seguro lo dejaste en el estacionamiento de atrás.

—¿Hay dos estacionamientos?

—¡No puede ser! Si, hay dos estacionamientos. Tendremos que entrar a la empresa.

—¿Estás loca?

Con los pasos de Richard a mis espaldas fui obligada a entrar a Collins Company. Dentro había una multitud de gente moviéndose de un lado al otro. Me sorprendió que Sabrina contara con una tarjeta de identificación para entrar.

—Sabrina, no deberíamos estar aquí.

—Solo hay que sentarnos y leer el periódico como los demás. En cinco minutos Richard se habrá ido.

Cuatro hombres dialogaban en una de las oficinas delante nuestro. Uno de ellos señalaba un papel repetidas veces mientras los demás lucían estresados y temerosos. Aquel hombre era alto y muy delgado, con unos lentes que en ocasiones se resbalaban hasta la mitad de su nariz lo que le hacía acomodarlos sin perder el diálogo, también vestía un traje gris a juego con su portafolio.

—Kim, ¿a quién miras?

—A ese sujeto, parece estar discutiendo con los empleados.

—¿Te refieres a Anthony Benson? Es el asesor financiero de Richard.

—¿Cómo sabes que es su asesor financiero?

—¿Cómo es que tú no sabes eso? Octavio no debió asignarte a Alex como objetivo. Necesitas estudiar más sobre la familia Collins.

—Llevo menos de una semana vigilando a Alex, así que hay cosas que aún no sé. Mi anterior objetivo no era tan complejo.

—El asesor financiero se encarga de organizar las inversiones de la empresa, sin embargo, los últimos días ha estado ayudando a Richard con un viaje de negocios a Canadá.

El asesor cambió de diapositiva y mostró la imagen de su sucursal en Estados Unidos.

—¿Por qué hablan sobre la sucursal de Estados Unidos?

—No lo sé, mientras Alexander no se vaya del país estoy tranquila.

El bullicio se detuvo en un segundo a causa de Richard quien se dirigió a su asesor para reclamarle por un trámite. No hacía falta preguntarle a Sabrina por la nacionalidad de Anthony, pues se sabía que en esa empresa solo trabajaban personas extranjeras a excepción de Alex y sus hermanas que, a comparación de su padre, no nacieron en Estados Unidos sino en México.

—¿Por qué aún no compras la fábrica en Nueva York?, acaban de llamarme para preguntarme la razón de que descartara adquirir la propiedad —Richard le gritó en inglés al hombre y cerró la puerta.

—Kimberly, te demostraré por qué soy mejor que tú para vigilar a los Collins —miré confundida a mi prima, ella señaló sus labios y entendí a lo que se refería—. Anthony le está diciendo a Richard que la propiedad es demasiado cara y tardarán en recuperar la inversión —Sabrina sabía leer los labios, así que, a diferencia de los otros espectadores, nosotras éramos las únicas que conocíamos la razón del enfrentamiento—. Richard dice que no le importa correr el riego y creo que viajará a Estados Unidos para cerrar el trato, durante su ausencia dejará a cargo a Alexander —Anthony le entregó a su jefe unos planos, Richard los rompió y lanzó al suelo—. Anthony, sin consultar a Richard, prefirió comprar una propiedad en Canadá y ya hasta contrató al arquitecto para la construcción de la nueva sucursal.

—¿Me pueden prestar atención? Por favor.

Sabrina y yo nos asustamos, Richard salió con un megáfono en la mano y pidió la atención de todo el personal.

—Kim, es mejor que dejemos de cubrirnos. Tranquila, no conoce a la mitad de las personas que se encuentran aquí.

Sabrina bajó mi periódico al igual que el suyo y se mostró calmada, a pesar de no utilizar el uniforme o una placa de identificación.

—Por ninguna razón debe salir mal este proyecto. No deben cambiar ninguna de mis órdenes. Aun si les pido que la empresa incluya un circo dentro tendrán que hacerlo sin protestar, porque esa empresa será su próximo empleo si es que en un futuro quebramos. Continúen con su trabajo.

Todos retomaron sus actividades, así que mi prima y yo corrimos al estacionamiento antes de que el grupo notara nuestra ausencia, pues se suponía que debíamos estar entrenando.

—¿Sabes cuál es ese proyecto que puede ser la salvación de la empresa? —preguntó Sabrina en cuanto llegamos al auto y arranqué sin importar que el policía de la entrada exigiera que bajara la ventanilla para tal vez darnos una multa.

—Por lo que entendí hablaban de una nueva empresa.

—¿Te imaginas que yo dirija esa empresa junto a Alexander Collins?, prometo darte por lo menos el puesto de conserje.

—¡Por supuesto que no lo harás!

—De acuerdo, entonces serás la portera.

—Me refiero a que no dirigirás una empresa junto a Collins, eso sería cavar tu propia tumba.



—Una vez escuché que tu padre abriría una nueva empresa aquí en los Estados Unidos, incluso viajaría para cerrar el trato y te dejaría a cargo.

—Mi padre no construyó otra empresa además de la que estaba en México. Me dijo que estaría cargo de la empresa porque él viajaría a China para supervisar las fábricas.

—Te estoy diciendo lo que escuché.

—¿Dónde oíste eso?

—Una vez que fui a la empresa, tú no estabas.

—La noche que estuve aquí conocí a un hombre, me dijo que me parezco mucho a mi padre y que lamentaba lo de su accidente.

—Hubiera sido más fácil que hablaras con Anthony en cuanto llegaste aquí en lugar de pelearte con Jack.

—¿Cómo sabes que se llama Anthony?

Tenía que aprender a guardar ese tipo de información o eso acabaría más rápido de lo que pensaba.

—Me lo dijiste hace un momento —Alex asintió y frotó su frente.

—Lo siento, estoy distraído. ¿Aún puedes hackear computadoras?

—Si piensas que hackearé la computadora de Jack estás equivocado.

—No me refiero a hackear la computadora de Jack, sino a la de mi padre. La computadora la tiene Alicia en su casa y no la usa, está arrumbada en su sótano.

—Alicia y yo, en un mismo lugar, es una mala idea, Alex. No podré siquiera entrar a su casa.

Jack apareció de repente, así que Alex y yo nos alejamos automáticamente.

—Estos son los registros de los últimos quince años. Tienes material de sobra para lo que sea que quieras saber, Alexander —dijo Jack antes de sentarse en el suelo sin importar que estuviera sucio.

Alex de inmediato buscó la letra C, revolvió al derecho y al revés los papeles, pero no encontró lo que buscaba. No obstante, se detuvo a leer el registro de Anthony y, antes de que pudiera leer los cargos que ocasionaron su arresto, Jack se apresuró a quitarle los documentos.

—¿Cómo sé que no ocultaste ningún registro?

—Actúas como un detective. No oculté nada y lo puedes comprobar viendo la numeración de los expedientes.

—¿Puedo hablar con Anthony?

—Si te refieres a intercambiar notas con él, puedes hacerlo máximo por veinte minutos, en supervisión mía.

—Kimberly, ¿te molesta que hable con Anthony?

—A mí no me molesta, pero Jan debe estar preocupado y ansioso, esperemos que no te despida.

—Se me había olvidado —Jack me agradeció con la mirada y guardó la hoja que arrancó antes de entrar. Después guardó los documentos bajo candado—. Kim, tendremos que volver más tarde a hablar con Anthony. Vamos, estoy a punto de perder un empleo al que ni siquiera me he presentado.

Alex tomó sus cosas y caminó rápido hacia la salida.

—¿A qué te refieres con “volveremos”?

—Me refiero a que ambos hablaremos con Anthony.

—¿Por qué? No querrá hablar conmigo, no me conoce.

—Pues te conocerá hoy y eres una experta en interrogar criminales.

—Corrección, era una experta. Decidí olvidar todo lo que tenga que ver con La Bola Ocho.

—Como dicen, lo que bien se aprende nunca se olvida.

—Lo único que conseguiremos será asustar a Anthony y, por lo que me has contado, no fue mala onda contigo.

—Lo sé, pero tengo que aprovechar esta oportunidad. Sabe del accidente de Richard y debo averiguar la razón.

—De acuerdo, te acompañaré, solo porque no quiero que cometas una locura —intentamos salir rumbo a la pastelería, pero Jack obstruyó la salida y se cruzó de brazos. Sacudí a Alex y él desvió la mirada—. Creo que debes disculparte con Jack.

—Jack, discúlpame por el alboroto que causé.

—Escucha Alexander, que seas el cuñado de William no te da el derecho de provocar este tipo de conflictos en mi trabajo.

—¡Ya dije que lo siento! ¿Qué más quieres? ¿Qué te bese los pies?

—Hablaremos de esto más tarde, ve a tu trabajo. Que tengan un buen día, sobre todo tu Alexander, espero que te calmes.

Alex y yo corrimos a la pastelería, al llegar encontramos a Jan atendiendo las mesas, llevaba una charola repleta de malteadas y pasteles. Al ver a Alex lloró de felicidad y le lanzó un delantal. Collins se lo puso de inmediato.

—¡Alexander, creí que no llegarías!

—Gracias por esperarme, tuve un imprevisto.

—No te preocupes. No he atendido a las mesas de atrás, apenas he podido con la mitad, encárgate de eso. Iré con Jane a la cocina porque está sola y necesito ayudarla con las galletas.

—Me tengo que ir Alex, no despidas a muchos hoy.

Esa broma era habitual entre nosotros, por lo que sonreí al recordar aquellos momentos.

—Gracias.

Alex se acercó, pensé que me abrazaría o algo por el estilo. Todo se congeló, dejé de escuchar el bullicio del lugar y no le presté atención a los truenos que retumbaban cerca de donde estábamos, nada de eso importó porque Alex me besó.

Debo irme

Escucha aquí: Rabia de Joaquina

Cuando Alex me besó me percaté de que, aunque nos separarnos por diez años y estuvimos con otras personas, él aún era capaz de iluminar lo que yo ya daba por perdido. Alex era el único que podía cambiar mi vida, cuantas veces quisiera, y transformarla en algo distinto, pero sobre todo me di cuenta de que para siempre le tendría un cariño especial.

—Perdón, no era mi intención besarte, fue la costumbre.

Su mano continuó en mi mejilla y sus ojos me miraron a centímetros de distancia.

Sentí su respiración chocar contra mi rostro y combinarse con la mía. No entendí si se debió a que corrimos demasiado rápido o a que estábamos nerviosos. Sin embargo, me sentí destruida al obtener tal explicación de su parte. El beso duró lo suficiente para que él intentara separarse, pero no lo hizo.

—¿Fue la costumbre? Alex, creo que es mejor que pongas en claro tus ideas, no quiero volver a cometer el mismo error.

—¿El mismo error?, ¿de qué hablas?

—No quiero fingir que somos la pareja perfecta cuando ambos sabemos que el único motivo por el que estás conmigo es que no sabemos estar solos.

—Alicia te lo dijo —Alex bajó la mirada.

—Sí, aún conservo el correo que me envió. El asunto decía “La razón de que te echáramos de nuestras vidas” Hubiera preferido que tú me lo dijeras cara a cara. No fue bonito enterarme de esa manera de todas las cosas que decías sobre mí, y de las bromas que tus amigos y tú hacían sobre nuestra relación.

—Yo…

—Alex, por favor, platica menos y trabaja más —le dijo Jan desde la cocina.

Salí de la tienda antes de que Alex quisiera hablar sobre nuestra ruptura, puesto que prefería hablar de eso en privado.

Por un lado, Kimberly, sin ser capaz de sentir ninguna emoción, caminó hacia su destino, decidiendo si debía quedarse o era mejor dejar la carta y emprender su viaje de regreso. Por otro lado, Alex se quedó dando vueltas a las confesiones que acababa de escuchar y, a pesar de la batalla mental consigo mismo, continuó con su trabajo.

Remordimiento



11 de enero de 2013

—Hey, Kimberly.

Jorge me susurró al oído antes de prender la luz del buró y me sacudió el hombro para despertarme.

—¿Qué ocurre? —pregunté bostezando.

—Dime que no es cierto que cambiaste el turno con Camila para la expedición de hoy.

Mi novio se mostró realmente enojado y su ceño fruncido me hizo saber que estaba decepcionado. Sus ojos marrones me observaron de arriba abajo y sus manos estaban hechas puño sobre su regazo.

—Creí que si te acompañaba tendríamos más tiempo para estar juntos. Además, esta expedición me parece interesante —Jorge cerró los ojos.

—¿Estás consciente que pedirle a Octavio un favor significa condenarte de por vida?

—¿Qué? —me senté en la cama.

—Que Octavio aceptó que cambiaras el turno con Camila por un precio que después él cobrará o no sabemos si lo cobre hoy mismo.

Jorge aumentó el tono con cada palabra, así que Sabrina empezó a moverse en la cama junto a mí.

—No importa. Quiero estar contigo, no me interesa si Octavio me aumenta las tareas o me exige más horas de entrenamiento.

—Jorge, ¿qué haces aquí?

Alfonso reprendió a mi novio desde la puerta y observó la habitación para asegurarse de que nadie más se encontrara despierto.

—Estaba hablando con Kim.

—Pueden hablar en otro momento. Es hora de que descansen, les quedan por lo menos veinte minutos. Recuerden que la primera etapa de la expedición será de seis horas continuas, por lo que necesitan dormir.

Jorge se levantó de su sitio y con discreción me lanzó un sobre que apenas logró caer en el sitio correcto.

Alfonso nos miró agotado y al mismo tiempo que se tallaba los ojos revisó su teléfono en busca de nuevas indicaciones para el grupo, pues era costumbre que cada mañana de expedición llegaran instrucciones.

—Kimberly, me escribió Octavio. Dice que te presentes al medio día en el hotel Resol, parece que Alexander irá con su agente de bienes raíces a consultar unos trámites. Es importante saber si piensan agrandar la empresa —Mi novio giró a verme con una mirada de "te lo dije". Tuve la sospecha de que me quería decir algo importante antes de que Alfonso nos atrapara; sin embargo, yo no podía retractarme y regresar a mi antiguo puesto, solo conseguiría parecer una cobarde—. Hay algo más, dice que lleves tu pistola cargada.

—¿Por qué?

La última vez que utilicé la pistola, fuera de una expedición, fue con un ingeniero en sistemas que descubrió que el grupo hackeó la base de datos de su empresa.

—Ya sabes la respuesta —Alfonso regresó a su dormitorio y dejó que Jorge se quedara con el pretexto de ayudarme a preparar el arma.

—Ten, puedes probarla.

Esas fueron las primeras palabras que me dirigió Jorge desde que entramos al arsenal para cargar mi pistola.

—Te juro que mis intenciones no son malas, en verdad quiero asistir a la expedición —Apunté a la silueta que teníamos en la pared y disparé justo al blanco.

Miré a Jorge esperando a que me felicitaría como siempre lo hacía, pero parecía estar ausente.

—Existe la posibilidad de que Octavio me transfiera al grupo del norte.

Jorge me mostró un correo donde Octavio agradecía la aceptación de Jorge en el grupo de

Tijuana, y aseguraba que era el indicado para la próxima expedición de allá. En ese instante supe que una de mis mayores preocupaciones se había hecho realidad.

—Pero esa es una confirmación. No digas que es una posibilidad. Tu vuelo sale en unas horas.

—Esta es mi última expedición con este grupo.

Jorge no pudo evitar tirar de una patada las cajas donde guardábamos nuestras armas y golpear la pared una y otra vez a pesar de saber que el arsenal era a prueba de sonido.

—¿Cuándo te enteraste?

—Hace tres días.

—Entonces ¿por qué te molesta que esté contigo en esta expedición si sabes que es la última que tendremos juntos?

—Porque tendré que protegerte y en este momento mi mente no se encuentra de la mejor manera como para decirte que hacer o a donde ir. Tengo suficiente con mis propios problemas. ¡Estar juntos empeora nuestras vidas!

Era costumbre que Jorge, al estar enojado, no se diera cuenta de lo que decía y más tarde se arrepintiera de ello, no obstante, su confesión pareció no ser un accidente y fue un golpe que nunca esperé de su parte.

—Entonces si yo empeoro tu vida ¿qué haces conmigo? Puedes ir al norte y conseguirte una nueva novia que no te afecte tanto como parece que yo lo hago. Si yo era una carga me lo tuviste que haber dicho antes de salvarte de ese tiroteo o antes de prestarte cien mil pesos para tus deudas en el casino. Puedo seguir recordándote las múltiples veces en que tú fuiste una carga, pero lo acepté porque de corazón prometí apoyarte en las malas.

Agarré mi maleta y, sin consultar a Jorge, tomé las llaves de la camioneta, pues quería alejarme de ese drama tan fútil. Salí del arsenal, el sol comenzaba a salir y el ruido en la cocina me avisó que todos ya estaban despiertos, así que entré en busca de mi desayuno. Algunos estaban mirando la entrevista que dio Collins, el día en que lo intercepté, en la nueva televisión que compró Octavio.

—Esa entrevista se transmitió hace unos cuantos días ¿no?

—Sí, pero Alfonso logró grabarla, así podremos burlarnos de Collins cuando queramos —contestó Matías antes de beber un vaso de agua de un solo trago, pues acababa de terminar su carrera matutina.

—Alexander tiene mayor clase que ustedes. De hecho, es mucho mejor que ustedes en muchos ámbitos. No hay razón para que se rían de él —dijo mi prima desde el sillón frente al televisor, mientras mantenía su vista fija como un león observando a su presa.

—Por favor, Sabrina. Sus discursos son más falsos que los ojos verdes de Nicolás y yo estoy mejor que Alexander, él no tiene estos bíceps —dijo Matías a mi prima mientras besaba los músculos de sus brazos.

Matías tenía diecisiete años como yo, por lo que solo le llevaba un año a Sabrina. Tenía piel morena, ojos grises y un físico bastante trabajado a causa del gimnasio que improvisó en el jardín con ayuda de maderas, rocas, troncos y costales.

—Por lo menos Alex no tiene ese bigote de azotador.

—Ven aquí Sabrina, mi azotador quiere darte un beso.

Nicolás, el mejor amigo de Jorge, se encontraba desayunando solo, movía con una cuchara su cereal sin intenciones de comerlo. Sus pupilentes verdes observaban el plato como si su respuesta estuviera dentro. Además, fingió reírse cuando Matías le pidió ayuda para lanzar a Sabrina a la piscina, lo que nos pareció extraño a todos porque Nicolas aprovechaba cada oportunidad que tenía para unirse a las tonterías que hacíamos.

—¿Qué tienes Nico? Adivino, Alfonso te venció en el circuito de hoy.

—No, estoy enfadado con Jorge. No esperaba que él se mud…

—Puedes completar la frase, me acabo de enterar de todo.

—¡No puedo creer que después de tres años de estar con el grupo decida irse!

Nico no me observó al descargar su ira, prefirió gritar al aire y apretar los dientes al terminar su queja. Él no era un chico muy extrovertido, por lo que me halagó mucho haber sido una de las únicas personas con las que podía hablar sobre sus preocupaciones.

—No es su culpa. Octavio tomó la decisión al mandar la solicitud.

—Eso te dijo él. La verdad es que él pidió el traslado. Usó a Octavio de intermediario para que no lo notáramos. ¡Qué buen amigo es Jorge! —Nico echó el plato al fregadero, empujó a Camila al tropezarse con ella y abandonó la cocina.

—¿Cariño, ocurre algo? —Como era de esperarse, Nico ignoró a su novia—. ¿Hice algo malo, Kim?

—No, no te preocupes. Debe estar presionado por el robo de esta noche.

—Mi novio no se pone así por ese tipo de cosas. ¿De qué estaban hablando antes de que yo llegara?

Camila tomó una manzana del centro de la mesa y la mordió con estruendo para intimidarme. A ella no le gustaba que Nicolas y yo fuéramos amigos, ya que él y yo salimos durante un año.

—Tranquila, morra. Desde hace meses que los ojos falsos de tu hombre dejaron de interesarme —Tomé también una manzana e imité a Camila.

—Eso espero, no querrás que mi siguiente bala choque contigo por error —Camila ladeó su cabeza sin dejar de comer.

Ese tipo de bromas eran comunes entre nosotras, pero durante los momentos difíciles éramos honestas la una con la otra. Admito que teníamos una amistad extraña, pues la manera en que ella me demostraba su lealtad era solucionando algunos de mis problemas sin dejarme saber de su existencia.

—Y tú no querrás que le haga daño a tu nariz plástica.

Camila lucía piel morena clara con unas cuantas pecas en el rostro. Su cabello negro siempre estaba suelto para lucir sus rizos y le encantaba presumir sus voluptuosos labios, por lo que optaba por usar tonos llamativos cada vez que tenía la oportunidad. Sin embargo, meses atrás Sabrina y ella acompañaron a Octavio a una expedición en Colombia. Cuando regresaron, por arte de magia, Camila tenía una nariz perfecta, pero ella negó haberse hecho una cirugía plástica.

—Qué amenaza tan mala, ¿qué te ocurre?

Se sentó a mi lado y se recogió el cabello como siempre lo hacía al fingir ser mi terapeuta.

—Jorge se irá a Tijuana y no me enteré de la mejor manera.

*—Bueno, regresará en una semana como siempre, no veo el problem*a.

—Él se irá de manera definitiva.

—Ya te dije que no soy fácil de engañar, ya me cansé de que Jorge y tú me hagan bromas. La semana pasada dijeron que iríamos de expedición a Canadá y me hicieron gastar casi todo mi dinero en abrigos que nunca voy a utilizar. Ahora dices que nuestro capitán se irá a Tijuana. ¿Qué te ocurre en realidad?

—No es ninguna broma. Me lo acaba de decir, por eso Nico estaba también molesto. Él dice que Jorge pidió el cambió a propósito.

—Debe haber una explicación, Jorge puede que a veces sea estúpido, pero cuando toma una decisión así es porque tiene un plan o una buena razón. Sin embargo, eso no es lo que te tiene así ¿verdad?

—No, creo que cortamos, me dijo que yo empeoro su vida.

Camila tragó lo que quedaba de su manzana y escupió las semillas al aire, las cuales chocaron con la mejilla de Sabrina que corría alrededor de la mesa para que Matías no la atrapara.

—¡Que asquerosa eres, Camila!

—¿Dónde está ese patán? —Mi amiga se levantó y se arremangó su suéter negro.

—No importa. De todos modos, llevábamos peleando por cualquier cosa desde hace días y terminaríamos poco tiempo después de su traslado.

—Si te lastima a mí sí me importa. Iré por mi pistola, necesito alguien con quien practicar mis disparos —Detuve a Camila por la espalda y cayó de regreso a su silla.

—No hagas el problema más grande de lo que es. Voy a estar bien, quizá Alex y yo estemos mejor separados.

—¿Alex?, ¿qué tiene que ver Collins en esto?

—Nada, dije que Jorge y yo estamos mejor separados.

—No es cierto, acabas de decir "Voy a estar bien, quizá Alex y yo estemos mejor separados" —Camila imitó mi voz mientras ponía una mano en su frente, exagerando su actuación.

—Deja de burlarte de mí —Le di un golpe en el brazo.

—De acuerdo, pero estoy segura de que nombraste a Collins. ¿Quieres que te regrese el puesto de guardia? No creo que quieras ir a la expedición ahora que rompiste con Jorge.

—No, Octavio enfurecerá, hablando de él tengo que prepararme para ir a cumplir una misión —Camila me dio un pequeño abrazó antes de que saliera de la cocina—. Por cierto, Sabrina debes entregarme los papeles de la expedición.

Esa era la clave para que ella me diera el regalo que, con discreción, le entregaría a Alexander. Al principio me negué a ir al hotel y mucho más a entregar el obsequio, pero me convenció al prometer que no iría de nuevo a la empresa para acosar a Alexander. Mi prima esperó a que terminara de lavar mis platos e interrumpió su juego con Matías que, al notar que estaba despistada, le plantó un beso en la mejilla.

—¡Oye! Estaba en descanso, eso no se vale. Cuando regrese me las vas a pagar —Sabrina corrió al ropero de nuestra habitación y, de la bolsa donde guardaba su ropa, sacó su mayor tesoro después de Alexander claro está—. Ten, no lo abras. Es personal entre Alex y yo.

—Sabes que no puedes ponerle tu nombre al regalo ¿verdad?

—No lo puse. Es solo una tarjeta de felicitación y un detalle que le compré.

—Esto no pesa, ¿segura que tiene algo dentro? —sacudí la caja cerca de mi oído.

—Por supuesto. Tiene mi futuro.

—Espero que no sea algo peligroso, Sabrina.

—Deja de preocuparte, no soy tonta, sé que debo hacer y qué no. Tú solo deja este regalo en la habitación de Alex y ya no lo "acosare"

—Todos sabemos que estás obsesionada con Alexander.

—Tú no hables. Estás obsesionada con tu novio y nadie te lo dice.

—No estoy obsesionada, además, yo no acosaba a Jorge, pero ya no importa porque acabamos de terminar.

—No te creo, oí que te vino a buscar en la madrugada, se me hace que se fueron a hacer sus cosas al arsenal porque es a prueba de sonido —Matías pasó y rio por el comentario de Sabrina.

—Cállate o todos te oirán —Esperé a que la puerta de Matías se cerrara para continuar hablando—. Pues ocurrió todo lo contrario, la relación se fue a la basura en unos minutos.

—¿Quieres hablar sobre eso?

—No vale la pena. Me arreglaré para ir al hotel, tengo una tarea pendiente.

—¡Qué te vaya bien! Saluda a mi suegro de mi parte y toma una copa por mí, pero no te acerques a mi Alexander más de lo debido.

Fui al campo de entrenamiento y me encontré a Alfonso corriendo alrededor de la pista, pero como lo mío no era correr decidí practicar con la pistola de dardos. Pasé alrededor de una hora descargando toda mi furia en cada disparo, al terminar mi entrenamiento me sorprendió notar que la tensión de mis hombros había desaparecido.

Más tarde, en camino al hotel Resol, me encontré a un hombre que llevaba en sus manos un folder azul con la frase favorita de Octavio en la cubierta:

“La mayoría de las personas son como alfileres: sus cabezas no son lo más importante”- Jonathan Swift.

Las calles estaban vacías, las cámaras de seguridad parecían estar apagadas y el mensaje de Octavio me confirmó que aquel hombre era mi presa. Me estacioné a unos metros de distancia de la víctima que sentada en una banca miraba su reloj y llamaba por teléfono sin recibir respuesta.

Saqué la pistola de mi chaleco y, pidiéndome perdón, bajé la ventana, apunté al hombre con la pistola y jalé el gatillo. Estaba acostumbrada a disparar sin que mis emociones se interpusieran, no obstante, aquella ocasión fue como si disparara a mi conciencia, pero no tenía otra opción, debía cumplir con ese tipo de misiones si quería estar a salvo del grupo.

Arranqué el auto y continué con mi camino. Le avisé a Octavio que podía pasar a recoger el cuerpo. La Bola Ocho nunca mataba a las personas, incluso tuvimos que aprender a disparar en las zonas que no pusieran en riesgo la vida de las víctimas para, posteriormente, llevarlas a la pequeña cárcel que llamábamos retén que se encontraba en Tijuana.

Parecía extraño todo lo que hacíamos, pero, si queríamos limpiar el país como decía Alfonso, hacer aquello era indispensable. “Tenemos que mostrarle al sector rico que su dinero no es

capaz de comprarles un cerebro y que sus lujos se resumen a nada en contraste con su débil vida" repetía Octavio durante nuestros primeros entrenamientos.

Pensé en las múltiples tareas que ese día me esperaban; todo comenzó con la pequeña pelea entre Jorge y yo, con el regalo que tenía que entregarle a Collins, con el hombre que tuve que herir sin justificación para hacerlo y, por supuesto, con el robo que se llevaría a cabo esa noche en la presencia de Alex que podía reconocerme.

Mis manos movían el volante y mis pies pisaban el acelerador; sin embargo, mi mente parecía no corresponderle a mi sistema nervioso. No dejaba de darle vueltas a mi último encuentro con Collins, pues cada una de sus palabras quedaron grabadas en mi memoria.

Mi respiración era acelerada al igual que el auto que manejaba. Estuve a punto de chocar con un motociclista que me gritó palabras que no vale la pena recordar. Estaba segura de que era de las peores veces en que había conducido, así que por un momento consideré detenerme e irme en taxi. Lo último que deseaba era pagarle la camioneta a Octavio por el resto de mi vida.

Preferí respirar hondo y concentrarme en hallar la mejor ruta que me llevara al hotel sin toparme con Alexander. Gracias a un atajo que tomé, logré llegar diez minutos antes, por lo que decidí entrar interpretando mi papel de huésped. A la derecha de la entrada se encontraba el salón privado repleto de meseros que alistaban las mesas y colocaban las copas.

Apareció una señora vestida con un traje sastre, estaba escribiendo en una agenda y al mismo tiempo llevaba el teléfono colocado entre su hombro y el oído. La señora tenía el pelo rubio por arriba de los hombros, piel bronceada y un lunar bastante llamativo en la frente. A veces se plantaba delante de cualquier mesa para regañar a los meseros porque la decoración no estaba en el lugar correcto.

—¡Alexander Collins llegará en unos minutos! Quiero que todo se vea espléndido —se detuvo frente a un mesero—, y tú cambia el color de los manteles, Alexander odia el color verde.

Por supuesto que el nerviosismo en el bar se debía a la visita de Collins, eso era lo que él causaba.

—Disculpe señorita, ¿puede retirarse? La entrada es solo para personal autorizado —Me sorprendí cuando un guardia me dirigió la palabra.

—Lo sé. Soy la secretaria del señor Benson, me pidió que viniera a supervisar el evento.

Se suponía que primero me instalaría en mi habitación y después recogería mi identificación falsa. Sin embargo, las cosas no surgieron como lo planeamos, pues mi cabello peinado en una fatal coleta, mi pintalabios negro a juego con mi ropa y mi falta de identificación no concordaban con la pinta de una secretaria de la empresa, pero actué como si estuviera ofendida al escuchar que el hombre me negó la entrada.

—El señor Benson mandó hace unos minutos a la señora O'Brien para supervisar el evento. Además, no tengo la orden de dejar pasar a otra persona, ¿cuál es su nombre?

El vigilante sacó su radio dispuesto a informar de mi presencia con su demás equipo, así que preferí usar otra táctica.

—Le informaré al señor Richard Collins de este asunto.

El guardia cruzó los brazos en forma de desafío, por lo que me vi obligada a hablarle a Alfonso que, con ayuda de una aplicación de voz creada por Camila, podía hacerse pasar por Richard Collins.

—Señor Collins, soy la señorita Barnes, me temo que el guardia del Hotel Resol me está negando el ingreso. ¿Me podría autorizar la entrada?, por favor —tuve que hablar en inglés para que el policía creyera mi actuación.

—Por supuesto señorita Barnes. ¡Mi hijo está a una calle del hotel! y es muy importante su presencia en el salón. ¿Cuál es el nombre del estimado vigilante? —tenía en alta voz la llamada de manera que el guardia no tuvo otra opción que proporcionar su nombre.

—Señor Collins habla Simón Rinaldi, a su servicio.

—Vigilante Rinaldi, no es la primera vez que me dan una queja sobre su trabajo. No quiero prescindir de sus servicios, por lo que debe cederle el paso a la señorita Barnes.

—Perdón Señor Collins, no volverá a pasar.

—Eso espero —colgué la llamada.

—Le ofrezco una disculpa señorita Barnes, puede pasar. Si necesita algo puede avisarme.

—Gracias.

Me apresuré a entrar y acercarme a las mesas lejos del ajimez, pues gracias a la obsesión de mi prima con Alex sabía que él nunca se sentaba cerca de una ventana o de la vista de los demás. Él era un chico que prefería la privacidad en asuntos serios como ese, algo extraño considerando que su vida era demasiado pública desde hace años.

Me detuve al ver dos mesas con copas de vino, ¿cuál era la de Collins?, necesitaba saberlo para colocar el micrófono. No obstante, uno de los guardaespaldas de Alexander entró al salón y así fue como supe que el tiempo se me había acabado.

—¿Qué haces? —La señora O'Brien me arrastró a la cocina donde todos se encontraban espiando a través de la abertura de la puerta, en espera de la entrada de Alexander Collins—. ¿Tú quién eres?

La señora arrugó los ojos descifrando mi rostro, al percatarse de mi vestimenta dio un pequeño salto hacia atrás y se llevó una mano al pecho.

—Señora O'Brien, tranquila. Ella es la señorita Barnes, secretaria del señor Benson —le dijo el vigilante Rinaldi comiendo una tostada y viendo las cámaras de seguridad por la pantalla de

la cocina.

—Perdone señorita, la última vez que nos vimos fue hace dos meses en la cena de caridad de la empresa. Luce diferente, está mucho más delgada y con un estilo distinto. Seguro probó los tés que le recomendé, dígame ¿cuál le gustó más?

La señora se sentó y me señaló el lugar delante suyo. Octavio no me había mandado a platicar de tés sino a espiar a Collins.

—Me encantó el té de manzanilla, pero debo asistir al señor Collins, así que con su permiso.

Salí de la cocina con pasos lentos, logré escabullirme al baño de los empleados donde quité mi maquillaje y me coloqué unos pupilentes que me prestó Nicolás, también me hice lunares falsos con maquillaje. Para cubrir mi rostro solté mi cabello al cual le había agregado mechones rojos después de mi encuentro con Alex. Finalmente, me puse un vestido que Sabrina eligió especialmente para la ocasión. Al salir, los meseros se encontraban caminando a lo largo del pasillo con sus bandejas llenas de comida e impedían que viera al rey de roma.

Cada vez que me movía para ver a Collins un mesero aparecía en la escena. Lo único que se oía era la música clásica de la recepción. Consideré abandonar la misión y aceptar las consecuencias que mínimo implicarían tres horas diarias de entrenamiento. Me sentí como una tonta por no saber a dónde huir o cómo salir del bar, supe que a eso se refería Jorge con que yo era una carga. Él era mi brújula en cada misión, siempre encontraba la manera de que Alfonso no estuviera enfadado al saber que habíamos fallado. Quizá yo no servía para estar en el grupo y en realidad solo estaba ahí por ser la hija adoptiva de Octavio.

Los meseros despejaron el pasillo y me abrieron el paso, miré a Alexander esperando a que su acompañante colgara el teléfono. Collins llevaba una camisa azul claro lo suficientemente ajustada para que se marcaran sus pectorales, y bebía su copa de vino, esporádicamente checaba si su celular permanecía aferrado a su cinturón. Un mesero se acercó a mí y dejé de prestarle atención a Alex.

—Señorita, ¿le podemos ayudar en algo?

—Sí, ¿puedo ver el plato de Alexander? Su padre me encargó supervisar la comida, Alexander tiene una dieta estricta —El mesero con el ceño fruncido me mostró el plato que llevaba un tazón mediano de caviar—. Me permite el plato por favor, debo asegurarme de que no contenga ningún ingrediente malo para la salud de Alexander.

—¿Está todo bien? —Me entregó la charola.

—Excelente, solo que por temas de confidencialidad por el momento Alexander prefiere que solo personas autorizadas se acerquen a la mesa. Le avisaremos si necesitamos algo.

El mesero aceptó entregarme la comida. Temblé al darme cuenta de que podría ver de cerca los ojos grises de Alexander. Una de mis manos se aferró al plato como si mi vida dependiera de ello.

Código B

Escucha aquí: Ni Lo Pensamos de LUANA



Avancé cinco pasos y percibí el calor de Alex, al dar siete pasos olí su loción y se me puso la piel de gallina, di nueve pasos y el plato amenazó con caerse porque lo vi sonreír, al dar once pasos noté que solo dos me separaban de su mesa. La voz gruesa de Collins chocó con mis oídos para revivir mis nervios y aumentar su intensidad en un segundo. Alex atrajo mis emociones en forma de un tornado, hasta ahora me doy cuenta de que era una señal.

Trece pasos y ya estaba delante de la mesa, ambos hombres detuvieron su seria conversación para colocar sus ojos en la comida, por desgracia el agente tendría que esperar, pues yo solo llevaba el plato de Alexander que con lentitud subió la vista para agradecerme. Alex arrugó la servilleta de tela puesta en su regazo y se levantó de su silla con gran rapidez.

—¿Te conozco?

Sí, sí nos conocíamos, pero el efecto de su voz en mí me llevaba la contraria hasta engañar a mi cerebro. Decirle que, hace unos días, él me había dado una gran suma de dinero no era un buen reencuentro. Me hubiera gustado ser fuerte y contestar de inmediato, mas no fui capaz de reaccionar.

—No, soy nueva aquí.

Su rostro estaba a escasos centímetros del mío. Él tenía el cabello negro, tal vez como el color de su alma. Sus ojos eran grises, como mi conciencia. Sus pestañas eran largas y si hubiera juntado nuestros rostros me hubieran dado pequeñas cosquillas.

—¡Se nota que eres nueva, tan solo ve tu aspecto! ¿Cómo fue que te contrataron? —El agente de bienes raíces, Isaac Naaktgeboren, tuvo que reír por el chiste de Alexander que se alejó para ir a registrarse.

—Lamento ese comentario, era una broma. El joven Alexander es así con todo el mundo, no se imagina lo que me dice a mí.

—No se preocupe. Por cierto, felicidades por la ampliación de la empresa —Pegué el

micrófono debajo de la mesa, con discreción, simulando que estaba acomodando el mantel.

—Bueno, todavía falta un año para cantar victoria. ¿Usted cómo sabe de la ampliación?

—La señora O'Brien no dejaba de hablar de ello en cuanto llegó

—Debí saberlo, la señora O'Brien es incapaz de guardar un secreto.

—Tomaré eso en cuenta la próxima vez que hable con ella —Con señas le indiqué a los meseros que podían entregar la comida, así que decidí retirarme y me dirigí a la habitación que Octavio rentó para mí. Una vez dentro no vería a Alexander y la posibilidad de una falla sería remota—. Espero que la comida sea de su agrado, buen provecho.

—Gracias —Isaac no perdió contacto visual conmigo y al irme de inmediato buscó a un agente de seguridad cual sorpresa al ver que nadie estaba cerca.

Con pasos lentos, para no levantar otra ola de sospechas, me retiré del bar. Rumbo a la salida, pasé por la recepción donde se escuchaba una voz varonil bastante molesta, pensé que era Collins. Me reprimí por olvidarme que él se dirigió, al igual que yo, a la recepción. Mi sorpresa fue mayor al toparme con otro huésped. Desorientada, me dirigí al mostrador no sin antes voltear al bar y observar que la silla de Alex seguía desocupada.

—Buenas tardes, soy Johana Barnes. El señor Garza Álvarez reservó una habitación para mí.

—¿Me permite una identificación?, por favor.

Sabrina se encargaba del papeleo falso. Ella creaba actas de nacimiento, identificaciones, diplomas y a veces, si es que el caso lo ameritaba, actas de defunción.

—Señorita Barnes, hubo un error en su reservación, por lo que tuvimos que reasignarle su habitación a la Suite 5. De hecho, tiene visita y ya la están esperando en su habitación.

La recepcionista me miró por solo un segundo y después me entregó la llave, al hacerlo su mentón tembló un poco. Una compañera junto a ella se mantuvo callada, al percatarse de mi mirada fingió contestar una llamada.

—¿Cómo pudo ocurrir un error? Si cuento con membresía del hotel.

—El error fue nuestro, por ello le ofrecemos una disculpa —Se aferró a la computadora como si el aparato la salvara de mis preguntas.

Ella estaba demasiado nerviosa, creí que se trataba por mi apariencia la cual intimidaba a la mayoría de las personas, a pesar de ello las circunstancias apuntaban a otra respuesta. Alfonso siempre me informaba de cualquier incidente o visita que tuviéramos, así que aquello fue demasiado sospechoso.

—Dice que tengo una visita esperándome en la suite, considero que es inapropiado que sin mi consentimiento permitieran que esta persona ingresara a mi habitación. ¿Quién es mi visita?

—Él no dijo su nombre, pero dio órdenes estrictas para que usted estuviera ahí lo antes posible.

—Esto parece más grave de lo que pensé, al parecer permitieron que alguien, sin identificarse, entrara a mi Suite. Sé que ustedes piden una identificación para el ingreso, así que ¿cómo es posible que permitieran ese suceso?

—Claro que presentó una identificación, pero es información confidencial —Comprendí que la recepcionista solo seguía instrucciones.

Dejé de insistirle, pues si continuaba preguntando llamaría la atención de los demás huéspedes y terminaría en boca de todos durante la fiesta.

—Gracias por nada —Volteé y un empleado se encontraba dispuesto a cargar mis maletas, pero se sorprendió al ver que no había ningún equipaje o por lo menos una bolsa, ya que por precaución dejé todo en la cajuela del auto.

—Bienvenida al hotel Resol. ¿Puedo llevar sus maletas?

—Claro, gracias. Mi equipaje está en el auto.

—Entonces la acompañaré a buscarlo.

—Está bien.

Regresé al estacionamiento para sacar mi maleta, que estaba demasiado pesada porque dentro llevaba un par de laptops, cámaras y micrófonos. El hombre tomó la maleta, no obstante, al notar su peso se vio obligado a dejarla de nuevo en la cajuela.

—Tendré que traer un carro para llevar su equipaje, en un momento regreso, con permiso.

Después de que el hombre se alejó tomé mi teléfono para llamar a Alfonso, pero no contestó y llamé a mi prima que a comparación de él no tardó en responder. A lo lejos se escuchaban las risas del grupo.

—Kim, ¿cómo va todo?, ¿conseguiste espiar a Alexander?

—¿Sabrina, Alfonso está en la casa?

—Sí, creo que está preparando su maleta para la expedición ¿Por qué?

—Necesito que me contactes con él de inmediato.

—¿Te encuentras bien?

—¡Sabrina comunícame con Alfonso! —Mi prima le susurró asustada a Alfonso que me urgía hablar con él.

Todo parecía estar normal y si Alfonso estaba allí no podría saber del cambio de habitación

como la recepcionista me dijo.

—Kimberly, habla Alfonso ¿qué ocurre?

—La recepcionista me asignó una habitación distinta a la que Octavio reservó porque supuestamente tuvieron un error con mi reservación y eso no es todo, también me dijo que tengo una visita, cuya identidad es confidencial y está esperándome en la Suite.

—Octavio no recibió ningún aviso sobre ello. Debes prepararte para cualquier movimiento, es posible que algún enemigo te tenga en la mira. ¿Te siguió alguien?

—No, llegué antes que Collins para colocar el micrófono debajo de la mesa.

—Traté de establecer señal con el micrófono, pero no pude, creí que aún no lo habías colocado. Le diré a Octavio que tenemos un código B. Activa el GPS de tu reloj y aférrate al plan de identidad. Sigue las instrucciones de la recepción, mandaré a alguien para que te ayude.

—Entendido. ¿Tengo permiso de disparar?

—Por supuesto, tu refuerzo llevará más balas.

—Tengo que irme. Un empleado se dirige hacia mí —Colgué la llamada al observar al botones acercarse a mi auto.

Con discreción me aseguré de que mi pistola continuara en mi cartera y, mientras caminaba a la habitación, activé el GPS de mi reloj.

El hombre se detuvo delante de la Suite 5, tocó la puerta esperando la aprobación de la persona que representaba una posible amenaza para el grupo. Una voz masculina pidió mi presencia y al entrar retrocedí un momento al notar que el cuarto estaba totalmente oscuro porque las persianas estaban cerradas. Aquel hombre se encontraba de espaldas a la puerta, admirando por un costado la magnífica vista de la ciudad de México.

—Servida señorita. Si necesitan algo pueden llamar a la recepción y vendré enseguida. Con su permiso.

—Propio.

Esa voz me pareció bastante familiar. Con dificultad observé que el hombre llevaba un esmoquin impecable. Busqué alguna maleta que no fuera la mía, pero la habitación parecía intacta. La puerta se cerró con estruendo.

Sigilosa, me aparté de la persona que no volteó a pesar de oír mis pasos. Parecía que estábamos solos, no encontré ninguna cámara o micrófono escondido.

El único sonido era el del tráfico a lo lejos seguido de mi teléfono vibrando con el nombre de Jorge en la pantalla. Cancelé la llamada tan pronto apareció y estuve esperando a que el hombre me dirigiera por lo menos una palabra, pero nada parecía cambiar a los minutos de mi

llegada.

Me puse alerta a cualquier movimiento que pudiera venir hacia mí. Cabía la posibilidad de que trataran de manipularme con tanta serenidad para después atacarme, no era un movimiento nuevo para mí. El teléfono volvió a vibrar, era Vattiare que me mandó tres mensajes que no pude leer a causa de mi batería baja. Decidí seguir con el plan y apagué el celular para quitarle la tarjeta Sim.

—Barnes, calla ese teléfono o no podremos conversar.

El hombre me llamó por mi apellido falso, lo que descartó cualquier posibilidad de que La Bola Ocho estuviera al borde del peligro o, por el contrario, esa persona sabía jugar bien sus cartas.

—Lo siento, apagaré el teléfono y lo dejaré junto a usted —Coloqué el teléfono junto al hombre, pero no pude ver su rostro. Rio levemente y tomó algo del buró a su izquierda.

Comencé a impacientarme, sin duda era uno de los casos más raros que había presenciado, el tiempo pasaba y ninguna conversación parecía estar a punto de iniciar.

—¿Qué hiciste con mi dinero? —Reconocí su voz y dejé salir un suspiro. Abandoné la idea de usar el karate para mi defensa.

—Compré una playa, se encuentra a unos veinte minutos de aquí, podemos ir cuando quieras. Escuché que adoras surfear.

—¡Deja de evadir mis preguntas!

—Lo que hice con el dinero no es de tu incumbencia.

—Es de mi incumbencia si te piensas hospedar en el mismo hotel que yo, el día de mi fiesta de cumpleaños y colocar un micrófono debajo de mi mesa.

Alexander lanzó el micrófono al bote de basura con un excelente tiro. No me explicaba cómo se enteró de mi espionaje y encontró las pistas de mi presencia. Tal vez debía estar preocupada, pero fue un alivio, ya no necesitaría esconderme.

—Hablando de eso, ¡feliz cumpleaños! ¿Quieres que lo celebremos con un trago? yo invito —Cerró con seguro la puerta. Me senté en la cama y saqué un par de chicles sin importar que Collins estuviera delante de mí con los brazos cruzados—. ¿Quieres? Son de fresa.

—Tengo que asegurarme de que no tengas ninguna pistola, así que levántate.

—Si quieres una pistola solo tienes que pedírmela. Pero ten cuidado porque puedes matar a alguien. ¿De qué calibre la prefieres? —Saqué una pistola de mi maleta, él retrocedió y tomó el teléfono dispuesto a llamar a la policía.

—Alexander ¿Qué crees que haces? ¿Pensabas llevarme con la policía?, es mejor que no

respondas.

—Eres una asesina.

—No, solo me gusta llevar conmigo un par de pistolas, tú sabes, bastante casual el asunto.

—Te di una gran suma de dinero ¿Qué más quieres que te dé? —Me pareció una escena demasiado cómica y no quise perder la oportunidad de divertirme un poco.

—Dame opciones, quiero ver que me puedes ofrecer.

—No traigo más dinero. Si continúas insistiendo llamaré a la policía.

—De acuerdo, tú ganas. Tienes razón, soy una asesina a quien has atrapado. Por cierto, excelente trabajo descubriendo quien soy, cual era mi habitación y encontrar el micrófono.

—Déjate de disparates. Haremos un trato, me dices la razón por la cual me sigues, me devuelves mi dinero y te entregas a la policía.

—Yo no gano nada, pero si conversamos como personas civilizadas es probable que lleguemos a un acuerdo —Caminé alrededor de él, su espalda estaba rígida y la vena reluciendo en su cuello me indicó que podía estar a punto de lanzar un golpe o querer intimidarme.

—Tienes razón, hablemos.

Alexander giró con la intención de clavarme una máquina de toques en el brazo. No pude evitar reír cuando notó que no caí al suelo. Por suerte mi uniforme, debajo del vestido, me protegía de esos casos, de lo contrario me habría desmayado en segundos.

—Alex, me haces cosquillas. ¿Dónde compraste esa máquina?, quiero comprar una para la próxima ocasión que nos veamos.

—No entiendo, debiste desmayarte con la descarga. Puede que esté defectuoso —Inspeccionó la máquina de toques y la tiró a la basura sin importar su valor económico.

—¿Por qué quieres deshacerte de mí? Sé que te quité algo de dinero y que te amenacé, pero tú eres quien me trajo hasta aquí. Si quisiera herirte ya lo hubiera hecho. En cuanto al micrófono era para obtener información sobre ti. Soy periodista y mi jefe me mandó para conseguir algún chisme sobre la familia Collins.

—No mientas, los periodistas no llevan pistolas consigo.

—Me cansé de contestar tus preguntas. Es mejor que terminemos con esto antes de que ocurra algo peor. Ambos queremos deshacernos de mí. Me dio gusto conocerte y linda corbata —Tomé la pistola y apunté el cañón a mi frente, Alex dio un pequeño brinco tratando de detenerme. Si yo moría iba a ser su culpa, y habría un gran revuelo por ello a nivel nacional.

Siempre quise hacer eso, estaba cansada de seguir las instrucciones de Octavio, de pasar días con el estómago vacío, de despertar sin saber si al otro día seguiría con vida, estaba cansada de

no poder tomar mis propias decisiones.

—Barnes, no lo hagas. Estoy dispuesto a dialogar contigo y llegar a un acuerdo como lo propusiste.

—Demasiado tarde. Me dio gusto conocerte —Jalé el gatillo, la pistola produjo el sonido de un disparo. Alexander prefirió voltear hacia la ventana.

Caí golpeando el suelo con gran estruendo, Collins empezó a maldecir sin las agallas para girar y ver si estaba muerta. Cerré los ojos, pensando en lo sencillo que fue actuar, pero lo difícil que sería continuar con aquella mentira, pues llegó el remordimiento.

—No puede ser. Hey tú, vampira, ¿estás muerta? Es obvio que lo está, Alexander, ¿qué esperabas que saliera de la pistola? ¿confeti? —Escuché los pasos apresurados de Collins tratando de huir, abrí los ojos y suspiré, después me senté en la alfombra.

—¿Me dejarás aquí?, ¿no me llevarás al panteón? Por lo menos déjame en un lugar más cómodo.

—¡Qué rayos! Adivino, la pistola no estaba cargada.

—No, esta es una pistola falsa. Me encanta llevarla para asustar a chicos torpes como tú — Apunté la pistola a la cara de Alexander, apreté el cañón para que observara que era una pistola falsa.

Octavio me la obsequió de regalo de cumpleaños un año atrás. Creyó que me ayudaría como estrategia, nunca le dije que la ocupé para jugarle una broma a Jorge y por ello duró dos semanas sin hablarme.

—La pistola suena como si fuera real.

—¿Cómo lo sabes?, su sonido es nada a comparación de una pistola real —Me levanté del suelo y le entregué mi pistola. Me senté de nuevo en el sofá señalándole el lugar junto a mí, sin poder evitar estallas en carcajadas—. Debes admitir que fue muy gracioso "¿Qué esperabas que saliera de la pistola? ¿confeti?"

—¿De verdad eres periodista? —Se sentó en la cama frente a mí, sin verme mientras analizaba mi pistola.

—Te lo demostraré. Tu nombre completo es Louis Alexander Collins. Eres hijo de padres americanos, pero te criaste junto a tus hermanas en México. Siempre estudiaste en casa a excepción de la universidad. Esos son datos que todos saben y seguro piensas que los saqué de internet —Tomé aire antes de confesar parte de lo que sabía. Sabía que Alex pensaba que yo era una acosadora y tal vez lo era, pero todo tenía una razón o eso es lo que me decía Octavio—. Nadie sabe que el año pasado tuviste un accidente en motocicleta que se ocultó a la prensa. Eres un gran pianista desde los ocho años. En tu cumpleaños pasado te fugaste a Brasil sin decirle a nadie y te arrestaron porque tuviste una pelea en un carnaval. Tienes un tatuaje en la nuca que si lo viera tu padre te mataría, así que lo ocultas con el cuello de las camisas…

—¿Cómo sabes todo eso? —Me interrumpió.

—Tengo mis fuentes. Sobre el dinero que te pedí lo usé para pagar unas deudas. Respecto a mí, siempre estoy viajando. Soy pésima en los deportes, por lo que prefiero hacer otras cosas. Tengo algunos tatuajes y, aunque no lo parezca, me encanta la música. No sé hablar francés como tú, pero sé hablar bastante bien italiano e inglés, bueno eso creo yo.

—¿Qué tipo de deudas tienes?

Fue impresionante ver a Collins siendo un poco amable, puede que estuviera en shock por el susto que acababa de pasar o me tuviera lástima. Prefería que se tratara de la primera opción.

—Deudas como préstamos, hipotecas, ese tipo de cosas.

En ningún momento me atreví a verlo, decidí entretenerme jugando con las envolturas de los chicles. Abrí las persianas y encendí el aire acondicionado porque el calor no me dejaba pensar en cómo seguir con aquella charla.

Era fácil criticar a Alex desde lejos, pero, al estar delante de él, parecía ser alguien común y corriente. Él solo era un chico que me hacía preguntas que ni yo misma sabía responder. Debí ser más cuidadosa y pensar en un mejor plan, pero nunca había estado al borde de ser descubierta. Antes no era importante llevar un disfraz, en cambio después de esa charla se volvió una condición.

—¿Quién es Garza Álvarez?

—Es mi jefe, él ha pagado la mayoría de mis deudas, por lo que estoy aún más endeudada que si hubiera pedido un préstamo al banco. El dinero que me diste era para él y así poder alejarme del lugar donde trabajo.

A los diecisiete años era igual de ingenua que Alex, la prueba fue esa confesión que sin saberlo me ayudaría más tarde.

—¿Para qué periódico trabajas?, nunca te he visto en las conferencias de prensa.

—No trabajo en un periódico, trabajo en una revista, se llama la nota negra —Ese nombre sería fácil de creer puesto que mi vestimenta lo respaldaba.

—¿Es para góticos como tú?

—Sí, aunque a veces lo leen tipos como tú.

—Nunca he leído esa revista.

—Tú solo lees tus propias entrevistas o los contratos de la empresa de tu padre. Ni siquiera te detienes a leer las portadas de las revistas porque lo que ocurra con tu imagen no te afectará en lo absoluto. Tu dinero lo arreglará.

—El dinero de mi padre no arregla todo.

—Lo sé, pero arregla la mayor parte de los problemas. Piénsalo, mientras yo me preocupo por cómo administrar el poco dinero que tengo para comer esta semana, tú familia se preocupa por comprar las mejores botellas o contratar el mejor banquete para la próxima fiesta. Esta noche en tu fiesta de cumpleaños comerás y beberás lo que yo no podré comprar ni en cinco años.

—¿Tratas de manipularme?

—No, has pagado mis deudas y me has dado algo de lo cual escribir. No necesito algo de ti —Nos quedamos callados durante unos segundos.

—¿Cuántos años llevas espiándome?

—Yo no te espío, te observo como lo hacen la mayoría de personas en el país. La diferencia está en que yo sé descubrir y descifrar algunos detalles que nadie comprende. Considérame una buena periodista.

—No quieras convencerme de que eres pobre y no puedes pagar tus deudas. Estarás una semana completa hospedándote aquí. Además, el reloj de tu muñeca es un Cartier y su valor es suficiente para pagar tus "hipotecas"

Alexander tampoco era tan malo analizando y criticando a las personas. En ese sentido era idéntico a su padre. De tal palo, tal astilla.

El reloj que tenía puesto no era del todo mío, pues Octavio y Alfonso compraron un reloj para cada integrante del grupo y les insertaron un GPS con el fin de que los usáramos en cualquier emergencia. Teníamos que utilizar accesorios de marca para no parecer extraños en expediciones como esas. Era evidente que no le diría a Collins el verdadero motivo por el cual usaba objetos tan caros, me avergonzaba no ser propietaria de aquellos lujos.

—Este reloj ni siquiera es original, es una imitación —Alex rio y me sonrojé.

—Sabes, creo que te he visto en alguna parte. Antes eras pelirroja, ¿cierto?

Estaba segura de que Alex debió haber visto a mi prima unas cuantas veces y, después de mis confesiones, unió las pistas y me confundió con ella. Debí librarme de Collins en cuanto tuve la oportunidad.

Podía dispararle, pero no quise hacerlo. Al verlo sentado frente a mí sin intenciones de grabar nuestra conversación, sin tomar el teléfono para llamar a la policía y, principalmente, sin la intención de lastimarme, me demostró que La Bola Ocho estuvo controlando y conjeturando al ratón todo ese tiempo mientras Richard Collins o, en ese caso, el león, disfrutaba haciendo de las suyas utilizando a su hijo cual égida.

—Sí, antes era pelirroja. Creí que nunca me habías visto.

—Eso sería imposible, cada vez que voy a la empresa te veo espiándome en el estacionamiento, no creas que no me doy cuenta.

En ese momento me enteré de que Sabrina me estuvo mintiendo durante meses.

Mi prima fingió que todos los fines de semana acompañaba a Alfonso a las juntas de La Bola Ocho, y en realidad conducía dos horas hasta la empresa para ver a Alex.

—Lo siento, pensé que si me acercaba a pedirte una entrevista te negarías rotundamente.

—Sí, lo habría hecho. Mi padre no me deja hablar con ningún medio al menos que sea una entrevista arreglada.

—¿Entrevista arreglada? ¿A qué te refieres?

—Ya sabes a lo que me refiero. Bueno, debo irme. No quiero volver a saber que estás siguiéndome.

—No volveré a escribir de ti en la revista, después de todo habrá mejores hombres de los cuales hablar. Si nos volvemos a ver será solo una casualidad.

—Si tú y yo volvemos a vernos no será por casualidad.

—Recuerda que mi trabajo está ligado al tuyo. Tu empresa no tendría la misma fama de no ser por mis compañeros periodistas que, gracias a los chismes sobre ti y tu familia, han hecho de la empresa Collins parte de lo que hoy es.

Alex se dirigió a la puerta dejando el rastro de su loción. Si Jorge o alguien del grupo entraba al cuarto sabría que alguien ajeno a nosotros había estado conmigo.

El reflejo del sol rebotó en mi maleta que continuaba abierta y rodeó el regalo que Sabrina envió para Alex. Lo tomé y consideré regresarlo, pero el anhelo reflejado en los ojos de mi prima me hizo cambiar de idea. Era el momento indicado para darle el regalo a Collins.

Alexander abrió la puerta, pero lo detuve del brazo y puse en sus manos la pequeña caja que, con cariño, Sabrina envolvió y compró con los pocos centavos que le quedaban.

—¿Qué es esto?, ¿es una bomba? —Deslicé la caja azul por sus manos y la apreté contra sus palmas.

Ojalá mi prima le hubiera entregado el regalo, sin embargo, prefería aún más que en lugar de eso ambas estuviéramos aisladas de La Bola Ocho. Tal vez de ser así no tendríamos las mismas oportunidades, pero prefería pasar días sin comer por no conseguir un buen trabajo a comer sabiendo que el alimento fue robado o pagado con dinero ajeno.

—Es un regalo de una amiga, es una gran admiradora tuya. No te preocupes, no es algo malo. Me dijo que solo era una tarjeta de felicitación, pero, a juzgar por la envoltura, sé que es algo más importante. Además, no creo que se tome la molestia de envolver una bomba.

—¿Quieres que lo abra delante de ti? —Me preguntó al notar que tomé una cámara de mi maleta y lo enfoqué.

—Prometo que no publicaré esto. Es para que mi amiga compruebe que te entregué el obsequio. Puedes estar tranquilo, si este video sale a la luz sabrás a quien culpar.

—No entiendo, tú me odias, pero tu amiga me ama. Sospecho que estás enamorada de mí y no lo quieres admitir, por lo que usas a tu amiga para cubrirte.

—Créeme, no me gustas y sé que ella se esforzó mucho en comprar este obsequio. Por otro lado, ella está algo ciega, eso explica porque le gustas.

—Que graciosa eres, ¿lo puedo abrir? —Enfoqué su rostro y le di la señal a Alexander de que podía abrir su regalo.

Múltiples papeles de colores salieron de la caja ensuciando la alfombra. En el fondo había un casete de música. Ambos nos sorprendimos al mirar que tenía una nota adherida que decía "Tus canciones favoritas que ahora también son las mías".

—Dile… dile a tu amiga que le agradezco.

Alexander salió del cuarto sin dejarme apagar antes la cámara. Entonces me percaté de que estuvimos juntos sin la necesidad de guaruras supervisando la conversación.

Comprendí que, sin hablar, él y yo hicimos un trato de no contarle a nadie lo que ocurrió. Si quería que él no me reportara yo tenía que guardar el video bajo candado. Aquel día fue apenas los cimientos del mayor problema en que me metí. Sin embargo, no lo puedo negar, fue mi problema favorito.

La Mesa Diez

“Tus sombras se convirtieron en las mías.
Pero sé que nunca has estado a mi alcance
Así que no me pidas que entienda tus despedidas
Porque ambos sabemos que puede que no vuelvas “

Alexander no paraba de repetir en voz baja el pequeño verso que formaba parte de una canción que escribió años atrás para Kimberly. Se sentía fatal al recordar lo brusco que resultó al excusarse, él tendía a empeorar más la herida, aunque sabía que el asesino siempre termina manchado de por lo menos una gota de sangre.

Alex entregaba platos repletos de postres. Cualquiera en su lugar no resistiría la tentación de robar un bocado, a pesar de ello, Collins en lo que menos pensaba era en la comida. Se suponía que no la dejaría entrar de nuevo, pero fue inevitable negarle el paso sabiendo que la última ocasión se fue sin despedirse y la dejó en aquel callejón sin salida.

—Atiende la mesa diez, yo continuaré entregando las demás órdenes —Le pasó las charolas al señor Jan que llevaba los audífonos, estaba escuchando lo que parecía música de los ochenta.

Con libreta en mano, se acercó a la mesa indicada. Al percatarse de que se trataba de sus vecinos quiso volver a su tarea de antes entregando los postres, no obstante, Trisha Fleming lo saludó con efusividad y se replanteó la opción, pues ella se llevaba muy bien con Mary y no quería ocasionar problemas entre ellas.

—Buenos días, ¿puedo tomar su orden?

—Mira mamá, es el señor Chewbacca. Te dije que él trabaja aquí.

Collins le entregó el menú a Chris y notó que tenía una pequeña grabadora de voz oculta debajo del mantel. Chris se apresuró a guardar la grabadora en su mochila no sin antes ser reprimido por su madre.

—Chris, este pay de nuez luce muy rico, ¿por qué no pides una rebanada? Tal vez lo puedas acompañar con un chocolate caliente.

—No —apretó el menú con ambas manos—, prefiero comer pastel de ganache de chocolate y una malteada de fresa.

—Pero siempre comes eso. La señora Jane prepara otros postres estupendos, ¿por qué no intentas probar algo distinto?

—¡No, yo quiero mi pastel de ganache de chocolate y mi malteada!

Chris, a los seis años, fue diagnosticado con asperger, por lo que tenía una manera de aprender diferente a la de otros niños, razón por la cual sus padres discutían constantemente, hasta que su

padre decidió irse del pueblo. El chisme resonó durante más de medio año, incluso algunas personas seguían hablando de ello cada vez que veían a Trisha.

Una semana después Trisha fue descubierta robando comida para alimentar a su hijo, pues no conseguía trabajo y llevaban días sin comer. La mayoría del pueblo inventó rumores sobre lo mala madre que era Trisha y los vecinos más crueles se burlaban de su hijo. Ellos decían que el trastorno de su hijo era el castigo que se había ganado por ser una delincuente.

Un día, Mary visitó a Trisha y a Chris con el pretexto de obsequiarles "un poco de comida que nos había sobrado" y en realidad Mary pasó toda la mañana cocinando exclusivamente para ellos. Desde ese entonces Mary y Trisha fueron muy cercanas. Mary cuidaba cuatro veces a la semana a Chris, ya que Trisha iba a la ciudad a trabajar, pues nadie en el pueblo le quiso dar trabajo después de lo sucedido.

Chris se llevaba bastante bien con algunas personas mayores, pero no tanto con otros chicos del vecindario. La mayoría del tiempo, sin dejar su grabadora, Chris se dirigía al parque o se quedaba en su casa mirando películas de Star Wars. Era muy frecuente que por las tardes espiara por la ventana de su habitación para ver a Alex regresar del trabajo.

—¿Cuánto cuesta el pastel? —preguntó Trisha.

—Cinco dólares y más la malteada serían siete dólares en total.

Alexander, al separar la lista de precios de sus ojos, se encontró con la mano de Trisha apretando un billete de cinco dólares. Recordó que Mary mencionó como el mal clima afectó a su amiga, pues no había transporte disponible hacia la ciudad para llevarla al trabajo. En palabras crueles, Trisha no tendría dinero para alimentar a su hijo hasta que la lluvia cesara.

Alex, al contemplar con mayor detenimiento el rostro hambriento del niño, le recordó a Kim cuando no podía comer durante días y él tenía que llevarle a escondidas lo que hubiera sobrado en su casa.

—¿Puedes traerme la mitad de pastel y la mitad de una malteada? por favor —Trisha bajó la mirada al escuchar lo ilógico y bochornoso que sonaron sus palabras.

Trisha tenía cabello negro lacio a la altura de los hombros, sus ojos eran marrones y su rostro estaba cubierto de varias pecas. Los últimos años se limitaba a usar blusas de rayas y unos jeans bastante grandes que arrastraba al caminar. No era alguien que acostumbrara a rodearse de muchas personas; sin embargo, Trisha era el oro encarnado para Chris, era su todo.

—Mamá, ¿cómo partirá el señor Chewbacca una malteada por la mitad? —Chris empezó a respirar rápido y se aferró al borde de la mesa, pues un ataque de ansiedad se estaba apoderando del momento.

—Chris, dime qué ocurre.

Los demás clientes no paraban de mirar al niño, Alexander recordó las veces en que Mary le contó cómo ayudaba a Chris en esos casos.

—Chris, ¿por qué no jugamos al lobo feroz? Yo seré la casa, trata de derribarme ¿De acuerdo? —Alex alzó sus brazos y formó un triángulo arriba de su cabeza e hizo una cara graciosa. El niño inhaló y exhaló hasta que regresó a la normalidad, por lo que Alex fingió caerse y Chris le ofreció una sonrisa—. Iré por tu pastel y tu malteada. Regresaré pronto.

Trisha levantó la mirada confundida a la respuesta de Alex, estaba atónita por la manera en que Collins controló la situación y ayudó a Chris. Collins se dirigió a la cocina donde Jane estaba decorando con gran concentración un pastel. Al oír los pasos de Collins, no quitó la mirada de su obra de arte y prefirió que Alexander fuera quien le informara la causa de su presencia, pues al menos de que se necesitara una nueva ronda de cupcakes o dinero para comprar harina, él no aparecía allí.

—¿Necesitas más cupcakes?

—No —Collins fingió revisar si las galletas ya estaban listas—. En mi contrato se estipulaba que como empleado recibiría desayuno y comida por cuenta de la pastelería.

—Acabas de llegar hace menos de dos horas y ¿me estás pidiendo tu desayuno?

—El contrato no especificaba un horario en particular.

—A pesar de que el contrato no incluía los horarios en específico, el reglamento detrás de ti sí lo hace —Alexander analizó la cartulina, que pretendía ser el reglamento, pegado en el refrigerador:

1. Está prohibido dirigirle un mal trato al cliente
2. La entrada para los chefs es a las 7.00 a.m. en punto

   y la entrada de Alex es a las 8:00 a.m. en punto

3. Alex tiene cinco minutos de tolerancia, de lo contrario no tendrá desayuno y lavará los platos al final de la jornada
4. Los horarios de desayuno son de 10 a.m. a 10:30 a.m. El horario de comida es de las 4:00 p.m. a las 4:30 p.m.
5. No se debe usar lenguaje altisonante dentro del restaurante, por lo que debe haber un ambiente de respeto entre todos los trabajadores
6. Al inicio del día se debe realizar la hora del baile organizado por el señor Jan. (Es forzoso participar)

Alex leyó todo el reglamento, susurró las reglas donde se le mencionaba y lanzó quejas por cada regla que él había incumplido. Era absurdo que como castigo por llegar tarde le quitaran el desayuno, tomando en cuenta que pasaba horas oliendo los postres recién salidos del horno, y en cuanto lavar los platos se llevaría hasta media noche ahí, ya que, según Mary, Alex era una tortuga para hacer cualquier tarea doméstica.

—¿Qué es la hora del baile?

—Es una tradición del señor Jan. Te lo perdiste esta mañana. Él dice que para iniciar bien el día se debe bailar, así se tiene una buena energía y atraes lo bueno.

—¿Qué clase de baile?

—Esta mañana bailamos jazz, pero mañana será salsa. Jan es quien decide el tipo de música.

—Ya veo. Entonces, ¿no puedo desayunar?

—Por este día lo puedo pasar, pero si mañana no llegas temprano tendré que restar el costo de tu desayuno de tu salario.

—De acuerdo, ¿puedo reservar un pastel de ganache de chocolate del aparador?

—¿Un pastel completo? Debes tener mucha hambre. Si apartas ese pastel será tu desayuno y tu comida.

—Como digas. En un momento regreso para otra ronda de cupcakes, se están vendiendo bien.

—Espera, —Jane se detuvo a la mitad de una flor, se quitó los guantes y colocó la manga pastelera a un lado suyo para dirigirse a Alex —. ¿Desde cuándo te gusta ese pastel?

—¿De qué hablas?, me gusta cualquier cosa mientras sea comible.

—Jan me dijo que eres alérgico a las cerezas y al chocolate.

—Descubrí que ya no soy alérgico, ¡es un milagro! Me necesita el señor Jan, tenemos muchas ordenes en espera

—Está bien, pero tú no me engañas. Ese pastel no es para ti, espero que no quieras dárselo a alguna chica. No puedes coquetear con nadie durante el trabajo.

Alexander torció los ojos y al regresar a las mesas descubrió que los clientes murmuraban sobre lo injusto que consideraban tener que comer en el mismo lugar que Trisha. Alex tomó el pastel para empacarlo en una caja, mientras lo hacía volteó a la mesa de Chris, y vio que se movía ansioso en su silla cada vez que los demás le dirigían una mirada de burla. Por otro lado, Trisha estaba dispuesta a irse, así que tomó su abrigo y le colocó la bufanda junto con los guantes a su hijo fingiendo no escuchar el llanto del niño por no tener su comida.

—Tenemos un poco de cereal en casa, puedes comer dos platos si así lo quieres.

—Yo quiero mi pastel y mi malteada. El señor Chewbacca fue a la cocina a hacer el pastel y partir la malteada a la mitad.

—No le digas así, no se llama señor Chewbacca. Alex solo atiende las mesas, él no hace pasteles. Le diremos que te guarde una rebanada para la próxima semana.

—¡Eso mismo dijiste la semana pasada, mamá!

Alex trataba de preparar rápido la malteada, pero al darse cuenta de que Trisha se dirigió a la puerta, arrastrando a su hijo cubierto de lágrimas, optó por arrebatar una malteada de la bandeja del señor Jan quien continuó entregando la comida sin notar que la única malteada en la charola había desaparecido.

—¡Trisha, espera! —Trisha se detuvo antes de abrir la puerta. Chris, al contemplar la malteada acompañada de una caja, se talló los ojos y sonrió. Llevaba mucho tiempo que Collins no recibía una sonrisa, llena de agradecimiento y felicidad, como aquella—. Ayer se entregaron postres como promoción de apertura, por eso el restaurante les regala este pastel y la malteada.

—Pero ayer la señora Jane nos regaló una caja de brownies y…

—Mamá no le digas al señor Chewbacca —Le dijo Chris a su madre entre susurros los cuales fueron escuchados por Alex a la perfección. El niño, tartamudeando, se dirigió a Alexander—. Mi mamá se confundió, ayer no nos dieron nada. Podemos aceptar tu promisión.

—Hijo, se dice promoción.

—Eso, por favor dame el pastel que quiero irme ya —Chris tomó la caja y la malteada de las manos de Alexander y sin despedirse salió del restaurante, no esperó a que su madre saliera junto a él.

—Muchas gracias, Alex. Prometo pagarte cuando tenga dinero, de seguro Mary ya te dijo que no he podido ir a trabajar. ¡Chris, espérame!

—¡Mamá, corre antes de que el señor Chewbacca nos quite el pastel!

—Es un regalo, no lo tienes que pagar.

—No quiero causarte problemas con la señora Jane. Vendré a pagarte en cuanto pueda —Trisha no siguió discutiendo con Collins, abrió su paraguas y salió corriendo en busca de su hijo quien lanzaba gritos de alegría mientras saltaba sobre los charcos.

Alex se dirigió a la cocina por más cupcakes, y se sintió tranquilo al descubrir que la mayoría de los comensales se encontraban satisfechos con la comida y el servicio, a excepción de un señor que se había quedado dormido sobre su rebanada de pastel en la última mesa.

—Alex, ¿has visto una malteada? La preparé hace unos minutos y desapareció.

El señor Jan buscó en el refrigerador, en el aparador y también en el bote de basura, pero no encontró lo que buscaba.

—Lo siento, se la entregué a una clienta. Haré un par de malteadas ahora mismo.

—Me lo hubieras dicho antes, culpé a la señora Jane y le dije que ya no debería comer tanta azúcar, me dio una bofetada.

—No creo que la señora Jane tenga tiempo de beberse una malteada completa.

—¿Qué malteada?

—La malteada que usted estaba a punto de entregar.

—No sé de qué hablas. Acabo de recordar que no saqué las galletas del horno, ya vengo.

El señor Jan se dirigió a la cocina en cuanto escuchó que la señora Jane gritó al abrir el horno y ver que las galletas se habían quemado. Alex rio ante la reacción de su jefe, después hizo la malteada de chocolate que era para la mesa tres, pues debido a la falta de concentración de Jan, aquel pedido llevaba en espera media hora.

Pistas

Mientras Alex trabajaba en la pastelería, Kimberly hablaba con Luisa sin recordar que seguía teniendo atorada la pequeña mochila, pues en cuanto entró al lugar no pudo evitar contarle a su amiga lo que ocurrió con Collins.

—Admito que me tomó por sorpresa, no esperaba que hiciera eso. Creí que me ignoraría y me diría un simple “Nos vemos”

—De seguro todo este tiempo te extrañó. Matthew me contó que hace tiempo lo descubrió buscándote en Facebook, pero no te encontró y se rindió.

—Yo no pienso que me extrañara. Puede que él tenga razón, fue por costumbre.

—Claro, pensó que estaba en México y seguías siendo su novia.

—Ya sabes a lo que me refiero, Lu.

Un hombre robusto apareció en el local. Se dirigió a los casilleros para guardar su mochila, sin percatarse de que Kimberly estaba hablando con Luisa frente a la barra. Lu suele preparar el café con ayuda de Chase antes de abrir.

—Lu ¿Te importaría darme un consejo para volver con mi novia? Ayer le lleve un ramo de rosas, pero no sabía que es alérgica así que… —El chico tuvo escalofríos al ver a Kimberly.

—¿Qué le ocurre? —Le susurró Kim a Luisa.

—No esperaba verte aquí —Kimberly se sorprendió al enterarse de que Chase no sabía de su llegada o en concreto de que la había visto hablando con Lu, pues pensó que nadie las interrumpiría—. Chase, ella es Kimberly. Ella es la amiga de quien te hablé.

—Wow, lo siento. Aun trato de acostumbrarme a que Luisa traiga a sus amigos sin avisarme.

—De hecho, fui yo quien no avisó que vendría.

—No te preocupes, nadie avisa —El chiste cruel provocó que ambas mujeres intercambiaran miradas por la incomodidad, después Chase se burló de su propia broma haciendo que los tres estallaran en carcajadas—. Así que ¿desde cuándo…?

—Desde hace una semana. Aún me acostumbro al cambio —Kim pensó en la última vez que vio el rostro de Sabrina sonriendo o la última discusión que tuvieron sobre dónde colocar el nuevo sillón. Ella nunca pudo sentarse en aquel mueble que a decir verdad le parecía horrendo, pero para ver feliz a su prima aceptó comprar. Nadie se imaginaba que al otro día sucedería lo inesperado—. Trato de no pensar en ello. Lu me ha ayudado mucho, también Jack.

—Lo sé. Luisa y Jack son personas estupendas. Ellos me ayudaron cuando mi mejor amigo…

No hizo falta que terminara la frase. Kim entendió que Chase había pasado por algo similar a lo que ella se enfrentaba.

—Kim me estaba contando que Alexander la besó esta mañana, le dijo que fue la costumbre.

—No te creo, por lo que escuché se iba a ver con su ex novia hace unos días, pero no logró llegar a la cita.

—¿Qué ex novia?, ¿hablas de Jessica, la mejor amiga de Alicia? —Luisa le lanzó una mirada severa a su compañero quien se encogió de hombros y articuló un lo siento para después sentarse en un banco junto a ellas.

—Sí, es la Jessica que conociste. Se reencontraron en California y salieron de nuevo un tiempo, después Alex se mudó al pueblo —explicó Luisa.

—Creí que Alexander había perdido contacto con Jessica —Kimberly agachó la mirada mientras con una cuchara movía el sobre de té que Luisa preparó, sintió que tenía un nudo en la garganta.

—Bueno, solo duraron cinco meses juntos. Después de terminarla él no quiso nombrarla de nuevo. Nos prohibió a la familia hablar de ella. No sabemos qué ocurrió.

—Me estás diciendo que mientras yo continuaba esperándolo en el callejón, en el metro o en la empresa, él se encontraba con Jessica.

—Él creyó que Jessica sería el clavo que te sacaría a ti, pero no lo fue.

—Esta mañana Alex estaba escribiendo un texto en su celular, empezaba con “Me muero por verte” —Kimberly no pudo evitar sonar alarmada.

—Puede que ellos se vean muy pronto porque Jessica acaba de comprar una pequeña casa para visitar a Alicia más a menudo.

—¿Cuál es el nombre completo de Jessica?

—Jessica Elizabeth Morris.

Chase volvió a abrir el pico en el momento equivocado, así que en esa ocasión Lu no pudo soslayar el comportamiento de su compañero y le dio una patada por debajo de la barra.

—Lu, Jessica Morris fue quien amenazó con demandarme hace cuatro años si no me alejaba de Alex, si ella se entera que estoy aquí…

—Escucha Kim, ella es una historia vieja, no hay nada que pueda hacer para convencer a Alex de regresar. Él tenía una relación forzada con ella. Créeme que al verla no hará nada de qué preocuparnos, porque sabe que Alicia está detrás de esto, así que no aceptará que su hermana decida con quién debe salir.

—¿Alicia sabe lo de Sabrina?

—No, ¡por supuesto que no se lo diría! Creo que tiene una leve sospecha porque Mary me escuchó hablar con Richard sobre la carta, pero es una posibilidad remota —Kimberly cubrió su rostro con ambas manos y lanzó pequeños gritos de frustración—. No te preocupes, en seguida me di cuenta de que Mary estaba ahí y me inventé algo para esquivar la verdad, le dije que le estaba contando a Richard sobre la serie que estoy viendo.

—Ustedes dos saben que tarde o temprano Alexander se enterará de lo que ocurrió ¿Verdad?

—Chase, no somos tontas. Sabemos que tenemos poco tiempo antes de que cualquier persona le diga la verdad.

—Esta mañana descubrió que yo tengo la rosa de oro que le regaló a Sabrina.

—¡Auch! Debió ponerse como loco. Por lo menos tuvo que romper algo, ¿fue un cuadro, un plato o tal vez una ventana?

—Lo único que hizo fue quedarse a regar el pasto y decirme que no quería verme usar el collar porque no me pertenece.

—Kim, Luisa me contó toda la historia que ocurrió entre Sabrina, Alexander y tú. En base a ello, si me permites dar mi punto de vista, pienso que él quiso mucho a tu prima y es mejor que le digas cuanto antes lo que pasó.

—Ni que lo digas, a veces pienso que nunca podré ocupar su lugar.

Luisa, preocupada, salió de la cocina para abrazar a Kimberly, después Chase hizo lo mismo. Kimberly no podía hablar de su prima sin que la inquietud la asaltara y los recuerdos más dolorosos regresaran a su mente.

—Sabes que Sabrina te quería mucho y no le gustaría verte así.

Los golpes en la puerta provocaron que se percataran de que había muchas personas haciendo fila para entrar. Algunas los miraban como si fueran locos, a otros no les importaba que estuvieran abrazando a Kimberly, pues solo querían entrar para tomar un café e irse como todos los días a sus trabajos.

—Puedes venir conmigo lejos del bullicio para ayudarte a quitar la mochila.

—Con todo esto ya se me había olvidado —Kimberly siguió a Lu para alejarse de los demás y que nadie pudiera establecer diálogo con ella.

—Kim, recuerda que Alexander no debe saber la verdad.

El comentario de Luisa atrajo un viejo recuerdo a la memoria de Kimberly:

Flashback

Escucha aquí: No me ves de Marina Reche

—Lo sé, por eso le dije que soy periodista y que trataré de no meterme de nuevo en su camino.

—Él no parará de buscarte, después al encontrarte también dará con La Bola Ocho y habrá un efecto dominó. Todos los grupos caerán uno tras otro. ¡Abre los ojos, Kimberly! ¡Iremos a la cárcel!

—Jorge, por supuesto que sé que hay una posibilidad pequeña de que me busque por el resto de mi vida, pero no dará con ustedes. Prometo ser más precavida y arriesgarme si es necesario.

—No me refiero a que tengas que arriesgarte tú sola, sino a que trates de seguir el plan. Ahora tenemos que pensar en una forma de que Alexander quite esa imagen tuya de su cabeza o una forma de que Octavio no se entere de que Collins estuvo aquí —Jorge me señaló con la cabeza la habitación y se sentó junto a mí para ofrecerme su mano. Me abrazó y colocó mi cabeza en su hombro, no notó lo incómoda que me sentía—. Sería más fácil si el tipo no se pusiera tanta loción. Podemos decirle a Octavio que me compré una loción carísima con la miseria que me da, pero eso ni yo me lo creo.

—Podemos decirle que robaste una loción de algún huésped porque querías oler bien para mí —Cambié el tono efusivo con el que estaba hablando—. Lo cual sería ilógico porque te irás a Tijuana y nos dejaremos de ver.

—Lo siento por reaccionar así hace rato. No supe cómo decirte que necesitaba tiempo a solas.

—¿Tiempo a solas?

—Me refiero a que necesito acostumbrarme a la idea de trabajar sin ti. En Tijuana no podemos trabajar en parejas, lo cual no hago desde hace tres años.

—No entiendo porque arruino tu vida, he tratado de ser mejor persona y no dejar que mi terquedad interfiera en lo nuestro.

—No quise decir que arruinas mi vida, sino que lo nuestro interfiere en decisiones importantes para nuestras vidas. Si tú y yo no tuviéramos ese tonto contrato con La Bola Ocho, te llevaría conmigo a donde sea que fuera, pero ambos sabemos que tú no irías más allá de la Ciudad de México.

—Sabes lo que pienso de irnos a vivir juntos a otra ciudad. Ni siquiera estamos listos para vivir juntos en el departamento que nos ofreció Octavio.

—Ambos sabemos que Octavio nos rentará el departamento por el triple de lo que en realidad cuesta, pero él sabe que eres inteligente y tarde o temprano te irás.

—No sé si soy inteligente, pero gracias.

Jorge intentó besarme. Sin embargo, yo lo evité y me acerqué a mi maleta para sacar toda la

ropa y colocarla en el closet. Apretó los puños y se levantó de la cama para ayudarme a colgar unas prendas, ya que debido a mi estatura lo único que logré fue parecer un Oompa Loompa saltando.

—Déjame ayudarte.

—No, yo puedo sola. Después de todo te irás pronto a Tijuana y no creo que si te pido que vengas a ayudarme a subir o bajar cosas, de un lugar que no alcanzo, lo hagas.

—Puedo correr rápido de Tijuana hasta aquí para ayudarte en casos como este. Pienso comprarme una súper patineta para venir a visitarlos.

—¡Te he dicho que eso me molesta! Cuando estoy hablando en serio bromeas para evadir el tema.

—De acuerdo, no haré chistes malos de nuevo. Kim, sabes que podemos seguir en contacto por medio de llamadas o correo electrónico.

—No tengo suficiente dinero para comer y quieres que pague llamadas de larga distancia a Tijuana, además, Octavio no me dejaría usar el teléfono.

—Entonces puedo venir a visitarte cada vez que tengamos junta todos los grupos. Encontraremos la manera de vernos —dejé caer un suéter negro de vuelta a la maleta para observar a Jorge.

Cuando Alfonso dijo que mandaría a alguien para ayudarme pensé que se trataría de cualquier compañero menos Jorge.

En cuanto entró a la habitación, sin antes tocar la puerta, supo que no fui la única que estuvo en ese dormitorio. No hace falta describir su reacción al descubrir que Alexander Collins y yo estuvimos dialogando en el mismo sitio por más de quince minutos y en un día de expedición.

Jorge empezó a gritarme cosas que, por la rapidez con que las dijo, no pude entenderlas. No comprendí si sus alaridos fueran sobre no ocultar bien el micrófono debajo de la mesa o sobre la forma en que me infiltré en el bar, pero estaba segura de que nunca se disculpó por la pelea que tuvimos.

La Bola Ocho fue un círculo vicioso lleno de mentiras que muchas veces pretendían ser piadosas. Por cada docena de ellas había una disculpa, por lo que era obvio que Jorge no supiera disculparse en los momentos adecuados.

—¿Recuerdas el día en que te fuiste de expedición con los chicos a Monterrey y yo me fui a Quintana Roo? —Le dije antes de que la pelea empeorara.

—Kim, ¿qué tiene que ver eso con solucionar lo nuestro?

—Tú no dejabas de llamarme cada cinco minutos para corregir mi forma de hackear el sistema. Al regresar a México, en cuanto me viste, no me saludaste o me preguntaste cómo había

salido todo, lo único que hiciste fue regañarme por no saber hackear el sistema a tu manera, que en realidad logré hackear sin tu ayuda. En el camino a la casa tú y yo no nos dirigimos una sola palabra hasta dos días después —Él nunca quería hablar de eso, la mayoría de las veces ponía sus entrenamientos como excusas. Jorge tenía que admitir que a veces no funcionábamos juntos en el mismo equipo y mucho menos lo haríamos en equipos separados por miles de kilómetros—. Jorge, tal vez la distancia sea buena. Podré trabajar sola o con otra persona para equivocarme y aprender por mi cuenta. Tú irás a Tijuana y conocerás gente nueva, puede que te vaya mejor en el norte, porque Matías dice que son más divertidos y despreocupados, lo que siempre quisiste. Octavio tomó una buena decisión al cambiarte de grupo.

Oculté mi conversación con Nicolás. No estaba molesta con Jorge porque se fuera sino por su deshonestidad, pues pensé que me diría que él fue quien decidió irse.

—Tienes razón, Octavio tomó una buena decisión, él nunca haría algo para perjudicarme.

—Pienso lo mismo —«Pero a ti no te importaría perjudicar mis sentimientos hacia ti» pensé.

Después de un gran silencio y de mirarnos a los ojos, sabiendo a la perfección que éramos un par de mentirosos que realmente nunca se quisieron, me dijo:

—Debo prepararme para la expedición. Ten las balas, Alfonso me dijo que si no las ocupábamos las guardáramos para la noche.

—Puedes quedártelas, después de todo yo estaré aquí manejando el panel de control así que no las necesitaré.

—Está bien. La expedición empieza a medianoche, Vattiare será tu compañera en el panel de control. Recuerda que el sistema está en inglés, entonces si necesitas ayuda… —vio mi negación y optó por tomar sus llaves y dirigirse a la salida—. Sabes que esta es la última vez que nos veremos ¿verdad?

—Pensé que después de la primera ronda podríamos vernos en el descanso.

—Eres parte del panel de control, por lo que no puedes tomar descansos. Cuando la expedición termine yo ya estaré en Tijuana.

Me acerqué hasta él y lo abracé, pues era lo menos que podía hacer. No podía besarlo porque ya no era mi novio. Era solo un chico que conocía desde hace tres años y se había convertido en mi mejor amigo. Me sentí extraña, nunca había experimentado algo como aquello. Ver a Jorge a punto de salir por una puerta para después no entrar de nuevo por ella, me trajo una sensación extraña.

Estar en La Bola Ocho fue como un juego, donde al principio Jorge entró al equipo rival, luego se unió a mí con cada consejo que me dio y cada pequeña batalla que libramos juntos. Si ese era el final de nuestro juego yo diría que él ganó por haber conseguido la libertad que quiso desde un principio y él diría que yo gané por salirme con la mía al terminar con él. En realidad, fue un empate, nadie ganó más de lo debido y nadie perdió más de lo que tenía al principio, pero nunca supe cómo hacérselo saber.

—Te extrañaré a ti y a Sabrina, sobre todo por las bromas que le hacíamos a Nicolas y a Camila.

—Nosotras extrañaremos tus chistes malos —Sonrió.

—Dile a Sabrina que deje de fijarse en Collins porque no quiero que te contagie ese virus.

—No me va a contagiar, estoy vacunada contra la epidemia Collins.

—No sabemos, tal vez esa vacuna no sirva. De cualquier forma, sé que lograrás salir de La Bola Ocho. Te mereces una vida de verdad. Acerca del dinero que me prestaste para el billar prometo pagarlo pronto.

—No te preocupes, ese dinero lo recuperaré con unas cuantas expediciones.

—Gracias. Demuéstrale a Octavio que eres más inteligente de lo que él cree.

—Lo haré —Abrió la puerta y sin verme me dijo:

—Si algún día necesitas ayuda, habla con Vattiare, puede que ella sepa cómo ayudarte.

—Lo haré. Adiós, Jorge —La puerta se cerró y Jorge no regresó.

Es Una Cita



Las horas pasaron bastante rápido y no noté que había anochecido hasta que la oscuridad me hizo despegar los ojos de la computadora para encender la luz. Tuve que preparar el panel y repasar el plan para entrar al sistema del hotel. Vattiare llegaría en cualquier momento dándome la señal de que el espectáculo tenía que empezar.

Quería bajar al lobby para asomarme al bar y ver si Collins había empezado su fiesta, pues Sabrina y yo nos divertíamos mucho criticando el vestuario de los invitados. En una fiesta de navidad, la media hermana de Alex, Alicia, llevaba un vestido demasiado largo y unos tacones de veinte centímetros, por lo que al cortar el listón que inauguraba el árbol de navidad no pudo evitar tropezarse sobre los invitados. Sabrina y yo pudimos mirar ese gracioso incidente por la cámara que Matías puso en el salón de fiestas de la empresa.

—¿Lista para comenzar con este caos?

Vattiare apareció en el cuarto, di un pequeño salto por el susto y ella rio como una loca. Había un metro de distancia entre nosotras, pero eso no impidió que el olor a alcohol llegara hasta mí.

—Vattiare, ¿estás borracha?

—Por supuesto que no. solo bebí un poco de whiskey.

—Estás borracha.

—¿Por qué huele a loción cara?, ¿tienes un nuevo novio millonario? porque a mí no me caería nada mal unos nuevos zapatos, los míos están rotos ¿lo ves?

Vattiare estaba acostada en el sofá junto a la cama hablando de espaldas a donde yo estaba. Me confundió con mi abrigo negro colgado en el ropero.

—Vattiare, no puedo ver tus zapatos porque estoy detrás de ti —Volteó y su cara era demasiado cómica con el maquillaje negro corrido, parecía un mapache mojado.

—Si tú estás ahí, ¿quién es ese?

—No es nadie, es solo mi abrigo colgado.

—Por un segundo creí que era Octavio. Él no debe saber que me escapé para ir al bar del hotel.

Mi mejor amiga acostumbraba a ser más risueña de lo usual al estar ebria y le dio un ataque de risa antes de que terminara de decir mi pregunta:

—¿Cómo que fuiste al bar del hotel?

—Todos al verme creyeron que tenía puesto un disfraz y empezaron a preocuparse por no traer uno. Después pasó un mesero muy guapo y me ofreció un poco de whiskey, no supe cómo decir que no. Eso me recuerda que Alexander Collins te manda saludos.

—¿Qué quieres decir con que me manda saludos? —Torció los ojos y alzó como pudo una de sus manos para enviar dos besos a mi dirección.

—Ya sabes a lo que me refiero. Collins me encontró y me preguntó si conocía a una chica similar a mí, pero más pequeña y con mechones rojos en el cabello. Le dije que para nada te conocía y no entendía de quien me hablaba. Fue muy extraño porque me preguntó sobre una nota negra o algo así —Traté de evadir la conversación aparentando estar preocupada por donde conectar el cargador de la computadora, lo que era tonto porque ya estaba conectada, pero Vattiare no lo sabía por las copas de whiskey que tenía encima—. ¿Kim, me estás escuchando?

—Sí, escuché que Alex te preguntó por ¿una nota negra? De seguro ese chico está loco.

—Pues la descripción que hizo de ti no fue tan loca. "Ella es más pequeñita que tú, tiene cabello negro con mechones rojos, ojos cafés oscuro, y labios finos. También tiene una voz un poco gruesa y le encanta mascar chicles de fresa mientras habla con los demás"

Boté el chicle que tenía en la boca antes de que Vattiare lo notara. Alfonso siempre nos llamaba la atención a ella y a mí por morder chicle tan seguido, sobre todo cuando nos encontrábamos en una junta y al haber silencio nuestras bocas sonaban por la goma de mascar.

—¿Cómo sabes que habla de mí? Tal vez es una coincidencia.

—Claro, en este hotel hay muchas chicas con el cabello negro y mechones rojos que mascan chicle la mayoría del tiempo, y cuyo apellido falso es Barnes.

—No importa. Estoy segura de que no me envió saludos y besos porque al estar ebria no eres consciente de lo que haces o dicen los demás.

—No estoy tan borracha, solo tengo un poco de sueño. Tienes razón, lo de los besos lo agregué yo, pensé que sería gracioso. Espera, ahora que lo recuerdo, Collins me dio una nota para ti —Sacó un papel sucio de su bolsillo y me lo enseñó como si estuviera orgullosa de su revelación. De inmediato se dio cuenta de que no era lo que buscaba, así que sacó un papel doblado de la otra bolsa de su suéter y me lo entregó—. Espera a que le diga a Sabrina que te

intercambias notas con su amado Alexander.

—Hazlo y le contaré a Octavio que tú fuiste quien rompió sus carísimas gafas traídas desde Europa —Borró su sonrisa y cruzó los brazos pretendiendo estar molesta. Desdoblé el pedazo de hoja y me encontré con la letra de Collins.

"Si no quieres que revele el incidente del otro día tienes que verme a las doce en la puerta trasera del bar, de lo contrario no me importará realizar una denuncia en tu contra"

—¿Qué dice la nota? —preguntó mi amiga aún tendida en el sillón.

—Alexander quiere verme a las doce —Vattiare abrió los ojos y se incorporó de inmediato.

—Wow, chica, ¿qué le hiciste? ¿Acaso se estuvieron besando antes de que yo llegara?

—Como si eso fuera posible. No iré a verlo, tengo que estar aquí u Octavio me matará — Rompí la nota y la tiré en el bote de basura.

—Yo puedo cubrirte.

—En el estado en que te encuentras eres capaz de quedarte dormida sobre el panel y no darte cuenta de que se incendia el hotel.

—Estoy borracha pero no demasiado. Sabes que me gusta ser dramática. ¡Vamos, tienes que ir! pronto tu novio se irá a Tijuana y no tendrás compañía, por lo menos deberías ser amiga de Alex.

—Apuesto a que Alexander querrá robar comida conmigo y molestar a la policía mientras manejamos a máxima velocidad.

—Ambas sabemos que quieres ir con el tarado de Collins. Prometo no mencionar nada delante de tu prima.

—No iré, Octavio me verá por las cámaras de seguridad y estaría rompiendo una de las máximas reglas: no dialogar con el enemigo en el momento de la expedición.

—¿Hablas de las cámaras que están bajo nuestro dominio?

Me olvidé por completo de que, por estar al mando del panel de control, podría tener acceso a las cámaras de seguridad mientras Octavio y Alfonso estaban en la expedición.

—Vattiare, no quiero dejarte todo el trabajo a ti sola.

—No te irás toda la noche con Collins o eso es lo que espero. Puedes ir en uno de los descansos. Trata de comunicarte con el tarado ese para cambiar la hora del encuentro.

Al no hallar otra forma de librarme de Vattiare y su insistencia por verme con Alex, me

infiltré a la línea telefónica de la recepción y llamé a su habitación.

El pitido sonó y nadie contestó. Mi pulso era desenfrenado, mis piernas temblaban un poco y sentí que mi voz sonaría débil o no saldría de mi boca. Si una semana atrás me hubieran dicho que estaría llamando a Collins desde el hotel Resol, porque él me había enviado una nota pidiendo verme, no lo creería ni en mil años.

—No contesta.

—Debe estar dando entrevistas.

—Es lo más seguro, le hablaré después —Pensé que me había salvado.

—Diga —De repente una voz grave me respondió.

—¡Ay, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —Vattiare se acercó preocupada al oírme gritar.

—Hola Alexander —Vattiare se pegó conmigo al auricular del teléfono y por poco nos tropezamos con el cable.

—¿Quién habla?

—Habla Barnes, mi compañera me entregó tu nota.

—Que extraño, me dijo que no te conocía.

—Este es nueva en la revista y apenas me conoce —Vattiare me preguntó con mímica a que me refería con revista.

—No te preocupes, tengo que regresar a la fiesta en unos minutos, pero dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Solo quería preguntarte para qué quieres verme.

—Quiero hablar contigo sobre un asunto importante, ¿tienes algún problema con eso?

—De hecho, sí. Tengo un asunto importante de trabajo y no estaré disponible a las doce, pero lo estaré a las seis de la mañana.

—¿Piensas que te esperaré hasta las seis de la mañana?

—Probablemente no lo harás, pero solo quería decírtelo para que no insistas en buscarme porque no estaré en mi habitación.

—¿Por qué estás libre hasta las seis de la mañana? —Vattiare con señas me indicó que cambiara la cita a las tres.

—Surgió un cambio de planes, ¿puedes a las tres?

—¿Eres tú la que tendrá una junta de trabajo mientras yo celebraré mi cumpleaños y me preguntas si puedo?

—Déjate de tonterías, solo dime si quieres o no. Estoy perdiendo mi tiempo.

—Entonces a las tres de la mañana. De todos modos, no tengo algo importante que hacer a esa hora.

—Entonces a las tres en la puerta trasera del bar.

—Es una cita. Hasta entonces, vampira —Colgué y mi mejor amiga comenzó a brincar en la cama mientras lanzaba besos al aire.

La Propuesta



—¿Tienes la clave de acceso a la habitación seis del segundo piso? —pregunté a Vattiare mientras hablaba con Matías por el auricular.

—Sí, es Morgan 2237 con mayúsculas y sin espacios —dijo Vattiare con rapidez.

—Es Morgan 2237 con mayúsculas y sin espacios —Le repetí a Matías.

—Me pide huella de seguridad.

Por medio de las cámaras pudimos ver los múltiples intentos de Matías para entrar a la habitación.

—Espera, veré si la huella quedó guardada en los últimos registros —Me dirigí al monitor central para abrir los archivos del sistema y encontrar el registro de actividad de la habitación seis. La huella del huésped había sido leída dos horas atrás—. Ya la tengo, la enviaré a la cerradura.

En automático la puerta se abrió y Matías se apresuró a entrar.

—Estoy dentro —Cerró la puerta y de inmediato Vattiare bloqueó la cerradura, luego buscó el número de la habitación en la lista de tareas.

—Matías, es un código nueve.

El código nueve correspondía a una caja fuerte, una tarea tan sencilla que fue nuestra primera prueba durante nuestra capacitación.

—Entendido, ¿tienen idea de donde puede estar o el acceso está limitado?

—El sistema me indica que la caja fuerte de la habitación no fue utilizada, por lo que el huésped cuenta con su propia caja.

—De acuerdo, usaré el rastreador —Matías sacó el rastreador electrónico de su uniforme y lo pasó por delante de las paredes, después Matías se acercó a lo que parecía ser una lámpara que estaba encima del buró junto a la cama—. Lo tengo, es un modelo camuflado, será más difícil

conseguir el acceso.

—Pero no imposible, tendré que buscar información sobre la caja, espera.

Vattiare echó un vistazo a nuestra base de datos, para saber más sobre la caja fuerte y lograr abrirla, entretanto yo veía a Jorge por medio de la cámara, se encontraba en la azotea.

Él preparaba el arnés para escalar por uno de los muros del hotel y entrar a la habitación diez que le pertenecía a Mary Collins. Tenía demasiada curiosidad por saber qué robaría La Bola Ocho de aquel cuarto; sin embargo, al intentar entrar a la lista de tareas de Jorge, el acceso me fue denegado. Intenté por segunda vez, pero la clave había sido cambiada cinco horas antes.

—Deja de intentarlo, Jorge cambió la clave de su cuenta. Octavio se lo exigió.

No le dije nada a Vattiare, me dio mucha pena que me descubriera.

—Solo quería saber si necesitaba nuestra ayuda.

Mi mejor amiga lanzó una risa burlona sin despegar la mirada de la lista de claves posibles para la caja fuerte.

—Se trata de Jorge, el capitán del grupo. ¿Desde cuándo necesita nuestra ayuda?

—Pensé que sería bueno ayudarlo en su última expedición. Además, pronto dejará de ser el capitán.

—Sí, pero por ahora lo sigue siendo, así que no podemos meternos en su plan al menos que él nos lo pida —Vattiare tenía razón. Jorge era capaz de cumplir con sus obligaciones sin nuestra ayuda y lo comprobé porque al regresar al panel lo vi dentro de la habitación de Mary—. Kim, no quiero sonar grosera, pero deja de espiar a tu ex y concéntrate en lo que estamos haciendo. Debemos encontrar la clave de la caja fuerte, Alfonso no querrá que causemos mucho desorden.

Me vi obligada a fingir que estaba enfocada en mi trabajo, aunque no dejaba de pensar que Jorge se mudaría a miles de kilómetros de distancia y tal vez nunca volveríamos a vernos.

—La encontré, está en la página treinta. Es 7890234 —Matías abrió la caja y tomó el dinero de su interior para reemplazarlo por billetes falsos.

Después de que el grupo robara dos televisores, un auto, diez lámparas cubiertas de oro y cien mil pesos de la caja fuerte con la ayuda de Vattiare y mía desde el sistema de seguridad, dieron las tres de la mañana. Era hora de mi encuentro secreto con Collins.

—Son las tres, ve con Alex. Si Octavio pregunta por ti le diré que fuiste al baño o que estás despidiéndote de Jorge.

—Espero que no me descubra, puedo encontrarlo en los pasillos.

—Lleva el abrigo verde que compraste ayer y recógete el cabello. Octavio está en el tercer

piso, no se acercará al bar sabiendo que el enemigo se encuentra ahí. Llámame cuando termines de hablar con Alex, alejaré a Octavio de donde estés, solo no te tardes más de quince minutos o vendrá a buscarte —dijo mientras con una servilleta me quitaba el labial negro.

—De acuerdo, trataré de apurarme.

—¿Me puedes traer una botella de whisky?, por favor.

—Mejor te traeré un café —Cerré la puerta y desde afuera escuché que Vattiare se quejó.

—¡El café sabe feo!

La mayoría de los invitados se hospedaron en el hotel, por lo que nadie se encontraba merodeando en los pasillos como yo. Tenía que agachar la cabeza por si me encontraba con alguien del grupo. Levanté un poco la mirada y me sentí un poco aliviada al notar que el ascensor estaba a unos pasos.

Escuché el silbido de un hombre a mi lado izquierdo y desvié el rostro, no obstante, por culpa de una mesa con folletos del hotel, tropecé con aquella persona y me caí.

—Disculpe, ¿se encuentra bien? —Reconocí la voz de Alexander y bajé las gafas que tenía puestas—. ¿Eres tú, vampira?

—Sí, pensé que me verías en el bar. Eso acordamos.

—Ese era el plan, pero no estás en la lista de invitados.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Renté uno de los salones al final del pasillo. Nadie nos molestará. solo habrá un guardia afuera para vigilar que mi padre no entre.

Collins se posicionó a mi lado y el vigilante Rinaldi, que venía detrás de él, me saludó con la cabeza. De seguro pensó que Alexander salía con la secretaria del asistente financiero de su padre, lo cual si lo decía en voz alta no sonaba nada bien.

—No se preocupe señorita, Barnes. El señor Richard no los descubrirá. Por cierto, prometo no mencionar nada de esto al señor Anthony, su secreto está guardado.

—¿Qué tiene que ver Benson en esto?

Alex se dirigió al vigilante quien con el ceño fruncido estaba a punto de abrir el pico, pero lo interrumpí para evitar tener que dar largas explicaciones.

—Es una larga historia.

Empecé a caminar en sentido contrario a Alex y con un empujón me indicó el camino correcto. Dentro del salón había una mesa en el centro y un gran ventanal que mostraba las luces de la ciudad.

—Siéntate, tengo muchas preguntas que hacerte.

—¿Qué hay de tu fiesta? Será raro que el festejado no esté en el evento del año. En cualquier momento partirán el pastel.

—La mayoría están ebrios. Además, mi hermana Mary se encuentra dando un espectáculo de ballet desde hace veinte minutos y me dijeron que falta media hora para que termine su actuación. No te preocupes, siempre hace la misma coreografía en todas las fiestas, así que ya sé de memoria su presentación.

Collins sirvió dos tazas de café hirviendo y mis ojos saltaron de la emoción tan pronto vieron la bebida cerca de mí. Me preguntó cuántos sobres de azúcar le ponía y con la cabeza le dije que ninguno. Yo nunca tomaba café con azúcar y pareció que Collins amaba el café dulce por los tres sobres que echó a su taza.

—Entonces, ¿Johana Barnes, desde cuando eres periodista?

Me sentía extraña respondiendo a aquel nombre falso, debí haber accedido a escoger mi identificación en lugar de dejarlo en manos de mi prima.

—Desde hace dos años —Di un gran sorbo a mi café y no me importó quemarme la lengua, mi cuerpo me exigía cafeína.

Durante diez minutos Collins me hizo varias preguntas sobre dónde había estudiado y donde había trabajado anteriormente.

—¿Eres buena recabando información?

Sus ojos grises eran una gran distracción, desde que lo conocí fue lo que más me gustó. No obstante, me esforcé en responder sus preguntas sobre mi carrera sin mirarlo directamente.

—Supongo, pero ¿por qué me preguntas todas estas cosas?

—Iré al grano, me preguntaba si podrías trabajar para mí, te daré lo que quieras, tú pon la cifra —Me quemé con la cafetera mientras me servía otra taza de café.

—Medio millón, no lo sé —bromeé.

—De acuerdo.

—¿Hablas en serio? ¿qué quieres que haga?

—Necesito que sigas a mi padre, sé que quiere expandir la empresa y eso significa que asumiré su cargo muy pronto, lo que claramente no quiero hacer, así que por lo menos deseo saber sus próximos planes y prepararme para lo peor.

—¿No quieres ser el jefe de la empresa?

—No, no pretendo pasar mi vida escuchando cómo mi padre me lanza quejas sobre la manera

en que dirijo su empresa, prefiero poner mi propia compañía y desligarme de él. Además, me agobia bastante en lo que respecta a mi carrera, ¡quiere que estudie la maestría en Canadá!

—Pero en tu última entrevista te mostraste entusiasmado por ocupar su lugar y continuar con su programa de becas, diste todo un discurso.

—Estaba fingiendo. No quería que Richard me obligara a trabajar más horas de lo habitual.

—Si no quieres ser el jefe de la empresa, ¿quién lo será?

—Tengo un par de opciones en mente —Dio un sorbo a su café y después de arrugar la nariz agregó otro sobre de azúcar.

—Si se puede saber ¿quiénes son tus opciones?

—Todos saben que Anthony Benson trata de quitarme el puesto, pero no le imagino dirigiendo la empresa de mi padre. Pienso que Alicia es una buena candidata. Ella es como mi padre en versión mujer, aunque suene extraño.

—¿Alicia es quien se tropezó la navidad pasada y cayó sobre los invitados? —Oculté mi risa bebiendo mi taza de café.

—¿Cómo sabes eso?, parece que eres más peligrosa de lo que pensé, eso me agrada —El sonido de unos fuegos artificiales llamó nuestra atención, Alexander no me siguió cuando me acerqué a la ventana para observar el espectáculo. Continuó bebiendo su café sin dirigir una pequeña mirada a la explosión de colores que había en su honor—. ¿Aceptas el trabajo?

—Me tendrás que ayudar proporcionándome algunos datos sobre el paradero de tu padre, no puedo conseguir todo yo sola.

Collins no sabía que, de forma inesperada tanto para mí como para él, había caído en una trampa de La Bola Ocho. Alexander me dio en un par de días lo que Alfonso y Octavio estuvieron intentando por años; sin embargo, decidí ocultarlo al grupo y tomar aquello como mi oportunidad de escape.

—¿Puedo confiar en ti? No quiero que tus demás compañeros se vean involucrados en esto y roben información de la empresa —Así fue cómo surgió el primer fraude a mí misma.

—Mis compañeros están enfocados en otros problemas —Alexander me dirigió una mirada de desconfianza—. Juro que guardaré bajo candado todo lo que me digas, sé que es información confidencial.

Yo prometía muchas cosas y no las cumplía, pero él no lo sabía.

—Mientras estés cerca de mí no puedes usar armas, aunque sean falsas.

—No usaré pistolas de juguete cerca de ti, puedes estar tranquilo— «Usaré armas de verdad» pensé.

—Tendrás que contestar todas mis llamadas y no podrás ocultar ningún detalle de la información que obtengas.

Sin duda Alex era igual que Octavio, por lo menos él me pagaría más y no me obligaría a cometer delitos.

—Sí, estoy de acuerdo —Sacó un contrato y me lo entregó junto a una pluma.

—Tienes que firmar este contrato. Esto solo durará un par de meses, no creo aguantar más tiempo trabajando con mi padre.

—¿Cuándo hiciste el contrato?

—Mis abogados lo redactaron toda la tarde.

—No era necesario un contrato, pero lo firmaré o me estarás reprochando todo el tiempo —Firmé el contrato como Barnes, no quería comprometer mi identidad verdadera de nuevo.

—Contigo nunca se sabe —Miró su reloj—. Tengo que volver y sospecho que tú también a tu asunto de trabajo.

Collins abrió una puerta detrás de los estantes y con agilidad logró salir hacia unas escaleras que conectaban a todos los pisos del hotel. Estaba a punto de irme, pero una sombra llamó mi atención: a espaldas de Alexander, Jorge y Matías trataban de meterse por una ventana cerca del quinto escalón.

—Alexander ¿vas a bajar las escaleras?

—Tengo que bajar para regresar al bar. No puedo brincar por el balcón, vampira.

Jorge logró abrir la ventana y meterse hacia la habitación, después ayudó a Matías a hacer lo mismo. No obstante, quedó atorado por su espalda ancha.

—Me dijiste que tu hermana se tardaría más de media hora en dejar de bailar —Traté de retener a Alex para que no descubriera a mis compañeros.

—Sí, pero mi madre se preocupará al no verme, es muy sobreprotectora. ¿Por qué preguntas?

—Este no quiero regresar a mi trabajo, el ambiente ahí es bastante tenso y me da escalofríos de solo pensar en eso.

—¿Qué ocurre con tu trabajo? Estás empezando a preocuparme, eres una periodista bastante rara.

Mi mente se bloqueó. En realidad, no me asustaba que Alexander viera a Matías porque él llevaba un uniforme del personal de mantenimiento y no el uniforme de La Bola Ocho, sino temía que Jorge alzara la vista y me viera con Collins.

—No quiero volver a mi trabajo, prefiero seguir bebiendo café contigo, no eres tan mala onda

como pensé.

—¿Trabajas cerca de este hotel?

—¡No! ¡No!, mi trabajo queda un poco lejos y no me apetece manejar de noche, a esta hora la ciudad es bastante peligrosa.

—Puedo pedir que un chofer te lleve.

No se me ocurrieron más excusas, por lo que opté por utilizar algo que de verdad preocupara a Collins.

—No puede ser, tu padre se dirige al lobby —Collins, de inmediato, regresó al salón pues el lobby se encontraba al final de las escaleras.

Estaba a punto de cerrar la puerta, pero Matías y Jorge me vieron. Ambos intercambiaron miradas desconcertados. De pronto Alex me agarró de la mano para que saliéramos de ahí. Él pensaba que su padre le había descubierto y la afectada había sido yo.

Jorge dirigió su mirada a la mano de Collins que sujetaba la mía, pude notar la ira subiendo por su rostro. De no haber sido por los hombros atorados de Matías, Jorge hubiera salido hecho una furia a enfrentarme.

El Error



—Barnes, tendremos que correr a tu habitación —dijo Alex.

—¿Qué? —grité

—¿Estás segura de que era él? No quiero que mi padre sepa que estoy contigo y no con Jessica —Salimos al pasillo y Alex le dio la orden a Rinaldi de cerrar la puerta que habíamos dejado abierta.

—Sí, estaba mirando hacia el salón y después se dirigió al lobby. ¿Quién es Jessica?

Estaba segura de que Richard se encontraba ocupado mirando a Mary bailar ballet, mientras su hijo y yo corríamos como locos sin razón alguna.

—Jessica es mi novia, deberías saberlo. Ayer por la tarde lo anunciamos en la rueda de prensa.

—Ayer no pude asistir. No creo que tu padre nos haya visto.

Ya decía yo que era bastante extraño que Collins estuviera soltero. Siempre se lo decía a Sabrina y ella se enojaba tanto que no me hablaba hasta el siguiente día.

—Él no se dio cuenta que me fui. Es probable que nos descubriera por las cámaras de seguridad que tiene en su habitación.

—¿Tu padre tiene cámaras de seguridad en su habitación? —Reduje la velocidad.

—Por supuesto, como es dueño del hotel puede ver todo a excepción de las habitaciones.

Alex y yo no pudimos tomar el elevador porque estaba ocupado, así que corrimos hacia mi cuarto. Por un lado, tenía que avisarle a Vattiare que nos faltaron cámaras por hackear, por el otro también tenía que impedir que Collins entrara y viera todas las computadoras del panel de control. No sabía que el pasillo era tan largo hasta ese momento.

Llegamos a nuestro destino. Desde afuera se escuchaba la voz de Vattiare hablando con el grupo y la luz de las pantallas se filtraba por debajo de la puerta.

—¿Tienes tu llave? —Fingí buscar en mis bolsillos para ganar tiempo.

—Lo siento, la dejé dentro.

—¿Bromeas? —Vattiare estornudó—. Creo que hay alguien adentro.

—Creo que es en la habitación de junto.

—No, proviene de tu habitación. ¿Compartes la habitación con otra persona?

—No. Ya recuerdo, dejé la televisión prendida —Collins tocó la puerta, Vattiare abrió en seguida y al ver a Alex delante abrió los ojos sorprendida.

—Barnes, ¿qué haces aquí? Deberías estar en tu junta —Vattiare me miró molesta y no era para menos, pues compliqué demasiado las cosas.

—Me dijiste que no conocías a Barnes —reclamó Collins.

—Me confundí. Tengo muchas amigas parecidas a ella.

—¿Trabajas en la revista?

Con la mirada le dije a Vattiare que le siguiera la corriente y contestara que sí.

—Por supuesto. Soy nueva, entré la semana pasada.

—Me alegro por ti. Debemos pasar, mi padre se dirige hacia este pasillo.

Collins puso un pie dentro del cuarto y regresó sobre sus pasos al encontrarse con la mano de Vattiare obstruyendo su camino.

—Espera solo unos segundos Alexander. Tengo que hablar con mi compañera —Vattiare me arrastró dentro y cerró con seguro la puerta para que Collins no entrara—. ¿Qué hiciste, Kim? Podían ir a otra habitación.

—Le hice creer que su padre nos vio porque por poco descubre a Jorge y a Matías tratando de entrar a la habitación doce.

—Te hubieras llevado a Collins a otro lado menos aquí.

—Richard tiene cámaras de seguridad en su habitación, si no las hackeamos ahora, en cualquier momento se dará cuenta de que el grupo está aquí

—¡Déjenme entrar! No me importa si tienen cosas raras en la habitación, mientras no sean cadáveres puedo soportarlo.

Vattiare y yo no le hicimos caso a Collins, preferimos buscar las cámaras de seguridad. El sistema marcaba veintiún de veinticuatro cámaras hackeadas, se me olvidó corroborar que todos los aparatos estuvieran conectados al panel. Por suerte logré hackear las cámaras

restantes bastante rápido.

—Tranquila, en todo el tiempo que lleva la expedición Richard no ha entrado a su cuarto. Solo espero que en los siguientes diez minutos continúe bebiendo whiskey.

—¿Qué está haciendo Richard ahora?

—Está viendo el "increíble" baile de Mary, parece que está bastante entretenido.

Richard no paraba de aplaudir cada vez que su hija hacía una pirueta.

—¿Cuánto falta para terminar la expedición?

—Afortunadamente Jorge pudo abrir la caja fuerte más rápido de lo esperado, así que según mis cálculos en menos de dos horas se terminará la primera etapa.

El pestillo de la puerta sonó y Alexander apareció dentro con un pasador en la mano. Toqué mi cabeza y comprobé que era mío, no supe en qué momento lo tomó.

—¿Qué es todo esto?

La luz de las ocho pantallas se reflejó en los ojos de Alexander.

La Caja

Kimberly abandonó sus recuerdos y regresó a la realidad.

—Tranquila, Lu. Yo me encargaré de ser quien se lo diga.

—¿Qué pasa si alguien de México logra contactarlo? Podría llamarle cualquiera de tus amigos o gente que quiera hablar con Alexander para contarle antes que nosotras.

—Nadie tiene su número y no saben dónde vive, este pueblo es difícil de encontrar.

—Pues para ti fue bastante fácil encontrarlo.

—Fue fácil porque Jack y tú me ayudaron.

Después de muchos intentos, la mochila logró salir de mis hombros y tanto Luisa como yo nos sentimos aliviadas de que el objeto pudiera regresar al perchero antes de que Richard notara su ausencia.

—¿Qué quisiste decir con que Jessica Morris amenazó con demandarte? No sabía que ustedes se llevaban tan mal.

—Ella consiguió pruebas sobre mi colaboración con La Bola Ocho, amenazó con entregarme a la policía sino me iba del país.

—¿Las pruebas que tenía eran falsas?

—La mayoría, otras eran verdaderas, no sé de dónde las sacó.

Los toquidos en la puerta nos hicieron callar. Del otro lado se escuchaba a una persona bastante molesta peleando con los empleados por no dejarla entrar.

—¡Luisa, sé que estás ahí! ¡Abre la puerta!

—¿Quién es? —Le susurré a Lu al escuchar la voz de una mujer gritándole en español.

—Debe ser Alicia —Busqué un lugar en donde ocultarme, pero por todas partes había cajas apiladas. Mi reacción fue inútil, considerando que tarde o temprano mis ex cuñadas sabrían que estuve ahí.

Lu me ignoró y abrió la puerta un poco, estaba segura de que por lo menos quien fuera podría ver mitad de mi torso, eso si todo fuera distinto, si todo fuera ordinario.

—¿Con quién estabas qué no me prestabas atención?

—Buenos días, señorita Alicia, ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Por qué no me dijiste que ella está aquí?

Hacía muchos años que no veía a Alicia. La última vez que coincidimos fue en un museo de Londres y ella fingió no escucharme cuando la saludé. Me preparé para que armara un gran teatro al saber que había vuelto a ver a su hermano. Creí que era una señal de que pronto tendría que darle la carta a Alex.

—¿De qué está hablando?

—No me mientas. Escuché que ella viajó hasta acá para ver a Alexander, la mayoría del pueblo lo sabe.

—No sé de qué habla, tal vez hubo una confusión.

—Acabo de verla.

Luisa y yo nos quedamos en shock. Me aseguré de estar con Alex lo más lejos posible de su familia. La única explicación era que Alicia me hubiera visto el día de la mudanza, pero la posibilidad era remota.

—¿A qué se refiere?

—No podía esperarme a la cena, es mi mejor amiga ¿cómo no iba a saber de su visita?

—¿Eh? —Luisa y yo pensamos que Alicia estaba siendo sarcástica.

—Tú sabes que invité a Jessica, pero pensé que se había ido de vuelta a California después de que Alex la plantara, pero me alegra que no se rinda y quiera recuperar a mi hermano

—¿La señorita Jessica sigue en el pueblo?

—Es lo que te estoy diciendo. En la mañana me llamó y me dijo que iría a verte a la casa para ayudarte con la cena, pensé que ya se habían visto.

—¿Por qué tengo que hacer la cena? Usted fue quien planeó el encuentro o eso me dijo la señorita Mary, creí que ordenaría algo.

—Planeé muy bien ese encuentro y quiero estar presente cuando esos tortolos vuelvan a verse, y es obvio que no podemos encargar pizza, Jessica se merece una verdadera cena. A propósito, deberías ahorrar para el vestido que usarás en su boda, no querrás llevar uno de tus delantales.

—Señorita, disculpe que me entrometa. Considero que Alexander no volverá con Jessica, y mis delantales no son razón para que se burle de mí.

—Yo me encargaré de que ellos regresen. Como sea, vine para saber si Alex te había dicho algo, pero a juzgar por tu reacción ni siquiera sabías que Jessy está aquí. Tienes que asegurarte de que Alex llegue puntual a la cena de mañana.

—No creo que sea posible. Mañana no tengo que ir a su casa porque es mi día de descanso.

—Estoy dispuesta a pagarte las horas extra.

Alicia se colocó sus gafas y se peinó su cabello ondulado, como si sus costosas extensiones pudieran despeinarse.

—No puedo señorita, ya tengo planes.

—Pues ya no los tienes. Asegúrate de que Alexander esté ahí a las ocho.

Alicia se fue sin dejar hablar a Lu. Desde que la conocí supe que sería un gran dolor de cabeza.

Al medio día me dirigí a la pastelería para ayudar a Alex en su trabajo como lo habíamos acordado. En el camino pude observar a varias personas con volantes de la pastelería debatiendo si debían ir o no. Me sentí extraña caminando sola por el pueblo, temí que alguien me mirara con cara de extrañeza o encontrarme con algún familiar de Alex, pero todo transcurrió normal.

Antes de irme, Lu me aconsejó intentar que Alex no fuera a la cena. No le pude decir que tal vez Alicia tenía razón en juntar a su hermano con Jessica. Sabrina hubiera asistido a la cena para incomodarla, ella era así, siempre hacía lo que quería y sabía dejar de intentarlo cuando era el momento adecuado. Confesaré que, en el fondo, quería ver el rostro de Sabrina entre la multitud. Quería abrazarla y contarle todo lo que había pasado desde la última vez que estuvimos juntas, deseé que supiera cuánto la extrañaba.

Abandoné mis pensamientos al llegar a la pastelería y me detuve a observar a través de la puerta de cristal: Alex tomaba un vaso de agua y hacía una pausa para respirar hondo. Supe que algo le sucedía por la forma en que ignoró a Jan cuando le pidió ayuda para limpiar las mesas. Alex miraba a la nada bastante serio, después regresó a la normalidad y cambió su gesto de preocupación por su habitual expresión.

Eso era algo que siempre admiré de él, siempre admiré la manera en que podía regular la verdad de sus preocupaciones. Él solo se apartaba del bullicio para tranquilizarse y después levantarse con determinación y retomar sus actividades. Él nunca dejaba que la preocupación se adueñara de él.

Alex volteó a la puerta y me observó, fingió no darse cuenta y regresó a la cocina, tal vez en busca de calma algo que juntos nunca tuvimos.

Entré silenciosa, busqué a Jane y me alegré de que no estuviera ahí. Me dirigí a Alex y en silencio le ayudé a limpiar las mesas, después le señalé la puerta para que nos fuéramos lo antes posible.

—No puedo irme así nada más, le avisaré a Jan.

—Yo le dije en la mañana que hoy saldrías más temprano porque necesitaba ayuda con algo.

Alex vaciló unos segundos, después tomó su chaqueta y su mochila. Con un poco de miedo, me acerqué a él para mirar que tenía en la mejilla, parecía que se había cortado.

—Debe ser mermelada, ayudé a Jane a hacer un pay y sin querer me embarró la cuchara en la cara.

—Pensé que te habías lastimado —Recordé que mis manos estaban frías, así que me alejé de Alex.

—¿A dónde vamos?

—Tengo planeado ir al orfanato y después acompañarte a tu trabajo.

—¿Estás segura de ir ahí?

—Por supuesto, me agrada visitar a esos niños y distraerlos un poco, pero antes iremos al supermercado.

—¿Para qué?

—Quiero llevarles algo de comida.

—El supermercado queda un poco lejos, necesitaríamos un auto.

—¿Por qué no tomamos el metro?

—Porque no me gusta ir en metro.

—Entonces ¿qué propones? ¿Llevaremos flores que encontremos en el camino?

—¿Qué comida quieres llevar?

—Cosas básicas como arroz, frijol, avena, ya sabes.

—Creo que tengo algo de eso en mi casa.

—Perfecto. Entonces iremos a tu casa y después nos dirigiremos al orfanato —Acompañé a Alex hasta su casa, le dije a Lu que se llevara a Richard para que no se asustara al verme.

Al entrar, Alex espió en las habitaciones en busca de su padre y se sorprendió al no verlo ahí. Era raro darse cuenta de que antes Alex se alegraba por no ver a su padre bajo el mismo techo y diez años después estaba preocupado por su ausencia.

—Supongo que Lu o Mary lo llevaron a pasear, a veces hacen eso.

—Es lo más seguro.

Alex aventó su chaqueta al sillón y se dirigió a la cocina sin importar que estuviera manchando el suelo con lodo.

—¿Por qué presiento que no quieres ver a mi padre? —Abrió la alacena y sacó una caja que colocó sobre la mesa.

—Porque es probable que verme no le haga bien —Destapó la caja y al ver su contenido la volvió a cerrar. Echó una mirada furtiva a mi rostro esperando a que no me diera cuenta de lo ocurrido.

—Mi padre no se acuerda mucho de ti. La última vez que le pregunté te confundió con una amiga de Alicia.

—¿Le preguntaste a tu padre sobre mí?

Alex se quedó callado, noté como movía las manos, sin duda era un tic nervioso que a pesar de los años no se le quitaba.

—Me refiero a que… a que… olvídalo, esta no es la caja que necesitamos. Creo que a Lu se le olvidó comprar la despensa de nuevo.

—Entonces ¿De qué es esa caja?

—No te recomiendo abrirla. Tiene un montón de productos de limpieza. Además, huele bastante mal.

—¿Es una caja con productos de limpieza y huele mal?

Alex no supo qué decir, así que me coloqué a su lado y traté de levantar la tapa de la caja, Alex no me lo permitió, empujó mi mano de manera brusca, lo que aumentó mi intriga.

—Kim, no la abras. No creo que sea lo mejor.

—¿Por qué?

—Porque tengo secretos guardados ahí.

—¿Secretos? Si fuera un secreto no tendrías esa caja en la alacena a la vista de todos.

—Es pura basura, pensaba tirar todo esto mañana, pero se me olvidó hacerlo. Tal vez Mary pensó que era despensa y la puso en la alacena.

—¿Si es basura por qué no dejas que vea?

—¿Quién querría ver basura?

Alex no entendía que lo que él consideraba basura era oro para mí, porque era el único modo de entenderlo, era la única manera de comprender porque tenía una mano en mi hombro y sus ojos lucían cristalinos. Además, Lu me había contado que Alex pensaba deshacerse de algunas cosas que tenía de Sabrina y no quería perder la oportunidad de saber qué conservaba de ella.

—Yo quiero ver lo que llamas basura y a cambio te dejaré saber la mía. ¿No es eso lo que hacemos tú y yo? Conocer nuestros peores miedos —Apartó su mano y dejó que abriera la caja.

Muchas fotografías y casetes saltaron a mi vista. Nunca imaginé que una caja siendo tan frágil

pudiera contener tan importantes objetos. Comencé analizando las fotos: en la primera estaba Alexander junto a Richard en la oficina de la empresa, en la segunda estaban Alex y sus hermanas, Mary y Alicia estaban disfrazadas de duendes y Alexander de Santa Claus, me reí junto a Alexander al observar su rostro desprevenido.

Hasta que miré la tercera fotografía: Sabrina le estaba acomodando la corbata a Alex mientras él le besaba la mejilla. Mi corazón necesitaba ver esa foto. Pasé mi pulgar sobre el rostro de mi prima y mis lágrimas comenzaron a brotar. Sabrina lucía tan feliz y llena de vida, parecía que aquella foto era reciente.

Una vez encontré a Sabrina llorando en el dormitorio porque Octavio y Alfonso estallaron al saber que Alex y ella estaban juntos. No recuerdo qué día era, que ropa llevábamos puesta o si hacía calor o frío, lo único que recuerdo es el dolor que reflejó ella al decirme: “Pasé tres años comportándome como ellos querían. También pasé tres años tolerando órdenes que no debería, y créeme que al ver a Alex es como si viera mi reflejo en un espejo, porque él está pasando por lo mismo. Yo no quiero que entiendan la manera en que le quiero, solo deseo que acepten que no puedo abandonarlo porque él no me ha abandonado”

Despegué mis ojos de la fotografía y observé el lugar donde me encontraba. El ambiente se sentía diferente y, a pesar de que llovía, sentía que era un día soleado. Junto a mí estaba él; aquel chico que significó mucho para mí, viéndome sin saber qué hacer. Era evidente que ninguno sabía que hacíamos allí o cómo nuestras rutinas dieron un giro de ciento ochenta grados desde la semana pasada.

Mi pecho ardía por la revolución de emociones que se lanzaron sobre mí de un zarpazo. Quise preguntarle a Alex la razón por la cual no me fui y decidí quedarme, pero yo ya era un idioma infrecuente para él, yo fui un idioma que nunca supo entender.

Alex, al verme llorar, me abrazó fuerte, no obstante, no me sentía triste sino extraña, como si lo único que necesitaba era recordar mi pasado.

Él nunca entendió lo que me causaba cada vez que lo abrazaba, pues a veces, por más fuerte que me rodeara con sus brazos, no podía dejar de pensar que en cualquier momento me alejaría de su vida. En cambio, mi cerebro me convencía de que estábamos cegados por la atracción física. Como fuera, Alex me estaba abrazando de nuevo.

Ambos permanecimos en silencio, dejamos que todo lo que estaba atorado saliera a relucir. Al separarme y mirarle a los ojos descubrí que él estaba llorando también, me sentí culpable.

—No quiero que pienses que quise a Sabrina más que a ti. Si guardo esto es porque de algún modo ella también fue importante para mí.

¿Cómo decirle al amor de tu vida que la chica a quien amó en su juventud murió hace una semana?, ¿cómo puedes confesar ese huracán sin que te arrastre en el intento?

—Alex, no debes darme explicaciones. Sé que quisiste mucho a mi prima.

—Sí, sentí algo por ella, pero eso fue antes de ti.

—Ella te quiso mucho.

—Lo sé y yo también a ella.

Me separé de él y continué viendo los artículos de la caja, en el fondo se encontraban apilados más casetes, tomé uno al azar y reconocí la letra de Sabrina, era el casete que le regaló en su cumpleaños veintiuno. Recordé la ocasión en que le entregué aquel objeto a Alexander, desde ese instante nosotros no éramos usuales, éramos una pequeña posibilidad.

—Será mejor que guardemos esto y vayamos al orfanato. No creo que sea correcto seguir profundizando en la tristeza —dijo Alex antes de cerrar la caja.

—Si ya no quieres conservar las fotos de Sabrina, ¿podría quedármelas?

—Claro, son todas tuyas —Tomé las fotos y sentí como la calma me envolvió.

Hoy por mí, mañana por ti



—¿Qué es todo esto?

—Esto es solo un videojuego —contestó Vattiare metiendo su mano en el bolsillo de su pantalón, se acercó a Collins y con la mano contraria sostuvo su rostro para girar su cuello e inyectarle un sedante.

Quería inventar algo para excusar lo que descubrió, pero Vattiare actuó demasiado rápido. Alex cayó sin completar la frase que quería decir, el golpe apenas se escuchó por el sonido de la música en el bar.

Vattiare lo colocó en una silla y de su mochila sacó una botella de whisky vacía para ponerla entre las manos de Alex. Después comenzó a desconectar todas las pantallas y computadoras, ella pasaba a mi lado sin dirigirme la palabra, supuse que se llevaría todo a otra habitación y dejaría a Collins solo para que pensara que se había emborrachado tanto que alucinó.

Volví a concentrarme en Alexander, su respiración era lenta y pausada como la de un bebé, sus mejillas se habían tornado rosadas y su cabeza no podía sostenerse así que se inclinaba hacia un lado.

—No te quedes parada ahí. Después de todo, esto es tu culpa. Llevaremos las cosas hacia la habitación de Jorge, es la única disponible.

Vattiare, al notar que no dejaba de observar a Collins, me lanzó un golpe en el brazo y me sacudió repetidas veces. Alex era el primer amigo o conocido que tenía que no era parte de La Bola Ocho. Gracias a él pude sentir cierto contacto con la realidad, no podía dejarlo ahí.

No conocía a Alex lo suficiente, pero gracias a él pude recordar lo que era ser normal y, por primera vez en mucho tiempo, fui alguien. Alex no sabía todo lo que hice o todo lo que pasé para llegar hasta ahí, Él era la oportunidad de empezar de nuevo y librarme de esas rejas, Alexander Collins era mi única esperanza de tener una vida digna.

—¡Date prisa! Tenemos que llevar todo esto tú y yo solas al piso de arriba —repitió mi amiga.

—No puedo dejarlo aquí, no es correcto.

—Tranquila, él pensará que se imaginó todo. Tendrás que decirle a Octavio lo que ocurrió y lo más seguro es que por un par de meses estés oculta hasta que Collins se olvidé de todo esto. Tal vez Sabrina haga un acta de defunción para Barnes.

No podía decirle a Vattiare que había conseguido un trabajo que me permitiría escapar de allí, porque se vería implicada en un error que solo yo debía pagar.

Cuando Vattiare recién llegó al grupo se escapaba todas las noches con la esperanza de poder irse de la ciudad. Como era de esperarse, Alfonso la detenía antes de que ella lograra pasar la calle. Yo había llegado seis meses atrás, por lo que aún no me acostumbraba a dormir rodeada de desconocidos y me quedaba despierta espiando por la ventana, al hacerlo miraba a Vattiare llorando, ella prometía pagar pronto el dinero que debía.

La mayoría de nosotros le debíamos dinero a Octavio, pues él se hacía pasar por prestamista bajo un nombre falso, así que colocaba letreros en las calles con su número argumentando que te prestaba la cantidad que deseabas sin intereses, lo que resultó ser una gran mentira.

Sabrina y yo huimos de un orfanato antes de cumplir los catorce años, por lo que no teníamos dinero para subsistir. Un día encontré uno de los anuncios de Octavio y al llamarle me citó en una calle bastante solitaria de la Ciudad de México. Aún recuerdo cómo sus ojos me inspeccionaron por completo. Debí saber que su exagerada amabilidad tenía un lado oscuro, pero mi desesperación me cegó y caí en su trampa.

Le dije que mi prima y yo conseguiríamos empleo para pagarle; sin embargo, nos ofreció trabajo en el grupo. Al principio asistíamos a conferencias de prensa de distintos empresarios, más tarde le entregábamos un reporte a Octavio con los detalles importantes, no me pareció sospechoso hacer aquello tomando en cuenta que Octavio me adoptó y Alfonso adoptó a Sabrina, gracias a un contacto que le ayudó a que el trámite fuera más rápido de lo habitual. Después nos hizo firmar un contrato a la fuerza, al mes ya estábamos enteradas de lo que en realidad era La Bola Ocho y entrenando con el grupo.

Octavio nos obligó a aprender inglés, italiano y un poco de francés. Además, nos entrenó para hackear todo tipo de sistemas. Alfonso se encargó de darnos clases sobre defensa personal y nos enseñó a disparar, cada bala representaba nuestra inocencia convertida en cenizas.

El ver a Alex inconsciente provocó que recordara todas las veces en que Octavio nos gritó, todas las veces en que como castigo nos utilizaba como conejillos de Indias para probar los sedantes, todas las veces en que nos hizo pasar días sin comer, todas las veces que no pudimos recibir atención médica para que no nos descubrieran, y, sobre todo, las veces en que nos hacía dispararnos entre nosotros como si se tratase de un juego.

—Vattiare, ¿recuerdas lo qué me dijiste hace tres años cuando te descubrí fugándote por la azotea?

—¿De qué hablas, Kimberly? No tenemos tiempo de recordar nuestra adolescencia y llorar.

No me importó que se burlara de mi pregunta, tenía claro que mi resistencia había llegado a su límite.

—A pesar de que Alfonso me dijo que te disparara si te atrapaba intentando huir, no lo hice. Porque esa tarde me habías dado tu porción de carne sabiendo que era lo único que comerías en días. Me refiero a que dejé que te fueras. "Hoy por mí, mañana por ti" eso fue lo que me dijiste antes de que escaparas.

Vattiare tragó saliva mientras cerraba la maleta, suspiró repetidas veces. Yo continué esperando a que me dijera al menos una palabra, hasta que recordé que ella era muy mala para reconocer cosas de su pasado.

—Kim, ¿a dónde quieres llegar con esto? ¿Quieres que me arrodille y te agradezca?

—Quiero decir que creo que hoy es ese mañana. Deja que me vaya para después ayudarte a salir de aquí. Hemos estado fingiendo que estamos bien y en realidad vivimos en un calabozo.

—¿Cómo te dejaré ir? No tienes dinero o un lugar donde ocultarte. Ellos te encontrarán fácilmente y no tendrán piedad.

—Podemos apoyarnos en Alex. Confía en mí, nadie conoce a La Bola Ocho tanto como yo, sé en dónde ocultarme y de donde alejarme.

—¿Qué le diré a Octavio y Alfonso? —Terminó de cerrar la maleta después de intentarlo un par de veces.

—Les dirás que no sabes en donde estoy y que me fui con la excusa de despedirme de Jorge, pero no regresé. Hoy por mí mañana por ti.

Vattiare se sentó en la cama y canceló una llamada de Octavio, después silenció el celular para mirarme como si lo que le estaba proponiendo fuera una broma de mal gusto. Contempló a Alexander quien perdió el equilibrio y cayó azotando contra el suelo, de nuevo el golpe fue amortiguado por la música clásica de Mary.

Por un momento quise rendirme y obedecer las reglas de Octavio como siempre lo hacía, hasta que mi mejor amiga sacó un sobre del bolsillo de su pantalón y me lo entregó con gran lentitud.

—¿Qué es esto?

—Cómprate algo bonito —Mi rostro se contrajo porque Vattiare repitió lo que me decía Jorge cada vez que me daba algún regalo—. Jorge me lo dio y me dijo que lo más seguro era que decidieras irte pronto por tu cuenta. No pensé que ese día llegaría tan pronto. Lo que sea que hagas debe ser discreto. Llevas conociendo a Octavio y Alfonso desde hace tiempo, así que piensa igual que ellos cada vez que quieras hacer una jugada en su contra. Intenta lo que sea para derribarlos, aun si nosotros caemos en el camino.

—Tendré cuidado, solo quiero afectarlos a ellos. Me aseguraré de que ustedes no paguen el

precio.

—No pienses en nosotros, lo que hagas no va a empeorar las cosas más de lo que ya están —Miró su reloj y tomó la maleta aparentando que no le importaba dejarme ahí sin saber si podría conseguir que La Bola Ocho se deshiciera.

Octavio me llamó y tuve temor de que mi voz se quebrara; sin embargo, acepté la llamada de inmediato.

—¿Qué ocurre, Octavio?

—Lo mismo me pregunto yo, ¿qué ocurre con Vattiare y contigo? No deben dejar de reportarnos cada diez minutos lo que ocurre en el hotel.

—Lo siento, perdimos conexión con las cámaras y se están reiniciando. No volverá a pasar.

—Recuerden que ustedes no tienen descanso.

—Lo sabemos. En cuanto podamos estableceremos contacto con ustedes, ¿Jorge ya se fue?

—No, pero no debe tardar en irse o perderá su vuelo. Iré con ustedes en un par de horas —Colgué el teléfono y me volvió a invadir la tristeza de dejar a mi mejor amiga por su cuenta.

—¿Qué te dijo?

—Que en cuanto puedas le reportes como se encuentra el paradero y que en un par de horas vendrá a vernos, digo vendrá a verte.

—Es mejor que te vayas ahora, Todos los invitados se encuentran en el bar celebrando y el grupo estará oculto hasta que el panel vuelva a funcionar.

—¿Qué pasará con él? Sabes que la reacción es bastante fuerte la primera vez —dije señalando a Alex con la cabeza. Él había empezado a sudar lo que era señal de que su estado físico podía empeorar.

—Llévatelo contigo, falsifica su letra y déjale una nota a su familia diciendo que está bien y que solo se quiso retirar porque odia los eventos como este.

—¿Crees que contarle la verdad sea correcto?

—No creo que permita que La Bola Ocho continúe afectando a su familia. Todo lo que hemos hecho ha sido por el contrato que Octavio nos obligó a firmar, déjale en claro eso —Me lanzó las llaves de su auto. Me rehusé a aceptarlas, pero ella me convenció de intercambiar coches, pues el suyo era menos llamativo que el mío—. Fingiré que no sé dónde te fuiste. Es mejor que tires la tarjeta SIM de tu celular, en cuanto puedas cambia la placa del auto por una nueva, ya sabes dónde las guarda Octavio así que llévate todas para que no sepa con exactitud cuál escogiste y mantente lo más lejos posible del centro.

—Prometo sacarlos de aquí pronto.

—Yo puedo soportarlo, pero tú no debes hacer eso, tienes a Sabrina. Espero recibir buenas noticias tuyas lo antes posible.

M*e abrazó con fuerza y salió de la habitación sin despedirse, porque a ella no le gustaba decir adiós tan fácilmente.*

Hora De Huir



Me estacioné una calle adelante de la casa de Octavio, llevaba a Collins en el asiento de atrás junto a mi maleta y la suya. Fue difícil manejar a esa hora desde el hotel, porque la iluminación era precaria y mi capacidad de ubicación no era tan buena en esas circunstancias.

Quité las llaves del auto y giré para alcanzar el celular de Alex. Necesitaba llamar a mi prima sin que supiera que era yo o los demás se enterarían. Por dentro rogaba para que nadie estuviera cerca de Sabrina.

Primero respiré profundo, no quería alarmar a mi prima. Por otro lado, no sabía qué le iba a decir cuando supiera que llevaba en el asiento trasero a Alexander Collins siendo el día de su cumpleaños. Pensé en saltarme la parte donde Collins se dio cuenta de que lo estaba espiando, también la parte donde él me pidió vernos o básicamente saltarme todo lo que me involucrara con él.

Encendí el celular de Collins y no me sorprendió que hubiera varias llamadas perdidas de su familia. No les hice caso a los mensajes de texto y me comuniqué en seguida al número de mi prima. Sabrina no contestó ninguna de las cinco llamadas que le hice, entonces recordé que no debíamos contestar las llamadas de números desconocidos porque podrían ser trampas.

Con bastante adrenalina, me quité el cinturón de seguridad y bajé del auto para dirigirme a la casa donde me había ocultado desde hace tres años. Estaba segura de que la próxima vez que regresara sería para ver como Alfonso y Octavio eran arrestados.

Antes de echar marcha espié por la ventana a Collins: el sudor había empeorado y se notaba por la forma en que se veía el cuello de su camisa y el copete de su cabello que caía en su frente. Consideré dejar una ventana abierta, pero no quería arriesgar una vida que no era la mía. El vecindario era bastante peligroso a esas horas, si dejaba abierta la ventana eran capaz de herir a Alex, cosa que Sabrina jamás me perdonaría, así que dejé el aire encendido y antes de irme cubrí el auto con la funda.

Corrí y al llegar bajé la velocidad para abrir el portón. Intenté no hacer ruido y me paralicé al deparar que la luz de la sala estaba encendida. Traté de descubrir quién estaba despierto, pero la persona se encontraba a la altura de la cocina, así que lo único que pude ver fue su sombra.

Caminé con pasos lentos por la orilla del jardín sosteniéndome de la pared. La sombra pareció alejarse con dirección al ático, por lo que corrí hasta la ventana de mi habitación y encontré que Sabrina era la única dentro. Estaba leyendo un libro mientras bebía agua, lo que significaba que tenía hambre y el refrigerador estaba vacío.

Toqué con golpes leves la ventana, pero ella no se inmutó a pesar de que por poco me caí al no poder seguir parada sobre las puntas de mis pies. Después de apartar su libro y pararse para cerrar la puerta de la habitación, logró escucharme.

—¿Kim?, ¿qué haces aquí? —Abrió la ventana.

—Sabrina, debemos irnos rápido. Prepara tu maleta y búscame al inicio de la calle —susurré.

—Está bien, deja decirles a los demás que se apresuren a guardar sus cosas.

—¡No! —Sin querer levanté un poco el tono de voz—. Tú y yo nos iremos esta noche del grupo. Tengo dinero suficiente para salir de la ciudad e irnos a cualquier otra parte. Escúchame, nadie sabe que no estoy en la expedición, así que no puedes salir por la puerta, tendrás que salir por aquí.

—¿Qué hiciste? ¿Estás huyendo de alguien? ¿Te atraparon?

—No hice nada, pero hoy tenemos la oportunidad de huir del grupo. Ya tengo todo planeado, así que solo haz tu maleta y encuéntrame en el auto de Vattiare al inicio de la colonia.

Pude ver como los ojos de Sabrina parecían estar en shock por la rapidez con la que hablé y la insistencia que reflejé en querer escapar de ese grupo. Mi prima no se movió hasta unos segundos después. Sacó la maleta que estaba debajo de su cama y bastó con abrir un cajón para tomar la poca ropa que tenía. Tomó su celular, se puso una sudadera y con un gran salto hacia el ropero logró alcanzar una caja que yo no conocía. Sabri se encontraba pálida y sus manos estaban temblando.

Meses antes habíamos discutido la idea de fugarnos con Jorge, pero después mi prima nos dijo que sería una locura. "Quitando los delitos que hacemos, nuestra vida no es tan mala" dijo, pero no nos convenció. Ella era bastante miedosa si se trataba de Alfonso, por lo que Jorge y yo descubrimos que la había amenazado.

Después de que mi prima y yo huimos del orfanato me hizo prometer que nunca haríamos algo como eso de nuevo. Si ella se oponía a irse de La Bola Ocho no me sorprendería, pero Sabrina salió por la ventana y miró por última vez lo que probablemente sería el único buen techo que tendríamos durante mucho tiempo.

Al girarse no se percató de que su pulsera se atoró y se escucharon pasos al otro lado de la puerta. La sombra que vi ya no se encontraba en el ático, las luces tampoco estaban prendidas. La manija giró y Jorge entró cerrando con prisa la puerta a sus espaldas.

—Jorge, ¿qué haces aquí?

—Tratando de ayudarlas a salir. Octavio cree que estoy en camino a Tijuana, pero Vattiare me dijo lo que ocurrió y logré cancelar el vuelo, convencí a Alfonso de que lo mejor era irme en auto.

Jorge también saltó al ropero y sacó una bolsa negra repleta de cosas. ¿Qué tenía el ropero para que todos guardaran sus cosas ahí? Jorge me tendió la bolsa y me hizo una señal de que guardara silencio, pues se escucharon un par de risas en la sala. Jorge puso el seguro de la puerta justo a tiempo.

—Tal vez sean Camila y Nicolas, estaban jugando cartas en la terraza, deben haber visto mi auto.

Los toquidos en la puerta no se hicieron esperar.

—¡Sabrina o quien esté ahí, abra la puerta!

—¡Soy Jorge! ¡Sabrina acaba de quedarse dormida!

—Jorge, déjanos pasar por algo de dinero. Estamos jugando cartas y queremos hacer esto más interesante —dijo Camila.

—¿Dónde está el dinero? Yo se los paso.

—Amigo, no te ofendas, pero tengo cosas bastante personales en mi caja así que no te recomiendo abrirla.

—Presten atención —Jorge se acercó hacia la ventana y susurrando nos explicó su plan—. En la bolsa hay una placa de automóvil, una pistola cargada, una computadora, un mapa y un nuevo teléfono que no saben que compré. Todo eso es lo necesario para que huyan. Nos veremos en el punto de encuentro que marqué en el mapa.

—¡Jorge! ¿Qué estás haciendo? No me obligues a pegarle un tiro a la puerta —Nicolas acostumbraba a enfadarse muy rápido.

—¿No irás a Tijuana?

Jorge y yo ayudamos a Sabrina para que su pulsera dejara de ser un estorbo.

—Por supuesto que no, solo fue una excusa para salir de aquí. Deben irse, tenemos que fingir que todo está bien, así que Sabrina vuelve adentro y ábreles. Kimberly te estará esperando en el auto de Vattiare con tu maleta —«Y con Alexander Collins. Espero que siga vivo» pensé.

Sabrina siguió las órdenes de Jorge, yo me apresuré a ocultarme en cuanto abrieron la puerta. Camila y Nicolas entraron tambaleándose. Las ojeras de sus rostros confirmaron mis sospechas: no habían pegado ojo desde que la expedición empezó.

—¿Qué haces aquí Jorge?

—Se me olvidó algo importante y tuve que regresar —Fingió estar guardando unas cosas en

su maleta.

Sabrina se detuvo porque Nicolas se puso delante de la puerta, por poco pensé que se había enterado de lo que planeábamos hacer.

—¿A dónde vas, Sabri?

—Voy por otro vaso de agua.

La voz de mi prima sonó extraña por los nervios. Camila pareció notarlo y rio un poco golpeando el hombro de su novio.

—¿Qué estaban haciendo Jorge y tú que no abrían la puerta? —Nicolas intercambió una mirada de confidencialidad con Camila.

—¿Es cierto que tú y Kim intercambiaron novios?

—¿Intercambiar novios? Se nota que ustedes bebieron mucho.

—¿No te enteraste? Matías dijo que Collins y tu prima estaban muy juntos hace unas horas en el hotel Resol —dijo Nicolas jugando con las cartas entre sus manos. Jorge esquivó ver de frente a su mejor amigo y pretendió acomodar las cosas de su maleta.

—No me sorprendería que ese par se haya estado viendo desde hace tiempo. Eso explica que Jorge haya terminado con ella y que Kim nombrara a Collins esta mañana por error —Camila apoyó un codo en el hombro de mi prima.

—Claro, eso es tan cierto como que los ojos marrones de Nico se convirtieron en verdes de la noche a la mañana y la nariz de Camila se compuso durante su viaje a Colombia.

—Por lo menos yo admito que uso pupilentes y tienes razón, Camila nunca admitirá que se ha hecho sus arreglos.

Sabrina empujó a Nico y se abrió pasó entre él y Camila. Aunque mi prima fingió no molestarse, al enterarse de lo que vio Matías, no pudo evitar dirigirme una mirada llena de ira y rencor al salir de la casa.

Cría cuervos y te sacarán los ojos



—Y bien… ¿no dirás nada?

Sabrina y yo no habíamos intercambiado palabras. Yo la evitaba con el pretexto de tener que concentrarme para caminar por la calle empedrada y llevar a salvo la bolsa que nos dio Jorge.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Es cierto lo que dijeron? —Respiré hondo y Sabrina comenzó a taparse el rostro.

—No todo, es cierto que Matías me vio con Collins, pero solo estábamos discutiendo cosas de trabajo. Al final tuvimos que huir porque se suponía que él debía estar en la fiesta y no hablando con una desconocida.

—¿Con una desconocida?, como si después de robarle en el centro fueras una desconocida para él.

—Sabri, en ningún momento quise hacerte daño. Lo único que quise fue encontrar una salida para nosotras y Alex era la única forma de llevar a cabo el plan —Agachó la mirada y se detuvo a unos metros del coche.

—¿Qué pasará con nosotras? Sabes que Octavio y Alfonso tienen contactos que pueden encontrarnos donde sea.

—Pues tiraremos el reloj, los celulares y veremos que más se nos ocurre en el camino.

—Kimberly, ni siquiera sabes que haremos para que no nos encuentren, ¿cómo quieres que me vaya contigo? si no sé si voy rumbo a mi libertad o rumbo a mi muerte.

No supe qué contestarle porque sabía que tenía razón, pero tenía el presentimiento de que con ayuda de todo lo que aprendimos en La Bola Ocho, con Jorge esperándonos y Collins en el asiento trasero, podríamos salir de eso.

—Como dice el refrán, "cría cuervos y te sacarán los ojos". Sabes hacer todo tipo de documentos falsos, supongo que tienes un par de emergencia como te pide Alfonso. Jorge sabe

todo de defensa personal y como forzar cualquier tipo de candado. Yo sé hackear muy bien las computadoras. Entonces ¿cuento contigo? —Sabri pensó unos segundos en silencio.

—Podemos hacerle creer al grupo que Collins descubrió la expedición y tuviste que llevarlo al retén —Abracé a mi prima porque aquello fue su forma de decir que me ayudaría—. Espérame aquí, iré a decirles que seré tu refuerzo y te acompañaré.

—Te preguntarán quién te dio la orden, no creerán que es cierto.

—Tienes razón, pero podemos fingir que es verdad. ¿Por qué no regresas a la expedición y finges que Collins descubrió algo?

—Eso será muy fácil, porque vio el panel de control.

—Perfecto, Vattiare es tu compañera ¿no?, puedes usarla como testigo y así Octavio enviará a Alexander al retén. Sin embargo, mandará de refuerzo a alguien que esté en la casa, alguien que no esté involucrado —Derrotadas bajamos la cabeza—. Según el reglamento de La Bola Ocho, el refuerzo debe ser la persona disponible con mayor cargo, pero se supone que Jorge irá a Tijuana y prácticamente el capitán ahora es Nicolas a quien escogerán porque no asistió a la expedición de hoy.

—Tendremos que sedarlo y fingir que es él quien se dirige al retén.

—¿Qué haremos con Nico cuando esté sedado?

—No lo sé, eso lo veremos en el transcurso del viaje.

—De acuerdo. Iré a la casa y fingiré que todo está bien. Tú regresarás al hotel y le dirás a Octavio que Alex vio el panel de control, así que él será enviado al retén, por lo que Nico será quien lo lleve y nosotras lo interceptaremos en la carretera. No se te olvide ir por Alex. Subiré mis cosas al auto.

Sabrina quitó la funda y abrió la cajuela para guardar sus pertenencias y al hacerlo pasó cerca de la ventanilla junto a Alex. Al principio hizo de menos que hubiera alguien dentro del auto, pero al percatarse de que era su amor platónico volvió hacia atrás y pegó sus ojos a la ventanilla.

—¡Alexander Collins está en el coche!

¿Eres la prima de Sabrina?

—¿Quieres llevar manzanas o uvas?

Alex prefirió ir al supermercado para no seguir en su casa descubriendo viejos recuerdos; no obstante, esa pregunta absurda me hizo sentir como cuando quieren distraer de cualquier manera a un niño que hace berrinche.

—Las uvas son más caras, prefiero llevar manzanas para que los niños tengan comida para toda la semana.

—Tienes razón, ¿prefieres manzanas rojas o verdes? —resistí la risa, Alex llevaba haciéndome ese tipo de preguntas desde que llegamos —. Si hubieras elegido las uvas no tendrías que decidir el color, solo hay uvas verdes.

—Alex, contéstame algo, ¿cuándo comes una manzana te detienes a preguntar qué color sabe mejor, el verde o el rojo?

—Dicen que las manzanas verdes son más ricas y…

—¡Bueno, pues lleva manzanas verdes!

—Cálmate o nos echarán por estar gritando.

Alex agarró una gran cantidad de manzanas y con cautela las llevó al carro de compras. Las colocó junto a unas galletas que a él le encantan y me convenció de comprarlas.

—Prefiero guardar silencio y hacer las compras antes de que se haga tarde. Los niños no tienen la culpa de que seas tan malo comprando fruta.

—No hace falta que hagas eso, solo admite que no quieres hablar conmigo —Alex me siguió y empujó el carro antes de que me alejara de él.

—¿Quién dijo que no quiero hablar contigo?

Contestó una voz femenina y al voltear sentí una preocupación inmensa. Pareció que mi conversación con Lu trajo a Jessica Morris quien había acercado su carro de compras junto al nuestro. No solo me molestó que se metiera en nuestra conversación, sino que dentro de su carro llevaba dos cajas de las galletas favoritas de Alex al igual que su vino preferido.

—Jessica, ¿qué haces aquí? Creí que regresaste a California.

Jessica abrazó a Alex mientras besaba su mejilla y acariciaba su espalda. Al notar que la intención de Collins era presentarnos, antes de que surgiera un nuevo desastre, me apresuré a cambiar de pasillo.

—Espera, ¿dónde vas?

—Deja de jugar, loquito —Se escuchaba la voz tan chillona de la ex de Collins hasta por el pasillo de productos enlatados.

No esperé a que Collins me siguiera para ayudarme a elegir las compras. Además ¿quién necesitaba de sus preguntas tontas sobre qué color llevar? Comencé a echar la mayoría de los productos que encontraba sin detenerme a observar qué eran. Miré el carro y me di cuenta de que necesitaba uno nuevo.

Cuando me dirigí al pasillo de juguetes tuve que caminar de forma lateral, pues en la mano derecha llevaba el carro de comida y en la otra el carro de juguetes. Por poco tiré unas cosas en el camino, pero conseguí arreglármelas y no tirar nada. Estaba debatiendo conmigo misma si escoger un rompecabezas de animales o uno del abecedario, pero Collins apareció y escogió un montón de coches para depositarlos en el carro vacío sin consultarme.

—¿Dónde está Jessica?

—Me dijo que se tenía que ir porque Alicia la invitó a comer. ¿Cuántos coches crees que debo llevar?

—No llevaré coches ni muñecas, prefiero llevar juegos de mesa y pelotas para que todos los niños tengan lo mismo.

—Lastima, yo iba a pagar estos juguetes.

—Puedes pagar los juegos de mesa.

—No, yo pagaré lo que quiero llevar. Llevaré estos coches —Tomó seis cajas—, llevaré estos dinosaurios —Agarró dos paquetes de dinosaurios de colores—, y llevaré algunos peluches.

Se fue al pasillo de junto y tomó todos los peluches del primer estante.

—¿Por qué llevarás peluches?

—Porque cuando visitábamos orfanatos en México, Mary siempre llevaba peluches, decía que así los niños no se peleaban —Alex le echó una mirada al carro de comida—. ¿Estás segura de que todo lo que llevas aquí es necesario?

—Por supuesto —Continué con mi lucha por escoger los mejores rompecabezas, pero alguien parecía querer romper mi cabeza con tanta incomodidad.

—¿Crees que a los niños les guste comer guisantes?

—¿Qué? —Le arrebaté el carro a Collins y me molesté al mirar que la mayoría de las cosas que tomé fueron latas de guisantes.

—Pensé que tenías todo bajo control.

—Así es, pienso preparar sopa con esto.

—Claro, eso creí. Creí que no necesitabas mi ayuda.

—No necesito que seas meticuloso al escoger las compras.

—Ese no es el problema. Tal parece que los celos de alguien provocaron que el carro esté lleno de guisantes.

—Por supuesto, mira lo que me provocas: cada vez que me das celos ahogo mis penas en guisantes y no en helado como las demás personas.

—¿Estás admitiendo que te pusiste celosa de Jessica?

—No me puse celosa, no tenía el tiempo suficiente para quedarme a escuchar que acondicionador usa y si prefiere el papel higiénico con olor a rosas o de doble capa.

—Digas lo que digas tus celos se notan desde México hasta acá.

Alex alejó los carros para escoger todos los rompecabezas de animales, su rostro estaba bastante cerca del mío.

—Como digas, devolveré los guisantes, compraré comida de verdad y después iremos al orfanato.

—¿Qué hay de tu sopa? ¿Quieres que te ayude a prepararla? —dijo en tono burlón.

—Que gracioso eres Alexander Collins.

Después de salir del supermercado Kim y yo nos dirigimos al taller de Matthew, pues necesitaba que me diera mi automóvil o me prestara el suyo. Sería bastante penoso decirle a mi ex que tendríamos que ir en autobús porque mi auto había dejado de funcionar y no tenía suficiente dinero para comprar uno nuevo, pero sí para comprar juguetes y peluches.

—¿A dónde vamos? —preguntó Kimberly.

—Vamos a recoger mi auto que está en el taller de Matthew, él es mi mejor amigo.

—¿Te refieres a Mateo el hijo de Lu? —Kim bajó del autobús con rapidez, me pareció extraño que no aceptara sentarse.

—Sí, decidió cambiarse el nombre porque nadie podía pronunciar bien “Mateo”. Somos amigos desde que nos mudamos de México.

—Me alegro de que tengas un amigo. ¿Dónde está su taller?

—Está cruzando el puente detrás de mi casa —Caminó más lento.

—¿Te importa que me adelante al orfanato?

—Por lo que me has dicho el orfanato está lejos como para que vayas caminando tu sola con las compras.

—Bueno, te esperaré afuera.

—¿Por qué no quieres hablar con ninguno de mis amigos? —Kim alzó una ceja al recordarle nuestro encuentro con Jessica.

—Porque no soy tan buena socializando con personas nuevas.

—¿Qué?, hablas con Lu, con Jack, conmigo e irás a un orfanato rodeado de personas.

—¿Cómo me presentarás? ¿como la prima de tu ex que también es tu ex?

Nos detuvimos a esperar que el semáforo indicara que podíamos pasar la calle. Nunca pensé que algún día estaría en ese lugar hablando con Kimberly de cómo la afectó nuestra despedida. Todo lo que pensé que nunca pasaría estaba ocurriendo. Desde mi cumpleaños me estaban pasando cosas bastante extrañas, cosas que se relacionaban con mi pasado en México.

—¡Alex, no te quedes ahí! —Me gritó desde el otro lado de la calle, no me percaté que el semáforo estaba en rojo.

—Kim, ¿qué tiene que ver lo que me dijiste con que te presente a Matthew?

—No sé qué le has contado sobre mí. No quiero parecer una tonta sonriéndole mientras él piensa “Así que es ella de quien Alexander me ha estado contando, tiene razón, parece una loca”

Me contestó muy irritada mientras apresuraba el paso para dejarme atrás y no seguir con aquello.

—En cuanto me mudé de México dejé de hablar de ti.

Tuve que correr unos cuantos pasos para quedar a su lado, las demás personas me miraban enojadas por empujarlas.

—Como sea, no quiero hablar de esto frente a todo el mundo, prefiero que lo hablemos en un lugar más tranquilo.

El puente para llegar al taller se encontraba en la siguiente calle, por lo que con la mano le indiqué que girara y ella se detuvo para darme una mirada de incredulidad.

—Quiero ir por mi auto. Si no quieres acompañarme pues no lo hagas. Espérame aquí o avísame si irás sola al orfanato para alcanzarte —Comencé a caminar sin esperar a que ella me contestara, luego oí el sonido de sus pasos corriendo detrás de mí, así que me detuve y provoqué que chocara con mi espalda.

—¡Ay!, pensé que se te había olvidado hacer eso —reí.

—Siempre me ha dado risa como queda tu nariz de roja.

—Pues ya no me ocurre eso.

Continuamos caminando en silencio. Quise que ella volviera a chocar conmigo otra vez; sin embargo, al detenerme no escuché sus quejidos, pues Kim se había adelantado para burlarse de mí.

—Te conozco Alexander, no dejaré que te salgas con la tuya.

—De acuerdo, me atrapaste. Por cierto, el taller está enfrente.

Kimberly volteó y en cuanto vio a Matthew corriendo hacia nosotros se apresuró a susurrarme que ella se iba a presentar con él.

—¡Me debes unos estantes, Collins!

—Lo sé, te los pagaré cuando tenga dinero.

—Es broma. Mi madre me dijo lo que ocurrió. Me alegro de que no haya pasado algo peor. De todos modos, no se llevaron mi dinero.

—Como si estar en la comisaría no fuera algo malo —Matthew cambió su expresión facial al mirar a Kimberly ocultándose detrás de mí.

—Parece que traes una invitada —Kim suspiró y salió sonriendo, parecía que ya no estaba tan preocupada como antes.

—Hola, soy Kimberly Sorní.

—¿Kimberly?, ¿eres la prima de Sabrina? —preguntó Matthew con preocupación.

Matthew palideció al recibir mi silencio como respuesta. Significaba que si conocía a Sabrina sabía lo ocurrido y Alex no tardaría en conocer la verdad por medio de otra persona. No pensé que el amigo de Collins conociera a mi prima. Lo único que yo quería era que dejaran de recordármela. Por otro lado, si Matthew sabía las circunstancias en las que me encontraba ¿por qué me hizo esa pregunta?

Ultimátum

—Entonces, por lo que entendí, ¿piensas decírselo en unos días?

Matthew me susurró para que Alexander no supiera el secreto que acababa de contarle. Por suerte, para tener privacidad, Matthew le pidió a Collins que ordenara el desastre que hizo la noche en que huyó a la comisaría.

—Ese era el plan inicial, pero si dices que escuchaste a Mary hablando de eso con Will tendré que decirle a Alex antes de tiempo.

—Tendrás que hablar con Mary y Will para que no le digan a Alex.

—Como si eso fuera fácil —Matthew hizo una mueca de disgusto al recordar las razones por las cuales no podía hablar con nadie de la familia de Alex—. Matthew, no les dirás lo que te dije, ¿verdad?

—No lo sé, ¿qué pasará cuando tengas que irte? Alex enloquecerá y su familia lo enviará a un manicomio.

—Eso no pasará si me ayudas a mantener el secreto por un poco más de tiempo. Mi intención es buena, créeme.

—Si solo le vas a dar una carta ¿para qué tanto secreto? Dásela y ya.

—¿Qué sentirías si te entregan una carta donde te dicen que tu ex falleció y que quiso despedirse de ti y no pudo hacerlo?

Matthew bajó la mirada y se dio cuenta de que ese asunto era muy delicado como para no tener tacto y darle la carta a Collins sin importar qué repercusiones pudiera tener en él.

—¿Sabes que Alex tiene instintos de oso? —me dijo entre risas.

—¿Qué?

—Una vez en el supermercado la cajera se equivocó y le dio mal el cambio a Alex, solo le faltaban dos dólares, pero Alexander peleó con ella como si fueran millones. Después una señora mayor y sus amigas comenzaron a pegarle con sus bolsas de compras, y una de ellas le gritó "¡Deje a la señorita, debería controlar sus instintos de oso!" y desde ahí molesto a Alex con eso —reímos juntos.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque no podemos impedir que Alex reaccione mal al enterarse de tu secreto, así que no trates de quedarte creyendo que de esa forma él reaccionará mejor. Al final del día él es Alexander Collins.

—¿Tratas de decirme que me vaya y le entregue la carta como si nada?

—No, quiero decir que no esperes que cualquier cosa que hagas hará que no le duela lo que pasó —Matthew se separó de mi lado y se plantó delante mío con los brazos cruzados—. No le diré nada si prometes que esto no se alargará mucho tiempo, entre antes mejor.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Quisiera decir que no, sin embargo, tienes máximo una semana para irte. Sé que suena grosero de mi parte, pero sabes que es justo.

—Lo sé —Acepté la mano que me extendió—. Trato hecho.

Al abandonar el taller de Matthew comprendí que era injusto querer abrir de nuevo un ciclo que probablemente Alex ya había cerrado. Me estaba comportando demasiado egoísta. Consideré irme al día siguiente y dejarle la carta sin darle alguna explicación de mi despedida. Quizá lo busqué para perdonarle cosas que en realidad yo nunca me perdoné.

Después de acomodar en mi auto todo lo que habíamos comprado, nos dirigimos al orfanato oculto entre una biblioteca, a la que casi nadie iba, y una tienda de cosas antiguas que solo vendía una silla rota y una televisión pequeña que sería imposible ver.

—No sabía que aquí había un orfanato.

Le dije a Kimberly quien no dejaba de acomodar lo que llevábamos en el asiento trasero, ella insistió en vigilar con detenimiento los juguetes para que no les pasara nada al igual que la comida.

—No me sorprende, no conoces lo que hay más allá del pueblo.

No le contesté, preferí concentrarme en el volante, me daba vergüenza manejar a tan poca velocidad, incluso habían pasado junto a nosotros unos niños en bicicleta burlándose de cómo manejaba, después nos dejaron atrás mientras me gritaban que parecía una viejita manejando.

—La próxima vez iremos en taxi.

Kimberly bajó del auto para estirarse y suspirar de cansancio. Debido a la baja velocidad con la que conduje llegamos al orfanato en una hora y media, Kim no se quejó en ningún momento y tampoco habló en todo el camino.

—Alex, ¿puedes adelantarte? Yo iré en un momento.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Avisé que vendrías conmigo, así que preséntate y dales la comida a los encargados, luego entrega personalmente los juguetes y asegúrate de que ningún niño se quede sin el suyo. Haz lo mismo que hace diez años. Estarás bien, no te preocupes.

—¿Tú no irás? —Tomó su cámara y cerró la puerta del auto.

—Sí, pero estaré tomando fotos desde lejos.

Antes de entrar miré el lugar: era una casa pequeña pintada de amarillo con adornos de personajes de Disney. Dentro se escuchaban muchas risas, gritos y llantos de niños. No sabía cómo podría enfrentarme a ese caos. Diez años atrás ese tipo de visitas eran frecuentes, pero por lo regular solo duraban unos minutos y un par de fotos. Mi padre tenía que parecer un buen hombre de negocios al igual que yo, pero hacer ese tipo de actividades nunca fue una carga para mí, pues siempre me gustó convivir con los niños.

Comencé a caminar lento hacia la entrada, pero regresé al notar mi reflejo en la ventana. Me veía bastante mal, estaba despeinado, mi camisa estaba arrugada y mis pantalones estaban sucios de harina. Si lo que menos quería era llamar la atención no lo iba a lograr.

—¿Qué ocurre? —Kimberly paró de checar su cámara para observarme.

—¿Crees que me confundan con un vagabundo?

—¿Qué dices?

—Si entro luciendo así los niños huirán de mí.

—¿Por qué no te peinas un poco?

Kimberly me prestó un cepillo que traía en su bolso y con el espejo retrovisor del auto me peiné lo mejor que pude, después sacudí mis pantalones.

—¿Qué opinas? ¿Sigo pareciendo un vagabundo?

—Pareces un vagabundo con clase —Me crucé de brazos y fingí estar molesto—. Bueno, luces mejor.

Volví a tomar la comida y los juguetes para entrar al orfanato. Al principio creí que no había nadie a cargo, porque todos los niños se encontraban corriendo y jugando por todo el lugar; sin embargo, había varias personas dispersadas tratando de controlar ese caos. Tuve que esquivar algunos aviones de juguete camino a una pequeña oficina donde una señora se encontraba ordenando el librero a su derecha.

—Disculpe.

La señora se asomó detrás de la repisa de libros que llevaba en las manos, al verme no le importó tirar lo que llevaba y corrió a saludarme de manera efusiva.

—Debe ser Alexander Collins, ¡le estábamos esperando!

—Lo siento, tuve problemas con mi auto.

—No se preocupe, le agradezco por su visita. Déjeme ayudarlo —tomó una de las cajas

—Gracias

—No es nada. Le mostraré dónde puede dejar lo demás.

—¿Suelen recibir donaciones seguido?

—La tienda que está a la vuelta nos regala las pocas latas de sopa que le quedan, pero habitualmente son los trabajadores quienes contribuyen y afortunadamente con lo que nos da el gobierno podemos subsistir.

—¿Por qué no buscan ayuda de alguna fundación?

La señora no paraba de tararear una melodía que interrumpía únicamente para contestar mis preguntas.

—Porque somos un orfanato pequeño, solo tenemos a diez niños, pero parecen demasiados porque son bastante inquietos. Creo que como se enteraron de su llegada se pusieron de acuerdo para hacer este espectáculo.

Llegamos a un cuarto donde se guardaban los juguetes, la mitad estaba desordenado porque unos niños pequeños estaban jugando a derribar bloques.

—Iré a guardar esto, usted puede colocar la caja de juguetes de ese lado. Gracias por su visita, por cierto, me llamo Rachel.

Coloqué la caja de juguetes en una esquina y miré a mi alrededor buscando algo que hacer. Ambos niños me contemplaban mientras sostenían martillos de juguete. Probé con ver hacia otro lado, pero continué sintiendo su mirada, así que para quitarme la incomodidad saqué todos los juguetes de la caja. Estaba distraído colocando los rompecabezas, por lo que los niños aprovecharon a sacar del empaque unos dinosaurios que compré y del estante tomaron unas tijeras para abrirlo.

—¡No! —Les arrebaté el paquete antes de que lo siguieran abriendo, hasta que vi sus expresiones, parecían estar asustados y habían retrocedido—. Perdón, lo que quería decir era que yo les ayudaré a abrir esto. Es peligroso para ustedes usar las tijeras, se pueden lastimar —Saqué los cinco dinosaurios y se los entregué. Uno de los niños empezó a hacer ruidos simulando que su dinosaurio estaba gruñendo. El otro niño no paraba de reír e imitar a su amigo, dejaron de reír al percatarse de que los observaba atónito—. Continúen, no se preocupen por mí. Es que me parece divertido verlos jugar.

El niño a mi derecha, que tenía un gafete con el nombre Jason, me extendió uno de los dinosaurios y empecé a jugar con ellos. Mientras jugaba con Jason y Lewis, varias niñas se habían unido a nosotros, jugaban a que sus muñecas cuidaban a los dinosaurios como si fueran sus mascotas. Fue gracioso porque Jason empezó a maullar como un gato cuando una Barbie acarició la cabeza de su dinosaurio. Todos los que estábamos presentes nos reímos.

El flash de una cámara llamó mi atención, era Kimberly tomándonos fotos. Me hizo la señal de que continuara. Algunos niños le mostraron sus antiguos juguetes, ella les sonreía y los

abrazaba.

—¿Ya repartiste todos los juguetes? —preguntó al acercarse a mí.

—No, se me olvidó por estar jugando con Jason y Lewis.

—¿Ya hasta son amigos?

—Creo que sí.

Lewis me interrumpió y me prestó su perro de peluche, todos se reían por mi imitación de perro. Si Matthew me hubiera visto se habría burlado de mí, pero no me importó hacer el ridículo.

Me paré de la alfombra y tomé los juguetes para repartirlos. A todos les di a escoger, las niñas parecían fascinadas con los autos y los peluches y entre ellas se ayudaban a escoger el suyo. Lewis se había quedado con los dinosaurios por lo que Jason escogió el otro paquete y se lo llevó para guardarlos en su mochila.

—¿Eres santa Claus? —dijo una de las niñas abrazando un peluche de conejo que le regalé, probablemente no tenía más de cinco años y no quería arruinar su infancia.

—Soy el ayudante de Santa, él me envió a darles estos regalos porque se encuentra fabricando más juguetes.

—Entonces ¿eres un duende? —La niña sonrió esperanzada, yo sonreí.

—Supongo que sí —Corrió hacia sus amigas y les susurró algo, todas voltearon a mirarme y empezaron a reír.

Rachel entró sonriendo al darse cuenta de que la entrada del orfanato se encontraba despejada y que todos los niños estaban conmigo, bastante tranquilos, en el cuarto de juegos.

—Gracias Alex, llevaba bastante tiempo desde que alguien les traía juguetes.

—No se preocupe, trataré de venir seguido y aportar comida, ropa, lo que se necesite.

—Señora Rachel, ¿sabía que él es un duende y Santa Claus lo envió para darnos los juguetes?

—¡Qué maravilla!, deberían darle las gracias a Alexander.

—También deberían darle las gracias a Kimberly —Kim me dedicó una sonrisa y Rachel arrugó la frente al mismo tiempo que reía.

—¡Gracias Alex! —Me dijeron todos al unísono.

—Ahora lávense las manos y vayan a la cocina, porque Alex también les trajo comida y dulces.

Todos los niños se levantaron y salieron de la habitación, al llegar al comedor varias niñas se agruparon a mi alrededor y me abrazaron.

—Alex, ¿puedes sentarte junto a nosotras? —Asentí y me senté en la silla de en medio. Busqué a Kim, pero no la encontré por ninguna parte.

—¿Dónde está Jason? —dijo Rachel mientras entregaba la comida.

Espié al cuarto de juegos y vi que Jason hablaba con Kim, él reía porque ella hacía caras graciosas. El niño de dos años se doblaba de la risa y le pedía que siguiera haciendo muecas. Yo me levanté y me dirigí a ellos.

—Jason, ¿por qué no comes con nosotros? Traje galletas como postre —Se despidió de Kimberly y corrió a sentarse en su pequeña silla.

—¿De qué estaban hablando?

—No entenderías, pero descubrí que le gusta que le tomen fotos y que las personas hagan caras graciosas. Jason es un niño muy inteligente.

—¿Por qué no lo adoptas?

—¿Por qué no lo adoptas tú?, has vivido durante años aquí y los trámites serán más fáciles —Me golpeó amistosamente el hombro y una sensación indescriptible inundó mi mente.

Kimberly me dijo que se tenía que ir, pero si quería yo me podía quedar y así lo hice. Durante la comida no deje de pensar en la posibilidad de adoptar a Jason.

Al principio tuve demasiadas dudas, hasta que él giró a verme con la cara cubierta de chocolate. Me convidó un pedazo de su galleta, a pesar de que solo le quedaba una. Las dudas se fueron y tomé mi decisión.

Por la tarde, me despedí de todos los niños y Rachel nos tomó una foto para pegarla en “La pared de los recuerdos” que estaba junto a la entrada. Antes de salir le pedí informes para adoptar a Jason, al principio ella estaba bastante sorprendida; sin embargo, reaccionó a mi petición y corrió con efusividad a su oficina para explicarme todo el proceso.

Te Extrañé

Al otro día volví a ir a la pastelería y como se especificó en el reglamento tuve que participar en la hora del baile que hacía Jan. Bailamos un poco de Jazz y rock junto con los primeros clientes. Jan me explicó que antes de trabajar le gustaba bailar porque sentía que empezaba bien el día, era una tradición muy graciosa de su familia.

Por la tarde Kimberly me acompañó a mi trabajo, y me ayudó a hacer un estado financiero. Ninguna de las personas para las que trabajaba me preguntaron sobre el incidente en la comisaría, parecía que no sabían sobre ello. Tampoco me preguntaron quién era Kimberly. Llegué a pensar que les era tan indiferente que no les importaba saber de mi vida.

—¿Esto es lo que haces todos los días? —Me preguntó Kim al finalizar nuestro trabajo.

—Solo lo hago tres días a la semana.

—¿No te cansas de siempre hacer lo mismo? —Engrapé el trabajo y lo guardé en mi carpeta.

—Llevo haciendo esto desde hace diez años, ¿tú qué crees?

La carpeta cayó al suelo junto a los papeles que guardaba, Kim me ayudó a levantarlos.

—¿Por qué tienes un folleto sobre el proceso de adopción? —Me señaló el folleto que me dio Rachel.

—Porque pienso adoptar a Jason —Kimberly dejó de acomodar los papeles que tenía entre las manos para dedicarme una sonrisa. Ella estaba estupefacta.

—No me mires así, tú fuiste quien me dio la idea.

—Creí que no lo tomarías en serio, no pensé que quisieras tener hijos.

—Siempre quise tener hijos, pero no quería presionarte. Apenas llevábamos juntos unos meses —Le quité el folleto de las manos y me aseguré de guardarlo bien para que no se volviera a caer.

—¿Sabes que si eres soltero es más difícil que te dejen adoptar?

—Me dijo Rachel que no es imposible, solo tengo que demostrar que puedo brindarle al niño un hogar, comida, escuela, esas cosas.

—¿Puedes brindarle eso?

—Con lo que gano como administrador y como mesero puedo criar a un niño. Tal vez no pueda darle lujos, pero sí una buena vida.

—¿Estás seguro de que puedes cuidar a un niño?

—Soy bueno con ellos, lo viste en el orfanato.

—Estuviste con ellos un momento. Imagina cómo será cuando Jason lloré o esté enfermo, deberás tener mucha paciencia.

—Lo sé, parece que intentas convencerme de que no lo haga.

—¡No es así! Me aseguro de que estés consciente de lo que implica hacerse cargo de otra persona, lo digo por experiencia, Varias veces intentaron adoptarnos a Sabrina y a mí, pero se rendían cuando les explicaban todo lo que implicaba. Si crees que puedes hacerlo no soy quién para impedirlo. Me alegra que quieras adoptar, sé que serás un gran padre, nunca lo dude.

Kimberly no volvió a hablar del tema durante las siguientes horas, pensé que lo había olvidado, pero cada vez que abría mi carpeta, para guardar un documento, ella no dejaba de ver el folleto y sonreír.

—¿Cuántas tiendas nos faltan? —Salimos del último negocio y nos encontramos con que ya era de noche.

—Ninguna, hemos terminado.

—Creí que administrabas más tiendas.

—Hay pocas tiendas que tienen el dinero suficiente para pagarme —dije mientras contaba el fajo de billetes que tenía en las manos, tomé la mitad y se lo entregué.

—¿Por qué me das esto?

—Porque me ayudaste y sería injusto no pagarte.

—No te preocupes, esto era parte del trato. Además, lo único que hice fue un estado financiero.

—¡Eso es un récord para ti! —dije dándole un golpe con el codo y la dejé atrás reprendiéndome.

A esa hora la mayoría de gente se encontraban en sus casas, pues se habían pronosticado fuertes lluvias para esa semana; sin embargo, aquella noche el clima era fresco. Yo iba vestido con un abrigo gris y una bufanda azul fuerte, fue el regalo de mi hermana por mi cumpleaños y como no quería seguir escuchando sus quejas sobre no volver a regalarme nada porque no lo uso, tuve que ponerme eso.

Kimberly iba a mi lado con un gorro rojo y una gabardina del mismo color. Su cabello lo llevaba suelto, por lo que el aire lo llevaba a su rostro y Kim solo se sacudía para no tener que sacar sus manos de los bolsillos. A veces la miraba de reojo y ella fingía no notarlo. Por otro lado, cada vez que pasábamos por algún jardín ella insistía en tomar una foto a las flores, para lo cual se tardaba minutos y terminaba guardando la primera foto.

Nos dirigimos a la comisaría para charlar o como se pudiera llamar a intercambiar notas con Anthony. Jack nos dijo que podíamos pasar a las ocho y tendríamos quince minutos bajo

supervisión. En el camino pensé en qué le preguntaría al hombre, pero no se me ocurría nada más que una sola pregunta: ¿cómo conoció a mi padre?

—¿Estás molesto porque le tomé fotos a esos tulipanes?

Me dijo Kim mientras revisaba las fotografías que tomó a los tulipanes que encontró afuera de la casa de Jan. Llevaba cinco minutos discutiendo consigo misma cuál fotografía conservar.

—No, esos tulipanes merecían ser fotografiados.

—De ser así ¿qué te ocurre?

Se detuvo a la orilla de la calle y me incitó a hacer lo mismo. No pude hablar, temí que si le decía cuál era la única pregunta que tenía para Anthony, me dijera que debía ir solo a la comisaría y que, quizá, mis miedos eran inútiles.

—Estoy nervioso por conocer la respuesta de Anthony, ¿y si mi padre sí estuvo en la cárcel?

—Bueno, ¿qué pensarías si fuera así?

—No lo sé, tal vez me preguntaría: ¿qué otras cosas nos ha ocultado? Ya no podría mirarlo igual que antes.

Kim levantó los hombros y los dejó caer, me hizo ver que yo no podía hacer nada, no podía corregir lo que hizo mi padre hace años.

—¿No crees que estás mejor así?, sin saber la respuesta.

—Probablemente, pero si no hablo con Anthony siempre me preguntaré cual habría sido su respuesta.

—Aunque Anthony te diga cualquier cosa de tu padre nunca sabremos si dice la verdad, recuerda que siempre hay tres versiones de la historia. Está la versión de Anthony, la de tu padre y la verdadera.

Me comencé a estresar, por lo que no dejaba de tronar mis manos y de patear la llanta del coche que estaba junto, por suerte no servía o la alarma hubiera sonado.

—Alex debes relajarte. Lo peor que puede pasar es que tu padre estuvo en la cárcel por un tiempo; sin embargo, él está libre ahora, tomando té con Lu y por lo que escuché probaría unas mascarillas con Mary.

Me reí por lo último, Richard se enojaba seguido con Lu y mi hermana porque lo utilizaban como modelo para probar mascarillas y cremas faciales, pero sé que mi padre se divertía, aunque no lo aceptara.

—Lu le llama día de spa.

—¿Lo ves? Richard no pudo ser un criminal, confía en mí —seguimos nuestro camino a la comisaría. Jack nos estaba esperando en la entrada y nos dirigió un corto saludo para después hacer una señal a un policía.

Anthony salió de su celda para ser llevado a la zona de visitas y al vernos retrocedió, así que yo me detuve y después de que se tranquilizó continúe acercándome.

—No seas tan brusco Alex, tenle paciencia —Susurró Kimberly detrás de mí. Le indiqué que me acompañara, pero ella se negó—. Tú debes hacer esto, yo no debo intervenir.

Respiré hondo y me senté del otro lado de la mesa, después saqué de mi mochila un par de refrescos. Quería que Anthony se sintiera en confianza. Giré en busca de apoyo, Kim se encontraba detrás de mí y con una sonrisa me indicó que empezara a hablar. Me señaló el reloj y me recordó que el tiempo corría.

—Hola, Anthony. ¿Cómo estás? —Pasaron unos segundos para que escribiera en su pizarrón un “Bien”

—Qué bueno, ¿Pudiste leer el libro que envié para ti? Le pedí a Jack que te lo diera, el día que vine me di cuenta que te gusta leer.

—“Sí, gracias, aunque mi español no es muy bueno. Pero Jack me consiguió un diccionario y he podido avanzar unos cuantos capítulos”

Pude escuchar las risas de Kim y Jack al leer la respuesta de Anthony. Me sentí bastante avergonzado por haber enviado el libro equivocado.

—¿El libro estaba en español? Lo siento, olvidé por completo revisarlo, es uno de mis libros favoritos y supongo que la emoción me hizo olvidar ese pequeño detalle. A mi hermana también le gusta leer, quizá para la próxima pueda enviarte una comedia romántica en lugar de un libro en español sobre zombis.

—“Así estoy bien, gracias. No me importa usar el diccionario”

Reímos y Anthony destapó el refresco que le di. De un solo trago se bebió casi la mitad de la botella.

—Escucha Anthony, ¿recuerdas que me dijiste que me parezco a mi padre?, ¿cómo es que lo conoces?

—“Fuimos amigos un tiempo”

—¿En dónde se conocieron?

Anthony tardaba bastante tiempo escribiendo sus respuestas, por lo que ya habíamos gastado cinco minutos.

—“En la universidad, estudiamos juntos. Cuando te vi por última vez eras más joven”

—Lo siento, no recuerdo haberte conocido. ¿Eras parte de los inversionistas?

—“No, nunca trabajé en la empresa”

Aunque quise contenerme no pude evitar preguntarle lo que por mucho tiempo estuvo rondando en mi cabeza.

—Puede que te sientas incómodo hablando de esto, pero ¿mi padre estuvo en la cárcel? —El pulso se me aceleró al ver la mano de Anthony trazando la palabra “sí” en su pizarrón, me mostró la respuesta y no supe qué más preguntarle, lo único que me importaba que no fuera verdad resultó ser cierto—. ¿Qué hizo Richard para ir a la cárcel?

Anthony con una mirada al policía a cargo le indicó que no quería continuar con eso.

—Lo siento Alexander, Anthony quiere acabar la visita.

—Pero tengo quince minutos.

—No, tú tenías quince minutos como máximo, pero el preso tiene derecho a terminar la visita si así lo desea.

—Espera, Anthony, puedes confiar en mí. No le diré a Richard —Me miró unos segundos y sostuvo su decisión, así que lo llevaron a su celda—. Anthony, ¿por qué no me dices la verdad? ¡Eres un cobarde!

Escucha aquí: Didn’t I de OneRepublic

Alexander dejó su silla y persiguió a Anthony hasta la salida, Jack y los demás policías tuvieron que alejarlo porque estaba impidiendo que Anthony saliera del cuarto de visitas, Por otro lado, Alex le quiso dar un puñetazo a Jack en el rostro y alguien de los que estaban sujetándolo le roció un poco de gas pimienta para que no se acercara al oficial.

Jack logró sacar a Alex sin importar las groserías que él le dijo y los puñetazos que trató de darle. Yo me quedé con Alex en las escaleras oyendo cómo maldecía a todos. No me acerqué durante el tiempo que se dedicó a patear el bote de basura, era mejor que sacara el enojo en ese momento y no después.

No debía ser fácil enterarse, por alguien desconocido, que tu padre estuvo en la cárcel. Alex consideraba a su padre como alguien incorruptible, hasta que conoció la razón por la cual en aquel viaje de negocios se había demorado tanto tiempo.

Alex parecía estar más tranquilo, así que me acerqué y sin pensarlo lo abracé, él se escondió en mi cuello como un niño pequeño al sentirse asustado. Dejé de contener el llanto en cuanto sentí como temblaba y lloraba contra mi pecho. No podía creer que los padres de Alex siempre le mintieron en su propia cara, no podía soportar que se enterara de esa manera.

Nunca le pude decir a Alex la impotencia que se apropiaba de mí al enterarme de que sus padres no le daban la atención que se merecía. Él me decía que prefería no recibir la suficiente atención porque podía hacer lo que quisiera; sin embargo, yo sabía que si sus padres no estaban para él en las buenas mucho menos estarían en las malas.

Le prometí a Alexander que siempre estaría ahí cuando lo necesitara y al separarnos no le pude aclarar que esa promesa seguía en pie. Así que ahí estaba yo, cumpliendo mi promesa.

—Kim, si quieres puedes irte. Es muy tarde para que estés afuera, no quiero que te resfríes.

—Me quedaré contigo, te prometí que estaría en la calma y la tormenta. No me importa qué hora es, quiero estar contigo —Alex me abrazó de vuelta.

—Aunque nunca lo demostré, te extrañé. De verdad, lamento todo el daño que te causé mientras estuvimos juntos.

—Si sirve de algo, hace tiempo que te perdoné. No te preocupes, sé que no estabas en tu mejor momento por todo lo que estaba pasando con tu padre, y tu forma de tratarme era un reflejo de eso.

De regreso a su casa, Alex quiso evadir el tema. La calle estaba solitaria. Mis tacones sonaban bastante y Alex trató de quitármelos porque el sonido le estaba desesperando.

—¡No me quitarás mis zapatos! ¡Detente antes de que me caiga!

—¡Su sonido me desespera!

—Perdón por ponerme unas zapatillas cuyo tacón no suena a Richard Farrell —Alex torció los ojos y me sacó la lengua, yo hice lo mismo.

—¿Por qué quisiste ponerte zapatillas? Ni que fuéramos a una fiesta.

—Me gusta ponerme zapatillas sin importar la ocasión.

—Hace diez años no opinabas lo mismo.

—Deja de cuestionar mi forma de vestir. Yo no te critico por ponerte una bufanda de abuelito.

—¡Mary me la dio como regalo de cumpleaños!

—Tal vez se confundió y era para Richard, ¿Tu hermana sigue teniendo la costumbre de comprar los regalos de todos a principio de año?

—Sí, pero me dio esta bufanda para molestarme. Mi cumpleaños pasado me obsequió un viaje a una playa, resultó ser una alberca inflable en el jardín e invitó a mi vecina que es instructora de baile.

—¿Tu vecina es instructora de baile?

—Se supone, pero Mary fue y los únicos que estaban ahí eran su esposo y su gato que no dejó de maullar toda la clase —reí sin poder evitarlo.

—¿Por qué tu hermana fue?

—Porque la vecina no dejaba de insistirle que asistiera y le aseguró que la primera clase era gratis, así que mi hermana solo fue para quitársela de encima.

—Tu vecindario sí que está rodeado de personas curiosas.

—¿Tú de qué hablas? Lo está diciendo una ex integrante de La Bola Ocho que cuando fue por primera vez a el cine creyó que se fundieron los focos y las palomitas eran de cortesía.

—¡Hey! solo trataba de ser graciosa, claro que sabía que el cine debe ser oscuro y que las palomitas se tenían que pagar.

—Como digas —Alex se detuvo a media charla por el sonido de su celular. Del otro lado de la línea se oía la voz de una mujer enojada porque él no estaba en la cena como lo prometió—. Alicia, te dije que estaría haciendo un par de cosas y que lo más seguro era que cenaría afuera.

Me acordé de que Alicia organizaría una cena para que Alex y Jessica se reencontraran. Por lo visto Alex no sabía que su ex estaría presente, hasta que escuchó a Jessica en el fondo saludándolo con euforia, Alicia le gritó a su mejor amiga que se callara porque arruinaría la sorpresa.

Alex, sorprendido, le devolvió el saludo a Jessica, por lo que no podría impedir que asistiera a esa cena. Si Alex quería regresar con Jessica yo no podía impedírselo, él tenía el derecho a salir con otras personas al igual que yo, pero no pude evitar que el corazón me doliera. Mientras estuve con él eso siempre fue así, todos los días tenía que lidiar con los rumores y las imágenes de Alex con otras chicas. Por otro lado, cuando él y yo nos dábamos un tiempo parecía que salía con otras chicas adrede.

Mis amigos me preguntaban por qué volvía con él y yo evadía la pregunta porque no sabía la respuesta. Años después de terminar, descubrí que la razón fue que Alex y sus celos eliminaron cada oportunidad que tuve para conocer gente nueva. Me redujo el mundo a una sola persona, a él. ¿Alex seguía haciendo lo mismo?, ¿seguía disfrutando de lucirse con otras chicas delante de mí?

Alex colgó y guardó su celular, me miró sin saber qué decir e hizo una mueca extraña.

—¿Recuerdas la chica que nos encontramos en el supermercado?

—Sí, la que prefiere el papel higiénico con olor a rosas.

—Olvidé que Alicia organizó una cena de bienvenida para ella, lamento tener que irme.

—No te preocupes, debes ir. Yo me iré a casa. Debo dormir, mañana me levantaré temprano para ir al trabajo.

—¿Quieres ir?

No quise ir de mal tercio entre ellos o como se pudiera llamar a que yo fuera a una cena a la cual no fui invitada.

—No, no quiero que de nuevo Alicia sin querer derrame jugo de naranja y manche mi ropa de chilaquiles.

Le dije imitando la voz de su media hermana, pues la mayoría de las veces que Alex me invitaba a desayunar o cenar con su familia, Alicia era demasiado torpe en cuanto estaba delante de mí.

—¿Puedo acompañarte a tu casa? Es lo menos que puedo hacer.

—Vivo enfrente tuyo, así que tendremos que ir juntos —Sonreí para que no se sintiera incómodo y él enrojeció por su inútil petición.

Caminamos rumbo a mi casa y a pesar de que Alex hablaba de cómo Jane le reprendía cada vez que tiraba un cup cake, la tensión no se fue. Llegamos al porche de mi casa, abrí la puerta y Alex me sujetó la mano, me pidió mi opinión sobre el nuevo papel tapiz de su auto. Accedí a verlo para que se mantuviera distraído y no recordara el reciente incidente con Jack.

Subimos a su auto y Alex me pidió que me sentara en el asiento del copiloto, para apreciar los demás arreglos. Estaba entretenida mirando el automóvil hasta que él arrancó sin avisarme.

—¿Qué estás haciendo?

—¿En serio crees que quiero cenar con mis hermanas y escuchar cómo se pelean por cosas sin sentido?

—¿Qué pasará con Jessica? Deberías disculparte con ella.

—Puedo llamarle después. Alicia y ella saben que estoy en desacuerdo con su plan. Además, no creo poder ver a Richard ahora que sé su secreto. Lo mejor para todos es que me aleje.

—Por lo menos avísale a tu familia, pensarán que te ocurrió algo.

—Soy un adulto y saben que suelo irme de viaje en momentos inoportunos. Tranquila Kim, mi familia ya está acostumbrada. De todos modos, necesito ir a la ciudad a comprar algunas cosas.

—Supongo que no puedo escaparme ¿A dónde quieres ir exactamente?

—No tengo idea, pero muy lejos del pueblo, eso es seguro. Ponte el cinturón, ¿esto no te recuerda a algo?

No entendí a lo que se refería Alex hasta que aquella canción comenzó a sonar, su sonido envolvió mi alma y me paralizó de pies a cabeza.

¡Qué Ingenua Fui!



Fue difícil separar a Sabrina de Alex después de que lo vio en el auto. Jorge me ayudó a convencerla de continuar con el plan y no distraerse con Alexander, pero ella no accedió a regresar a la casa hasta prometerle que se sentaría junto a Alex rumbo al retén.

Mi prima regresó con el grupo, Jorge se llevó su auto y prometió vernos a la salida de la ciudad de México y yo regresé al hotel Resol donde tendría que actuar demasiado bien para que Octavio recurriera a enviar a Collins al retén. Sin embargo; aún no se me ocurría qué excusa poner si me preguntaba por qué abandoné el panel de control.

En cada tope procuraba tener cuidado, pues la cabeza de Alexander se encontraba pegada a la ventanilla. Él debía despertar ocho horas después, pero al no guardar reposo corría el riesgo de no hacerlo, asimismo que él estuviera borracho empeoraba la situación.

Temí encontrarme con la policía o con alguien que reconociera a Alexander, igual que chocar por voltear a corroborar que él siguiera vivo, y me asusté al pensar que Octavio se enteraría tarde o temprano de lo que ocurriera.

Encendí la radio para distraerme, pero todas las estaciones estaban hablando sobre "La huida" del hijo mayor de Richard Collins y la extraña carta que dejó a su familia antes de irse. Nunca supe cómo esa noche pude manejar con la presión de todos los problemas a mi alrededor, aunque en el fondo Alex fue quien me mantuvo cuerda.

Al llegar a la calle del hotel me encontré con dos patrullas. La familia de Alexander se encontraba hablando con los policías y la mayoría de los huéspedes observaban la escena desde sus ventanas, así que mi aparición pasó desapercibida, por lo que pude dirigirme a la entrada trasera sin que me descubrieran.

Me estacioné y separé las manos del volante, no pude evitar temblar por los peores nervios que había sentido en mi corta vida. Respiré hondo un par de veces y me convencí de que valía la pena pasar por aquello para alejarme de La Bola Ocho. Tuve una punzada de dolor porque recordé cómo Matías nos agradeció a Jorge y a mí por la comida que llevamos aquel día.

Tres años llevaba con esas personas y era injusto que, por Octavio y Alfonso, todo el grupo tuviera que pagar. ¿Qué pasaría con ellos?, ¿los llevarían a la cárcel?, ¿podría mantener mi

palabra y lograr que solo Octavio y Alfonso fueran a prisión?

Un golpe en la ventanilla me asustó: Alfonso se encontraba junto a mi ventana y con señas me pidió que saliera. Por suerte, gracias a la poca iluminación, él no podía ver a Alex. Al salir me empujó hasta una de las habitaciones del primer piso.

—¿Por qué dejaste a Vattiare sola con el panel de control? Les dije a ti y a Jorge que se despidieran antes de la expedición.

—Lo siento —Lloré y fingí estar arrepentida, pues necesitaba que Alfonso creyera mi actuación—. Cuando regresé de despedir a Jorge, Alexander me siguió y entró a la habitación, así que vio el panel de control y no supe qué hacer.

—¡¿Por qué no avisaste?!

—Porque no quería que ustedes estuvieran en riesgo.

—¡Es peor si te quedas callada y no avisas que el enemigo descubrió lo que hacíamos!

Alfonso sacó su celular, dijo un par de groserías, y en seguida llamó a Octavio. Alfonso le explicó lo que sucedió, ambos reaccionaron peor de lo que pensé.

—Octavio exige hablar contigo.

—¿Octavio?

—¿Qué fue exactamente lo que vio Collins?

—Vio el panel de control, en específico las cámaras del bar porque estaban en la pantalla principal.

—¡Carajo! ¿Cuánto tiempo estuvo dentro de su habitación?

—No lo sé, me di cuenta cuando ya era tarde. Vattiare no lo notó y no quise que se preocupara, así que le inyecté a Alex la inyección de emergencia.

—¿Hace cuánto fue eso?

—Hace dos horas.

—¡Te quedaste callada dos horas!, ¿Sabes el peligro en el que pusiste al grupo?

—¡Por supuesto! Pero me aseguré de que nadie viera lo que le hice a Alexander.

—¿Dónde está?

—Está en el auto de Vattiare.

—¡No puedes arriesgarte a que lo vean! Alexander irá al retén y tú estarás en el exilio por

tiempo indefinido.

Alfonso colgó la llamada, pues Nicolas solo pudo evitar que la policía federal perdiera contacto con la línea telefónica por dos minutos. Después Octavio le informó a Nicolas que tendría que llevar a Alex al retén.

Alfonso me llevó de vuelta a la casa donde todo el grupo me recibió atónito y Nico salió con su maleta preparada. Alfonso me encerró en el exilio: un cuarto que medía dos metros cuadrados. Era una pequeña prisión que La Bola Ocho usaba como castigo si no acatabas el reglamento, no podría salir de la casa por lo menos en tres días.

Después de que estuve encerrada veinte minutos, mi prima aprovechó que Nicolas estaba ebrio y le quitó las llaves de la casa para ayudarme a salir del exilio. Por consiguiente, no podíamos dejar que nuestros compañeros supieran de nuestra fuga, así que Sabrina y yo tuvimos que saltar por arriba de las casas, lo cual fue fácil porque la mayoría de los techos en la calle estaban cerca uno del otro. Al llegar al final de nuestro recorrido, con ayuda de un arnés aterrizamos en el piso.

Sabrina manejó en esa ocasión, pues yo necesitaba hackear el celular de Nicolas para conocer su ubicación.

—Nicolas está a media hora del hotel. ¿Cómo lo alcanzaremos?

—Tendremos que correr el riesgo. Ponte el cinturón, manejaré lo más rápido posible. La policía está buscando a Alex, no creo que interrumpan su búsqueda porque un par de adolescentes manejan a máxima velocidad.

—Puedes tomar el atajo que Jorge nos enseñó. Las calles son muy angostas y si la policía nos persigue será difícil que nos atrapen.

Sabrina pisó el acelerador con fuerza y no pudimos darnos el lujo de detenernos en los semáforos en rojo. Por consecuencia ocurrió un choque: un motociclista se estrelló en la cajuela de nuestro auto, pero no pudimos interrumpir nuestro viaje, pues estábamos a diez minutos de Alexander Collins.

—Esperaremos a Nicolas en la siguiente calle —dijo Sabrina al bajarnos del auto para que el nuevo capitán no nos viera antes de tiempo.

Estábamos a la orilla de la carretera, arriba de una pequeña barda, en espera de que el semáforo a nuestra derecha permitiera el paso de los automóviles entre los que se encontraba el coche de Nico. Podía oír los latidos de Sabrina y los míos al ver que la indicación pasó de ser roja a amarilla.

—Sabri, prepárate para saltar.

Sabrina tensó el cuello y asintió disgustada. La indicación cambió a verde y dos autos nos separaban de Alexander.

—Kim, el auto de Nico es el tercero.

—¡Ahora! —grité y saltamos a la parte trasera de la camioneta de Nicolas. Él no pudo frenar debido a los autos detrás, pero por el espejo retrovisor nos reconoció.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó cuando pudimos entrar al auto y Sabrina se estiró hacia enfrente para apagar el radio intercomunicador de La Bola Ocho.

—Necesitamos tu ayuda, queremos fugarnos del grupo. Pensamos desviarnos y no ir al retén.

Jorge no nos dejó disparar a su mejor amigo, ya que él consideraba que podía ser nuestro aliado.

—¿Están bromeando? ¿Hicieron todo esto a propósito?

—Era la única forma de que Octavio y Alfonso nos dejaran ir lejos de la ciudad de México —le respondí, ya que mi prima se encontraba distraída con Alex a su lado.

—Aunque escapemos ellos nos encontrarán. Ustedes saben con qué tipo de personas estamos tratando. ¿Quieren meterse en más problemas?

—Tú dijiste que cualquier día descubrirían al grupo.

—Sí, pero dije eso cuando recién llegué.

—Nico, por favor, ayúdanos. Solo queremos librarnos del contrato. Pensamos en utilizar a nuestro favor todo lo que ellos nos enseñaron.

—¿Creen que mataré a Octavio y Alfonso?

—No queremos matarlos, queremos que nos dejen ir. Todos hemos pagado nuestras deudas, lo único que nos detiene es el contrato.

—No lo sé, no quiero meterme en problemas.

Nos dijo dándonos la espalda y colocando de nuevo las llaves para arrancar. A nuestro lado se encontraba Collins peor que la última vez en que lo vimos. Sabrina empezó a asustarse y enloqueció al tocar su frente y comprobar que tenía fiebre, así que me hizo señas de que siguiera convenciendo a Nico.

—¿No quieres regresar con tu familia? Siempre has dicho que en cuanto salieras del grupo buscarías a tu hermana, hazlo por ella. Por favor, Nico.

Por el espejo retrovisor pude ver como Nico miró al suelo y volvió a vernos.

—¡Nicolas, estás haciendo que me arrepienta de no haberte disparado! —gritó Sabrina al mismo tiempo que sacaba su pistola.

—De acuerdo. Supongo que tienen un plan.

Nico comenzó a manejar mientras le contábamos lo que teníamos en mente. La única parte que no le agradaba era contarle a Collins de La Bola Ocho.

—Collins no dejará que La Bola Ocho siga robando.

—¿Creen que nos protegerá?

—No, pero podemos decirle que estamos dispuestos a ayudarle a meter a la cárcel a Octavio y Alfonso. Además, en nuestra defensa nosotros seguimos órdenes porque estamos amenazados.

—¿Qué piensas? —Sabrina habló después de mucho tiempo sin hacerlo.

—Es algo loco, pero les ayudaré —Chocamos puños con Nico.

Luego recogimos a Jorge que estaba vestido con una sudadera gigante y llevaba puesto un gorro para cubrir parte de su rostro. Nos estacionamos junto a él y Nico le dijo que se apresurara porque nos quedaba poco tiempo. Jorge tardó en comprender que Nico se había unido a nosotros, no obstante, sin dudarlo subió al coche y nos dijo que éramos una especie de cuatro fantásticos.

—¿Cuatro fantásticos?

—Somos los cuatro fantásticos modernos, bueno cuatro y medio porque el novio de Sabrina parece un cadáver.

—¡Oye!, solo está durmiendo, así que no hagas ruido.

—Claro está durmiendo, no es que esté drogado ni nada por el estilo.

Logramos salir de la Ciudad de México y todos gritamos de alivio. Creí que a partir de ese momento las cosas serían más fáciles. ¡Qué ingenua fui!

Sentimientos Encontrados



Durante el trayecto al retén, Nico, Jorge y yo nos turnamos para manejar. Sabrina no se despegaba de Collins, no dejaba de ponerle trapos de agua fría en el rostro para bajarle la temperatura y de tapar con su espalda el sol para que no le diera en el rostro. A veces yo miraba a Collins sin que nadie se diera cuenta, me sentía culpable de que él no estuviera en sus cinco sentidos. El tener a Alexander sentado entre nosotras no me ayudaba a concentrarme.

No quise ver los paisajes del viaje en carretera, porque Alexander había empezado a delirar. Mi prima para calmarlo acariciaba su rostro o le daba pequeños besos en la frente, por si fuera poco, ella no quiso comer desde que salimos de la Ciudad de México.

Caricias en su espalda, besos en el rostro, melodías en su oído. Esa fue la rutina que atestigüé por varias horas, tal vez si Collins hubiera estado lúcido no hubiera dejado que mi prima continuara haciendo esas cosas, pero Sabri por primera vez tenía al chico que le gustaba entre sus brazos y no quería arrebatárselo.

La mano de Alexander estaba a unos centímetros de la mía y reviví nuestra huida por el pasillo del hotel. Hasta ese instante advertí que me aferré a su mano como nunca lo hice con nadie, su mano me transmitió tanto calor pese a que esa no era la finalidad. No podía seguir mintiéndome, Alex me atraía de una forma extraña, pero me atraía. Era como cuando piensas que no te gusta algo, pero después de probarlo descubres que en realidad sí lo hace. No era que estuviera enamorada de él sino intrigada por conocerle más allá de la televisión y de las fotografías.

Quise tomar su mano, pero Sabrina se adelantó y lo hizo por mí, por lo que nuestras manos chocaron, y fingí que desde un principio quise tomar la mano de mi prima.

—Debes relajarte, parece que la fiebre ha bajado. solo se queja algunas veces —Jorge rio y le susurró a Nicolas que cada dos minutos Alexander se quejaba como la llorona—. No les hagas caso, es que todos estamos cansados. Deberías dormir un poco, yo lo vigilaré, puedo ponerle los trapos de agua fría mientras tomas una siesta.

—No quiero ser grosera contigo Kim, pero soy la única en este auto que cuida de él de la manera adecuada. No hace falta que pretendan ser amables, saben muy bien que si por ustedes fuera habrían tirado a Collins en el primer barranco que se nos cruzara.

—Me conoces, sabes que yo nunca tiraría a una persona a un barranco.

Mi prima levantó los hombros y observó la pistola que se encontraba en mi mochila.

—Los últimos días has hecho cosas que pensé que nunca harías, así que no sé qué decirte.

Me giré hacia mi ventana, estaba bastante decepcionada. Quise pedirle a Jorge que me cambiara el lugar, pero me encontré con su mirada y rápido regresó su vista a la carretera. Al igual que Jorge, Nico en el semáforo me dio una ojeada y me indicó que era mi turno de manejar.

Nos detuvimos para cargar gasolina y bajé del auto para subirme al asiento del conductor, Nicolás me sostuvo de la muñeca y me alejó de todos.

—Kimberly, ¿qué estás haciendo?

—¿De qué hablas?

—¿Crees que nadie notó cómo querías que Sabrina dejara a Alexander a propósito para que tu pudieras estar con él?

—¡Yo no lo hice por estar con él! Lo hice por mi prima, me preocupa que no haya dormido toda la noche por estar cuidando a ese imbécil.

—¿Ese imbécil?, pero hace unas horas no pensabas lo mismo cuando corrías sujetada de su mano, ¿cierto?

—¡No te metas, Nicolas! Deja de ser metiche. Ustedes están imaginando cosas que no son.

Unos gritos interrumpieron nuestra charla, Sabrina sostenía la cabeza de Alexander porque estaba vomitando y Jorge corrió con una bolsa para que el auto no se manchara. Nicolas y yo nos apresuramos a ayudar, Jorge se separó para distraer a los trabajadores y así no se percataran de que Collins nos acompañaba.

—¿Qué le ocurrió? —Nicolas sacó el botiquín de la cajuela.

—No lo sé, yo estaba sosteniéndolo y de momento empezó a toser, después vomitó. Jorge me dijo que lo moviera para que no se ahogara.

—¿Qué crees que le esté ocurriendo? —Le pregunté a Nicolás quien se encontraba tomando los signos vitales de Alex.

—Son efectos secundarios de la morfina. Recuerden que las dosis que ponemos son fuertes. Alexander está tratando de sacar la sustancia, es probable que vomite un par de veces más y despierte después.

Nicolas tuvo razón, en las próximas dos horas Collins no paraba de vomitar, ya no se quejaba como antes, pero Sabrina se hallaba más preocupada que nunca. Jorge le ayudaba a sostener la cubeta que conseguimos, ella continuaba sujetando a Alex para que no se ahogara. Yo me

esforcé en no chocar.

Los ojos de Collins se abrían un poco, pero parecía que el analgésico regresaba a su sistema nervioso y volvía a dormirse en cuanto Sabrina se emocionaba por verlo a punto de reincorporarse.

—¿Va a despertar? —Le dijo Sabrina a Nicolas sin importar que él estuviera intentando dormir en el asiento del copiloto.

—No te preocupes, lo peor ya ha pasado. Si Collins fuera a morir se habría muerto desde el principio —contestó con los ojos cerrados.

Sabrina respiró aliviada y besó la frente de Alex mientras lo abrazaba. Ella estaba obsesionada con Alexander y era aterrador. Me arrepentí de mis pensamientos de unas horas atrás y de querer sujetar la mano de Collins, pues mi prima nunca permitiría que se le acercara otra chica que no fuera ella.

—No te preocupes, lo peor ya ha pasado. Tienes que resistir, te prometo que estaré aquí cuando despiertes.

Aunque Sabrina murmuró aquella promesa, no pude evitar escucharla y quedarme paralizada. Ella se comprometió a querer a Alex más de lo que yo podría hacerlo en toda mi vida.

El Retén



Después de un día y diez horas manejando, llegamos a Tijuana. Nicolás fingió en todas las llamadas con Octavio que se dirigió sin compañía a Tijuana y que algunas veces se encontró a Jorge en la carretera.

Me desperté al sentir una mano aplastando mi rostro. Al principio pensé que era Jorge estirándose y sin querer me había pegado; sin embargo, aun en la oscuridad pude ver que Jorge era quien manejaba y Nico estaba a su lado. Por consiguiente, supe que Collins había despertado.

Prendí las luces del auto y Alex miraba a Sabrina confundido hasta que miró al otro lado y se encontró conmigo. Él estaba en shock, parecía que lo único que recordaba era estar conmigo a solas, porque me preguntó quiénes eran ellos.

—Son mis amigos. Ella es mi prima Sabrina, él es Jorge y él es Nicolas.

—¿Qué ocurrió?, ¿por qué estoy con ustedes? —Nos preguntó mientras pestañeaba varias veces para recuperar la visión.

—Tuvimos que inyectarte un analgésico para que te tranquilizaras —Alex miró hacia afuera y se encontró con el letrero de "Bienvenidos a Tijuana"

—¿Qué estamos haciendo en Tijuana? —Alex provocó que Sabrina despertara y en cuanto vio que Alex había reaccionado se le tiró encima.

—¡Qué bueno que ya despertaste!

—¡Suéltame!, no sé quiénes son ustedes.

—Es difícil de explicar —Alex empeoró al no encontrar ninguna de sus pertenencias, pues todas las habíamos ocultado para que no arruinara nuestro plan.

Llegamos al retén y Nicolas bajó del auto a Alexander con las muñecas esposadas. Él le gritó a Collins que se calmara o no podríamos explicarle nada. Me acerqué a Alex y le dije que confiara en mí, él bufó como respuesta.

—Te contaremos la verdad si te tranquilizas. No te haremos daño. Puedes ver que no estamos armados. Será mejor que lo llevemos a adentro.

Nicolas y Jorge tuvieron que jalar a Alexander hasta una de las últimas celdas, por suerte los demás presos se encontraban en el retén de junto.

—¡¿Qué están haciendo?! —Jorge cerró la celda de Alex a pesar de que intentó huir.

Sabrina bajó el breaker para que los micrófonos y las cámaras del retén no funcionaran y así el grupo no nos descubriera. Jorge y yo nos quedamos a vigilar a Alex hasta que se tranquilizó y aceptó escucharnos, mientras Sabrina preparaba los papeles que nos ayudarían a huir y Nico negociaba con el grupo del norte para que no le dijeran a Octavio que Jorge no estaba con ellos.

—¿Quieren dinero? ¿Me van a matar?

—Te contaremos la verdad de porque aquel día te robé el dinero, pero debes tranquilizarte. No queremos recurrir a otras medidas —Collins entendió que su intento era en vano—. No puedes preguntarnos nada hasta que termine de hablar, ¿de acuerdo? —Alex asintió y se aferró a los barrotes de su celda antes de bajar la cabeza—. Hace unos años tuvimos que pedirle dinero a un prestamista, él nos dijo que si trabajábamos para él podría perdonarnos la deuda, éramos muy jóvenes. Al principio teníamos que investigar a algunos empresarios, incluyendo a tu padre. Lo único que hacíamos era asistir a las conferencias de prensa, tomar fotos, ese tipo de cosas.

Sabrina y Nicolas entraron, con un movimiento de cabeza nos dijeron que todo estaba listo y no había nada de qué preocuparnos.

—Un día él nos obligó a firmar un contrato, nos amenazó y la única opción que tuvimos fue firmar ese papel. Se supone que debemos trabajar para él durante cinco años, por ello nos envió a clases de idiomas, defensa personal y nos enseñó a hackear sistemas de datos y de seguridad —continuó Jorge.

—¿Por qué me cuentan todo eso?

Jorge se acercó a Alex con una cinta para taparle la boca, pero le pedí que se detuviera, pues nos costó mucho que Collins quisiera oírnos.

—Porque él pretende robarle a la empresa de tu padre y a muchas otras, así que tu familia corre peligro. Sé que es difícil de creer, pero estamos hartos de ese contrato y hasta ayer tuvimos la oportunidad de fugarnos, tú solo fuiste un truco para poder escaparnos de la Ciudad de México, discúlpanos si te asustamos, no era nuestra intención.

—Esperen un momento, es mucha información que tengo que procesar. ¿Ustedes se dedican a estafar gente? —Collins nos observaba con recelo.

—Algo así, más bien nos obligan a robarle a la empresa de tu padre y a muchas otras. Este es el contrato que firmamos, sabemos que no tiene validez legalmente, pero Octavio no piensa lo

mismo —Sabri le entregó una copia del contrato a Alex, él leyó la primera hoja y palideció—. También tenemos estas pruebas que puedes usar en su contra.

Alex tomó el sobre amarillo y sacó las fotos que robamos de la oficina de Alfonso.

—Conozco a este hombre, es un amigo de mi padre, llevamos dos meses creyendo que estaba desaparecido. ¿Está encerrado aquí?

—Sí, no te preocupes, él está bien, en lo que cabe —se formó un silencio incómodo.

—Tengo una duda, ¿ese prestamista les ha ordenado matar a alguien?

Aunque esa pregunta la hizo para todos, Collins fijó la mirada en mí y buscó si no traía algún arma escondida entre la ropa.

—Por lo menos no aún, pero sí nos ha ordenado que disparemos o inyectemos sedantes como lo hicimos contigo.

—¿Él sabe que están conmigo?

—Él piensa que fui el único que te traje. Jorge debería estar en otro grupo aquí en Tijuana, Sabrina debería estar haciendo papeles falsos que es a lo que se dedica y Kimberly debería estar en el exilio —Alex arrugó la frente—. Lo entenderás cuando las chicas te lo expliquen, al final verás que nosotros no somos los malos.

—Entonces ¿no eres ninguna periodista? —No tuve la valentía para mirarle a los ojos y ver que reflejaban decepción.

—No, pero puedo conseguir cualquier tipo de información que quieras, lo digo de verdad.

—Sean concisos, ¿qué quieren de mí?

—Queremos venderte nuestra información, después podrás dársela a tus abogados para que la policía arreste a Octavio y Alfonso.

—La policía los arrestaría también a ustedes por estar involucrados con ellos. El prestamista los usó como peones y será complicado que ustedes no se vean perjudicados.

Nos interrumpieron unos murmullos provenientes de Sabrina y Nicolas. Él le dijo que no ocurría nada importante, así que mi prima me pidió que continuáramos dialogando.

—No deben enterarse, puedes decir que te has enterado por tu cuenta. Nos iremos del país y tú decidirás qué hacer con Alfonso y Octavio.

—No sé en qué momento emergió otro prestamista, pero ¿qué les hace pensar que yo no los denunciaré? Barnes argumenta que Alfonso y Octavio son los culpables; sin embargo, ustedes no son inocentes. Recién me revelaron que inyectan sedantes, espían a empresarios y no sé qué otras malversaciones hagan.

—Estamos conscientes de ello, pero cuando sepas la historia completa verás que, a comparación de Octavio y Alfonso, somos inofensivos —Jorge le tendió una pistola a Alex.

—¿Qué estás haciendo?

—Te demuestro que puedes confiar en nosotros, te daremos una pistola y más vale que no la uses porque sería bastante estúpido de tu parte —Collins tomó el arma y disparó hacia todos lados, pero como nuestro uniforme era antibalas, no pasó a mayores.

—Que estúpido eres —Jorge le quitó el arma.

—¿Cómo sé que cumplirán con su parte? —dijo Alex cruzándose de brazos.

—Porque te diremos todo lo que quieras saber: direcciones, claves, nombres, todo lo que necesitas para llegar hasta donde están Octavio y Alfonso.

—Escucha Alexander, pudimos haber guardado toda esta información y dejar que el grupo continuara haciendo de las suyas, pero queremos aliarnos contigo porque tienes muchas ventajas, tienes más credibilidad que todos nosotros juntos —le dije acercándome a él.

—¿Quieres decir que mi apellido es más poderoso que los suyos?

—Qué egocéntrico eres —contesté sin poder evitarlo.

—Soy egocéntrico, pero están implorando mi ayuda.

—¿Nos ayudarás?

—Lo haré por mi familia, no por ustedes. Apenas los conozco.

—De acuerdo, gracias por ayudarnos.

Más tarde, Jorge estaba hablando con Vattiare para mantenerla al tanto del plan, pues ella sería nuestra espía encubierta dentro del grupo. Sabrina estaba recabando más pruebas de La Bola Ocho y Nicolas supervisaba a los presos de junto, por lo que me quedé a solas con Alex.

—Oye ¿puedo hacerte una pregunta? —Estaba intentando conseguir señal para mi teléfono, me sorprendió que Alex se dirigiera a mí.

—Claro, ¿qué ocurre?

—¿Fuiste tú quien me inyectó esa sustancia?

—No, fue otra persona. Yo no te hubiera drogado. Sabes, durante el viaje en carretera no deje de sentirme culpable de que ocurriera eso —Alex lanzó una risa seca—. Hablo en serio, eso no formaba parte del plan.

—¿Por qué? Cualquiera en tu lugar me hubiera hecho daño o hubiera pedido dinero a mi familia a cambio de mi vida.

—Yo no soy cualquiera. Sé lo que es no saber si seguirás viviendo o si estás seguro. No quiero el dinero, solo quiero librarme del grupo y comenzar de cero.

—¿Cuál es tu nombre? —Me acerqué a su celda y nuestros ojos se conectaron provocando que mi piel se pusiera chinita—. Supongo que tu nombre no es Johana Barnes.

—No, me llamo Kimberly Sorní. En otras circunstancias te diría que es un gusto conocerte, pero desgraciadamente te tengo dentro de una celda y trato de huir de un grupo de criminales.

—Vaya manera de conocernos, Kimberly Sorní. Pudiste presentarte aquella vez, no era tan difícil.

—Sí era difícil presentarme, no sabía si volvería a verte, así que quise ahorrarme decepciones. Por cierto, ¿cómo sigue tu mano?

—Como nueva.

—Me alegro, esperemos que no vuelvas a atravesar un vidrio solo porque estás enojado —sonreímos hasta que sonó mi celular, la señal había vuelto y me alejé para saber si alguien me había mandado algún mensaje.

Después de que Sabrina se desocupara tuvimos que mostrarle nuestros tatuajes a Alexander para que comprobara que no estábamos contándole una historia falsa. Por otro lado, Sabrina y yo nos quedamos con Collins mientras Nicolas reemplazaba la cinta de las cámaras para que Alfonso no supiera que nos encontrábamos en Tijuana.

—A lo largo del país hay cinco grupos —Coloqué un mapa de México entre nosotros y con un marcador rojo tracé un círculo donde se ubicaban los demás grupos—, los cuales se encuentran en cada punto cardinal. Aquí en Tijuana se encuentra el grupo del norte, en Quintana Roo está el grupo del sur, en Colima está el grupo del oeste, en Tamaulipas está el grupo del este y el cerebro, que somos nosotros, está en la Ciudad de México.

—Si queremos destruir a La Bola Ocho tenemos que golpear al cerebro —aportó Alex tachando la ciudad de México en el mapa.

Le devolvimos sus pertenencias a Collins para que se pusiera en contacto con sus abogados, que prometieron llevar el caso con discreción y de manera confidencial. Alex nunca les contó cómo obtuvo la información, ni siquiera les dijo dónde estaba, quizá fue porque Jorge insistió en apuntarle con la pistola durante toda la llamada.

Por otro lado, en todo el día no recibí ningún mensaje de Alfonso u Octavio. Era raro que nadie se preocupara por nuestro paradero, considerando que nos escapamos en un día de expedición.

Dejamos que Collins durmiera en su celda, así que Sabri me empujó al patio trasero y me pidió que me mantuviera en silencio. Después se aseguró de que estuviéramos lejos de Nicolas y de Jorge.

—¿Qué pasa, Sabrina?

—Vi un mensaje que le envió Octavio a Nicolas.

—¿Qué decía el mensaje?

—Decía que lo mantuviera al tanto y que él llegará en dos días.

—¿Crees que sepa que estamos con él?

—No lo sé, Octavio nos hubiera reprendido de inmediato y hace una hora Alfonso me pidió que hiciera una nueva carpeta de documentos para dos integrantes nuevos, pero no me preguntó mi ubicación. Creo que la expedición los ha mantenido tan ocupados que no han regresado a la casa.

—¿Una carpeta para dos integrantes nuevos?

—Lo sé es muy extraño. Por lo regular no se aceptan más de nueve integrantes en los grupos de La Bola Ocho, pero eso no es lo que importa. Alfonso no pareció estar enojado conmigo y me dijo que siguiera con mi trabajo, sonaba tranquilo.

—Cuando Alexander despierte le contaremos.

Sabrina asintió y volvimos dentro, pues escuchamos que nuestros compañeros se acercaban a nuestra dirección.

Sabrina y Alexander



A la mañana siguiente me desperté porque no paraba de oír un zumbido. Quería mover mis brazos, pero el cansancio me lo impedía. Mi cabeza daba vueltas y mis manos estaban heladas. Por otro lado, la espalda me dolía al igual que la garganta. Pasé varios minutos luchando con mi cerebro para mantenerme despierta, pero perdí la batalla y me dormí de nuevo. Ese ciclo se repitió muchas veces.

Abrí los ojos y mi visión tardó en estabilizarse, me topé con una de las rejas delante de mí y Nicolas estaba sentado a lo lejos observándome.

—Kim, no me odies.

—¿Qué hiciste? —Traté de abrir la reja, pero estaba cerrada.

—Lo que querían hacer era demasiado arriesgado —Nico se levantó de su silla y se acercó a mí. Los barrotes me impedían golpearlo—. No te preocupes, Octavio no les hará daño, los enviará al exilio por el resto del contrato.

—¿Qué carajos acabas de hacer? Dijiste que nos ayudarías, prometiste hacerlo por tu hermana.

—¡No!, nunca les prometí nada. Puedo ver a mi hermana en dos años, después de que se acabe el contrato. No quiero que Octavio y Alfonso estén detrás de mí por el resto de mi vida. Kimberly, nunca debes confiar en nadie incluso en La Bola Ocho, lo dijo Octavio desde el primer día —Nicolas intentó tocar mi rostro y yo le di un manotazo.

Me sentí como una tonta al observar como uno de mis mejores amigos me apuñalaba descaradamente. Deseé regresar el tiempo a cuando me encontré con el anuncio de Octavio pegado en el poste de la calle. Deseé decirme que no llamara a aquel número porque me estaba metiendo en un hoyo negro. Deseé volver a cuando le dije a Sabrina que escapáramos del orfanato. Deseé tantas cosas que eran imposibles.

En la primera celda se encontraba Sabrina, en la segunda me encontraba yo, en la tercera estaba Alex y en la última estaba Jorge. Al principio Nicolas no podía callarnos y amenazó con dispararnos si continuábamos gritándole. Dijo que nos había hecho un favor, pues no

volveríamos a estar en alguna expedición y ya no tendríamos que disparar, solo tendríamos que hackear los sistemas y entrenar todos los días. Él no asimiló que nos había arrebatado la poca libertad que nos quedaba.

Durante todo el día lo único que comimos fue una lata de atún y bebimos un vaso de agua. Nosotros ya estábamos acostumbrados, pero Collins necesitaba comer cada tres horas, así que en cada oportunidad que tenía nos recordaba que por nuestra culpa él estaba ahí.

Por otra parte, Sabrina y yo intercambiábamos miradas porque sabíamos que Octavio llegaría pronto. Si queríamos escapar debíamos hacerlo antes de que amaneciera, pero Nicolas nunca dejaba de vigilarnos, no teníamos ninguna salida.

No pude evitar quedarme dormida y desperté a medianoche debido a la voz de mi prima, pensé que trataba de hablarme, pues Nicolas se había ido a dormir a su habitación; sin embargo, otra voz era la que le contestaba, Alex también estaba despierto.

—La primera vez que te vi fue en la inauguración de su primera tienda en la ciudad. No te reconocí hasta que pasaste a dar tu discurso y te tropezaste con el cable del micrófono.

—No me lo recuerdes. Conservé un moretón durante todo el mes por ese descuido —ambos rieron.

—Recuerdo que pensé "qué tipo tan estúpido" —Collins y mi prima rieron al unísono—. Al principio Octavio me enviaba a espiarte, se podría decir que tú eras mi objetivo, pero supo que me gustas y me quitó del plan. Me dijo que vigilaría por el resto del contrato a el dueño de esa joyería que está frente al zócalo.

—¿Hablas del señor robusto que le encanta usar corbatas de dibujos animados?

—Sí, hablo de ese —La risa de mi prima sonaba tan distinta.

—Debió ser un cambio muy drástico. Pasaste de contemplar mi espléndido rostro a vigilar a ese señor.

—Sí, no le hice caso a Octavio, usaba mis días de descanso para ir afuera de la empresa y verte.

—Entonces eras tú, pensé que era Kimberly. Supongo que mintió para protegerte.

—No le podía decir la verdad, no me hubiera dejado ir a verte.

—¿Por qué nunca me hablaste? Era tu oportunidad.

—Porque corría el riesgo de que Octavio me enviara al exilio o que me consiguiera más tipos gorditos a quienes vigilar, además ¿qué te iba a decir? "Hola, mucho gusto, llevo algunos meses espiándote, ¿quieres salir a tomar algo?"— la risa de Alex por poco despierta a Jorge.

—¿Qué hay de Kimberly?

—Ella fue mi suplente, te empezó a espiar a finales del año pasado junto con Jorge.

—Disculpa, no quiero ser entrometido, pero ¿qué ocurre entre ellos? Siempre que miro a Kim me encuentro con que él está vigilándome con una mirada aterradora.

—¡Lo sé! Yo tengo que soportar eso desde hace tiempo. No les digas que te lo conté, pero salieron por dos años. Terminaron el día de la expedición.

—¿Por qué terminaron?

—No lo sé, ella no me quiso decir. A veces pienso que Kim me trata como una niña y cree que no la podré comprender.

—Yo no he visto que te trate como una niña.

—Puede que ahora no lo notes, pero es demasiado sobreprotectora: parece que le tengo que decir cada cosa que hago, solo falta que me acompañe al baño.

—¡No hagas comentarios repulsivos! No es para tanto.

—Bueno, puede que éste exagerando; sin embargo, no puedo molestarme con ella, soy su única familia.

—¿Qué pasó con sus padres?

—Ella nunca me ha querido decir la verdad, siempre me ha dicho que murieron en un accidente de auto, pero, cuando seguíamos en el orfanato, escuché una conversación entre la trabajadora social y una pareja que quería adoptarme —Sabrina tragó en seco y suspiró reteniendo las lágrimas para contarle a Collins un lado muy difícil de nuestra vida—. Me enteré de que en realidad mis padres seguían vivos, pero mi madre solía beber mucho y mi padre la abandonó por eso. Un día mi madre perdió el control y quemó nuestra casa, los padres de Kim no sobrevivieron, por suerte ella y yo estábamos jugando en el jardín y el fuego no llegó hasta ahí. Éramos muy pequeñitas y por eso no recordamos nada.

Sabrina no pudo continuar y se echó a llorar.

—Si quieres detenerte lo entiendo.

—No, necesito contárselo a alguien y que mejor que a ti. Los vecinos llamaron a los bomberos, ellos pidieron que el servicio social fuera por nosotras, así que le quitaron mi custodia a mamá. No la recuerdo, yo tenía tres años la última vez que la vi. El resto es fácil de adivinar, Kim y yo pasábamos de orfanatos a familias temporales.

—¿Por qué esa pareja no te adoptó?

—Porque una pareja por lo regular quiere adoptar a un bebé o prefieren escoger a niños que no tengan secuelas psicológicas. La trabajadora social dijo que mi padre podía volver a buscarme porque no aceptaba ceder mi custodia, otra razón para que no me adoptaran. Nadie

quiere adoptar a un hijo al cual probablemente busquen sus padres biológicos y quieran la custodia de vuelta.

—Lo siento, no sé qué decirte.

—No te preocupes, no tienes que decirme algo. Te voy a contar un secreto, nadie lo sabe. Alfonso es mi padre adoptivo y Octavio es el padre adoptivo de Kimberly, por eso ella tiene mucho miedo, porque en teoría nunca podremos irnos.

Pasaron algunos minutos en silencio, pensé que su conversación había llegado a su fin, no obstante Alex retomó la charla.

—Sé que esto sonará extraño, pero ¿conoces a Alicia?

—No en persona, pero sí la he visto en las fiestas de la empresa.

—Ella es mi media hermana. Mi hermana Mary nació después de ella.

—¿Alicia es mayor que tú?

—No, yo soy el hijo mayor, pero mi padre se reencontró con una ex y nació Alicia. Mi madre le perdonó el desliz y aceptó a Alicia como si fuera su propia hija, después nació Mary. Aunque suene extraño, mi padre siempre ha preferido a mis hermanas, por lo que muchas veces los hijos de los amigos de mi padre me molestaban por ello. Incluso Richard en uno de mis cumpleaños me dio un pastel con el nombre de Alicia, creyó que era el cumpleaños de ella. Mi madre corrigió el nombre y con dulces de colores escribió el mío. Richard nunca se disculpó, solo me dijo que podía deshacerme del pastel. Mis amigos no pararon de burlarse del pastel rosa durante toda la fiesta.

—Parece que ambos tenemos padres malos. Lo siento, no era mi intención decir eso.

—No importa. De todos modos, no sé si pueda considerar a Richard como mi padre.

—Por lo menos tenemos eso en común contigo, ninguno de los que estamos aquí tenemos padres, a excepción de Jorge.

—Esas son las consecuencias de no tener uno, puedes terminar en La Bola Ocho trabajando para el Tío Lucas y Lurch —dijo Alex atragantándose con su risa.

—¿Quiénes son esos?

—El tío Lucas es Octavio y Lurch es Alfonso, vi sus fotos y no pude evitar encontrarles parecido con los personajes de Los locos Addams.

—Cuando los conozcas no podrás llamarlos así

—Lastima, pensaba gritarle "¿Qué onda, tío Lucas?" a Octavio.

—Hazlo y te inyectarán de nuevo sedantes. Por lo que veo puedes hablar sin términos

elegantes si te esfuerzas.

—Estoy acostumbrado a tener un lenguaje "refinado" frente a Richard, pero al sentirme en confianza me olvido de eso. Por cierto, perdón por empujarte ayer en la mañana cuando me abrazaste —ambas risas cesaron.

—Tranquilo, era lógico. Una chica tan hermosa como yo no te abraza todos los días.

—y gracias por cuidarme en todo el camino.

—¿Quién te dijo que te cuidé?

—Mientras dormía recordé algunas cosas como que me cubriste para que el sol no me diera en el rostro y que me ponías trapos de agua fría en la frente. Nadie me había cuidado así

—No quería que te murieras sin conocerme.

—Nicolás tiene mucha suerte.

—¿Qué tiene que ver Nicolas en todo esto?

—Nicolás es tu novio, ¿cierto?

—Si fuera mi novio no estaría encerrada aquí con ustedes.

—Perdón, como siempre los veía juntos.

—No me gusta Nicolas, digamos que es un mujeriego en su máximo esplendor, aunque sea tímido la mayor parte del tiempo.

—¿En serio? pero tiene cara de que no rompe ni un plato.

—Sí, cuando él llegó al grupo no paraba de acosar a mi prima.

—¿Hablas de Kimberly?

—No, hablo de Jorge. ¡Claro que hablo de ella!

—Oye ¿crees que nos escuchen? —Cerré los ojos fingiendo estar dormida y sentí que ambos se acercaron para ver si estaba despierta.

—No lo creo, Jorge tiene el sueño muy profundo y si Kimberly está deprimida duerme más de lo normal

—Entonces ¿Nicolas acosaba a Kimberly?

—Sí, era incómodo. Nicolás nunca cenaba para darle su comida a Kim y aunque ella no lo aceptaba, Nico insistía. También él le pidió ayuda con las lecciones de inglés, pero ya sabía hablarlo a la perfección y, por favor no le digas que te lo dije —Sabrina bajó el tono de voz—, él

fue su primer beso y su primera relación seria. Él fue el primero en todo. Créeme, en todo.

Me contuve para no regañar a Sabrina por contarle a Alex de mi vida privada, lo único que faltaba era que le dijera que tipo de ropa interior usaba. No quise arruinar ese momento entre ellos, por lo que continué en silencio.

—¿Estás segura? Una chica como Kim no parece enamorarse de alguien como Nicolás. Él se ve tan inocente y ella tan ruda.

—Estoy segura, ella me lo contó y era bastante evidente para todos lo que ocurría entre ellos. Después llegó Jorge y ella se alejó de Nicolás, cuando él se enteró que Jorge y ella se gustaban empezó a salir con otra compañera llamada Camila. De hecho, ahora es su novia, pero terminan cada fin de semana y regresan horas después.

—Vaya, tus amigos parecen personajes de telenovela.

—Sí, pero no pienses mal de Kim. Ella no es el tipo de chica que acostumbra a amenazar a las personas con una pistola.

—¿Sabías que haría eso?

—No, me enteré después de que ella se fue al estudio de grabación. Le llamé, pero no contestó.

—¿Qué hubieras hecho si me hubiera disparado?

—No lo creería, ella es demasiado bromista.

—Pero si de verdad hubiera sucedido, ¿qué hubieras hecho?

Me sentí mal al enterarme que Collins pretendía poner a mi prima en mi contra. Creí que la visión que tenía él de mí no era buena, pero nunca consideré que pensara que yo era igual que Octavio o Alfonso. Mi ego se vino abajo y chocó con la culpa por ser yo la causa de esa reputación.

—No lo sé, claro que me hubiera enojado, pero yo tiendo a confiar demasiado en las personas y más si se trata de mi prima, así que la hubiera perdonado. No obstante, me alejaría de ella.

Sin duda aquella noche se estaba convirtiendo en una de las peores.

—Para ser una integrante de La Bola Ocho eres demasiado amable, eres un extraterrestre entre todos ellos, una extraterrestre muy guapa.

La Ayuda Viene De Quien Menos Piensas

Alex puso la canción **Love is Noise de The Verve.** Aquella canción fue la primera que escuchamos juntos, fue una coincidencia, ya que la radio sonaba y él no la oía con detenimiento, pues otros pensamientos fueron los obstáculos para que notara que su canción favorita sonaba dentro de su auto.

—¿Recuerdas cuando estábamos discutiendo y me callé porque esta canción estaba sonando?

—Sí, fue extraño, pasaste de estar furioso a cantar la canción o más bien gritarla.

Alex cantó igual que hace años, subió el volumen de la música y me hizo cantar con él mientras manejaba. No logré contener la risa, porque Alex siempre desafinaba a propósito y cuando el coro se acercaba gritaba en mi oído la letra de la canción.

—¡Cause love is noise, love is pain. Love is these blues that I'm singing again!

—Esa es tu parte favorita de la canción.

Alex me guiñó el ojo y continuamos cantando. Nos dirigimos al taller de Matthew para que revisara el auto y no hubiera ningún imprevisto en la carretera.

—I was blind, couldn´t see what was here in me. I was blind, insecure, I feel like the road was way too long.

Sin duda esa era mi parte favorita de la canción. Desde que oí ese verso me sentí identificada. "Estaba ciego, no podía ver lo que había aquí en mí. Era ciego, inseguro. Sentí que el camino era demasiado largo"

—Creí que ya se te había olvidado la letra —dijo Alex al estacionar el auto afuera del taller de Matthew.

—Por supuesto que recuerdo la letra, me hiciste aprenderla y la ponías la mayor parte del tiempo en nuestro departamento.

—A veces la pongo, pero solo cuando viajo lejos —Alex acomodó los papeles que tenía a un lado para evitar hacer contacto visual conmigo y al no tener otra opción más que verme le sonreí de la manera más sincera que pude hacerlo. Le sonreí para que supiera que, a pesar de lo malo que vivimos, no le guardaba rencor. Desde el primer segundo que le quise ese cariño se quedó con él—. Iré a buscar a Matthew.

Salió del auto azotando la puerta por los nervios y se cubrió de la pequeña lluvia con el gorro de su sudadera. Desempañé mi ventana y descubrí que a lo lejos se encontraba una persona, paré de limpiar y me tranquilicé al saber que se trataba de Lu. Las gotas no me ayudaban a ver con quien se encontraba, por su risa supuse que estaba con Matthew, así que me bajé del auto.

La lluvia no era tan fuerte como parecía, apenas era una brisa, el frío me hizo guardar las

manos en los bolsillos de mi abrigo y debido a que olvidé mi gorro en el auto, tuve que bajar el rostro.

Lu seguía conversando con quien creí era Matthew, subí los escalones para llegar a la pequeña sala del amigo de Alex, por suerte había un techo que impedía que se mojara. Lu, al verme, paró de hablar y no me devolvió la sonrisa como esperaba. A mi lado izquierdo sonó un rechinido, pues Matthew cerró la ventana para que el agua no entrara a su taller. Si él estaba dentro hablando con Alex, ¿quién estaba hablando con Lu?

Al llegar a donde estaba esa persona, me encontré con Richard. El padre de Alex volteó a verme y palideció porque me reconoció. De inmediato, Lu se acercó a tranquilizarlo, Richard no dejaba de mirarme horrorizado a pesar de que Lu le pidiera que se calmara. Yo retrocedí, no esperaba encontrarme con Richard Collins, nunca pensé que la próxima vez que lo vería sería en esas circunstancias.

Extendí mi mano un poco para que Richard comprendiera que todo se encontraba bien, Lu parecía estar a punto de llorar, yo me quedé pasmada. Richard empezó a ahogarse y ponerse rojo, yo corrí a ayudarlo a respirar. Lu gritaba como una loca, pero, por el sonido de la lluvia y el aire combinados, no supe que trataba de decirme o tal vez me encontraba tan impresionada y asustada que mi cerebro bloqueó cualquier sonido que no fuera una solución.

Le dije al padre de Alex que no le haría daño y que mi intención no era asustarlo, pareció calmarse. Le mostré los bolsillos de mi abrigo para que viera que no tenía ningún arma. Alex bebía una cerveza sin saber que fuera no sólo llovía literalmente, sino que se me vino un diluvio que pude esquivar, pero fui demasiado tonta para hacerlo.

Tenía que mantenerme lejos de la familia de Alexander; sin embargo, no había marcha atrás y tenía que enfrentarme a una de las mayores culpas que siempre tuve. No podía irme y pretender que Richard estaba enloqueciendo, el miedo en sus ojos me contó que sabía lo de Sabrina y por ende sabía lo mío.

—Richard, juro que no quiero herirte. No te haré nada malo. Hay una explicación de por qué lo hice. Lu sabe que mis intenciones no eran malas y tampoco lo son ahora.

Pasaron diez minutos para que el padre de Alex lograra respirar con normalidad y se convenciera de que no le haría daño. Me senté en el sillón delante de él, la distancia era lo mejor. Lu me miraba sin saber que decirme o hacer, pues la culpa la invadió, ella no me dijo que pasarían a ver a Matthew antes de dirigirse a la cena en casa de Alex. También era mi error porque no le dije a Lu que Alex no asistiría a esa cena y en su lugar visitaría a su mejor amigo. Las mentiras salieron a la luz, el tiempo tan prematuro con que la verdad se supo afectó mucho las cosas: afectó a Richard, afectó a Lu y sobre todo afectaría a Alex. Nuevamente el efecto dominó me había atrapado en una de sus olas.

—Alex no sabe por qué estoy aquí, se lo diré en unos días. Primero tengo que hacer algo, le debo dar una carta —Richard arqueó las cejas—. Una carta distinta a la que llegó a su casa, trato de decir que me he reivindicado. Entiendo que es difícil de creer, pero créame que no le haré daño a Alex, mis intenciones son buenas —Richard no quitó su expresión de enojo, hasta que encontré las palabras claves para disipar la tensión que había entre nosotros—. No estoy perdida,

esto es una pequeña parada y quiero tanto a Alex como usted. No podría lastimar a su hijo, sería como lastimarme a mí.

Lu y yo le contamos a Richard las razones de mi visita, incluso nos vimos obligadas a contarle los detalles de ese último día que estuve con Sabrina. Contarle a alguien en voz alta que ya no podría ver a mi prima, que ya no podría hablarle y reírme con ella por sus malos chistes, era una carga bastante difícil. Richard no hizo nada, solo nos escuchó y espió, un par de veces desde su silla, si su hijo seguía absorto en su propio mundo.

Confieso que me dolió ver a Richard en una silla de ruedas, sin poder hablar o sin poder expresarse. Por lo menos teníamos algo en común, las consecuencias del ayer nos habían pasado factura; sin embargo, la factura de Richard fue más considerada. Lu se había tranquilizado y bebía la taza de té que tenía entre sus manos, me lamenté por ocasionar que ella tuviera la peor charla con Richard.

Me levanté de la silla y me dirigí al padre de Alex, no se asustó como antes, intentó mover un par de dedos y con los ojos me indicó que me acercara a él. Me agaché para estar a su altura e intercambiamos miradas, fue como si los viejos problemas quedaran enterrados y una pequeña lágrima bajó por su mejilla, la cual limpié antes de que cayera. Sollocé en respuesta y lo rodeé con mis brazos, también dejé caer los traumas e inquietudes que me perseguían día con día desde hace una semana.

La relación que tuve con Richard siempre fue cortante, por lo que nos saludábamos para ser cordiales y nos dirigíamos la palabra durante las comidas familiares para que Alexander no hiciera un escándalo. Cuando Alex dejó de visitarme llamé a varias personas, no porque lo quisiera de vuelta, pues estaba acostumbrada a perder contacto con él durante mucho tiempo, lo hice para encontrar la respuesta, que estuvo rondando en mi cabeza, y la única persona lo suficientemente fría para confirmarlo era Richard Collins.

Semanas después de que Alex se fue, le llamé a su padre y, a diferencia de Mary o de amigos en común, respondió a la primera llamada. Al escuchar su voz del otro lado de la línea, el estómago me dio un vuelco, ambos supimos que debía estar bastante desesperada como para recurrir a él.

Richard me dijo que lo mejor era hablar cara a cara, pero me sorprendió que también quisiera hablar con Vattiare y con Matías, lo cual fue difícil, por suerte Camila nos cubrió y al anochecer fuimos a hablar con el padre de Alex. Lo curioso fue que nos citó en la misma sala donde años atrás su hijo me hizo firmar un contrato para espiarle.

El hombre me pidió que dejara de insistir en llamar a sus hijos, pues se habían mudado a Estados Unidos. Pensé que se burlaría de mí y me restregaría en la cara que al final tuvo la razón y su hijo prefirió huir de mí. No obstante, me pidió disculpas por el daño que me causaron, incluso se ofreció a pagarme terapia psicológica lo cual después necesité.

Richard me confesó que nunca me odió, sino que odiaba a La Bola Ocho por convertirme en lo que fui. Cada vez que nos veíamos le recordaba la pequeña emboscada que le orilló a la ruina, aunque yo no formé parte de eso e impedí que el final fuera otro, no podía permitirse ceder ante alguien que por su reputación podía contraatacar en cualquier momento. Por otro lado, nos

entregó un sobre a cada uno, la pequeña esperanza de que fuera una carta de Alexander desapareció y leí “Universidad Europea de Madrid”. Abrí el sobre y me encontré con que la carrera de arquitectura estaba totalmente pagada. Por su parte, Vattiare y Matías tenían una beca del 100% para la carrera que ellos quisieran, y en cada sobre también había boletos de avión cuyos vuelos salían por la mañana.

Pensé que era un chantaje, pero Richard nos dijo que la universidad era su forma de ayudarnos y agradecernos por haber confesado lo que La bola ocho le estaba haciendo a su familia. En ningún momento me impidió hablarle a Alex, me dijo que no se metería entre nosotros y que podía darme la dirección de la nueva casa si así lo deseaba.

Antes de irse, Richard nos dijo “La Bola Ocho cavó su propia tumba y ha llegado el día en que Octavio y Alfonso conozcan a los cuervos que criaron y, aunque suene demasiado extraño, se podría decir que es su momento de volar del nido. Reconozco que ese par de hombre son malos, pero si se meten con mi familia yo soy mucho peor. Les deseo lo mejor, chicos” No esperó a que respondiéramos, se retiró y esa fue la última vez que lo vimos.

Al regresar a la casa de Octavio nos encontramos con el lugar acordonado y rodeado de patrullas, Richard Collins no solo me dio la oportunidad de estudiar la carrera que yo quería, también se atrevió a hacer lo que Alex nunca pudo, logró que Octavio y Alfonso fueran a la cárcel.

Richard Collins supo lo que hizo al citarnos, se aseguró de que mis amigos y yo no estuviéramos presentes durante el caos. Richard nos devolvió nuestra libertad, así que en cuanto nos dimos cuenta de la situación corrimos al aeropuerto mientras llorábamos y gritábamos de felicidad como no lo habíamos hecho en tanto tiempo.

—Richard, gracias por todo lo que hiciste por mí. Fuiste todo lo contrario a lo que decían ellos. Prácticamente te debo la vida.

Él ladeó la cabeza y suspiró. Me sonrió y yo hice lo mismo, sobraba decir lo arrepentida que estaba por juzgarlo de la manera incorrecta.

—¿Ocurre algo?

Matthew me respondía cortante a todo lo que le decía y utilizaba su celular como excusa para evitar hablar conmigo.

—No, Alex. ¿Qué hay de ti?, ¿todo bien con Kimberly? —Volteé a verla, estaba hablando con Lu y mi padre. Me sorprendió que no estuviera peleando con él o estuviera incómoda.

—Sí, aunque me parece raro que ahora se lleve bien con Richard.

—¿Por qué no se llevarían bien?

Matthew me miró confundido y bastante paranoico. Noté que fingía beber su cerveza, pues la lata parecía estar nueva.

—Porque antes no se agradaban —De nuevo Matthew fingió dar un trago—. ¿Qué tal está tu cerveza?

—Igual que siempre.

Alicia le llamó, pero él prefirió no contestar, pues le pedí que no le contara que estaba con él; sin embargo, Matthew no rechazó la llamada por eso, supe que algo estaba escondiendo.

—¿Peleaste con Alicia?

—No, estamos bien.

—Entonces ¿por qué estás nervioso? No dejas de temblar desde que llegué, y aquí adentro no hace tanto frío como afuera.

—Sí hace frío. ¿No puedo temblar? ¿Tienes algún problema por eso?

—No, tranquilo amigo. No le digas a Alicia que me fui con Kimberly y tampoco le digas que ella está en el pueblo.

—Si Alicia se entera le dará un infarto.

—No creo que sea para tanto, pero no nos arriesguemos. Alicia es capaz de todo y no lo digo de una buena manera.

—¿Qué tratas de decir? Alicia es un poco impulsiva, pero tampoco es inmadura, como otras personas —Matthew bufó y observó a Kim unos segundos.

—Kim es más madura a comparación de Alicia.

—Si jugar contigo significa ser maduro entonces perdóname. Le diré a mi novia que sea más egoísta —Matthew se mostró arrepentido y me extendió otra lata de cerveza.

—Ya me voy, espero que el auto no se descomponga en el camino —Tomé las llaves del coche y Matthew me gritó que pasara lo que pasara no hiciera ninguna locura—. ¿Por qué haría una locura?

—Por tus instintos de oso.

Aunque él rio como si nada pasara, yo le dije que no le creía su cuento. Regresé a mi auto y Kim subió sin necesidad de decirle que me acompañara, ella dejó de pelearse con el cinturón al encontrarse con el disgusto en mi rostro, pero no me preguntó la causa.

Tomé mi teléfono para reproducir de nuevo Love is noise. Yo tampoco le pregunté por qué su rostro parecía frustrado, me limité a verla cantar y bailar sin importar que mi padre y Lu estuvieran viéndonos.

Sabrina Murió

Mientras Kimberly y Alex empezaban un largo viaje, el resto de la familia Collins se encontraba cenando con Jessica; no obstante, al principio su invitada hablaba únicamente con Alicia. Por otro lado, William tenía que mover un ramo de rosas que tapaba su rostro para conversar con Mary.

Lu y Richard llegaron diez minutos después. Ellos intercambiaban miradas cada vez que Jessica y Alicia gritaban emocionadas al hablar de Taylor Swift, pero no se molestaron cuando pusieron un par de sus canciones, hasta Richard pareció relajado.

—Mary, ¡Felicidades! Alicia me contó sobre tu compromiso ¿Cómo es tu prometido?, ¿es guapo? —Lu se atragantó con el pedazo de carne que comía al ver la reacción de William detrás de las rosas.

—Jessy, mi prometido está sentado junto a ti —contestó Mary pronunciando con falsedad el nombre de la ex de su hermano.

—Lo siento, pensé que era el novio de Ali porque me dijo que él no sabe hablar inglés y tu prometido ha estado callado desde que comenzamos a cenar, fue una confusión de mi parte, lo lamento. Debiste sentirte extraño cuando te pedí mediante mímica el salero.

Eso explicó porque durante la cena Jessica se dirigía a William con señas o le hablaba despacio para que pudiera entenderla, se parecía a Dory hablando cetáceo. Sin embargo, William y los demás pensaron que era una conducta habitual en ella debido a su personalidad tan singular.

—¿Qué te ocurre Jessy? Te dije que mi Matthew llegaría tarde a cenar con nosotros y ya sabe hablar inglés, ha mejorado bastante. Además, él es más guapo que Will, sin ofender.

Mary le dio un codazo a su media hermana y con la boca llena de comida le pidió que no tratara así a su prometido.

—De acuerdo, pero no me escupas. No tengo la culpa de que mi novio sea más guapo que el tuyo.

El timbre sirvió de ayuda para que Mary y Alicia no iniciaran una discusión.

—¡Debe ser Alex! —Jessica se levantó de su silla y corrió a abrir la puerta.

El mantel de la mesa era demasiado largo, por lo que al levantarse se lo llevó consigo y la comida ensució su falda negra de lunares blancos. Richard resistió la risa al igual que todos en la mesa: el plato de pasta se cayó en las zapatillas de la chica y una gran cantidad de fideos ensuciaron sus pies. William se asomó para ver el espectáculo y Jessica enrojeció por la vergüenza.

—Jessy, tienes algo de espagueti por ahí —dijo William hablando lentamente como hizo antes

Jessica con él y señaló el desastre en el suelo.

—Gracias William, ya me di cuenta.

Lu abrió la puerta y saludó a su hijo como si no lo hubiera visto en todo el día. Alicia corrió a abrazar a Matthew, luego le dio un gran beso que sonó por toda la sala y tomó su mano para caminar juntos hacia la mesa. Matthew se sentó junto a su novia.

—Hola Jessica, por fin te conozco —Matthew saludó a Jessica antes de empezar a cenar.

—Lo sé, Alicia me habla de ti todo el tiempo, no sé por qué aún no veo un anillo en su mano —Todos se callaron y esperaron la respuesta de Matthew.

—Veo que comes con los pies, qué curioso.

Le dijo Matthew antes de abrazarla, Mary escupió el agua que estaba tomando y se disculpó al mismo tiempo que agarraba una servilleta para limpiarse el rostro.

—Alicia estaba en lo correcto, eres demasiado bromista, demasiado —dejó de reírse y abrazó a Matthew torciendo los ojos.

—Hola Mary y hola… —Will se quitó las rosas de la cara para saludar a Matt— William, me alegra no ser el único atrapado aquí —Alicia le dio un codazo a su novio—. Quiero decir, me alegra verlos a todos.

—Matt, ¿sabes algo de Alexander? —preguntó Mary con preocupación.

—No, pensé que estaba con ustedes. De hecho, lleva días que no lo veo.

—Dijo que llegaría un poco tarde, pero llevamos una hora esperándolo —contestó Jessica desde la cocina donde limpiaba sus zapatos.

—Ya saben cómo es, seguro se quedó a trabajar hasta tarde.

—Que gracioso eres, cariño —dijo Alicia antes de tomar un sorbo de su copa de vino.

—No sé por qué se empeñan en preocuparse por Alexander, debe estar ocupado enloqueciendo o está con su nueva novia.

Todos dejaron de comer para prestar su atención a William quien se abrió paso entre el ramo de flores para expresar su opinión. Incluso Jessica salió de la cocina con una de sus zapatillas en una mano y en la otra un trapo.

—¿A qué te refieres?

—Si me quitan estas flores de la cara se los agradecería mucho.

Mary tomó el florero y, al no encontrar un lugar donde ponerlo, lo colocó delante del rostro de Alicia.

—Gracias preciosa. Hoy en el trabajo me contó una compañera que, los últimos días, Alexander ha estado actuando extraño y algunos vecinos lo han visto con una mujer.

Las zapatillas de Jessica cayeron al suelo al igual que el trapo con el que las limpiaba.

—Will, ¿estás seguro de lo que dices? Tal vez confundieron a Alexander con otra persona —Lu intentó convencer a William de que su información era falsa.

—Mi compañera no suele inventar ese tipo de cosas. También me contó que aquella chica fue quien pagó la fianza de Alex, creo que es mexicana como ustedes. Yo pienso que es la única explicación a que Alex no esté aquí, debe estar con ella —Will comió un gran trozo de carne y tomó un poco de vino.

—¿Sabes cómo se llama aquella mujer? —Alicia abrazó a su mejor amiga para tranquilizarla, pues Jessica estaba sollozando.

—Mm, creo que era algo como Gil, Prim o algo así.

—¿Kim? —dijo Mary en un susurro, pero fue escuchada por todos.

—¡Exacto! ¿Cómo lo supiste?

Mary no hizo caso a la pregunta de Will, prefirió dirigirse a Alicia quien negaba varias veces y pateaba el suelo. Richard agradeció que no pudiera hablar o el secreto se habría sabido desde hace tiempo. Matthew y su madre no se molestaron en aclarar el problema, se encontraban cansados de tantas mentiras y optaron por llenar sus bocas con comida.

La cena se acabó y nunca apareció el invitado más importante. Jessica se fue en cuanto supo que Alexander salía con otra mujer, así que no le importó caminar con fideos en los zapatos. Lu y Matthew se fueron después de terminar el postre que nadie más quiso comer.

Los únicos que estaban en la casa eran Mary, William, Alicia y Richard, bueno Richard se había quedado dormido a mitad de la cena. William estaba trabajando en su computadora y no dejaba de pedirle disculpas a su novia por decir aquello, sin embargo, los nueve correos en su bandeja de entrada fueron más importantes que continuar disculpándose.

Mary estaba sentada en el sillón junto a la ventana leyendo un libro y Alicia le pidió con señas que la acompañara al piso de arriba. Mary se negó, pero no tuvo otra opción que ceder y acompañar a su hermana, ya que Alicia encendió la televisión para poner uno de sus dramas coreanos.

En las escaleras Mary le preguntó qué le ocurría, pero Alicia cubrió su boca con una mano y con la otra le señaló la habitación de invitados, después cerró con cautela la puerta y se apresuró a buscar algo en el buró junto a la cama.

—¿Qué quieres? Dime que no vas a maquillarme, la vez pasada William se negó a besarme porque parecía un espantapájaros.

—Lo sé, juro no volver a hacerlo, por eso tomaré cursos profesionales de maquillaje y tú serás mi modelo.

—Entonces ¿qué quieres mostrarme?

—Estoy buscando una carta que guardó Luisa. Cuando subí a dejar mi maleta la atrapé ocultándola aquí, por suerte no me vio.

—¿Una carta? —Mary se cruzó de brazos y deseó que no fuera la carta que Lu le había enseñado hace unos días a su padre.

—Sí, quiero ver si por fin encontró a alguien. Si ella consigue novio Matthew y yo podremos vernos más tiempo.

—¿Más tiempo? —Mary arqueó las cejas.

—No lo digas así, solo lo veo entre semana y los sábados en clase de zumba.

—Exacto, solo se ven seis días a la semana. Pobre de ti, casi no ves a tu novio.

—Que graciosa eres hormiguita —Alicia sacó un grupo de cartas amarradas con un listón—. ¿Cuál puede ser?

—No lo sé, pero será mejor que bajemos o papá se dará cuenta de que algo pasa.

—¡Espera! Encontré una carta de México —Alicia abrió el sobre, pero Mary se lo quitó antes de que leyera la carta.

—¡Oye! Yo la quiero leer primero, después podrás leerla tú —Mary abrió el sobre y corroboró que era el texto que oyó por error aquella mañana—. Alex tiene razón, eres muy chismosa, Mary.

—Te dije que mejor nos fuéramos, es la carta de una amiga de Lu pidiéndole entradas para el parque de Disney, como si Luisa fuera la dueña— mintió lo mejor que pudo.

—Pero es una impresión. Las amigas de Luisa no saben utilizar la computadora y menos una impresora, apenas saben cómo usar el celular y suelen hablar con ella todos los viernes. ¿Por qué una de ellas gastaría dinero en enviar una carta si puede llamarle?

Alicia recuperó el sobre y utilizó sus uñas postizas para que Mary no lograra quitársela de nuevo.

—¡Auch! ¡Alicia! Ya córtate esas garras.

—Por supuesto que no, querida —Alicia aprovechó su estatura y levantó la carta arriba de sus ojos, lejos de Mary—. Veamos qué oculta Luisa.

Mary se subió a la cama para quitarle el pedazo de papel a Alicia o más bien abalanzarse sobre ella y taclearla por la espalda. Ambas chicas cayeron sobre la alfombra.

—Alicia, deja de meterte en lo que no te importa.

—Pero claro que me importa.

Alicia recogió la carta del suelo y perdió la sonrisa burlona al leer el asunto escrito en el sobre. La chica descartó la idea de que fuera una carta de amor, así que Mary le arrebató el papel, pero ya era tarde: Alicia había leído la razón de que esa hoja fuera enviada desde México.

—Te dije que no la leyeras.

—No la leí, apenas pude leer el asunto, ¿quién murió?

—Sabrina —La hermana de Mary lanzó un pequeño quejido. Alicia no esperaba esa respuesta.

—Mary ¿tú lo sabías?

—Me enteré hace unos días por accidente. Me llamaron del trabajo, así que tuve que dejar a Lu a cargo de papá, pero a mitad de camino me di cuenta de que había olvidado mi celular. Al principio no escuchó que regresé, así que oí parte de su conversación sobre el funeral, pero me inventó que en realidad estaba contándole a papá sobre un episodio de Stranger Things y ambas sabemos que en la serie no aparece ninguna chica llamada Sabrina.

—Luisa no es buena mintiendo ¿Alex ya sabe que Sabrina murió?

—No, ¿crees que si lo supiera se encontraría de pinta por la noche?

—No entiendo cómo pudo pasar. Recuerdo que ella estaba bien y hace unos meses me enteré de que tenía una escuela de música. Entonces ¿qué le ocurrió?

—Lu no mencionó porque murió. Lo más probable es que alguno de La Bola Ocho la mandó a… ya sabes —Mary estaba hablando entre sollozos, su voz era más aguda de lo normal.

—Eso quiere decir que Kimberly está aquí por eso. En realidad, vino a contarle a Alexander que Sabrina murió.

—Es lo más seguro. Pobre Kim, debe estar devastada —Mary se dejó caer en la cama y cubrió su rostro con sus manos.

—Sí, pobrecita.

—Alicia, lo digo en serio. ¡No es momento de que seas grosera! Kimberly debe estar pasando por un horrible momento. Deja a lado las diferencias que tuviste con ella en el pasado.

—Dile eso a las zapatillas Gucci que me arruinó por regar tequila en ellas.

—Deja de fingir, te tropezaste a propósito con ella, fue demasiado obvio, pero el punto no es ese. Lo importante es que Kimberly está aquí y Alex parece no saber que Sabrina murió. Debemos prepararnos para su reacción.

—¿Qué puede hacer Alex? Sabrina es su ex, tampoco fueron amigos durante mucho tiempo y él dijo que no terminaron en buenos términos, incluso nos obligó a no decirle a Kimberly y a ella que nos mudamos a Estados Unidos.

—¡Por eso! Él se arrepentirá de no terminar bien con ella y sabemos que no admitirá que se siente culpable, lo que significa que estará insoportable durante mucho tiempo.

—Como si Sabrina fuera tan importante para quitarle el sueño a Alexander.

—Por lo menos fue más importante que Jessy. Sabrina no fue contratada por papá para que se hiciera pasar por la novia de Alex y ni hablemos de Kimberly quien vivió un tiempo con él. Puede que Jessica sí se haya enamorado de nuestro hermano, pero él no.

—Cálmate, ya no seré grosera. Es solo que no me esperaba que esa carta resultara ser una invitación a un sepelio.

—Promete que no le contarás a nadie y mucho menos a Matthew.

—Sí, pero ¿qué haremos cuando Alex sepa todo? Será peor si se entera que nosotras supimos antes que él y no le dijimos la verdad.

—No se enterará que lo supimos antes si ocultamos ese detalle.

—¡Ay, Mary! ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque odiabas a Sabrina y a Kimberly. Si te lo decía eras capaz de celebrarlo. Además, creí que Lu nos lo diría.

—Tampoco soy tan mala, Sabrina me caía mejor que Kimberly.

Los toquidos en la puerta hicieron que Alicia dejara de hablar, Mary pensó que era Alexander. Alicia quitó el seguro y abrió la puerta. Se encontró con Lu quien había dejado las llaves de su casa por ocultar la carta.

—¿Qué hacen aquí? ¿Por qué estás llorando, Mary? —Mary ocultó la carta en la bolsa de su chamarra.

—Alicia y yo estábamos peleando. Ella dice que Matthew es mejor que William.

—No deberían pelearse por eso. Si Richard las escucha se preocupará.

Lu entró para recoger sus llaves que estaban al pie de la cama, después se despidió sin notar que los cajones del buró junto a la ventana estaban abiertos y que sus cartas estaban regadas en el suelo.

Heridas



—¿Quieres escuchar música?

Me preguntó Nicolas al no soportar el sonido del chicle que llevaba mascando desde que desperté. Dejé de mascar el chicle para lazárselo junto con una mirada de "¿Ahora eres nuestro amigo?".

Alex golpeaba el suelo con las palmas de sus manos y Jorge jugaba a empujar una tapa contra los barrotes de su celda, pero abandonó el feo colchón que Nicolas le dio, por ser su mejor amigo, y se dirigió a él.

—Ya es hora del desayuno, ¿nos alimentarás o nos seguirás tratando como animales?

Alex rio de forma sarcástica y dijo una grosería mientras tronaba su cuello. Nicolas le enseñó el dedo malo y recibió lo mismo de su parte. El amigo de Jorge se dirigió al estante del fondo donde estaban los paquetes de galletas, todos estaban rotos.

—Ayer estaban bien, ¿qué ocurrió? —giró a verme.

—Claro, tengo mirada laser y con ella corté todos los paquetes de galletas, no es como si hubiera un montón de ratas hambrientas por todo el lugar.

—Iré a ver si hay más comida en el retén de junto.

Esperé a que Nicolas se fuera y le di la señal a Jorge. Él con un dardo tiró el micrófono de la cámara para que se hiciera añicos. Saqué de mi suéter el único dardo que me quedaba y lo escondí detrás de mi espalda. Jorge me había obsequiado en mi cumpleaños una caja para las expediciones y siempre procuraba traer algunos por precaución.

—Cuando él regrese lo distraerás para que yo le lance esto —Le dije a Jorge desde mi lugar fingiendo ante la cámara que no fue nuestra culpa que el micrófono se cayera.

—¿Crees poder atinarle?

—¡Vamos! ¡Confía en mí!

—Kim, ¿qué es eso? —preguntó Alex acercándose a mi celda.

—Nuestra salvación, cuando Nicolas caiga ustedes no hagan alboroto o los presos de al lado sabrán que algo ocurre. Vuelvan a sentarse, recuerden que nos vigilan.

—Kimberly le lanzará el dardo a Nicolas, así que tenemos tres minutos para huir, porque el efecto no se compara con el de la inyección. Sabrina les disparará a las cámaras de seguridad, Kimberly correrá por nuestras maletas y yo le dispararé a Nicolas una vez que recupere mi pistola.

—¿Qué haré yo? —Jorge chasqueó la lengua al recordar que Alexander también estaba con nosotros.

—Tú solo huirás con nosotros.

—Déjenme dispararle a Nicolas.

—¡Claro que no! Nunca has disparado en tu vida y dijiste que estabas en desacuerdo en "coaccionar con armas".

—Dejen que Alex haga algo, por favor.

Sabrina juntó sus manos en modo de súplica y Alex le guiñó el ojo en señal de apoyo, pero retrocedió debido a la mirada de Jorge.

—Alexander, ¿sabes manejar?

—Por supuesto que sé conducir

—Entonces vas a manejar hasta que salgamos del retén. La salida está a cinco calles.

—Puedo hacer algo mejor, quiero hacer algo de vampiros como ustedes.

—Pues bébete la sangre de Sabrina, de seguro que está loca porque te acerques a su cuello —Jorge se desesperó y lo demostró burlándose de mi prima.

—Alex, yo solo voy a correr por nuestras maletas ¿Crees que eso es algo interesante? —le dije antes de preparar el dardo y él comenzó a reír.

—Dice Sabrina que corres peor que una tortuga —Mi prima regañó a Alexander y le dijo que no siguiera hablando.

—No sabía que las tortugas corren, gracias por el dato.

—Ya, ¡tenemos que calmarnos! ¿Cómo haremos que Nicolas se acerque a alguna de nuestras celdas para quitarle las llaves? —preguntó Sabrina cruzándose de brazos mientras paseaba por el poco espacio que tenía.

—Eso es fácil, Kimberly es la debilidad de Nicolas.

Quise lanzarle el dardo a Collins para que cerrara la boca, pero era eso o quedarme atrapada con La Bola Ocho durante mucho tiempo.

—¿Qué intentas decir?

Jorge no sabía que por un tiempo salí con su mejor amigo y tuve que desviar la charla.

—Tranquilos, Nicolás le tiene más confianza a Jorge que a nosotros, así que él se encargará de ponerle la trampa. Cuando chasquee será la señal para que se preparen.

Nos callamos al distinguir el sonido de unas llaves y Nicolas apareció con cuatro latas de atún. No se percató de que el micrófono estaba hecho añicos en el suelo gracias a que las ratas decidieron arrinconarse encima de los pedazos.

—¿Más atún?

—Pudieron comer galletas, pero parece ser que las ratas rompieron las bolsas, así que no se enfaden conmigo.

Comimos en silencio y cuando termínanos, Jorge empezó a jugar con la lata para llamar la atención de Nicolas que no soportaba los ruidos agudos.

—Jorge, ¿puedes dejar de hacer eso?

El responsable no le hizo caso y aumentó la intensidad del sonido arrastrando la lata por toda su celda, luego se detuvo para señalar la cajetilla de cigarros que Nicolas sostenía.

—Dame uno y dejo de molestarte.

—¿Qué más quiere su majestad? ¿Una silla reclinable y un coco?

—Me traicionaste y encerraste como un animal, lo menos que puedes hacer es darme un cigarro.

Nicolas le lanzó a Jorge el cigarro y antes de que él lo atrapara chasqueó tres veces. Esa era nuestra oportunidad y Jorge lo supo, por lo que se acercó a la reja.

—¿Tienes fuego?

Nicolas se acercó con el encendedor, así que aproveché que estaba de perfil para lanzarle el dardo a su cuello y cayó debido a los calambres que producía el objeto. Jorge se estiró y tomó las llaves de su bolsillo, abrió su celda para después hacer lo mismo con las nuestras.

Sabrina tomó la pistola que se encontraba en la mesa, le disparó a la cámara y rompió el lente. Yo corrí al auto acompañada de Alexander quien llegó más rápido que yo a la cajuela y sacó las maletas al igual que sus pertenencias.

Le dije a Alex que corriéramos por otro auto, pero con la cabeza me señaló a Sabrina quien se encontraba entre las manos de Nicolas. La estaba ahorcando y apuntaba a Jorge con la

pistola. Corrí más rápido de lo habitual y golpeé a Nicolas lo suficiente para que soltara a mi prima.

—¿Por qué no le disparas? —le grité a Jorge mientras sujetaba con fuerza los brazos de quien solía pensar que era mi amigo.

—Tiene el chaleco antibalas debajo de su chaqueta.

Alex ayudó a Sabrina a levantarse y se la llevó lejos. Jorge le había dado un golpe en el ojo a Nicolas, por lo que le costaba esquivar mis brazos.

—Kimberly, suéltame o le contaré a Jorge lo bien que la pasábamos juntos antes de que llegara.

A pesar de que su ex mejor amigo hablaba como si estuviera borracho, Jorge entendió perfectamente sus palabras y me miró sin saber a qué se refería. Torcí la muñeca de Nicolas, sin embargo, el sedante empezó a perder efecto y pudo zafarse.

Aproveché que él giró para clavarme una navaja y le di un golpe, con mi cabeza, en el tabique de la nariz, tal como me enseñó Octavio en mis primeros entrenamientos. Nicolas cayó inconsciente y yo comencé a desangrarme.

La debilidad en mi cuerpo no tardó en presentarse, pero no sentía dolor debido a la adrenalina. Jorge le quitó su celular al igual que sus credenciales. Por otro lado, Octavio perdería el vuelo porque Vattiare lo había cancelado a propósito, lo que nos daba tiempo suficiente para huir.

Jorge me cargó hacia al auto cuando no pude mantenerme de pie y Alexander arrancó de inmediato. Con las indicaciones de mi prima, Collins condujo hacia la salida del retén. En el camino, Sabrina, Jorge y yo le disparamos a las cámaras de la calle, yo solo pude romper dos, pues la herida impidió que tuviera buen pulso.

Conseguimos salir de ese infierno y regresamos a nuestros sitios, pero me invadió una sensación horrible: la cabeza me dolía demasiado, el cuerpo lo sentía pesado y mis oídos zumbaban. Vomité lo poco que había comido la noche anterior y mi prima sostuvo mí cabello. Jorge me extendió la cubeta que usó Collins durante nuestro trayecto.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Alex orillándose para cambiar lugar con Jorge.

—Nicolas la apuñaló.

No aguanté y caí rendida en el asiento, por lo que Sabrina examinó mi herida. Me dijo que no era grave, pero yo no paraba de hiperventilar y sentir la sangre recorriendo mi abdomen.

—Kim, no cierres los ojos —Nunca supe si eso lo dijo Alex o Jorge, pero no me ayudó a resistir.

Pese a que ya había pasado por accidentes como ese en los entrenamientos, el dolor superaba

todas las heridas que tuve a lo largo de esos tres años. Los oídos no dejaban de zumbarme y mis piernas temblaban, las voces de mi alrededor parecían susurros. Nicolas no me había causado una herida inofensiva y lo comprobé al perder el conocimiento.

Todo Eso Me Hizo Quien Fui y Quien Deseé Siempre Haber Sido



Formar parte del grupo me dejó recuerdos buenos y malos. Gracias a ellos aprendí a enfrentar cualquier obstáculo, sin importar que lo estuviera arriesgando todo. Estar en La Bola Ocho me enseñó que algunas personas son eternas, pero no de la manera en que pensamos, más bien permanecen por siempre en nuestra memoria. Aprendí que no se puede confiar en nadie y no porque las personas quieran dañarte, sino porque lamentablemente el ser humano siempre elige aquel camino que le convenga, aunque tenga que deshacerse de ciertas personas durante el proceso.

No puedo explicar cómo es extrañar a los amigos que decían ser tu familia y en cierto punto sabes que nunca lo fueron. Es difícil soltar a aquellos que alguna vez prometieron sujetar tu mano. La mayoría de los seres humanos llenamos nuestra soledad con amistades innecesarias y nos adherimos a ellas como si nuestra vida fuera mejor; sin embargo, a veces no queremos admitir que ya nada es igual que antes y que cada vez que evolucionamos es necesario alejarnos de aquellos que no nos suman.

Los recuerdos llovían en mi mente. Las ocurrencias de Sabrina sin importar la ocasión; la manera en que mi piel se erizaba cada vez que Jorge estaba detrás de mí y no era necesario voltear para saber que era él; las ocasiones en que Vattiare y yo compartíamos la comida para que no pasáramos tanta hambre; la mano que me extendía Matías, aunque no se lo pidiera, cuando sabía que algo andaba mal; las veces en que Camila me confiaba sus problemas a pesar de los malentendidos que teníamos; los abrazos de Nicolas que lograban bloquear toda mi ira y la cambiaban por tranquilidad. Todo eso me hizo quien fui y quien deseé siempre haber sido.

Al desmayarme, muchas cosas golpearon mi mente, demasiados recuerdos que, hasta no verlos a punto de irse al olvido, supe que en algún momento me hicieron más feliz de lo que pensé. Reconozco que nunca pude dejar de lado los problemas, aunque me encontrara dormida seguía pensando en ellos.

No, no me estaba muriendo, por lo menos no de manera literal, pero sí sentí que algo en mí estaba a punto de cambiar y por ello intentaba oponerme. No obstante, a falta de fuerzas, se sintió como si una parte de quien era se desprendiera de mí. No pude decirle adiós o agradecerle por lo feliz que alguna vez me hizo sentir.

Aun con los ojos cerrados escuché el sonido de los autos y el ruido de un ventilador, después

sentí una mano en mi rostro y algunas sacudidas en el brazo. El dolor de cabeza se había ido, pero los temblores eran constantes y experimenté una extraña e intermitente sensación de frío.

—Kim, ¿puedes oírme? —La voz de Sabrina me acompañó antes de que abriera los ojos. Si no la hubiera visto al despertar hubiera pensado que los últimos días tan solo fueron una pesadilla —. ¡Chicos, acaba de despertar!

Aunque mi vista era borrosa, distinguí a Alex y Jorge durmiendo en un sillón delante de mí. Ambos despertaron porque el gran grito de mi prima sonó por toda la habitación.

Me encontraba en un cuarto con paredes blancas, recostada en una cama mucho más cómoda a comparación de la que ocupaba en la casa de Octavio. Pensé que me encontraba en el hospital, pero no estaba conectada a ninguna máquina. A mi lado izquierdo había un ropero con muchas camisas elegantes y varias lociones a punto de acabarse.

—Kim ¿cómo te sientes? —Jorge fue el primero en agacharse para hablar conmigo. Tardé algunos segundos en responder.

—Tengo mucho frio —Mi voz era débil.

—¿Qué más quieres que te ponga?, ¿mis cortinas? —dijo Alex mientras buscaba con qué taparme. Alcé la vista y noté que tenía varias colchas puestas, pero el frío persistía.

—Hablo en serio, tengo mucho frio.

—¿Quieres que te traiga un tequila para que se te quite?

—Alexander, Kim acaba de despertar. No es una buena manera de volver a verse.

Jorge le dio un leve empujón a Alex quien lo tomó a mal y le lanzó un puñetazo en la mandíbula, cuando estaban a punto de tirar una mesa, mi prima les dijo que yo estaba sangrando.

—¡Oigan, está volviendo a sangrar!

Los dedos de mi prima se encontraban manchados y mi piel se erizó al ver mi propia sangre. Jorge y Sabrina taparon la herida con una gasa, pero Alex prefirió tomar su teléfono y abandonó la habitación sin dar una explicación.

—¿Estoy sangrando mucho?

—No, en un rato debe parar. Sabrina y yo suturamos la herida, lo hicimos bien o eso creo. No tienes de qué preocuparte.

Jorge quitó la gasa empapada de sangre y la tiró en un bote al pie de la cama, estaba repleto y a punto de caerse por el peso, por lo que Sabrina lo empujó con sutilidad lejos de mi vista.

—Creo que voy a… —No hizo falta que terminara la oración, mi prima me extendió una cubeta donde vomité.

—¡Alexander, trae otro paquete de gasas! —No hubo contestación de parte de Alex, así que Jorge repitió su suplica, pero él seguía sin aparecer. Jorge le pidió a Sabrina que presionara la herida para que él pudiera buscar más gasas—. Ya no hay. ¿Dónde está ese tipo?

Jorge esculcó una caja, pero lo único que había eran botellas de alcohol y agua oxigenada.

—Jorge, la gasa ya está muy húmeda, apresúrate —Sabrina estaba perdiendo el control.

—¡Te acabo de decir que se acabaron! —El sonido de un cristal rompiéndose provocó que todos nos asustáramos. ¿Octavio nos había encontrado?, un grito de Alexander me respondió y me tranquilicé al enterarme que había roto un vaso.

Alex hablaba por teléfono con otra persona, su voz sonaba lejana desde donde estábamos, El temor que sentí provocó que el tiempo pasara más lento. Por otro lado, no dejaba de pensar en que me estaba desangrando. Alexander regresó y me pidió que me tranquilizara porque pronto llegaría un doctor. Jorge y Sabrina se acercaron furiosos hacia él.

—¿Estás loco? ¡Dijimos que nada de doctores! —Sabrina le gritó a Alex mientras le golpeaba el hombro.

—¿Qué quieren que haga?, ¿quieren dejarla morir? Admito que fue muy hábil como intentaron cerrar la herida, prácticamente quisieron operarla como si estuviéramos en la prehistoria, sin el instrumental necesario y es por eso que necesita ayuda profesional con urgencia.

Jorge y Sabrina intercambiaron miradas, no podían dejar que me desangrara, por lo que Collins se zafó del agarre de mi prima y se acercó de nuevo a donde yo estaba.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jorge.

—Ustedes se esconderán porque vendrá un doctor que es amigo de mi familia y por obvias razones no debe verlos.

—¿Qué hay de Kim? —Collins torció los ojos.

—También se esconderá con ustedes, ¿tú qué crees? El doctor la revisará y dirá que prosigue. Sabri ¿tienes una identificación falsa para tu prima? —Sabrina buscó entre su portafolio y le entregó una identificación a Alex—. ¿Kimberly tiene seguro médico?

—¿Nos ves cara de tener seguro médico?

—¡Lo que faltaba! Tienen que esconderse, el doctor no tarda en llegar —Jorge y mi prima salieron del cuarto para ocultarse en la habitación de junto—. Kim, no cierres los ojos.

—Que gran consejo de tu parte— tomó un trozo de papel para limpiar con brusquedad mi rostro.

—Tengo que quitarte el maquillaje. No podemos dejar que el doctor te vea como la

combinación de un zombi con un mapache.

—No me quites el maquillaje, mejor retoca lo que está mal —Se detuvo y me dirigió una mirada de preocupación.

—¿Estás delirando? No entiendo porque Sabri no te lo quitó —Collins no podía quitar el maquillaje de mis párpados. Tal vez buscó una forma de arañarme el rostro como venganza por todo lo que estaba sucediendo—. El doctor Nájera vive cerca, no te preocupes, no ha de tardar en llegar. Es uno de los mejores cirujanos del país.

—No necesito de su ayuda, Sabri y Jorge saben suturar muy bien las heridas. No es la primera vez que recurrimos a hacer de doctores nosotros mismos.

—No quiero meterme en problemas si empeoras y no es normal que sangres así, es obvio que no estuvo bien la "cirugía" que te hicieron.

—Esto puede empeorar si el doctor se da cuenta de mi tatuaje.

—Tú tienes la culpa por meterte en ese lío de La Bola Ocho y dejar que te tatuaran siendo menor de edad.

—Tú tienes la culpa por confiar tan rápido en las personas y darles trabajo.

—Te recuerdo que esto no estaba en el contrato que firmaste.

—Yo no firmé ese contrato, lo firmó Barnes.

—Pues ahora eres Margarita Sánchez García— Alex leyó la identificación y me mostró mi nuevo nombre.

—Lleva meses que no uso esa identificación.

—Por lo menos la has usado alguna vez.

Alex revisó mi herida y palideció unos segundos, después abrió un cajón junto a él y sacó un paquete de vendas. Nos quedamos en silencio, pues él cubrió la hemorragia cuidando de no hacerme daño y yo me aferraba a su brazo. Probablemente estuvimos cinco minutos así hasta que decidí hablar.

—Desde hace tiempo tengo una pregunta ¿tu familia sabe que estás aquí? —Collins suspiró y evadió el contacto visual.

—No, Sabri dice que es mejor no hablar con ellos. No te preocupes, nadie sabe que vivo aquí y el doctor Nájera es de mi total confianza.

—Pensé que tus padres estaban de acuerdo con que vivieras solo.

—Parece que en La Bola Ocho no son tan buenos investigando. Llevo viviendo aquí a escondidas desde hace unos meses. Mi padre compró el lugar para que yo tuviera donde ensayar

con el piano, pero hace cuatro años consideró que era una pérdida de tiempo y me obligó a estudiar una carrera que no tiene nada que ver con la música. Por consiguiente, Richard decidió vender el departamento y se lo compré a quien se lo compró a él, sé que suena raro.

—Creí que no tenías secretos.

—No tengo tantos secretos como tú —De nuevo el incómodo silencio. Alex me echó en cara que casi todo el tiempo fui una total mentirosa con él.

—Tienes razón, por lo menos tú no formaste parte de un grupo criminal.

—Pues supongo que ahora sí —Alex levantó la venda.

—¿Por qué no me duele?

—Sabrina te inyectó un poco de morfina hace unas horas.

—¿Has estado aquí todo este tiempo?

—Ninguno de nosotros ha puesto un pie fuera desde que llegamos, aun nuestra huida es demasiado reciente como para arriesgarnos.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Yo siento que años. Nunca había conocido a alguien tan sangrona como tú literalmente.

—¿Quieres decir que llevamos días aquí?

—¡Caray! Haces muchas preguntas a pesar de tener una hemorragia.

—Haces muchos comentarios inútiles en situaciones delicadas.

—Llevamos un día aquí

—¿Estuve inconsciente tanto tiempo? —Alex asintió y de nuevo levantó la venda para ver si el sangrado había disminuido.

—¿Tienes alguna idea sobre qué decir cuando el doctor pregunte qué te ocurrió?

—Pensaba decir que me apuñalaste.

—Que graciosa.

—Le diremos que me autolesioné, así no sabrá de La Bola Ocho, pero ¿dónde nos conocimos y por qué estamos juntos? —Alex levantó la mirada y me miró sorprendido—. Me refiero a que tú no sueles rodearte de personas como yo. Tú solo eres amigo de niños ricos como tú.

—Algo se me ocurrirá.

Pasaron alrededor de cinco minutos en completo silencio, ya que mi última declaración nos había incomodado a ambos. El sonido del timbre nos tomó desprevenidos y Alex se levantó para abrir. Me quiso soltar, pero no le dejé, pues necesitaba que estuviera conmigo. Creí que el aferrarme a su mano fue una decisión tomada por mi cerebro, pero con el tiempo comprendí que mi corazón siempre tomaba las decisiones con respecto a él.

—Tranquila Kim, regresaré.

Desde ese momento siempre estuvimos llenos de despedidas más que de estadías. Alex se fue y me dejó con el miedo abrazando todo mi cuerpo. Llevaba tiempo que no iba al doctor, pues Octavio había designado a Nicolas para tratar cualquier malestar dentro del grupo; sin embargo, él solo había estudiado cuatro semestres la carrera de farmacobiología y no tenía la experiencia como doctor. No quería que el médico sospechara de mi procedencia por las cicatrices en mi cuerpo, y mucho menos que descubriera otras enfermedades que pudiera tener por falta de atención médica.

Alex entró seguido del doctor, me hizo la señal de que me quedara callada.

—Mucho gusto, Margarita. Soy el doctor Enrique Nájera. Alexander me pidió que te ayudara, así que procederé a hacer la examinación correspondiente.

El doctor prosiguió a evaluar mi abdomen y al quitar la venda no hubo necesidad de que hiciera más chequeos.

—¿Qué te ocurrió?

—Se clavó un cuchillo por accidente.

Alex respondió muy rápido, como si hubiera estado ensayando aquella respuesta desde que le llamó a Nájera, por lo que no pudo sonar más falso.

—¿Hace cuánto?

—Hace unos minutos.

El doctor hizo una mueca y me revisó los signos vitales. Él supo que mi herida no era de hace unos minutos, pero no insistió en los detalles.

—La tenemos que trasladar al hospital lo antes posible.

Mi corazón se aceleró al pensar que tendría que salir de esas cuatro paredes, con el riesgo de que Octavio me estuviera esperando en cualquier lugar para hacerme daño.

—De acuerdo —El doctor se alejó para hacer una llamada a los paramédicos. Alex aprovechó que Nájera salió y se acercó a mí. Aunque yo estaba en peligro de salud, él estaba igual de pálido que yo—. Kim, no puedo ocultarle la verdad a Nájera. Necesita saber lo que ocurrió para que te dé el mejor tratamiento.

—¿Le dirás que soy parte de La Bola Ocho?

—No me atrevería a hacer eso. Le diré que te encanta el billar y no pudiste pagar tus deudas, por lo que te apuñalaron y te encontré convaleciente.

—Eso suena más a Jorge que a mí.

—Pues que de algo te sirva haber salido con él. Solo le diremos a Nájera los detalles importantes y así será más rápida tu recuperación.

El doctor regresó y nos informó que la ambulancia estaba en camino. Después nos hizo varias preguntas y entre ellas le preguntó a Alex cómo ocurrió mi lesión. Collins le dijo lo que planeamos, pero Nájera dejó de anotar.

—¿No se les ocurrió algo mejor? Aquella sutura es demasiado buena para alguien inexperto, pero no es perfecta. Alex, no tenemos tiempo, si quieres que ella mejore tienes que decirme o no podré ayudarla como es debido.

—Ya te lo dije. Una persona le clavó una navaja cuando intentamos escapar de un asalto hace tres días. Ella estuvo inconsciente desde entonces y sangra cada ocho horas aproximadamente. Con eso ya tienes suficiente para salvarle la vida, así que demuéstrame que mi padre tiene razón al pagar tu costoso seguro —Nájera arrugó el entrecejo y lanzó una de sus manos a un costado en señal de continuar con su postura—. Enrique, si lo quieres saber, sí, en esto están involucradas personas bastante pesadas por lo que debo abstenerme de los detalles, pero no es como si no estuvieras familiarizado con eso.

—Sabes que el seguro solo aplica para familiares —Alex le entregó mi identificación falsa al doctor.

—Agrégala al seguro y te pagaré la diferencia —Nájera llenaba un documento con mis datos, pero al llegar a donde decía "parentesco" se detuvo—. Margarita es mi verdadera novia, ya sabes que lo de Jessica son solo negocios —Tanto el doctor como yo nos quedamos perplejos, Alex se mantuvo recto y con una mirada retadora. No sé qué me pareció más extraño, el hecho de que me presentara como su novia o que me llamara Margarita—. No hace falta recordarte que debes mantener esto en secreto.

—Yo me encargaré de eso.

Nájera volvió a hacer un par de llamadas para solicitar que su equipo estuviera esperándonos en la entrada privada del hospital. También comunicó que mis datos personales no debían filtrarse a la prensa porque eran un caso de alta confidencialidad.

La ambulancia llegó y los paramédicos me subieron a la camilla. Alex nunca se separó de mí y le pedí que me diera la mano al sentir el aire chocar con mi cuerpo. Me hubiera gustado decirle que aquellos momentos en que me sostuvo fueron lo mejor que tuve en años. Supongo que por eso me enamoré de él, porque a pesar de que nunca supo expresar sus sentimientos, esa era nuestra manera de comunicarnos, sin necesidad de hablar nos decíamos todo.

Por primera vez Alex y yo nos miramos de manera distinta, pues nuestra realidad ardió y quemó más que nunca. Toda mi vida me pregunté: ¿cómo soporté tanto fuego?

Pasé una semana internada en el hospital mientras me recuperaba de la cirugía. Alexander nunca apareció siquiera para preguntar por mi estado, los únicos pendientes fueron Jorge, Sabrina, Vattiare y Matías. Los dos últimos lograron escabullirse por unas horas en cuánto Jorge les contó lo que estaba ocurriendo, por suerte Matías instaló cámaras en los lugares que debían vigilar, lo cual siguieron haciendo desde mi habitación de hospital.

Sabrina me contó que Collins hablaba con Jessica la mayoría del tiempo. Mi prima también estaba enojada, pero controló bastante bien sus celos. Por otro lado, al encontrarme desocupada pude meditar acerca de mi futuro, y Alex aparecía en la mayoría de mis pensamientos.

Sí, fui muy ingenua al creerme las palabras de Alex hacia Nájera, incluso Collins me dijo en cuanto nos conocimos que yo no era su tipo. Bueno, él tampoco era el mío, pero no podía olvidar cómo sostuvo mi mano en la ambulancia. Aunque él dijo que todo era falso, yo estaba segura de que hubo algo especial en sus ojos al pedirme que me mantuviera con vida.

Me derrumbaba al encontrarme sola, me seguía sintiendo rehén de la incertidumbre y tenía miedo de que al salir no tuviera a donde ir. Además, nunca fui de las que lloraban por un chico, ¡vaya! ni la ruptura con Jorge me provocó malestar. ¿Cómo podía llorar por Alex?, ¿cómo podía llorar por él sabiendo que no éramos nada?

En una ocasión, Matías me orilló a contarle porque estaba ausente la mayoría del tiempo. Después de obtener la respuesta, mi mejor amigo bajó la mirada y fingió que vigilaba su cámara de seguridad en la computadora, pero su rostro estaba rojo a reventar.

—Kim, hay muchos peces en el mar. Olvídate de Collins —Sí, los hubo una vez que logré salir de ese ciclo vicioso, pero en ese momento era muy joven para creerlo.

Dejé de pensar en lo que viví durante las últimas semanas y regresé a la realidad donde me encontraba a salvo dentro del departamento de Alex o por lo menos no corría tanto peligro.

—Esta es la nota sol —Alex le señaló el pentagrama a Sabrina—. Puedes guiarte con la clave italiana.

Estábamos despiertos desde las cuatro de la mañana. Mientras Sabrina estaba en lecciones de piano con Collins, Jorge y yo tratábamos de infiltrarnos en la casa del grupo, ya que recién Vattiare nos había dado las nuevas claves y algoritmos, pues Alfonso cambió todo desde que nos separamos del grupo.

—La página lleva cargando cuarenta minutos, tendremos que recurrir a hackear la cuenta de Octavio.

Susurró Jorge viendo su reloj. Por otro lado, no perdió la oportunidad de dirigirles una mirada de odio a los nuevos "mejores amigos" cuando voltearon a vernos, pues Sabrina y Alex se reían por cualquier cosa y no dejaban que nos concentráramos. Por desgracia el internet solo funcionaba en la oficina de Collins, frente a su piano.

—No es tanto tiempo, he hackeado sistemas que tardan hasta dos horas —Jorge tronó su cuello.

—Sí, pero fue porque casi no conocías nada de ellos. Además, no estamos hackeando, intentamos ingresar a la cuenta de Alfonso legalmente, tenemos el ID y la contraseña del sistema de seguridad.

—Jorge, ¿seguro que pusiste bien la clave?

—Ya te dije que sí. Alfonso la cambió ayer y después de eso no volvió a acercarse a su panel de control o eso me dijo Vattiare.

—Vattiare tuvo entrenamiento ayer, puede que Alfonso cambiara la clave durante su ausencia. Ya sabes cómo es él de desconfiado y más si sabe que ella fue quien nos cubrió.

—¿Crees que sospeche de Matías y de Vattiare?

—Sí, es Alfonso, no confía ni en su propio hermano.

—Entonces ¿por qué no los ha enviado al exilio? Tal vez no ha notado nada.

—Porque ellos nos están espiando, es obvio —dijo Collins a nuestro lado observando la computadora.

—¿Qué? —Jorge se irguió porque notó que Collins estaba a punto de tomar la computadora.

—Matías y Vattiare son los espías de Octavio y también los nuestros, así que no podemos confiar en ellos. Por suerte no saben en donde estamos o ya le hubieran dicho al tipo ese.

—Ellos no le dirán a Octavio nada de nosotros —Pareció que dije una pregunta en lugar de una afirmación, por lo que Sabrina me dirigió una mirada singular.

—Pues, decían lo mismo sobre Nicolas y ahora por su culpa estamos encerrados aquí —Collins pateó la silla de Jorge.

—Vattiare es mi mejor amiga y confío en ella. No puedes juzgar a mis amigos por solo haberlos visto un par de veces. Los conozco desde hace tres años y a ti desde hace un mes.

—Entonces, ¿por qué no logran entrar al sistema? No me importaría estar de acuerdo con ustedes, pero hay que considerar que sus queridos amigos aún trabajan en La bola ocho— Persistimos en no compartir la idea de Alex, no obstante, dijo algo que no podíamos ignorar—. Ustedes tienen que pensar como si siguieran trabajando ahí, inviertan los papeles. Aunque las intenciones de sus amigos sean buenas, siguen formando parte del grupo. Por consiguiente,

siguen las órdenes de Octavio y de Alfonso.

El internet volvió a fallar y lancé, al modem, la manzana que estaba comiendo. Mis ojos se centraron en el calendario que cayó. Recordé cómo Octavio elegía sus claves, lo difícil era saber cuál de todas sus fechas importantes era la que le protegía en ese momento.

—Octavio usa las fechas importantes para generar claves.

—¿Qué dijiste, Kim?

Aún escuchaba la retorcida voz de Octavio contándomelo mientras bebía botellas de alcohol barato y yo estaba recuperándome, en el sótano de su guarida, de la emboscada que sufrí por culpa del italiano con quién intentó hacer negocios, pero al final resultó ser una trampa. Todavía tenía la cicatriz de ese día, por suerte mi sudadera la cubría.

—Usa fechas de su vida personal. La última clave que recuerdo es 17 10 11.

—¿17 de octubre de 2011? —Sabrina dejó de tocar el piano y se integró a nuestra conversación—. Ese día tuvimos la reunión con los cinco grupos. Lo recuerdo porque fue un día antes de mi cumpleaños y al salir Alfonso me llevó de compras.

—No creo que Octavio se arriesgue a poner una fecha que todos conocemos. Aunque ese día, horas antes de la reunión, Alfonso y él salieron de la casa porque surgió una emergencia, ¿cuál?

Jorge no paraba de especular sobre aquella fecha, yo me mantuve en silencio. No recordé que ellos desconocían que ese día ocurrió una emboscada en la que terminé herida, pues Octavio me obligó a mantenerlo en secreto porque si se los contaba podía ponerlos en peligro.

—¿Ese día qué hicimos?

Sabrina y Jorge hicieron un listado sobre las tareas que tuvimos el 17 de octubre, pues buscaban algún detalle que pudiera ser importante para Octavio, cualquier victoria o motivo que lo llevara a usar aquella fecha como protección para la casa.

—¿Recuerdas qué hiciste ese día, Kim?

Regresé de mis pensamientos, Sabrina esperaba mi respuesta sentada al otro lado del escritorio con una libreta y pluma en su regazo. Tardé algunos segundos en responder.

—No lo sé, creo que tuve entrenamiento. No lo recuerdo muy bien, fue hace meses, además en octubre Jorge y yo no teníamos una rutina determinada. Estábamos sujetos a cambios de último momento y solo teníamos misiones pequeñas.

—Eso es cierto, entonces ese día lo más importante fue que Nicolas reformuló las balas y que durante la junta Matías se peleó a golpes con el líder del norte porque se acabó las aceitunas. ¡Vaya, qué ingenioso es Octavio!

Mi prima al igual que Jorge no creyeron en esa hipótesis, esos no era un acontecimiento tan retumbante, pues las balas eran reformuladas con frecuencia y estábamos acostumbrados a que Matías reaccionara mal ante cualquier problema que conllevara comida.

—¿En serio?, ¿fue lo mejor que le ocurrió ese año para usarlo como clave?

Aunque Collins solo conocía a La Bola Ocho por nuestras anécdotas, creía que podía especular como si tuviera el derecho y también a dudar sobre nuestras conclusiones.

—Esperen, ella no estuvo en esa junta —Jorge dejó de escribir para señalarme con el lapicero y sin consultarme tomó mi teléfono.

Olvidé que el 17 de octubre Jorge se preocupó porque no pude llegar a la junta debido a la detonación en la que me vi atrapada hasta que Octavio llegó para auxiliarme.

—¿Qué haces? —Alex dejó de caminar de un lado a otro al percatarse de mi discusión con Jorge.

—Quiero checar algo.

—Dame mi celular, por favor —se negó a soltar el aparato.

—Sueles guardar todo en tu agenda, si la checamos podremos recordar por qué no estuviste ese día— Jorge no tuvo éxito al intentar desbloquear mi celular con la contraseña que solíamos compartir.

—Borré todo, tuve que formatear el celular para que Octavio no me encontrara.

—¿Por qué cambiaste nuestra clave?

—Dale el celular.

Alex nos miraba de reojo con los brazos cruzados, pese a que nos separaban un par de metros, se podía descifrar su ira y confirmó mis sospechas por la forma en que se acercó más a nosotros.

—Puede que si veo su agenda encontremos la nueva clave, tan solo tiene que decirme cuál es su nueva contraseña y asunto arreglado.

—Si hubiera algo importante que saber ya nos lo habría dicho, así que dale el maldito celular — hubo un momento de silencio—. Por cierto, te recuerdo que ya no están juntos, así que ella no está obligada a conservar una clave que compartían durante su relación, puede cambiar de contraseña las veces que le dé la regalada gana sin tener que pedirte permiso.

Jorge se rindió y me entregó el teléfono, luego salió al patio para fumar y nos dejó a todos aturdidos lo que aumentó la tensión, pero me dirigí de nuevo a la computadora y me encontré con el aviso de que la clave era incorrecta.

—¿Qué pasó?

—La clave es incorrecta.

Sabrina tomó la libreta de Jorge donde tenía apuntadas las contraseñas cuando emergió una ventana en la computadora.

—Qué extraño, dice que el sistema está revalidando los datos.

Me acerqué y noté que se encendió la cámara de video. Pareció que Sabrina pensó lo mismo que yo, y ambas llamamos a Jorge asustadas al ver que la pantalla se oscureció. Me abalancé sobre la computadora y la desconecté por completo.

—¿Qué quieren? —contestó entre una nube de humo detrás de la ventana.

—¡Vattiare nos dio la clave incorrecta! — Jorge regresó corriendo y nos arrebató la libreta.

—¿Qué está pasando? No entiendo nada —dijo Alex.

—El panel de control de la oficina de Octavio registró la IP de tu computadora al detectar que intentamos entrar a el sistema y por ende también la hackeó.

—¿Qué es IP?

—La dirección del dispositivo, Octavio puede usarla para encontrar quienes intentaron ingresar y saber nuestra ubicación porque está vinculada a la ISP, así que también puede atacar nuestra red para obtener información personal.

—Puedo alentar el proceso y evitar que la alarma de Octavio se active, pero necesito que encontremos la verdadera contraseña o vamos a valer —encendí la computadora desde el modo de programación, una cuenta regresiva nos recibió al ingresar de nuevo.

Escribí código tras código para evitar que Octavio obtuviera nuestra ubicación, mientras Alex me observaba atónito y trataba de anotar lo que tecleaba como si eso ayudara.

—Alex, no pierdas el tiempo, si no sabes lenguaje de programación no entenderás absolutamente nada —dijo Jorge conectando su computadora para ayudarme a hackear el sistema de Octavio, después de todo dos cerebros pensaban mejor que uno.

Mientras me infiltraba en el sistema, pensé en cuál podía ser la contraseña, así que le pedí a Alex que buscara en mi celular un correo electrónico que Octavio me mandó cuando me pidió hacer unos arreglos al software de la casa. Alex leyó las tres opciones que Octavio me envió para la nueva contraseña y una de ellas llamó mi atención: Avenida Presidente Masaryk 12.

No me quedaba de otra, tenía que intentar introducir la calle combinada con la hora en que el italiano me citó. No era raro que Octavio usara tan retorcido dato para proteger su guarida, además él no se arriesgaría a cambiar la clave por algo totalmente distinto, él mismo me confesó que tenía mala memoria.

—Jorge, esa debe ser la clave. Pongamos Avenida Presidente Masaryk 12 —Jorge dudo un

segundo, pero accedió a intentarlo y ambos tecleamos la contraseña.

—Tenemos que esperar a que el sistema cargue el código, de momento tenemos que preparar nuestras maletas por si debemos huir. ¿Este departamento a nombre de quién está? —Collins parecía estar en shock, no se movía para nada.

—Del señor que originalmente le compró el departamento a mi padre.

—¿Es amigo de tu familia?

—No, la única vez que hablé con él fue para que me cediera la propiedad, pero no hicimos cambios en los papeles para que Richard no descubriera que en realidad yo tengo el departamento.

El sistema seguía cargando. Hasta ese instante nunca me había detenido a pensar que sentían las demás personas al correr peligro de que La Bola Ocho les hiciese el mínimo daño. Tal vez estábamos pagando el precio. Por otro lado, teníamos que preparar nuestro equipaje, pero la esperanza de salir ilesos nos mantenía inmóviles, uno junto al otro, atentos a cualquier error que trajera al enemigo ante nosotros.

Me arrepentí de huir del grupo, pues no recapacité en lo que en verdad implicaba ir en contra de La Bola Ocho. Creí que todo era mi culpa y esta me consumía en cada respiro que daba. ¿Era mucho esperar dos años para ahorrarme ese martirio?

—El sistema aceptó el código. Estamos dentro.

No creímos las palabras de Jorge hasta que las diversas cámaras de Octavio aparecieron en la pantalla. Reímos al descubrir que Alfonso y él estaban comiendo mientras veían un partido de fútbol y Nicolas trapeaba la sala.

—¿Esos son ellos? —preguntó Alex y le hizo zoom a la pantalla.

—Sí, te los presentamos. Nos salvamos de la alarma —respiramos aliviados, supuse que Jorge también se estaba preparando para lo peor.

—Kim ¿cómo supiste que esa era la clave? —No estaba lista para confesar la verdadera razón.

—Octavio adquirió ese día una propiedad en la Avenida Presidente Masaryk y por eso no estuve en la junta, fui a firmar los papeles de la propiedad. Pensé que si se los decía me dirían que no serviría para entrar al sistema, pero era eso o huir.

—Debiste decirlo, aunque eso ya no importa, porque nos has salvado de un gran problema.

—¿Entonces Octavio ya no sabrá en dónde estamos? —preguntó Alex, estaba bastante pálido.

—Ni siquiera notó que intentamos infiltrarnos, puedes estar tranquilo.

—Necesito un poco de aire, no me esperen para cenar. Iré por las medicinas de Kim— dijo

antes de ponerse una sudadera con capucha, tomar una pistola y salir sin esperar nuestra respuesta.

Alex, me gustas

Escucha aquí That Way de Tate McRae



Desde que nos infiltramos a las cámaras de seguridad del grupo, los cuatro nos turnábamos para vigilarlos día y noche. Octavio no dejaba de hablar pestes de nosotros, también nos enteramos de que Nicolas no podría formar parte de ninguna expedición durante seis meses, así que lo único que hacía era estar en su laboratorio con la nariz vendada. Le hice un favor con el golpe que le di al despedirnos, ya que luciría un mejor perfil.

En lo que respecta a Vattiare, su castigo fue hacer el doble de entrenamiento y no solo realizar las investigaciones que le correspondían sino también el trabajo que solía hacer Sabrina mientras Alfonso encontraba un reemplazo para ella.

Las cosas estaban aburridas: entrenamientos, tareas en la casa y las juntas rutinarias sin nada que resaltar. Por lo que las tres horas de mi guardia pasaron muy lentas, algunas veces me dormía por unos segundos, pero los ronquidos de Sabrina y Jorge me despertaban.

—Es mi turno.

Me sobresalté porque a mi lado izquierdo apareció Alex tallándose los ojos. Llevaba puesta una playera blanca y unos pants negros. No había visto nunca sus brazos al descubierto porque siempre se vestía con sacos y camisas de manga larga. Me sorprendió descubrir que tenía varios tatuajes.

—Puedo seguir aquí, parece que estás cansado. Adivino, los ronquidos de Sabrina y Jorge son música para tus oídos.

—¿Cómo puedes dormir con ese par roncando como si estuvieran compitiendo?

—Práctica, te acostumbrarás.

—Eso espero. Me haré un café para soportar la guardia. Te ofrecería uno, pero Nájera te prohibió beber cafeína.

—No te preocupes, puedo quedarme aquí vigilando. Estoy acostumbrada a hacer guardias

más largas.

—Acabas de salir del hospital y tienes que guardar reposo. Hice un trato con Nájera y debo cumplirlo.

Recordar mi estancia en el hospital agitó mi corazón. Era la primera vez que Collins hablaba de eso.

—No quiero ir a dormir. Si no te molesta, prefiero quedarme aquí.

—Entonces yo también me quedaré —Alex se sentó junto a mí tomando su taza de café y movió la computadora al centro de la mesa. Tener a Collins a lado mío fue extraño, ya que pude oler el detergente de su ropa, pude ver sus ojos más de cerca y pude oír su respiración, pero no pude ver debajo de lo superficial—. ¿Por qué tienes la pistola junto a ti?

No esperaba que Collins notara mi arma oculta bajo los cojines del sillón.

—Nunca se sabe, puede que alguien intente entrar.

—También puede que necesites dinero para pagar tus deudas y busques a quien amenazar.

—No, es solo que me siento más segura con la pistola.

—Pues yo no. ¿Cómo sé que no la tomarás cuando esté distraído y me dispararás?

—Porque no me atreví a dispararte aquella vez.

Para evitar mirarle, cambié la pantalla de la cámara de las habitaciones a las del campo de entrenamiento donde Octavio practicaba con la pistola de dardos.

—Puede que no me disparaste porque estábamos en un lugar público y ahora que nadie nos ve puedes aprovechar para matarme.

—Ya eres parte de nosotros, no podría hacerte eso —Él ya era parte de mí.

—No confío en ti, de los tres tú eres la más peligrosa.

—Yo tampoco confío en ti, ¿Cómo puedo estar segura de que no llamarás a la policía y nos entregarás?

—Tienes razón, sigo pensando en eso cada vez que te veo. Quisiera poder salir por lo menos un día para tomarme un descanso de ti y de tus impulsos.

—Ya te dije que no te haré daño.

—Ya te dije que no confío en ti— desesperada agarré la pistola y le quité las balas, tomé la mano de Alex para entregárselas.

—Ya no tienes de qué preocuparte— ignoré la reacción de Collins y continué viendo a mis

excompañeros dormir tranquilos sin sospechar que los vigilábamos las veinticuatro horas.

Collins parecía querer decirme algo, pero al notar que estaba observando a Nicolas, se rindió. No fue hasta una hora después que logró confesar lo que le atormentaba.

—¿El día en que nos conocimos me apuntaste con la pistola falsa o con esta? —tardé unos segundos en hablar y no me inmuté a pesar de lo que significaba contarle mis intenciones.

—Era la pistola de Alfonso. En cuanto ves con detenimiento la pistola falsa sabes que no es real y no quería arriesgarme. Pensaba lanzarte gas lacrimógeno, pero no pude encontrarlo y tuve que optar por la pistola.

—Entonces tu finalidad era hacerme daño de cualquier manera.

—Era asustarte.

—¿Fue idea de Jorge?

—No, fue mi idea. No le hago caso a Jorge en ese aspecto, sabe que soy terca y siempre hago de las mías.

—Entonces ¿obedecías a Nicolás? ¿Acaso le querías más que a Jorge?

—¿Qué tiene que ver él con todo esto? A ambos los quise, pero de manera distinta y Nicolas no me daba órdenes. De hecho, antes de que él llegara, Octavio me estaba entrenando para ser la capitana del grupo, pero los demás lideres no querían que una mujer fuera la líder del grupo principal y se canceló mi ascenso.

—Admítelo, terminaste con Nicolas porque era igual de inteligente que tú y no podías usarlo a tu favor. En cambio, Jorge siempre busca complacerte.

Fue gracioso que Alexander hablara sobre mis decisiones pasadas sin estar seguro de sus declaraciones.

—¿Tú qué sabes? Terminé con Nicolás porque es un mujeriego y Jorge es todo lo contrario.

—¿Qué vieron en ti?, ¿les diste algo para que salieran contigo?

—¿Tienes algo contra mí? Entiendo que tengas preguntas sobre el día en que te amenacé, pero no sé por qué me preguntas sobre mis relaciones pasadas. No tienes derecho a hacerlo, no somos nada. No siento nada por ti.

—Yo no dije que sintieras algo por mí. Entonces ¿por qué no me dejabas ir el día en que te internaron? —las piernas me temblaban.

—Porque estaba asustada y necesitaba que alguien me animara.

—He visto cómo me coqueteas —La arrogancia se reflejaba en sus ojos.

—Alex, yo nunca te he coqueteado. Parece que te golpeaste la cabeza.

—Con que lo estás negando. He visto la manera en que me miras y noté que estás usando un nuevo perfume. ¿Te gusto? ¿verdad?

—¿Qué? Si lo dices por lo de la ambulancia, lamento informarte que estaba drogada y vulnerable. No puedes sacar conclusiones apresuradas y yo no te coqueteo, que tú te sientas atraído por mí es algo distinto.

—Yo no me siento atraído por ti. Si te gusto solo dilo, para que no te sonrojes cada vez que me acerco a ti.

Se acercó a mi cuello y sentí su respiración lo que erizó mi piel. Me atreví a mirarlo directamente a los ojos y noté que sus pupilas se dilataron, no pude evitar decirle lo que quería oír, pero no me arrepiento.

—Está bien. Alex, me gustas. ¿Estás contento? —No obstante, soné bastante sarcástica por la risa falsa con que terminé la frase y por el golpe que le di en el brazo.

—Lamento informarte que me gusta Sabrina, ella sí es mi tipo.

¡Boom!, se sintió como si de verdad me hubiera disparado, aunque las balas seguían en la palma de su mano sus palabras fueron suficientes para herirme y hacerme trizas. Él sabía que me gustaba y no le importó obligarme a decírselo para después decir que él quería a mi prima, no a mí. Nunca le importó herirme.

—Pues ambos se gustan, así que felicidades.

—¿Te molesta?

—No, te deseo lo mejor, créeme. Espera, ¿dónde está Octavio?

—No cambies de tema, Kimberly. No es bueno que guardes rencor.

—No te guardo rencor. Podemos hablar de ello en otro momento, por ahora ayúdame a buscar a Octavio.

—Debe estar perdido en el triángulo de las bermudas como el tío Lucas en la primera película de Los Locos Addams, con eso de que parecen gemelos. Tendremos que esperar veinticinco años para que aparezca y…— lo interrumpí.

—Alex, no estoy jugando. No lo encuentro por ninguna parte —revisé todas las cámaras y no encontré a Octavio. No estaba en su cuarto, tampoco en el campo de entrenamiento y menos en su oficina.

—Kim, no inventes cosas. Admite que estás molesta porque no me gustas.

—Me molesta que me juzgues sin conocerme. Mi prima es graciosa, tierna, bonita e inteligente, pero ambas procedemos de La Bola Ocho, ¿por qué me odias tanto entonces? A ti no

te molesta que estuve en ese grupo, tienes algo contra mí, algo personal.

—¿Quieres que te ame, que te idolatre? Tu prima supo separar sus ideologías de La Bola Ocho, ella no dejó que le lavaran el cerebro. En cambio, tú actúas como si siguieras siendo parte de ellos. Además, envidias a tu prima porque logró conocer a alguien nuevo. Estás dolida con el grupo y la única relación que podías tener se acabó, Jorge no te soportó y Nicolas tampoco.

—¿Tú qué sabes de relaciones? Tu padre elige a tus novias y tus amigos te dicen cómo conquistarlas, eres un títere y no quieres aceptarlo. Puede que esté "dolida", pero cualquiera de mis relaciones o de mis amistades han sido más verdaderas que todas tus relaciones juntas. Eres un hombre insolente, hipócrita y vulnerable, tan fácil de controlar y chantajear. ¿Dije que mi prima es inteligente?, pues me equivoqué porque se enamoró de ti.

—Mira quien lo dice, creo que te confundiste y te insultaste a ti misma.

—No soy tonta. No me enamoraría de alguien que siempre tiene las manos en los bolsillos esperando a que le digan cómo manejar su vida —Tal vez sí era una tonta.

—Por lo menos yo nunca formé parte de un grupo de mafiosos por ser el hijo adoptivo de uno.

—¡Eres un esclavo de Richard Collins! —Me levanté y me dirigí a la salida, pero regresé por mi pistola. Me acerqué a la altura de Collins para asegurarme de que me prestara atención—. ¿Quieres saber todo sobre el día en que te amenacé? Bueno, averigüe el modelo de tu celular para comprar uno igual y hacerte creer que era el tuyo. Llevaba mucho tiempo analizándote así que aprendí tus costumbres: la billetera siempre en el bolsillo derecho, la chequera en el izquierdo, tu celular siempre lo llevas en el cinturón y las llaves del auto dentro del bolsillo del saco. Fuiste una presa bastante predecible; sin embargo, no te quería matar. No sé si te tuve piedad por Sabrina, pero, en cuanto vi que estabas en la esquina de la calle, abrí la pistola y tiré las balas a la fuente, por si quieres ir a buscarlas. Buenas noches, descansa Alexander.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla cuando me alejé de él. Desde que le conocí supe que no podría hacerle daño, creía que era por mi prima, pero fue por mí, por la atracción que sentí por él cuando nos conocimos.

La Llamada



Había pasado un mes desde que empezamos a espiar a La Bola Ocho. Por otro lado, la familia de Alex creía que él se encontraba estudiando en Canadá, pero seguía oculto con nosotros.

Nuestra rutina era desayunar la comida que Vattiare compraba a hurtadillas y dejaba en el consultorio de Nájera cada fin de semana. Nunca dejábamos de vigilar al enemigo. Durante su descanso, Sabrina tocaba el piano junto a Alex y les encantaba reproducir el casete que ella le regaló. Jorge se entretenía hablando con sus padres por videollamada, pues les explicó todo lo que sucedió y trató de recuperar el tiempo perdido. Yo pasaba mi tiempo libre dibujando, aunque me aburría después de una hora. Algunas veces descubría a Collins observándome, pero al coincidir nuestras miradas pretendía no hacerlo.

Desde la noche en que discutimos no volvimos a dirigirnos la palabra, a no ser que estuviéramos en guardia. Sabrina defendió a Alex cuando le conté lo que sucedió y me dijo que tenía que relajarme. Sin embargo, mi prima se molestó conmigo por dejar a Alex solo con las cámaras de seguridad.

Mi celular sonó y al ver que Vattiare me llamaba contesté en seguida, necesitaba hablar con mi mejor amiga.

—Vattiare que bueno que llamas.

—Hace tiempo que no hablamos. ¿Cómo has estado?

La voz de Octavio estaba del otro lado de la línea. Me aferré a mi silla como si ayudara a que él no me hiciera daño. Su gruesa voz hacía sangrar mis oídos.

—¿Qué quieres?

Lo puse en altavoz para que todos oyeran, el más afectado fue Jorge observando por medio de la cámara a Octavio. Nuestro exjefe estaba sentado en su oficina riéndose cada vez que yo le contestaba.

—No es lo que piensas, o bueno puede que sí. Hoy, ordenando mi oficina, encontré tres

papeles importantes, tres contratos para ser exactos, así que decidí hacer una inspección sorpresa en el grupo y hallé tú número en la agenda de Vattiare. Te recuerdo que falta dos años para que termine su contrato y si no cumplen puedo proceder contra ustedes.

—Si procedes puedo decirle a la policía todo lo que sé.

—Si haces eso ustedes también irán con nosotros a la cárcel, parece que nuestro destino es estar juntos, Kim.

—No, porque diré hasta lo que el grupo no sabe: le contaré a la policía del imprevisto que pudo costarme la vida —Octavio dejó de jugar con nuestros contratos.

—No tienes pruebas suficientes para demostrarlo.

—Tengo una cicatriz y los mensajes de ese día. A y ¿adivina quién también ordenó su computadora? Encontré el reglamento y algunos videos de La Bola Ocho, ¿recuerdas que me pediste hacer una copia?

—Sabes que de cualquier manera iremos todos a la cárcel.

—No vamos a regresar al grupo.

—No me importa, en unas semanas llegarán sus reemplazos. Queremos proponerles algo, un pajarito me dijo que el hijo de Richard Collins está con ustedes, ¿por qué no dejas que hable con él?

—No, lo que quieras resolver que sea con nosotros.

—Si no me lo pasas, tomaré tu palabra y cobraré las represalias estipuladas en sus contratos —Me quedé callada—. Si te digo que una expedición de veinticuatro horas en Collins Company podría ser su pase de liberación, sin represalia alguna, ¿aceptarías?

Nuestros ojos se iluminaron, Octavio nos estaba diciendo que podíamos olvidarnos del contrato a cambio de un robo a los Collins. Nuestras libertades valían veinticuatro horas dentro de la empresa, no moriríamos o iríamos a la cárcel.

—¿Cómo sé que no es uno de tus trucos?

—Puedes estar tranquila, el dinero que sacaremos de esa empresa vale más que sus cuatro vidas. Sé que planean denunciarnos ante las autoridades, pero lamento decirles que no servirá de nada, tengo muchos amigos en la fiscalía y cualquier movimiento en falso acabará con ustedes.

—Entonces no seremos libres, seguiremos siendo tus presos —dijo Sabrina arrebatándome el teléfono.

—¡Vaya!, Sabrina, que milagro. Qué bueno que te escucho. Tú conoces todo el papeleo y las condiciones en cuanto se acaba cualquier contrato con La Bola Ocho, pues eso es lo que pasará

si acceden al trato que les ofrezco. Ambos conseguimos lo que queremos.

—Estás siendo demasiado generoso. ¿Cuánto es lo que piensan extraer de la empresa?

—No puedo darles cifras concretas, pero digamos que es el robo de nuestras vidas. ¿Por qué no lo piensan? Les hablaré más tarde, para elaborar el contrato.

—¿Otro contrato? Sabes que no aceptaremos.

—Es un contrato de prestación de servicios, no es como el primero. Llamaré a las nueve.

Octavio colgó y nos quedamos sin habla, Collins seguía con las manos sobre las teclas del piano, pero no lo tocaba, había escuchado todo y sabía que de él dependía la decisión.

—Pienso que el precio a pagar es alto. De hecho, nosotros no pagaremos, Alexander y su familia son los que lo harán —le dije a Jorge.

—¿Cuánto puede extraer Octavio en un día? —Me sorprendió que Sabrina me dirigiera la palabra.

—Tendría que ver los ingresos de la empresa para calcular de cuánto dinero estamos hablando.

—Veinte millones de pesos —respondió Alex desde donde estaba sin dirigirnos la mirada.

—¿Hablas en serio?

—Eso es lo que Octavio sacaría en veinticuatro horas. Cada una de nuestras cabezas vale cinco millones de pesos.

—Les dije que era demasiado bueno para ser real. Podemos escondernos en otro lugar. Tenemos que aceptar que siempre estaremos huyendo.

Jorge fue por su maleta y regresó para guardar algunas de sus pocas pertenencias que estaban regadas por la sala de estar, la cocina y la habitación.

—¿Por qué no volvemos al grupo? Prefiero estar con ellos dos años a estar huyendo toda mi vida.

Sabrina y Jorge dejaron caer los hombros, era la solución más viable. Collins seguía fingiendo que no había escuchado la llamada de Octavio, después de todo, por más dinero que tuviera su familia, veinte millones era una cantidad demasiado alta.

—Pero Octavio dijo que nuestros reemplazos llegan en unas semanas, no podemos regresar como si no pasara nada. Además, nos usará para dañarlo a él —dijo mi prima con un movimiento discreto de cabeza señalando a Alex.

—Octavio sabe que perderá tiempo y dinero en la capacitación de esos reemplazos. Vamos a tener que regresar.

—No lo harán, llámenle a Octavio— Alexander seguía dándonos la espalda mientras hablaba.

—¿Para qué? —Jorge lanzó un soplido y una risa seca.

—Solo son veinte millones, llámenle a ese tipo.

—¿A qué te refieres? —se levantó y se acercó a nosotros.

—¿Qué importa tener veinte millones más o veinte menos? Yo estoy dispuesto a terminar con esto y estoy dispuesto a pagar para que los deje en paz —Alex se dirigió a Sabrina, yo ignoré lo que sucedía—. Puede que esté loco, pero me la paso mejor con ustedes que con mi familia. Llámenme masoquista o psicópata si quieren; sin embargo, quiero agradecerles de esta manera por el valor que tuvieron de revelarme todo lo que ha hecho el grupo contra mi familia y contra los amigos de mi padre.

—¿Quieres agradecernos por aislarte de la sociedad, por invadir tu departamento y poner tu vida en riesgo? —le dije antes de tomar mi maleta.

—No, quiero ayudarles porque de no ser por ustedes tendría que estar al mando de esa empresa. Gracias a ustedes Richard piensa que estoy en Canadá y no me ha presentado a una nueva chica —Esta vez se dirigió a mí—. En conclusión, debido a ustedes me libré de Richard y pude recapacitar sobre muchas cosas. No puedo seguir permitiendo que él controle mi vida.

—¿Eres consciente de que ellos robarán veinte millones?

—Pues eso equivale a lo que el asistente financiero le roba cada año a Richard, ¿cuál es la diferencia? Si no llaman a ese tipo lo haré yo.

—¡Gracias, Alex! ¡gracias!

Mi prima se tiró a los brazos de Collins, él la abrazó y le dio un beso en la mejilla, Jorge le estrechó la mano y le dijo que siempre estaría en deuda con él.

—Gracias.

Le di un pequeño abrazo a Collins y él lo aceptó para no parecer grosero, tenerlo tan cerca empeoró mi estabilidad.

—No le responderemos a Octavio aún, no le daremos lo que quiere tan rápido.

Después de noches repletas de insomnio y el miedo merodeando alrededor de cada uno de nuestros pensamientos, pudimos descansar tranquilos, porque la libertad estaba más cerca de lo que creíamos.

Jugada Maestra



Octavio no pudo contener su felicidad cuando Alex accedió a que entrara a Collins Company. Jorge, Sabrina y yo tendríamos que ver a Alfonso en un punto determinado, lejos de la Ciudad de México, para regresar lo que conservábamos del grupo.

Alexander sería quien le diera entrada libre a La Bola Ocho, no obstante, nosotros pusimos como condición que las veinticuatro horas del robo se dividieran en cuatro bloques con descansos de tres horas, porque Richard o cualquiera podría darse cuenta si el dinero era robado de un solo golpe.

Le enseñamos a Alex como proteger a la empresa para que el robo fuera mínimo. Jorge y yo diseñamos un algoritmo para que en cada intento que hiciera La Bola Ocho el dinero se redujera al 20% sin que ellos lo notaran.

—Este es el plan, Alexander fingirá que regresó de Canadá porque está dispuesto a asumir el mando de la empresa, entonces Richard accederá y lo pondrá a cargo por el viaje de negocios que tiene esa semana. La Bola Ocho instalará su panel de control en la azotea, seguirán el protocolo de todas las expediciones y estarán vigilando a Collins. Nosotros estaremos en Monterrey con Alfonso, por obvias razones no podremos hacer nada.

—¿Cuándo entraré al sistema?, ¿para qué me enseñaron a utilizar el software si La Bola Ocho me estará vigilando? —Collins estaba enojado, pues pasó toda la semana en vela aprendiendo a usar el panel de control del grupo y el software que diseñamos.

—Dejarás que durante las primeras cinco horas el sistema permanezca intacto, después vendrás aquí y, desde la computadora que tiene instalado el software, reproducirás en su panel de control videos pregrabados.

—¿Videos pregrabados? —Jorge y yo intercambiamos sonrisas por nuestra jugada maestra.

—Sí, este es el plan: irás a la empresa una semana antes para grabar videos con las cámaras de seguridad por lo que te vestirás igual que el día de la expedición, cambiarás la fecha de tu computadora y grabarás tus actividades en esta. Durante la expedición vendrás a tu departamento para reproducir esos videos y entrar a su sistema.

—¿Qué pasará si ellos me impiden salir?

—Ellos no conocen la empresa como tú, así que entraremos a la base de datos y reemplazaremos el plano que tienen de la propiedad. He estado analizándolo y la ventaja es que tiene varias puertas conectadas, podemos modificarlo y borrar la zona que está detrás del área de producción, así ellos instalarán sus cámaras creyendo que cubren todo el territorio —le extendí a Alex una copia del plano de la empresa con una ruta pintada de color amarillo.

—¿Por qué este pasillo está subrayado?

—Esa ruta te guiará a la salida oculta que usa Richard, yo soy la única que sabe de su existencia, ellos nunca se molestaron en pedirme este tipo de detalles, así que lo borraremos del plano que ellos tienen en el sistema. Cubriremos con cajas la zona donde está el pasillo que conduce a la salida secreta, de tal forma que ellos piensen que tan solo es la bodega de mercancía.

—El pasillo estará oculto en medio de todas las cajas —agregó Jorge disfrutando de la poca probabilidad de que nuestro plan fuera descubierto.

—Para lograr llegar a esta zona tendrás que pasar por el área de producción porque es la más concurrida y desde ahí bajarás el breaker de la bodega, así la cámara de seguridad instalada ahí dejará de funcionar el tiempo suficiente para que huyas...

—¿Por qué no llevo la computadora al pasillo oculto? Así no saldré de la empresa.

—¿Recuerdas las características del panel de control?

—Olvidé que el panel detecta todo aparato que esté dentro del lugar.

—Exacto, entonces no podrás usar tu celular para hackear su sistema, ellos también podrán controlar tus llamadas, mensajes, etc.

—¿Oirán todas mis llamadas?

—Sí, por lo que dejarás el celular en tu oficina.

—Esperen, ellos podrán ver el estacionamiento, entonces se darán cuenta de mi huida.

—No te preocupes, compraré un auto que estacionarás a unas calles de la salida secreta. Nuestra ventaja es que tardas diez minutos de la empresa hasta acá, y lo único que harás aquí es pulsar un botón para que los videos hechizos se reproduzcan.

—Ellos sabrán que tramamos algo si no me ven en diez minutos.

—No lo notarán porque para ello es vital que antes de huir pases por el área de producción, debido a la multitud no lograrán distinguir en dónde estás y te perderán de vista. Por otro lado, Octavio te dará un reloj con un GPS para controlar tu ubicación; la contraseña para quitártelo es la misma que la del sistema de su casa porque están conectadas al laboratorio de Nicolas. No

se dio cuenta de que nos infiltramos al sistema, así que no ha cambiado el código y si lo hace lo sabremos.

—¿Qué haré con el reloj?

—En el área de producción te lo quitarás, asegúrate de no apagar el GPS. Guardarás el reloj en un lugar seguro y le pedirás a algún empleado de tu confianza que, en cuanto pasen dos minutos, vuelva a subir el breaker de la bodega para que la cámara funcione de nuevo, tendrás que inventarle algo para no decirle lo que ocurre.

—Vamos a recapitular: la expedición es en dos semanas y fingiré estar listo para que mi padre me ponga a cargo de la empresa. Después grabaré videos donde actuaré como si fuera el día de la expedición y compraremos un auto que estacionaré calles antes. El día de la expedición me dirigiré al área de producción donde me quitaré el reloj, lo ocultaré ahí y bajaré el breaker de la bodega, le pediré a alguien que al pasar dos minutos vuelva a subirlo. Finalmente, iré a la salida secreta para venir al departamento, activar los videos pregrabados desde aquí y hackear su sistema.

—Es lo mismo que te acabamos de decir. ¿Qué no escuchas?

Jorge bromeó con Collins quien de broma empezó a pelear con él. Con el paso de los días se volvieron muy buenos amigos, sin duda el mundo estaba enloqueciendo.

—Oigan chicos, esto es importante— dejaron de golpearse y volvieron a poner atención como si estuvieran en la escuela—. Alex, podrás asegurarte de que se lleven el 20% de tu dinero siempre y cuando logres instalar el software y hackearlos en el primer intento.

—¿Quién estará en el panel de control el día de la expedición? —entré al sistema de La Bola Ocho para consultar los horarios y puestos designados.

—Camila estará en el panel de control junto a algunos refuerzos del grupo del sur y del norte, Vattiare y Matías vigilarán los alrededores. Los demás son refuerzos del grupo del este, ellos robarán el dinero y las cosas materiales. Nicolas permanecerá liderando todo desde la casa. Octavio se enfocará en robarle a los clientes las joyas y objetos preciados.

—¿Refuerzos del sur y del este?

—Esta expedición no solo es importante para este grupo, también lo es para los demás, así que la mayoría de los grupos se unen para este tipo de robos.

—¿Qué pasará con el dinero que roben?

—Será repartido entre los que participaron en la expedición— seguí echando un vistazo a los demás puestos designados, hasta que me percaté de que Collins me observaba con expresión amenazante.

—¿En cuántas expediciones estuviste, Kimberly?

—En alrededor de doscientas, dejé de contarlas hace tiempo —contesté dudosa y miré a Jorge quien levantó los hombros compartiendo mis pensamientos.

—¿Qué ocurrió con el dinero que ganaste en esas expediciones? —De nuevo Alex manifestó su molestia sobre el robo que le hice. No quise entrar en detalles sobre qué me llevó a perder la mayoría de mi dinero, así que me quedé callada y pretendí no haber escuchado su pregunta, pero Collins azotó su mano contra la mesa—. ¿Por qué me robaste si tenías dinero?

Alexander se puso de pie y clavó sus crueles ojos en mí.

—Porque me dio todo lo que tenía para pagar mis deudas en el casino— respondió Jorge junto a mí imitando la postura de Collins.

—Además, la mayoría del dinero se lo quedaron ellos, no creas que nosotros nos ganábamos la millonada. Ni siquiera nos pagaban bien por las expediciones, mucho menos nos pagarían bien por un pequeño atraco.

—Algo debe tener, de ustedes tres ella ha sido la que menos se ha preocupado por el dinero. Ustedes están pensando en dónde trabajar y ella no se ha planteado la posibilidad de hacerlo. ¡No te voy a mantener toda la vida!

—¡Eso lo sé! ¿Quieres saber qué haré con el dinero que guardé? Compraré el auto con el que huirás y pagaré nuestra estadía en Monterrey. ¿Acaso creíste que Octavio nos pagaría el viaje? —Alexander se quedó mudo—. Ni siquiera notaste que Nájera no vino a cobrar el pago del hospital. Ayer liquidé lo que faltaba, porque hace una semana pude recuperar mi dinero.

Días antes descubrí que Alex tenía problemas económicos porque Richard no quería mandarle más dinero, ya que la universidad en Canadá incluía hospedaje y comida, así que no había una excusa lo suficientemente buena para que Collins necesitara tanto dinero cada semana. Alex no podía decirle a su padre que cambiábamos cada semana las cerraduras de su departamento o que compraba comida para cuatro personas, y que seguía pagándole a Nájera los gastos de mí operación.

—¿Por qué ellos tenían tu dinero?

—Porque se quedó en la caja fuerte que ocupaba cuando seguía con ellos. La semana pasada, Octavio y Alfonso tuvieron una junta importante por lo que no estuvieron en toda la mañana, así que Vattiare entró a su oficina y recuperó mi dinero.

Sabrina ocultaba su rostro entre sus manos, siempre hacía eso al estar incómoda. Era gracioso como mi prima se atrevía a estar de lado de Collins sin importar que no fuera lo correcto y si yo hacía algo bueno, simulaba no captarlo.

—¿Liquidaste sesenta mil pesos?

—Sí, como sea, Jorge diseñó un programa de simulación para que ensayes y el día de la expedición sea pan comido. Octavio ya no confía en Vattiare, por lo que ella no podrá seguir siendo nuestra intrusa, al igual que Matías. Tendrás que abstenerte a confiarles cualquier tipo

de información.

—De acuerdo.

Con la excusa de tener que modificar el plano, abandoné la sala.

La Expedición

Escucha aquí: Raro de Lu Decker



No pude dormir una noche antes de la expedición, estaba nerviosa por encontrarme con Alfonso. Tan solo de recordar la forma en que daba órdenes sin soltar sus armas, me daba escalofríos.

En el fondo tenía miedo de que no nos dejaran ir, pero me tranquilizaba recordar que sería peligroso porque Alex ya sabía de la existencia del grupo. Por otro lado, la herida de mi operación seguía recuperándose y no podría defenderme si el hermano de Octavio quisiera hacerme algo porque tendríamos que regresar las armas que conservamos del grupo.

—¿Kim, por qué comes el cereal con tenedor?

Collins apareció detrás mío con una botella de tequila, tomó un trago y volvió a señalarme con los ojos el plato que tenía entre las manos.

—Estoy algo distraída— dije alejando el plato de cereal.

—No puedes ingerir lácteos hasta dentro de una semana, al menos que Nájera te lo permita.

—¿Cómo sabes que no puedo ingerir lácteos?

—Nájera me envió tu receta médica. Nada de alimentos grasos, irritantes y lácteos.

—En el refrigerador solo hay alimentos que no puedo comer y ya se acabaron las manzanas, ¿acaso quieres que me muera de hambre?

—Te puedes morir si continúas comiendo galletas a escondidas, ayer te descubrí —reí y comí un poco de cereal, Collins tomó un gran sorbo de su bebida.

—¿Por qué bebes esta hora? Mañana tendrás una gran resaca y no podrás hackear el sistema.

—Solo tomaré un poco, no pasará nada —dejó la botella en la barra de la cocina y se giró

por completo hacia mí—. Estoy preocupado, ¿qué pasa si me descubren?

—Jorge me dijo que de las diez veces que usaste el simulador solo dos veces fallaste, así que hay un 20% de que eso ocurra —hice una pausa—. Sin embargo, noté cómo mirabas a Sabrina cuando estaba preparando su maleta, te preocupa que ella corra peligro, ¿cierto?

—También me preocupa que Richard descubra que La Bola Ocho existe y que Sabrina es mi novia.

Por poco me ahogué, no sabía que Collins y mi prima ya eran pareja. Mis latidos fueron más rápidos y mi respiración se volvió lenta.

—¿Sabrina y tú están juntos?

—Se lo pedí ayer, perdona por no preguntarte antes, pero tampoco es como si pidiera su mano ¿entiendes?

—Lo sé, no te preocupes. Pensé que primero terminarías con Jessica.

—Ya lo hice. Cambiando de tema, debo preguntarte algo —alargó la última letra—. Sobre aquella noche, ¿hablabas en serio sobre estar enamorada de mí?

No podía estropear el momento de mi prima, no quería perder a más personas en mi vida, tampoco quería perder a Alexander.

—No, me agradas, pero somos amigos ¿no?

—Sí, por supuesto que somos amigos y perdona si me pasé con lo que dije. No pienso que seas fea, eres bastante atractiva.

—Gracias supongo —un incómodo silencio me indicó que era mejor volver a mi habitación, y tratar de dormir para no pensar más sobre la expedición o la relación de Sabrina—. Iré a dormir porque nuestro vuelo sale temprano y la casa donde nos citó Alfonso está oculta, como era de esperarse, así que tendré que manejar desde el aeropuerto de Monterrey hasta las afueras de la ciudad.

—Me quedaré despierto un rato, quiero entrenar con el simulador.

—No te presiones, eres inteligente, así que lo harás bien. Si te sirve de algo, Jorge no pudo lograr usar el panel de control hasta el octavo intento y tú lo hiciste a la tercera. No le digas que te dije.

—Ya decía yo que lograrlo en el segundo intento era mentira.

—Alex, te prometo que Sabrina regresará. No tienes que preocuparte por ella, todo saldrá bien.

—¿Qué hay de Jorge y de ti?

—Jorge es Jorge —ambos reímos—, y yo me encargaré de que ellos regresen a la ciudad.

—¿Qué quieres decir?

—Jorge debe regresar con su familia a Querétaro y Sabrina contigo. Yo no tengo ninguna obligación por la cual regresar así que, si ellos intentan ponernos una trampa, negociaré para que yo sea la única que regrese al grupo

—Tienes a Sabrina, a Jorge quien te sigue queriendo y me tienes a mí.

Alex borró la distancia que nos separaba y rodeó mi cintura con uno de sus brazos, nuestros rostros estaban a centímetros de distancia, pero controlé mis deseos de besarlo, no podía traicionar a mi prima. Coloqué mi mano en su rostro, con mi dedo tracé el contorno de su mejilla, acaricié su espalda y suspiré, tuve que alejarlo.

—No te tengo y lo sabes —Collins levantó la mirada y me apuntó con sus ojos cristalinos, quise creer que le dolía igual que a mí—. No lastimes a Sabrina, es la persona más hermosa que puedes llegar a conocer —dije con un nudo en la garganta—, y cuando ella discuta sobre haber visto un extraterrestre no le lleves la contraria, tiene la loca idea de que E.T hizo casting entre miles de extraterrestres para hacer la película —rio y asintió como si ya lo hubiera comprobado —. Buenas noches, Alex.

Me fui de regreso a la cama, donde fallé y no pude conciliar el sueño, no solo por los ronquidos de Jorge y Sabrina combinados, también por la sensación de que, si no pertenecía a La Bola Ocho, no pertenecería a ninguna parte.

Al día siguiente llevamos el plan a cabo: Alex le brindó entrada libre a La Bola Ocho, por primera vez que Richard estuviera fuera del país fue algo conveniente. Por otro lado, Sabrina, Jorge y yo nos encontramos con Alfonso en Monterrey. Era la primera vez que no llevábamos ropa negra, los relojes puestos y armas para nuestra defensa.

Estar de nuevo en esa casa me causó escalofríos: había más cámaras de seguridad de lo habitual y se sentía una vibra rara. Parecía un museo, pues varias pinturas decoraban las paredes y los jarrones estaban protegidos con vitrinas. También había una nueva alfombra en la sala con la imagen de una pantera al centro, por supuesto que el dueño era Octavio.

—Desde aquí percibo su aroma a loción de ricos —miramos hacia la cima de las escaleras: Alfonso nos miraba sosteniendo un cigarro en su mano izquierda y en la mano derecha su pistola. Bajó las escaleras y al estar en el mismo piso que nosotros, mi cuello se tensó—. Pondrán sus pistolas en la mesa de enfrente, al igual que sus relojes y todo lo que tengan de La Bola Ocho. Después pondrán las manos en la cabeza y las bajarán hasta que les diga.

Obedecimos y en ningún momento el cañón dejó de apuntarnos. Alfonso corroboró que todas las pistolas fueran reales y tuvieran las balas dentro, checó que los relojes tuvieran el GPS destruyéndolos con un martillo y abrió la carpeta que contenía las identificaciones que usamos

durante nuestro paso en La Bola Ocho. Luego inspeccionó nuestras maletas.

—¿Dónde está el auto de Vattiare? —me preguntó.

—Collins se lo entregó ayer a Octavio después de que instalaron el panel de control.

Me pareció extraño que Alfonso no estuviera al tanto de ello. Se dirigió a su computadora, sin darnos la espalda, y regresó con nosotros después de comprobar que el auto estaba en la casa de La Bola Ocho.

—Los revisaré. Tengo que asegurarme de que no tengan armas.

Primero se dirigió a Jorge, la búsqueda fue rápida y no descubrió nada sospechoso en él. Luego se dirigió a mí e hice una mueca de dolor porque pasó su mano por mi abdomen. Alfonso pensó que tenía algo que esconder, pero al descubrir que había una gran cicatriz en mi estómago, bajó mi suéter en automático.

—¿Qué te ocurrió? —¿Qué le importaba?

—Me endeudé con un prestamista que en realidad era el jefe de un grupo llamado La Bola Ocho, eso fue lo que ocurrió —bufó y continuó con Sabrina. Al terminar su investigación, nos dejó bajar las manos.

—Pueden sentarse, será mejor que se pongan cómodos, estaremos aquí un día y quién sabe cuánto más. Tómenlo como su despedida, si quieren vino ya saben dónde pueden agarrarlo y si quieren cerveza compré unas cuantas, están en el refrigerador. La comida estará lista en unas horas, pueden dejar las maletas en sus antiguas habitaciones.

Alfonso quemó todo lo que le dimos lanzándolo a la chimenea a lado nuestro, pero él no podía quemar mi memoria, los recuerdos sobre la existencia del grupo me perseguirían toda mi vida.

Alfonso se sentó en el sillón frente a la televisión y la encendió, la imagen de Collins bajando de su auto acaparó toda la pantalla de ochenta y cinco pulgadas. Alex acababa de llegar a la empresa o en el idioma de La Bola Ocho significaba que la expedición ya había iniciado.

Contratiempo

Escucha aquí: Happy Now de Zedd & Elley Duhé

—Se esperan fuertes lluvias y…

Alex apagó el radio de su celular con tosquedad, después volvió al volante y se llevó una mano a la cabeza sin dirigirme la palabra. Desde que salimos del pueblo, su expresión cambió rotundamente, incluso prefirió escuchar las noticias a oír música. Cada vez que le preguntaba algo me miraba un segundo y me respondía seco. Traté de bromear varias veces con él, pero no sirvió.

Hice un listado mental de todas las cosas que pudieron haberle molestado, la única razón era que supiera sobre el incómodo encuentro con su padre. Sin embargo, él siempre estuvo hablando con su mejor amigo. ¿Acaso Matthew le había contado la razón por la cual yo estaba ahí? Mis nervios aumentaron y nunca le pedí tanto a Dios por algo.

Tenía que saber si Alex me había descubierto y por ello tenía aquel extraño comportamiento, pero no podía lanzar la pregunta de forma directa. No podía preguntarle “Hey, ¿ya supiste que vengo a informarte sobre la muerte de ya sabes quién?” Aunque intenté darle un tono más gracioso a la pregunta, no resultó. La muerte no era algo divertido.

El molesto ruido de un par de cláxones me hizo notar que mi exnovio había entrado a una calle en sentido contrario. Por el espejo retrovisor descubrí que una fila de autos se encontraba esperando a que Alex los dejara pasar.

—Alex, estamos en sentido contrario.

—¡No me digas! —dio varias vueltas al volante con desesperación, pero el espacio era muy angosto y por poco le da a un auto detrás nuestro.

—¡Ten cuidado!

No quería gritarle, pero al ver que se pudo meter en un gran problema, salió a la luz mi temor.

—¡Deja de gritarme, Kimberly!

—¡Parece que no sabes manejar!

—¡Necesito concentrarme!

—¡Pues concéntrate! —De nuevo ese molesto sonido. Alexander intentó retroceder para girar el auto, pero el coche se apagó y no quería encender—. ¿Alex, tenías que entrar en sentido equivocado? —me cubrí los ojos.

—¡Entonces intenta manejar tú! —Mi corazón se aceleró al ver que Alex bajó del auto y caminó entre una ola de groserías para abrir mi puerta—. Anda, enséñame cómo se maneja.

—No quieres eso, ¡regresa a tu asiento! —cruzó los brazos en señal de resistencia. Necesitaba de un milagro o tendría que tomar el volante, lo cual me aterraba. Me asustaba que él estuviera en peligro —. Distrae a los demás.

Dejé el asiento del copiloto lo más rápido posible, ya que el tiempo corría al igual que la poca tolerancia de Alex.

—¿Qué?

—Solo has lo que te digo. Si logro que el auto arranque te veo al final de la calle.

Pisé el acelerador y el coche seguía sin arrancar. Al fondo se escuchaba la voz de Alex intentando explicar que su auto se descompuso, pero al notar que no serviría comenzó a pelear con la mayoría de los conductores.

Hice mi quinto intento y por fin el auto me obedeció. Collins abandonó su extraña pelea con un hombre mayor al oír que arranqué y le pedí que siguiera distrayendo a las personas, por lo que regresó a su puesto.

Arranqué e inexplicablemente el estéreo se encendió y sonó la última canción que me compuso Alex. Intenté apagarlo, pero no se detuvo.

—You were everything when there was nothing. I was poison and you antidote. Our love was a kind of holding, but the good is always remote...

A pesar de oír la canción, conseguí dar la vuelta y avanzar hacia la dirección correcta. La voz de Alex se quedó atrás lentamente, pero aún seguía retumbando en mi mente. Aquella única canción que me escribió, y dijo más que cualquier cosa cuando no podíamos decirnos nada a la cara, me acompañó hasta que hallé un lugar donde aparcar.

Me detuve en el estacionamiento de una tienda, apagué el auto y sólo así dejó de sonar la canción, me dejé caer sobre la ventana. No podía ver mi reflejo, al igual que no podía quitarme de la cabeza que aquella melodía se reprodujera de la nada.

Estar con Alex era una montaña rusa de emociones todos los días. Se podría decir que a simple vista con él lo tenía todo, no obstante, había días en que no teníamos nada y éramos nada. Algunos decían que nos veíamos bien juntos y otros me decían que éramos demasiado opuestos. La gente no entendía que esa era una de las cosas más absurdas que podían hacer, ¿cómo puedes cuestionar la felicidad de una pareja por cómo lucen? Si las parejas tuvieran que lucir bien todos estaríamos solteros.

Si la gente viera más allá de lo superficial, tal vez entenderían el dolor de la pérdida, entenderían los matrimonios y entenderían los divorcios. También, sabríamos que la mayoría de las veces nos importan más las opiniones ajenas que las propias e incluso olvidamos que una relación solo es de dos personas.

Pasaron veinte minutos, pero no lo noté hasta que Alex abrió la puerta del copiloto y me tomó por sorpresa, Traía una bolsa con comida y un par de refrescos. No me dijo nada, me extendió un

paquete de papas fritas, porque sabía que eran mis favoritas y sacó una coca cola que bebió hasta quedar la lata vacía.

—Gracias.

—Agradécele al hombre con el que estuve peleando, gracias a él tenemos aperitivos para el camino —La ira en su rostro ya no estaba al igual que el silencio incómodo.

—¿Te dio dinero?

—Creo que me confundió con un vagabundo o algo por el estilo, pero con eso pude comprar esto.

—No pareces un vagabundo —mis emociones provocaron que hablara con lentitud, como si tuviera algún tipo de sedante.

—¿No vas a comer tus papas?

—No tengo hambre, las guardaré para después.

—Buena idea. ¿Quieres que yo conduzca? —olvidé que el asiento del conductor era el peor lugar donde podía quedarme.

—Claro, yo no creo poder manejar.

Alex y yo cambiamos lugares y al retomar nuestro camino, hizo que los miedos, por los cuales sufría antes de que surgiera ese contratiempo, regresaran.

—Un viejo amigo me dijo que Sabrina abrió una escuela de música —*«Aquí vamos de nuevo»*—. Un viejo amigo me dijo que Sabrina abrió una escuela de música— repitió.

—Sí, la fundó hace cinco años.

—¿Está en México?

—¿Quién? —me espanté un poco y levanté mi tono de voz, mientras me reincorporaba.

—Me refiero a la escuela de música, ¿está en México?

—A sí, está en el centro de la ciudad.

—Supongo que tu prima es la directora —tragué en seco y me volteé a observar los autos, mi rostro me estaba delatando.

—Sí, ya sabes cómo es. No confía en nadie para dirigir su propia escuela.

—¿Qué hay de ti?, te tiene confianza ¿no? — *«Ella confiaba más en mí que cualquier otra persona»* pensé.

—A veces la ayudaba con las clases de piano y de canto.

—¿La ayudabas? Ya no lo haces —«Solo en mis recuerdos».

—No, me mudé lejos y ya no puedo ayudarla.

—¿A dónde te mudaste? —¿Cómo seguir con esa farsa?

—Al pueblo— sonreí para alejar la paranoia—. Mi trabajo me trajo al pueblo.

—¿Viniste al pueblo porque yo vivo aquí? —No podía mentir en todo, debía decirle una verdad para contrastar la mentira anterior.

—Sí, no puedo negarlo. Encontré a Mary en Facebook y descubrí que vivían aquí en Andrews.

—¿Cuándo lo supiste?

—Supe que te mudaste a Estados Unidos un par de meses después de que te fuiste de México, y supe con exactitud tu dirección hace un par de semanas. No preguntes porque no te busqué, no quería invadir tu espacio y quise darte tu tiempo.

—Me diste siete años.

Alex redujo la velocidad. Antes me interesaba conocer lo que ocurrió, pero aquella vez fue todo lo contrario, me asustaba que quisiera contarme sus sentimientos cuando yo ya no podía corresponderle de la misma manera.

—Tiempo suficiente, ¿no crees?

Aunque le sonreí, pude sentir que mi comentario sobró. Alex tenía su mirada fija en la carretera, pero su mente estaba en el pasado al igual que la mía.

—¿Por qué? Un día antes de que me fuera me seguías queriendo o eso fue lo que me dijiste.

—Así era, te llamé varias veces, no solo a ti, también a Alicia y a Mary.

—Lo sé.

—Entonces también entiendes que uno se cansa de insistir.

—Ya entendí, Kimberly. Dejaste de quererme —afirmó y se acomodó en su asiento mostrando su dolor.

—Sabes, ahora entiendo lo que me dijiste sobre que con el tiempo me fuiste olvidando, porque comprobé que es posible hacerlo.

—Si me hubieras olvidado no estarías aquí —Por lo menos su ego no había cambiado.

—Quise decir que olvidé cómo se sentía quererte —Lo dejé ir, estuve reteniendo por años

aquel pensamiento y no me arrepentí de haberlo compartido con Alex. Me recosté en mi asiento y miré como el techo se movía, aunque yo sospechaba que no estábamos yendo a ninguna parte —. Alex, sabes que te quise demasiado, pero no podía aferrarme tanto a algo intangible. Yo era quien daba y nunca recibía.

—Yo también te di cosas.

—No es cierto, nunca me diste nada.

—Iba a hacerlo.

—Pues no lo hiciste. No me refiero a algo material, sino a que pocas veces me demostrabas tus sentimientos.

—Yo sí hablo de lo material. La rosa no era para Sabrina, era para ti.

—Ella me dijo que cuando le diste la rosa, te le declaraste.

—Yo no se la di, ella la descubrió. Creí que era una señal de que era ella con quien debía estar. Pero ahora tú la tienes, así que sí te regalé algo, indirectamente.

—No me importaban las cosas materiales, lo que me importaba era la manera en que dabas por sentado que te quería y como te pavoneabas a propósito enfrente de todos. Te importaba más tu hombría que lo nuestro. Los momentos en que demostraste que me querías los puedo contar con una sola mano.

—Fui un estúpido y lo admito —suspiré.

—Ya no quiero hablar de eso, ya es pasado.

—Una última cosa —me llevé una mano a la cabeza—. Te quería dar la rosa a ti porque me dijiste que no te gustaban las flores.

—Me gustaban las flores, pero no como regalo.

—Exacto, entonces vi la rosa y pensé que era perfecta para ti. No se marchitaría nunca y no te recordaría a los funerales por su aroma. Quería cambiar algo que no te gustaba del todo a algo que sí lo hiciera.

—Alexander, si me hubieras dicho eso hace años nos hubieras ahorrado esta pelea. Lo único que no entiendo es cómo me compraste un collar si te gustaba mi prima.

—No me gustaba Sabrina, me gustabas tú. Supongo que pensé que mi padre aprobaría a Sabrina a comparación de ti.

—No te equivocaste —quería remediar aquello y acabar la conversación con algo honesto—. Yo también te confesaré algo: me enamoré de ti cuando estábamos ocultándonos en tu departamento. Además, al verte me pareciste interesante, tal vez no me deslumbraste como se suponía, pero sí llamaste mi atención. Después Sabrina comenzó a obsesionarse contigo y tuve

que olvidarlo.

—Gracias por decírmelo.

—Gracias a ti por decirme que el collar me pertenece —Las cosas volvieron a la normalidad —. Alex, cualquier cosa que quieras saber, solo dime, prefiero eso a que pienses cosas que no son.

—¿Lo que sea?

—Mientras no sea nada extraño y bastante personal, podré contestar.

—¿Preguntarte sobre qué ocurrió contigo después de que te liberaste de La Bola Ocho, es algo muy personal? —creí que Alex sabía que su padre fue quien nos ayudó a salir del grupo y quien me ayudó a irme del país.

—Cuando Octavio y Alfonso fueron a la cárcel. los demás líderes tuvieron que entregarse, así que La Bola Ocho dejó de existir. Era peligroso quedarme en México, la noticia era viral y nadie querría darme empleo, por ello me fui a Europa a estudiar arquitectura. Al graduarme, regresé a México y conseguí empleo al poco tiempo. Por otro lado, perdí contacto con Nicolas, Camila y Matías.

—¿Eso fue todo? ¿No te compraste una casa, un carro o te casaste? —dijo bromeando.

—Sí, construí mi propia casa después de abrir mi empresa, gané un auto en España y me casé hace cuatro años —Alex cambió su expresión, por suerte estábamos en un semáforo en rojo o hubiéramos chocado—. No quiero aburrirte contándote los detalles de toda mi vida.

—Entonces cuéntame sobre tu vida en México, ¿Qué hacías antes de mudarte al pueblo?

El semáforo cambió a verde, pero Alex no se percató de ello por estar buscando un anillo en mi mano.

—Vivía con Sabrina, ella tenía su escuela de música y yo mi empresa. Estaba a punto de mudarme a Alemania, pero opté por mudarme a Estados Unidos.

—¿Alemania?

—Sí, a mi esposo le ofrecieron un trabajo allá, pero surgió algo en mi empresa y no pude ir con él.

—Entonces ya no es tu prometido.

—Se podría decir.

Recordé el rostro de Marco y su forma de impulsarme a hacer las cosas que creía no poder lograr, también recordé la forma en que, sin pedírselo, me daba mi espacio. Aunque siempre tendría un cariño especial por Alex, amaba y amaría a Marco de una manera que no puedo explicar, pues él siempre creía en mí incluso cuando ni yo misma podía hacerlo.

Mi relación con Alex no fue lo que esperaba y tampoco fue todo color de rosa como suelen decir que es el primer amor. De hecho, la incompatibilidad de nuestras personalidades pintó todo de un color gris que varias veces me arrastró a situaciones que nadie merece vivir, pero le quise como pensé que no era capaz de querer a alguien y me ayudó a descubrir lo que no era sano en una relación. Todo cobró sentido cuando años después conocí a Marco y en nuestra primera cita, con tan solo unas horas de platica, curó el desastre que no causó y supe por qué mi relación con Alex no funcionó.

—Estás llena de sorpresas, ¿algo más que no sepa? —*«Hay muchas cosas que aún no sabes, Alex»*

—Tengo que decirte algo. No te he sido sincera del todo.

Nunca podía mentirles a las personas que quería, no importaba cuanto me empeñaba en controlarme, siempre les decía la verdad y esa no era la excepción.

—Eso no es ninguna novedad, dime.

No era tan difícil como decirle lo del sepelio, pero hablarle de Marco y de mí implicaba contarle sobre una parte de mi vida que aún me costaba soltar. Sin embargo, tuve el impulso de confesarle que Richard me ayudó a tener una buena vida.

—Será mejor que busquemos un lugar donde charlar. No creo que la carretera sea el lugar adecuado.

—¿Tan malo es?, ¿acaso mataste a alguien? —Debido a la oscuridad no podía ver el rostro de Alex, solo podía palpar la frialdad de su voz.

—No, no es tan horrible, pero sí es importante hablarlo en un lugar donde no haya distracciones.

—¿Qué tal si buscamos donde descansar? No creo poder manejar toda la noche, estoy agotado.

—Sí, eso estaría bien.

Confesiones

Después de manejar mucho tiempo, buscando un lugar donde descansar, por fin encontramos dos cabañas, que eran nuestra última opción, o tendríamos que quedarnos en el auto.

Alex quitó las llaves del coche y se apagó el motor. Comencé a temblar, pues era la señal para decirle lo que pensé que nunca ocurriría, pero debía hacerlo si quería irme siendo totalmente honesta con él. Por otro lado, la luna nos iluminaba: su luz era demasiado hermosa. Giré hacia Alex, aunque hubiera preferido decírselo en la oscuridad, verlo a los ojos me tranquilizó un poco. Ya no éramos los mismos de hace diez años, ¿quién diría que los papeles se invertirían?

—¿Qué querías decirme? —Había tantas cosas, ¿por dónde empezar?

—¿Alguna vez escuchaste de mí después de mudarte a Estados Unidos?

—La única vez que volví a saber de ti fue en las noticias, porque descubrieron a La Bola Ocho.

—Bueno, logré salir de La Bola Ocho gracias a alguien. Quien menos esperaba, me ayudó.

—No estoy entendiendo.

—Alex, tu padre fue quien logró que arrestaran al grupo —No obtuve ninguna reacción de su parte, no podía ver si estaba sorprendido o enojado—. Con ayuda de sus abogados, Octavio y Alfonso fueron a la cárcel.

—¿Era eso lo que me querías decir? Tanto esperé para saber que Richard te tuvo lastima y te consideró un proyecto filantrópico.

—Pues no sé si fui un proyecto filantrópico, pero sí sé que, aparte de ayudarme a salir de ese asqueroso grupo, pude tener un futuro. Tu padre me pagó la universidad— Alex comenzó a reír y sacó un cigarro como si lo que le conté fuera el chisme del año—. Dime algo, Alex.

—¿Qué te puedo decir? —pensó unos segundos—. Aun cuando te dejé, seguiste buscando a mi familia porque lo único que querías era dinero. No me sorprendería que ahora me confieses que Mary fue quien te regaló tu casa y que Alicia te mantiene desde hace años.

—Si ese fuera el caso, ¿por qué estoy contigo en un auto que apenas funciona y soportando el repugnante aroma de tus cigarros baratos? No te confundas, yo no estuve contigo por tu dinero, estuve contigo porque en verdad te quise y ya me cansé de repetirlo. Además, merecía estudiar en Madrid, tenía el mismo derecho que tú a comenzar en otra parte donde no me consideraran una criminal.

—¡Pudiste hacer eso sin ocupar el dinero de mi padre!

—Mira quien lo dice, el adulto que se mudó con el dinero de Richard, que no tiene su propia casa y que conduce un auto viejo porque prefiere gastar el dinero que tiene en cigarros y

cervezas.

—Qué más da, eso fue hace años y fue la decisión de Richard pagarte la universidad. Sabes, es irónico como yo que soy su hijo no tengo casi nada y tú que no eres su hija conseguiste mucho más.

—Conseguí mucho más porque hice lo que quise, tomé mis propias decisiones y supe administrar mi dinero.

—¡Pues que bueno por ti! No era necesario que me lo restregaras.

—No lo dije para restregártelo, sino para que sepas que tu padre no era tan malo como piensas. Quiero que me conozcas, porque ya no soy quien solía ser.

—No quiero conocerte, Kimberly.

—Quiero contarte todo lo que no supiste de mí porque después ya no volveremos a vernos.

No era así como quería convencerle para que me oyera, pero no tenía otra opción, era la verdadera razón después de todo.

—¿A qué te refieres con que ya no volveremos a vernos?

—No me quedaré en el pueblo por mucho tiempo. Tengo que regresar a casa en menos de una semana.

—Pues ten un buen viaje.

Alex salió del auto azotando la puerta y pateó las piedras que encontró a su paso. Lo que menos quería causar ocurrió. Si así se ponía por saber que su padre me pagó la universidad, ¿cómo reaccionaría al saber la causa de mi visita?

Te quiero, Ramé

Alex y yo nunca pudimos conversar sin enojarnos el uno con el otro. La mayoría de las veces que él me lastimaba fui yo quien regresaba a pedir perdón, pedía perdón por algo que no era mi obligación y él aceptaba mis disculpas como si fuera correcto hacerlo.

Estaba viviendo una metáfora: él vagando en la oscuridad y yo dentro, preguntándome si Alex estaba bien y si regresaría en algún momento. Al mirar la luna otra vez, mientras repetía los últimos minutos en mi mente, me pregunté ¿cuántas miradas de dolor y felicidad había guardado? y aun así brillaba en medio de ese paisaje sombrío. Aquella luna, pese a que no tenía luz propia, reflejaba vida en quien la observara. Brillaba a su manera, ojalá pudiéramos hacer eso todas las personas cuando nos encontramos en la oscuridad.

El calor que había dejado Alex se esfumó con el paso de las horas y el frío se filtró a través de las ventanas y me sostuvo con tanta fuerza que tuve que ceder, así que dejé que me acompañara, pero ahuyenté la preocupación, la tristeza y el miedo, pues no podían cambiar la forma de ser de Alexander. El amor no cambia a las personas, al menos que exista el amor propio dentro de ellas.

El orgullo me mantenía en mi asiento, el tiempo me susurraba y me provocaba escalofríos, la soledad me recordó que siempre estuvo conmigo incluso cuando yo estaba junto a Alex. Cualquier cosa me recordaba a él, era inevitable. Me obligué a quedarme dentro del vehículo, solo Alex sabía cómo remediar su estado de ánimo. Cerré los ojos y un recuerdo me envolvió:

Flashback

—¿Crees que el extraterrestre que se sentó junto a ti acepte ir a comer algo con nosotras? —dijo Sabrina luego de que bajamos del avión. Yo estaba distraída recordando lo que me dijo Alfonso al oído antes de abandonar la casa en Monterrey: "Kim, si fuera por mí te diría adiós, pero te estaría mintiendo. Disfrútalo mientras dure".

—No lo sé, pregúntale —caminé como un zombi, pero eso no impidió que pudiera reconocer mi maleta y recogerla.

—¿Escuchaste lo que te dije?

Jorge iba detrás nuestro hablando con sus padres vía llamada telefónica, por lo que Sabrina no tenía alguien más con quien platicar.

—Lo siento, estaba pensando en que debemos pedir un taxi para ir a donde sea que vayamos a quedarnos.

—No te preocupes, le llamé a Alex y de seguro ya está esperándonos —Mi prima pasó un brazo por mis hombros y me dirigió hacia donde se encontraba su novio, pero al llegar no lo vimos por ningún lado—. Debería estar aquí, me dijo que llegaría temprano por si el avión aterrizaba antes.

Había muchas personas recibiendo a los demás pasajeros, los únicos que no fueron recibidos con una ola de abrazos o saludos fuimos nosotros.

—De seguro está ocupado trabajando.

Seguí caminando sin notar que Sabrina ya no me acompañaba. Volteé a buscarla y me encontré una escena inesperada: Alex besaba a Sabrina agarrándola de la cintura. No quería acercarme e interrumpir, así que fui a una máquina de bebidas por una botella de agua.

—¿Tienes sed o también finges como yo? —me dijo Jorge mientras compraba unos dulces en la máquina de al lado.

—A este paso Sabrina va a terminar sin boca —Jorge rio y me regaló unas gomitas, yo le regalé su refresco favorito.

—¿Quieres hacerles competencia? —se acercó a mi rostro, pero lo detuve con una mano, pues no quería jugar con él.

—No, no quiero bajarme a su nivel.

Por fin Sabrina se separó de Alexander y nos buscó por toda la sala, nos encontró tomando nuestras bebidas y compartiendo dulces.

—Ya llegó su hacker favorito.

Jorge saludó a Collins y lo felicitó por la expedición, yo lo saludé con un movimiento de cabeza y un beso en la mejilla. Después me alejé rumbo al estacionamiento.

—Hey Kim, solo perdimos doscientos mil pesos. Sigo sin creer que le gané al tío Lucas y a sus vampiros.

Alex me había alcanzado, por lo que volteé para incluir a alguien más en nuestra plática, pero Sabrina y Jorge dialogaban entre sí. Tuve que seguir charlando con Alex a solas.

—¿Octavio no sospechó nada?

—No, el plan funcionó a la perfección. No más bola ocho, ¿no vas a agradecerme? Gracias a mí eres libre.

—Gracias por pagar el precio de La Bola Ocho. Te debemos una.

—Querrás decir "Gracias por pagar el precio de La Bola Ocho y conseguirme trabajo"

—¿Qué? —paré mi caminata y mi maleta cayó al suelo. Alex me ayudó a levantarla.

—Convencí a Richard para que trabajen en la empresa. Sabrina en consultoría jurídica y tú en seguridad.

—¿Me ves cara de policía?

—Pues…

—Mejor no respondas —intercambiamos una sonrisa.

—Perdón por interrumpir, pero quería despedirme —No entendí a qué se refería Jorge hasta que nos mostró un boleto de avión.

—¿A dónde vas?

—Escuché que tenían un boleto libre para un vuelo a Querétaro, así que lo compré, fue una ganga y salgo en dos horas.

—Pensé que verías a tus padres al final del mes —dijo Sabrina.

—Eso fue antes de conseguir esto —Jorge movió el boleto al mismo tiempo que daba pequeños brincos.

—Te lo mereces —abracé a Jorge y le pedí que no perdiera comunicación con nosotros. Esa era la despedida definitiva y no sabía cuándo volveríamos a vernos.

—Prometo llamarles seguido, se van a hartar de mí, ¿A quién engaño? Soy irresistible.

—Aquí yo soy el único irresistible.

—Tienes razón, tú eres irresistible en este aeropuerto y yo soy el más irresistible en México.

—Como digas, cuando regreses a la ciudad dime para ir a tomar ese tequila del que tanto me hablaste.

—Claro, además me debes la revancha en el billar.

—Si quieres hacer el ridículo otra vez, no me negaré.

Collins y Jorge se dieron un abrazo y una palmada en la espalda. Sabrina estaba llorando, por lo que Jorge la abrazó y lloró un poco con ella. Esa escena me hizo acompañarlos.

—Sabri, cuida de Alexander y de Kimberly. No llores, volveremos a vernos.

—Lo sé, lloro porque me estás jalando el cabello —Todos reímos y Jorge quitó su brazo de los hombros de mi prima.

—Los veo luego, y tú —me señaló—, no dudes de ti, porque si no hubiera sido por tu loca idea de fugarnos, no estaríamos aquí hoy —Los cuatro nos fundimos en un abrazo.

Jorge nos ayudó a subir las maletas al auto de Alex y no se fue hasta asegurarse de que subiéramos al coche. Aún recuerdo los ojos de Jorge, su mirada me rodeó. Una parte de mi corazón se quedó en ese aeropuerto y aunque mis lagrimas fueron silenciosas, la tristeza me golpeó el alma, ya que recordé la nota que a escondidas depositó en mi cama, antes de contarme de su traslado:

“Kim, me iré a Tijuana, te lo digo por escrito porque no sé si tendré la oportunidad de decirlo cara a cara. No suelo ser un hombre de muchas palabras, así que prefiero decirte una que represente todo lo que significas para mí. Tú eres mi Ramé, en coreano significa algo que es al mismo tiempo hermoso y caótico.

Kim, eres hermosa tanto por fuera como por dentro, tu sonrisa despertó en mí aquella parte humana que creí nunca recuperar. También eres caótica porque aun cuando no eres perfecta, resultas un desastre tan espectacular que no pude evitar acercarme a ti.

Te quiero, Ramé”

Fuego

Escucha aquí Normal de Sasha Alex Sloan



Habían pasado tres semanas desde que oficialmente éramos libres. Al principio fue difícil pasar tiempo a solas conmigo misma, pues durante los últimos años no me había detenido a preguntarme quién era y qué quería hacer en la vida. Supongo que en el fondo siempre creí que formaría parte de La Bola Ocho hasta que Octavio envejeciera y me obligara a sustituirlo dado que era mi padre adoptivo.

De lunes a viernes me enfocaba en mi trabajo, considerando el ritmo de vida que solía llevar, el estrés era insignificante y durante los fines de semana acompañaba a Sabrina a fiestas o eventos que organizaba la empresa, pero al final de la noche terminaba apartada en una esquina con varios shots de tequila encima y preguntas existenciales que no me soltaban hasta la mañana siguiente.

Mi vida había pasado de ser caótica a simplemente ser aburrida, por ello Sabrina como regalo de cumpleaños me organizó una fiesta en la empresa. Mi prima y Alex lograron convencer a Richard para que el día de mi cumpleaños el personal saliera más temprano y se uniera a la celebración. Asistieron varias personas, incluso compañeros a los que creí no agradarles o puede que ni siquiera supieran que yo era la cumpleañera.

La música sonaba hasta el estacionamiento y los reporteros rodeaban la entrada. Sin embargo, Alex y sus hermanas fueron el foco de atención en todo momento, así que los flashes de las cámaras se volvieron parte de la fiesta e incluso Alicia posó frente al pastel y la mesa de regalos.

El evento era lindo, pero no iba conmigo. Me sentía fuera de lugar, por lo que tomé una botella de vodka y subí a la azotea, al llegar me senté en uno de los sillones carísimos que Alicia cuidaba como si fueran diamantes, así que aproveché y me cobré el favor que le hice al permitirle tomarse fotos junto a mi pastel y mi mesa de regalos.

Estaba a punto de empinarme la botella cuando escuché unos pasos en la escalera. La puerta se abrió y entró el sonido de la música junto con Rodrigo, un amigo del departamento de seguridad. Me sonrió y se sentó junto a mí después de poner una bolsa de regalo en la mesa frente a nosotros.

—Te he estado buscando. Quería dártelo personalmente, pensé en dejarlo en la mesa de regalos, pero creo que Alicia Collins sigue en su sesión de fotos. ¡Feliz cumpleaños, Kim!

—Muchas gracias, no tenías que darme algo.

—Es un regalo sencillo, si quieres puedes verlo —abrí el regalo y saqué una caja de terciopelo, dentro había una pulsera de plata con mi nombre en el centro. Rodrigo me observaba con detenimiento, por lo que me puse la pulsera y él me abrazó cuando estaba a punto de agradecerle de nuevo—. ¿Quieres bailar?

Tomé un gran trago de vodka, me levanté de mi asiento y le extendí la mano, él aceptó entusiasmado y bajamos al centro de la pista. Al llegar nos encontramos con varias parejas charlando y bailando, pero se fueron en cuanto nos vieron. Estaba sonando una canción lenta y me acerqué al DJ para pedirle que pusiera We Found Love de Rihanna que era mi canción favorita del momento.

Los invitados llenaron la pista de baile y yo regresé con mi pareja. Tomé un trago más y empezamos a bailar extremadamente cerca. Él, al principio evitaba mirarme, pero a causa del alcohol, lo besé para sorpresa de ambos.

Rodrigo me correspondió el beso y, aunque sé que no fue lo correcto, sentí que era una persona normal de nuevo. Olvidé lo que ocurrió durante los últimos años y fingí que tan solo era una chica de dieciocho años bebiendo y divirtiéndose.

Rodrigo me rodeó la cintura y me susurró algo al oído, pero no pude responderle porque, desde el otro lado del salón, Alex nos miraba atónito. Su pecho bajaba y subía frenéticamente, y sus ojos no me perdían de vista.

Sin dejar de observarlo, besé a Rodrigo y Collins atrajo a mi prima para hacer lo mismo. Mi corazón latía a mil por hora, Alex se separó de Sabrina y tomó su celular para enviarme un mensaje. Con un movimiento de cabeza señaló mi bolsillo, me separé de Rodrigo para encender mi teléfono: "No hagas esto" fueron las palabras que acapararon mi atención apenas deslicé la pantalla.

Me acerqué al cuello de Rodrigo y fingí dejar pequeños besos en este. Alex negó repetidas veces y movió furioso su bebida antes de tomarla, lo saludé desde mi sitio y él levantó su trago para brindar conmigo. Otra vez mi celular sonó por un mensaje suyo, pero decidí no prestarle atención.

Sabrina conversaba con Alex y Alicia, no obstante, el primero dejó de prestarle atención cuando mi acompañante volvió a besarme, esta vez con determinación y bastante fuerza. Nunca había besado así a alguien, el estómago se me revolvió y pensé en separarme, hasta que sentí una mano en mi hombro.

Alex alejó a Rodrigo y le pidió permiso para bailar conmigo, él no pudo negarse al notar que Collins estaba bastante ebrio.

—¡Pensé que no te gustaba beber! —le dije gritando por encima de la música.

—¡Pensé que Rodrigo no era tu tipo y que eran solo amigos!

—¡Que te puedo decir, nos llevamos bastante bien! ¡Es un buen chico!

—¡Sí, ya vi que se llevan bastante bien! Parece que se gustan de verdad —Sabrina acompañó a Alicia a tomarse fotos con sus "fans" y Collins aprovechó para acercarse más—. ¿Por qué no miras tus mensajes, Kim?

—Creo que se le acabó la batería a mi celular —Alex me llamó y mi celular vibró—. Parece que me equivoqué.

—Parece que sí, abre tus mensajes.

—Prefiero hacerlo al rato, no quiero arruinar el momento.

—¡Abre tus mensajes! No tenemos mucho tiempo. Ella regresará en cualquier momento — desbloqueé mi teléfono y abrí el chat de Alex. Varias personas nos empujaban e impedían que pudiera leer con claridad, además, estaba un poco mareada a causa del vodka—. Kim, ¿qué dices?

—No puedo leer el mensaje, mi vista está algo borrosa —Cuando mi vista estaba volviendo a la normalidad, Alex tomó mi celular y borró el chat—. ¿Por qué hiciste eso?

—Se nos acabó el tiempo, maldita sea. ¡Feliz cumpleaños, Kim!

Alex me dio un beso en la frente y se alejó para volver con Sabrina antes de que descubriera dónde estaba.

Busqué a Rodrigo por todo el salón y lo encontré bailando sobre la barra mientras varias chicas lo rodeaban emocionadas. Opté por pedir un taxi e irme a casa, después de todo las fiestas no eran lo mío. Tomé un pedazo de pastel junto con otra botella de tequila y me fui.

Al llegar a casa conecté mi celular al ordenador, pues aún conservaba algunos programas de La Bola Ocho para recuperar mensajes y fotos. Tuve que esperar alrededor de dos horas para saber cuál era el mensaje que Alex me había enviado: "Ya me cansé de fingir que nos odiamos. ¿Quieres que nos larguemos de aquí?"

Nunca supe si fue real lo que me escribió o si los ocho whiskys que bebió le jugaron una mala pasada y me escribió sin antes pensarlo mejor. Cualquiera que fuera la razón, estaba segura de que le habría dicho que sí, que quería huir con él a donde fuera con tal de ya no retener mis sentimientos por él, pero Sabrina merecía estar con Alex.

En noches como esa, cuando los recuerdos e inseguridades se adueñaban de mi mente, no podía evitar pensar que cualquiera *merecía el mundo entero y yo tan solo un pedazo.*

Mary Collins



Mi rutina se volvió bastante extraña, pero prefería trabajar en el área de seguridad de Collins Company que en La Bola Ocho. Sin duda mi prima era la más feliz, pues Collins había terminado su relación con Jessica y ante la prensa había presentado formalmente a Sabrina como su novia.

Al principio, Richard no le dirigía la palabra a Sabrina, pero después de que ella le ayudó en un trámite, pareció como si fueran los grandes amigos. Por mi parte, las únicas veces que había intercambiado palabras con Richard fue a través de su hijo. Sin embargo, durante mi hora de comida me encontraba con mi jefe en el comedor, siempre estaba junto a su esposa.

La madre de Alex, Erika, era todo un misterio. No acostumbraba a interactuar con nadie que no fuera su familia. Sabrina solo había conversado con ella unos segundos y eso porque habían coincidido en una junta.

Erika siempre me observaba a lo lejos, eran miradas que duraban minutos y cuando creía que me dirigiría la palabra o siquiera me sonreiría, se marchaba junto con Richard. Alex no le contó a su padre cómo nos conoció, simplemente pidió que nos dieran trabajo, por lo que la gente murmuraba cada vez que Sabrina o yo entrábamos a alguna oficina y nos acercábamos a Alexander.

—¿Vienes por algo de comida o solo quieres verme?

Me dijo Laura, la encargada de la cafetería, pues me quedé absorta en mis pensamientos y no noté en qué momento avanzó la fila. Estaba distraída pensando en si ese día Erika repetiría su disección como los últimos meses. Me hacía sentir como si fuera un bicho raro o como si fuera una niña olvidada en la recepción y nadie supo cómo llegó hasta ahí.

—Perdón, quiero lo de siempre —La encargada me sirvió un plato de ensalada junto a un filete de pescado empapelado. De tomar siempre pedía limonada—. Gracias.

Al girar hacia mi mesa, no me di cuenta de que alguien estaba detrás mío, por lo que mitad de mi bebida cayó en mi último suéter limpio.

—Nunca había visto esa manera de beber una limonada —apenada, me encontré con Richard

colocando su bandeja junto a mí.

—Es una manera de mantenerme fresca todo el día —Richard sonrió y me extendió una servilleta—. Gracias.

—De nada, Kimberly —se alejó y dejé de secar mi ropa por la sorpresa de que supiera mi nombre. Sin embargo, el asombro fue poco a comparación de lo que sucedió luego.

—Laura, dale a Kim otra limonada y el postre que ella quiera. La casa invita —Erika me sonrió un segundo y se retiró para alcanzar a su marido. Los demás empleados estaban atentos a la escena—. Ten un buen día, Kim.

—¡Gracias, señora!

En aquel instante le agradecí por la limonada, sin saber que era el único detalle que tendría conmigo. Erika no era mala, era una mujer que tan solo quería a su esposo sin estar hablando por teléfono cada cinco minutos, quería estar con él no por marketing sino porque de verdad le quería.

—Ten la bebida y el postre —Laura me extendió otro vaso de limonada, la acepté y le di un pequeño sorbo. Tenía la garganta seca por extraño que pareciera—. ¿Qué esperabas? Llevas trabajando aquí seis meses. Es evidente que saben tu nombre —dijo al reparar que yo insistía en contemplar al padre de Alex.

—Sí, lo siento —No me había dado cuenta de que llevaba medio año trabajando en la empresa.

Al día siguiente, al estar a punto de sentarme en mi mesa habitual, me encontré a Mary Collins comiendo lo mismo que yo y en mi lugar de siempre. Me detuve, busqué otro asiento, pero todos estaban ocupados. Pensé comer en el estacionamiento, aunque fuera extraño y vergonzoso.

—Puedes sentarte aquí, no muerdo como todos te han dicho.

Mary era muy bonita. Su cabello rubio y su piel la hacían parecer una muñeca de porcelana, por lo que todos la tratábamos con delicadeza y respeto, debido a la gran admiración que sentíamos por ella. A su corta edad había ganado demasiadas competencias de ballet y había sido invitada a diversos festivales de danza.

—No, yo sé que no muerdes.

El nerviosismo reflejado en mi voz provocó que la hermana de Alex riera fuerte y todos voltearan a mirarla.

—Lo siento, este cualquiera te tendría pavor a ti. No me malinterpretes, pero eres parte de seguridad y siempre mantienes tu papel de chica ruda. Lo entiendo, es parte de tu trabajo. Además, te he visto comiendo sola aquí, así que pensé en unirme. No me gusta comer en mi

oficina, es bastante silenciosa.

—No pensé que comieras lo mismo que yo.

—No lo hago. Compré esto para ti hace una hora, pero no me resistí y decidí comerlo. Sabe mejor de lo que pensé.

—Mientras no comas esa flor todo está bien, créeme, no sabe bien.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque la primera vez que ordené ese platillo me comí la flor.

—¿Por qué harías eso? Sabes que es de decoración, ¿cierto?

—¿Es de decoración? —me ruboricé y Mary sonrió.

—Por supuesto —Mary se apartó para que me sentara junto a ella.

—¿Por qué le ponen decoración a la comida? Te juro que esa vez estuve a punto de reclamarle a Laura.

—Qué bueno que no lo hiciste o todo el mundo te vería raro.

—¿Me pueden ver más raro?

—Eres la única que usa ropa negra debajo de la camisa del uniforme, pero no te culpo porque el uniforme es bastante horrendo. ¿Por qué no usas ropa de otro color?

—Toda mi ropa es negra.

—¿Por qué? —«Porque trabajaba para La Bola Ocho».

—Porque…solía ser gótica y gasté todo mi dinero en ropa negra.

—¿Con lo que ganas aquí no has pensado en comprar nueva ropa?

—Prácticamente trabajo las veinticuatro horas, mis ojos ya hasta amenazan con caerse en cualquier momento. Necesito unos ojos nuevos.

—Yo puedo ayudarte.

—¿A conseguir ojos nuevos?

—¡No! Tengo algo de ropa que ya no uso, la mayoría está nueva, puede que te quede. Tú no eres la única vigilante aquí, puedes pedir vacaciones.

—No creo poder pagarte, debes usar ropa cara. Puede que solo te pueda comprar la manga de una blusa.

—No te preocupes, pronto iré de compras a Los Ángeles y necesito espacio, así que considéralo un obsequio.

Mary me obligó a fingir estar enferma para salir temprano del trabajo y acompañarla a su mansión. También insistió en que aceptara la "poca" ropa que ya no quería, prácticamente era el doble de lo que cabría en mi closet.

—No me gusta este color —Mary tomó una blusa color azul rey, era muy elegante y tenía un moño en la espalda—. Ten, puedes quedártela —continúo revisando su closet y encontró una gabardina color café claro que le cubría hasta los tobillos. La hermana de Collins se paró frente al espejo que tenia del lado izquierdo del closet y corroboró que no era su talla—. Vestida así parezco Yoda.

—Puedes usarlo como disfraz para día de muertos.

Mary regresó a mi lado aun vestida con la gabardina, la tela se enredó en sus pies, por lo que se tropezó cayendo entre la montaña de ropa en medio de la habitación. De inmediato me acerqué a ayudarla, pero ella no aceptó.

—Tranquila. Tengo todo bajo control, suelo tropezar constantemente, ya estoy acostumbrada.

—Deja te ayudo —El suelo estaba resbaloso, así que también me caí.

—Ay no puede ser, eres igual de torpe que yo —Mary intentó levantarse, pero cayó nuevamente, parecíamos orugas tratando de pararse, por lo que al mirarnos reímos a carcajadas. Ella logró reincorporarse antes y me ayudó a pararme—. Definitivamente debo deshacerme de esta gabardina, te quedará mejor a ti, no tienes el tamaño de una hormiga.

Me entregó la prenda doblada perfectamente y la guardé en la maleta que también me había regalado.

—Mary, siento que es demasiado…

—¡Tengo una idea! —me interrumpió—. Este bolso combina perfectamente, toma.

Mary soltó el bolso más caro que había visto en mi vida y lo atrapé antes de que tocara el suelo. Tenía un patrón de puntos bastante peculiar.

—Esto debe costar miles de pesos —le dije al leer el nombre de la marca: Goyard.

—Bueno, solo cuesta cuarenta mil pesos, es una marca francesa, pero Alicia y yo tenemos muchísimos, no te preocupes —Mary se acercó y se aseguró de que le prestara atención poniendo a un lado el bolso que me dio—. Estoy segura de que en un futuro no tan lejano serás capaz de comprarte cientos de bolsos como este. Veo que tienes bastante potencial de lograrlo.

—No lo creo, Mary. Mírame, ni siquiera estudié la universidad y supongo que trabajaré en el departamento de seguridad por el resto de mi vida.

—La mayoría de las personas más ricas del mundo no estudiaron una carrera universitaria, así que no la necesitas, todo es cuestión de estrategia y perseverancia. Un ejemplo es mi padre.

—¿Tu padre no se graduó de la universidad?

—No y tampoco de la preparatoria. Por eso es tan exigente con nosotros, no quiere que repitamos sus pasos, aunque mi madre piensa lo mismo que yo. Un título universitario no te garantiza nada, por lo menos no aquí en México.

Continuamos separando la ropa hasta que el closet ya no amenazaba con estallar y ambas tuvimos que sentarnos sobre una maleta para que cerrara, cuando pensamos que lo habíamos logrado el cierre se rompió y la maleta se abrió dejando caer unas cuantas prendas. Mary y yo comenzamos a reír, hasta que escuchamos una voz en el pasillo.

—Creo que alguien tocó.

Mary abrió la puerta de su habitación. Del otro lado estaba una señora de cabello negro, piel apiñonada, ojos pequeños de color negro y sus parpados estaban pintados de amarillo a juego con su delantal.

—Ya te dije que no hagas esas bromas cuando estoy trabajando —dijo la mujer antes de mirarnos a nosotras.

—Lu, ¿está todo bien?

—Sí, lo siento señorita Mary. Mi amiga me contó un chiste bastante grosero —Junto a Lu lo único que había era un florero.

—Pues pídele que no sea descortés.

—Sí, ella lo sabe —se dirigió a su lado izquierdo donde no había nadie—. ¿Necesita ayuda con algo más?, antes de que me retire.

—No, por mi parte todo está bien. Sin embargo, Alex necesita que recojas en la tienda su saco Versace. Por cierto, ella es Kimberly, es prima de Sabrina.

—Mucho gusto. Soy Luisa Gómez, empleada doméstica de la familia Collins.

—Encantada de conocerla. Soy Kimberly Sorní —estreché su mano y Lu me miró de una manera extraña, pero me dirigió una pequeña sonrisa antes de retirarse.

—Te ayudaré a guardar la ropa —Mary sacó la ropa mal acomodada de mi maleta y empezó a doblar cada prenda de manera perfecta. Yo no dejaba de pensar en el extraño comportamiento de Luisa. Continué examinando el florero tratando de encontrar una razón coherente—. ¿Kim, estás bien?

—Sí, ¿por?

—Desde que se fue Lu no dejas de ver el florero —Mary cerró la puerta y me dijo que guardara silencio, así que susurrando se dirigió a mí—. Sé lo que piensas. Lu habla con personas imaginarias, mi padre dice que ella está un poco loca, así que le seguimos la corriente.

—¿Todo el tiempo está hablando sola?

—No, por lo menos no en presencia de nosotros. Rara vez nos cuenta sobre sus amigos. Su hijo dice que tiene un don, pero para ser honesta ese don a veces da algo de miedo —La hermana de Alex movió los hombros como si tuviera escalofríos.

—¿Por qué da miedo?

—Me aterra que pueda ser una psicópata, pero sabe mucho de la familia como para despedirla.

—Si fuera una psicópata ya les hubiera hecho algo malo, ¿no?

—Es lo que dice Alicia, pero ella vive al otro lado de la ciudad, así que no tiene de qué preocuparse. No quiero seguir hablando de esto, cambiemos de tema. Cuéntame cómo conociste a mi hermano.

Prefería hablar de Luisa en vez de Alex, porque no sabía que había dicho Sabrina. Si contaba algo diferente, Mary descubriría que algo ocultábamos.

—Seguro que mi prima ya te lo dijo —tomé un vestido rojo y lo guardé con cuidado en la maleta.

—Sí, pero no sé cómo te conoció Alex a ti. Antes la mayoría del tiempo él estaba en la empresa o jugando fútbol, por lo que me parece extraño que se hayan conocido, tomando en cuenta que no son parte del mundo empresarial.

—¿Fútbol? —Nunca había visto a Collins jugando futbol, siempre pensé que era más de deportes de ricos como el tenis.

—Ya sabes, el deporte donde patean el balón y tratan de que entre a una portería.

—Sé que es el fútbol, pero no sabía que tu hermano jugaba. Ese no es el punto, nos conocimos el día que tuvo su entrevista en el programa de Nancy.

—Y ¿luego? —Mary insistió en obtener más detalles.

—Pues así nos conocimos.

—Pero ¿cómo se hablaron?, ¿acaso mi hermano te coqueteó? —se acercó a mí como si estuviera a punto de decirle algo confidencial.

—¡No! Alex salió del estudio y...

—Adivino, ¿querías un autógrafo? —Mary torció los ojos.

—No, me acerqué porque lo querían asaltar.

—Espera, ¿no estaba nadie de seguridad a su lado?

—No, por eso lo defendí del asaltante —Mary se atragantó con su risa y cada vez que hacía una pausa para mirarme volvía a carcajearse aún más fuerte que antes—. ¿Qué ocurre?

—En lugar de que digas "Alex se defendió" dices "Yo defendí a Alex" como si fuera tu obligación. Te apuesto a que si la prensa lo supiera mi hermano sería el bufón de México. No lo tomes a mal, me refiero a que eres más genial de lo que creí. Además, ahora sé que Alexander no sabe defenderse y ya tengo como molestarlo.

—No le digas que te lo conté.

—Tranquila, será nuestro secreto.

Durante mis vacaciones, Mary me llevó a todas sus tiendas favoritas de ropa y a un spa donde me descubrió comiendo una de las rodajas de pepino que nos pusieron en el rostro. También fuimos al salón de belleza donde me pintaron el pelo de color castaño claro y me hicieron manicure. Mary me hizo elegir entre un esmalte de color purpura y otro morado, pasamos una hora peleando porque ella pensaba que el color purpura era distinto al color morado.

Mis dos semanas de vacaciones pasaron realmente rápido, Mary se fue a Los Ángeles y yo regresé a la empresa. Me alegraba tener una nueva amiga, por supuesto que extrañaba a Vattiare, pero la última ocasión en que nos vimos fue porque coincidimos en el centro de la ciudad, ella estaba acompañada de un nuevo chico, debía ser el reemplazo de Jorge, por lo que no pude saludar a mi mejor amiga o la castigarían por hablarme.

Nunca Me Creas Cuando Te Diga Que No Te Quiero



Llegué a la empresa y me dirigí a guardar mi bolso en el casillero. Alex estaba a punto de subirse a su auto, así que le saludé a lo lejos y continué mi camino.

—¡Kimberly! —me detuve sorprendida porque se dirigiera a mí dentro de la empresa.

—Hola, ¿pasa algo? —Se acercó hasta donde estaba.

—No, solo quería saludarte. Sabrina me contó que ahora eres amiga de Mary y creo que tu nuevo estilo me lo confirmó.

Alex señaló mi cabello y mi rostro, pues por primera vez no me maquillé con tonos oscuros como antes.

—Necesitaba un cambio. El cabello me recordaba al grupo al igual que el maquillaje.

—Luces bien. Me has dejado sin palabras en cuanto te vi.

Nos miramos por unos segundos, sentí como mis piernas temblaban y agradecí no llevar tacones o me hubiera caído.

—Gracias. Sabrina me dijo que ahora es la abogada de tu padre, debes estar feliz.

—No sé si se podría decir que estoy feliz, prácticamente ya no tengo tiempo a solas con ella. ¿Qué me dices tú?

—Solo la veo en las mañanas antes de entrar al trabajo, porque siempre quiere llegar una hora antes de lo que debería.

—Sí, siempre me dice "Tengo que llegar antes de que abra la empresa" —dijimos al mismo tiempo.

—También me dice eso. A veces siento que vivo sola, pero luego me tropiezo con sus zapatillas y regreso a la realidad —reímos juntos.

—Confieso que espiar al grupo y burlarme de Octavio contigo era divertido. Deberíamos

tomar algo después, ¿qué dices?

—¿Estás admitiendo que me extrañas? —recordé el mensaje que me envió, pero fingí que no sabía nada, quizá ni siquiera él lo recordaba y solo quedaría como una tonta si se lo decía.

—Te estoy invitando a hablar de algo que no tenga que ver con ladrones o hackers. No aceptaré un no por respuesta.

—Está bien, acepto para que ya no me extrañes tanto.

El chofer de Alex le informó que debían apresurarse o el tráfico impediría que llegaran temprano a su destino.

—Tengo que irme, una marca de ropa quiere contratarme como su imagen y tengo que firmar el contrato. También tengo la sesión de fotos y otras cosas —suspiró como si no le agradara su agenda.

—Entonces vete antes de que se arrepientan y contraten a alguien mejor —se despidió de mí con un beso en la mejilla y le di un leve empujón hacia el auto.

Enloquecí debido a la estela de su loción. A pesar de no haber visto a Alex durante dos semanas, me seguía gustando mucho más que antes. Sin embargo, me odiaba a mí misma por estar enamorada de él sabiendo que era el novio de mi prima.

Por la tarde, al dirigirme a la oficina de Alex para ir a comer juntos, me encontré a Richard en el elevador. Estaba solo, hablando por teléfono. Retrocedí para que no me viera, pues estaba apenada por el incidente en la cafetería. Richard salió del elevador con el teléfono entre su oído derecho y su hombro, al mismo tiempo hojeaba los papeles de un folder. No dejaba de gritar cosas en español, lo que negó mi hipótesis de que estuviera discutiendo con algún empleado porque él hablaba en inglés si se trataba de trabajo.

—¿Sabrina, ya la localizaste? —fingí que estaba comprando un café en la máquina expendedora a mitad del pasillo.

El padre de Alex no sabía de mi cambio de imagen, así que creyó que era una de sus empleadas americanas y continuó hablando en español.

—Señor, hablé con Alicia. Ayer en la mañana la señora Erika estuvo en su casa para entregarle la invitación de la fiesta de aniversario, pero no dijo a donde se dirigía.

Mi prima había aparecido por el otro pasillo. No podía dirigirme a la oficina de Alex en presencia de ellos, mucho menos con la tensión que se sentía.

—Quien quisiera dañarla aprovechó que estábamos ocupados con los preparativos del evento — Richard volvió a llamar por su celular, pero colgó rápidamente—. Me manda a buzón de voz.

No entendía qué estaba pasando, la expresión de Sabrina era nueva, nunca la había visto así

de asustada, ella estaba totalmente pálida.

—Debe tener el teléfono apagado, pero…

—Sabrina, ¡lleva más de veinticuatro horas desaparecida! —Richard interrumpió a mi prima —. Es momento de avisarle a la policía y mantén esto en privado, no se lo digas a nadie hasta que tengamos más información.

—Señor, Luisa encontró este sobre hace unas horas.

Mi prima, sin mirarle a la cara, le extendió a Richard un sobre amarillo. Sabrina abrazó su carpeta como si eso le ayudara a mantenerse tranquila.

—¿Qué es esto?

—Lo lamento señor, es una solicitud de divorcio que dejó la señora Erika en el buzón de la casa. Al parecer no piensa regresar y hace unas horas los reporteros la vieron acompañada en el aeropuerto— mis ojos se llenaron de lágrimas.

Alex amaba a su madre y él me dijo varias veces que seguía en la empresa, porque no podía abandonarla y ella lo abandonó a él de una manera tan fácil que hasta que me dolió.

La noticia de la separación de Richard Collins cubrió todos los titulares, la fiesta del décimo aniversario de la empresa no se llevó a cabo y Alex había desaparecido sin dejar rastro. Yo sabía que el único lugar donde podía estar era en su departamento.

Esperé a que pasaran un par de días, quería darle su espacio. Sabrina decía estar igual de preocupada que la familia, pero el trabajo la retenía dentro de la empresa, pues Richard quería que los trámites del divorcio se terminaran lo antes posible.

Intenté convencer a mi prima de que me acompañara a buscar a Alex, pero puso la excusa de que tenía una comida importante con sus compañeros de trabajo, no obstante, todos estaban riendo en el comedor. Después me enteré de que Sabrina se había ido de fiesta con ellos a un Club famoso en la ciudad mientras yo emprendía mi búsqueda.

Llegué al departamento de Alex y me sorprendió lo silencioso que estaba. La reja parecía estar cerrada con llave y la única luz encendida era la de la sala. Toqué durante una hora y no abrió la puerta.

—¡Déjame entrar, nadie sabe que estoy aquí! —absoluto silencio—. ¡Sé que estás ahí, el olor a cigarro huele hasta aquí!

Después de tocar el timbre durante media hora pensé en alguna manera de que Alex saliera y decidí lanzar pequeñas piedras a la ventana, pero no funcionó. No quería recurrir a la última opción, sin embargo, era eso o morir congelada debido al paso de la noche.

Me recogí el cabello y lancé mi mochila al otro lado de la reja para poder subirme con facilidad a la cima de esta, no medía más de dos metros, por lo que pude saltarla. Caí al

aterrizar en el jardín y después de quejarme escuché la risa de Alex, pero no me molesté, extrañaba su risa, aunque la causa fuera yo.

—No te rías, me debes una rodilla —entré a la casa y para mi sorpresa la sala estaba totalmente ordenada—. ¿Alexander, trajiste a Lu para que limpiara la casa?

—¿Por qué trajiste a Lu? —me contestó a lo lejos. Aturdida, lo busqué por toda la sala y la cocina, pero no parecía haber estado allí en ningún momento.

—No traje a Lu. Debiste saber que sé brincar rejas. Incluso pensé en forzar la cerradura si la puerta estaba cerrada.

Me dirigí a su estudio de música y me encontré con su piano destrozado, Alex estaba en una esquina con varias botellas de alcohol a su lado y cenizas de cigarro estaban regadas en su ropa.

—¿Quieres un poco? —al verme levantó una botella de whisky y se acabó lo poco que quedaba.

Estaba vestido igual al último día en que nos vimos, con un saco negro y una camisa blanca que por algunas manchas parecía ser amarilla. Sus nudillos estaban morados y me asusté al ver un camino de sangre que conducía a su pierna, así que corrí a su lado.

—¿Alex, por qué estás sangrando?

—¿De qué hablas?, ¿quién está sangrando? —revisé la herida, mi cordura colapsó porque un vidrio estaba totalmente encajado y parecía que estaba infectada—. ¿Sabes algo? Tengo mucha sed, podría tomarme cien cervezas.

Alex estaba demasiado borracho, afortunadamente su pulso era normal. Con cuidado levanté las botellas y los vidrios de su alrededor.

—¿Puedes levantarte? —traté de parecer calmada.

—¿Cómo entraste?

—Salté tu reja y me caí, hasta tú te reíste ¿No lo recuerdas?

Alex no contestó. Después intenté encender la luz, pero el cuarto no se iluminó, lo que me llevó a percatarme de que el foco estaba roto en el suelo.

—Dile a Mary que apague su tonta música de ballet.

—Alex, no hay música.

Una lagrima se deslizó por mi mejilla, pues deseaba que Mary o cualquiera estuviera conmigo para saber cómo ayudar a Alex.

—¿Cuánto crees que cueste un viaje a Australia? Necesito largarme lo más lejos posible.

—¿Sabes qué fecha es hoy? —regresé a su lado. Sus ojos estaban cerrándose—. Alex, no te duermas.

—¿Qué es lo que más te gusta de tu vida?

La imagen de su rostro compungido junto al olor a cigarro y alcohol me llevaban al borde de la locura. Tenía tantas ganas de enviarle una foto a la madre de Alex para que supiera que él estaba pagando algo que no debía.

—Tú, tú eres lo que más me gusta en esta vida —pensé que no me había escuchado, pero enderezó su rostro y se encontró con mis tormentos.

—¿Yo? Yo también soy lo que más me gusta en esta vida —reí entre lágrimas y moví su cabeza al ver su intención de vomitar.

—¿Alex, serás la imagen de esa marca de ropa que me contaste? —pellizqué con fuerza su brazo, pero no se quejó. También le di una cachetada y tampoco se inmutó, de hecho, siguió hablándome como si no ocurriera nada.

—Creo que sí, mi ropa está sucia y necesito que la laven.

Si no sentía dolor entonces estaba peor de lo que pensé. Saqué mi celular de la mochila y llamé a Nájera.

—¿Margarita? —fingí no escuchar uno de mis tantos nombres falsos.

—Hola Nájera, estoy en el departamento de Alex. No sé qué pasó, pero lo encontré borracho y tiene heridas en las manos. También tiene un vidrio clavado en la pierna y no puedo quitarlo.

—¿Alexander está consciente?

—Cierra los ojos por algunos segundos y después despierta para decir cosas sin sentido.

—Puedes preguntarle si recuerda lo que le pasó.

—Alex, ¿recuerdas que pasó antes de que yo llegara? —Sus ojos se cerraron dos segundos y se abrieron de nuevo, pero lo único que hizo fue negar con la cabeza. Retomé la llamada—. Nájera, Alex no recuerda nada.

—Iré de inmediato y mantenlo despierto. Si se duerme puede caer en coma.

—De acuerdo —colgué la llamada.

—Hola —Alex arrastró la última letra.

—Hola, ¿sabes quién soy? —tenía miedo de que no me recordara.

—Eres Kimberly, ¿qué haces aquí?

—Vine a buscarte.

—¿Por qué?

—Me dijiste que tomaríamos algo.

—Deja termino este informe.

Alex estuvo a punto de dormirse, pero lo sacudí un poco y continué hablando con él.

—Alex, ¿cuánto es uno más uno?

—Ya te dije que sé sumar, Richard.

—Soy Kimberly.

—¿Kimberly?, ¿ahora qué hiciste?

—Tengo un secreto, ¿quieres que te lo diga?

—Si me lo dices ya no será un secreto.

—No importa. Quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Qué?

—Quiero que sepas que nunca te voy a abandonar y que no tienes la culpa de nada de lo que ocurrió.

—Desearía estar muerto —susurró.

—No digas eso, aquí estoy, junto a ti. No te dejaré solo.

Sus ojos estaban abiertos, pero aun así no supo que estaba enfrente de él. Era como si estuviera ciego.

—¿Puedes quedarte?

—No me iré, aquí estaré contigo —Le di un beso en la frente y sentí como sus brazos rodearon mi cintura.

—Mi madre no contesta mis llamadas, no quiere saber nada de mí, incluso me dejó una nota pidiendo que no la buscara. Yo no le hice nada para merecer esto —traté de que no escuchara mi llanto.

—Lo sé, nadie tiene la culpa. Cuéntame de tu madre, tal vez necesitas desahogarte y hablar sobre lo que sientes.

—Ella siempre huele a nardos, su película favorita es Mujer bonita, su color favorito es el

azul y sabe todas las canciones del mundo.

—¿Sabe todas las canciones? —Me pareció tierno cómo asintió repetidas veces.

—Sí, canta mejor que cualquiera —mantuve a Alex despierto. Me contó sus recuerdos favoritos de Erika. Alex no dejaba de repetir que su madre le dio un fuerte abrazo la última vez que lo vio, pero él no sabía que era una despedida—. ¿Por qué no me di cuenta de que algo le ocurría?

—Porque ella no quería que alguien lo supiera.

—Sé que se fue con un tipo que conoció en Estados Unidos. ¿Crees que quiera más a ese tipo que a su familia?

—No, creo que tu madre creyó que escogía el mejor momento para irse.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Me refiero a que tu madre sabe que ahora ya no dependes de Richard o de alguien, tu padre es quien depende de ti. Estoy segura de que tu madre nunca dejará de amarte, pero ella sabía que puedes valerte por ti mismo, tal vez sintió que ya no la necesitaban.

—Eso no es cierto, tu madre no se fue porque ya no la necesitaras —me dolió que hablara sobre mi madre.

—Son cosas distintas. Créeme que tu madre se arrepentirá toda su vida. El peor dolor de un padre es abandonar a sus hijos o perderlos.

—Entonces ¿por qué se fue?

—No lo sé, desearía tener todas las respuestas a tus preguntas y que pudieras ver en ti lo que yo veo. Puede que ahora estés triste, pero yo he visto como dejas de lado este tipo de problemas y sonríes como si no pasara nada. Todo estará bien.

—No puedo sonreír. Todos sentirán lástima por mí y me preguntarán cómo estoy, como si preguntarme eso me ayudara.

—Pues no dejes que sepan cómo te sientes en realidad.

—¿Quieres que sea tú?

—¿A qué te refieres?

—Tú siempre ocultas lo que sientes. Dejas que los demás crean cosas falsas sobre ti y miras el mundo como si estuviera en deuda contigo.

—Tienes razón, oculto lo que siento porque sé que no puedo tener lo que quiero, si tuviera lo que quiero lastimaría a muchas personas.

—Pero por lo menos serías sincera y no tendría que estar preguntándome si estás enojada, feliz o triste.

—Pues ahora mismo me siento enojada y frustrada, porque delante de mí tengo al hombre que quiero hecho un desastre.

—Dijiste que no me querías.

—Pues lo que dije fue una gran mentira, nunca me creas cuando te diga que no te quiero.

—Tú no me quieres, Kim.

—Sí te quiero. Lo sé porque al despertarme la primera persona en quien pienso es en ti, porque desde que te conocí siento que nunca seré la misma y porque me duele que nadie vea el gran ser humano que eres. Creo que siempre me has gustado, pero no quería admitirlo. Así que, mantente vivo y demuéstrame que tus fantasmas no son mejores que tú. Quiero que le demuestres a la gente que eres más que billetes.

Nájera llegó diez minutos después y trasladó a Alex al hospital. Durante el trayecto hice lo mismo que él hizo por mí meses atrás e intenté mantenerlo despierto, pero nos tuvimos que separar porque lo tuvieron que operar de emergencia.

Por primera vez en mucho tiempo, y a pesar de la distancia entre nosotros, oré para que mi primer amor estuviera bien y tuviera un futuro prometedor, aunque no supiera que pasaría con nosotros.

¿Habría un nosotros o todo había sido creado por mi cabeza?

Revelaciones



Todos los días visité a Alexander, aunque Richard no me quisiera ahí, y cuando Alex despertó después de su cirugía, a causa de la anestesia, le contó a Sabrina sobre mi declaración en su departamento. Sabrina y yo tuvimos la peor pelea, mi prima estaba dolida porque no le dije que yo también lo quería.

—¿Por qué no me dijiste que te gusta mi novio?

—Porque estaba muy confundida y no podría quitártelo. No quería herirte.

—¿Pero si puedes confesarle tus sentimientos mientras está delirando?

—Entiéndeme, al encontrarlo así el mundo se me derrumbó y por mi mente pasó el peor de los escenarios. Él estaba sufriendo porque su madre se fue y quería que supiera que por lo menos alguien lo quiere.

—¡Yo lo quiero!

—Por ser su novia creíste que ya no debías esforzarte. Sabrina, una relación es como una planta, tienes que cuidarla, no solo sembrar una semilla y esperar a que cuando regreses ya haya florecido. Te diré algo, si en realidad quisieras a Alex tanto como dices, no hubieras ido al club con tus amigos y le hubieras buscado por todos lados hasta hallarlo.

—¿Estás diciendo que lo quieres más porque supiste donde encontrarlo? Tú sabes que estaba preocupada y yo no quería ir al club, pero necesitaba distraerme.

—Estoy diciendo que, a pesar de ser su amiga, vi más allá de estar con él en los buenos momentos y quise estar también cuando nada tuviera sentido.

—¿Crees que eres una heroína por meterte a su casa a la fuerza? No me sorprende que Alicia quiera demandarte por allanamiento de morada, quizá deba apoyarla con la denuncia.

—No soy una heroína. Veme, estoy peleando con mi prima por un chico que ahora mismo sigue algo anestesiado y cree que es navidad.

Ambas *giramos a la habitación de Alex, él le estaba preguntando a una enfermera si le habían guardado algo de la cena de navidad* y si ya habían abierto los regalos.

—Kim, no quiero pelear contigo. No es un buen momento. Alex necesita recuperarse.

—Exacto —escuché un par de susurros a mis espaldas. Alicia estaba con su padre observándome mientras trataba de intimidarme con la mirada—. Tengo que irme, cualquier cosa avísame.

—Sí, te avisaré si ocurre algo.

Me alejé de la sala de espera privada de la familia Collins. Fueron pocos los ojos que me tuvieron aferrada a los peores pensamientos, pero sentí que todo el mundo pensaba que era una traidora solo por querer a la persona incorrecta.

—¿Ya te vas?

Mary acababa de llegar al hospital y estaba esperándome en la puerta. Tenía la nariz roja y sus ojos grises estaban hinchados.

—Sí, tengo que regresar al trabajo y cubrir al guardia que está afuera de la habitación de tu hermano.

—¿Vendrás al rato?

—Quisiera, pero solo dejan pasar a familiares y estuvieron a punto de sacarme esta mañana, afortunadamente Sabrina lo impidió. Nadie me quiere aquí, no hace falta que me lo demuestren.

—Yo sí lo hago, eres como mi hermana. ¿Por qué no te quedas con nosotros?

—Alicia solo dejó que me quedara una hora. Si me quedo más tiempo seguridad me sacará a la fuerza —Mary hizo una expresión de tristeza.

—¿Es cierto que Alex ya despertó?

—Sí, hace media hora.

—Qué bueno —me despedí dándole un leve apretón en el hombro, pero ella me impidió que saliera por completo del lugar—. Kim, espera. ¿Es verdad que te gusta Alex?

Mary fue una de las personas en quien más confié. Necesitaba expresar lo que sentía sin tener miedo a que me trataran como una pecadora, después de todo nos seguiríamos viendo y era mejor enfrentar las cosas cuanto antes.

—Cuando lo encontré desangrándose me quedé sin aire, fue como si me hubieran atravesado el corazón. No lo obligaré a estar conmigo. Si quiere a mi prima, me haré a un lado. Además, esto no es bueno para la salud de Alex y tampoco para la mía.

—Él también te quiere, pero no sabe cómo decírtelo. Kim, ¿lo quieres porque lleva el apellido

Collins o porque nuestra madre se fue?

Su comentario no me ofendió, pues me hubiera hecho la misma pregunta si estuviera en su lugar, considerando que al haber dinero de por medio existe un mayor riesgo de que cualquiera quisiera estar con Alex por interés. Lo que me afectó fue que Mary me considerara como las demás.

—Mary, quiero más a Alex por lo que no tiene que por lo que sí tiene y lo hago desde antes de que tu madre se fuera. En cuanto a su apellido, si fuera eso lo que me importara, hace tiempo que hubiera intentado que él y mi prima terminaran.

No me dijo nada, dejó caer los hombros para relajarse y noté que llevaba un gran vaso de café.

—Hija, necesitamos hablar. Como familia tenemos que resolver algunos conflictos legales — Richard estaba junto a nosotras y jaló del brazo a Mary para que no siguiéramos conversando.

Cada vez que podían me hacían sentir como si haber salvado a Alex fuera un crimen, pero para mí fue un alivio. Entonces comprendí que nunca nadie creería la sinceridad e inocencia con que amé a Alexander.

Sé que no fui la princesa del cuento de hadas, tampoco fui la villana, fui la bufona de la corte que se había enamorado de quien, al principio, parecía ser el príncipe. Sin embargo, no supe que yo era el hazmerreír de todos hasta que pude huir de ese lugar, solo hasta ese momento pude notar las heridas que aquel error dejó en mí.

Gracias a ti

Escucha aquí: Dejarte Me Lo Debo A Mí de Kaia Lana

Continué en el auto por más de dos horas, Alex nunca regresó o por lo menos se acercó al coche para hacerme saber que estaba bien. No tenía idea de qué hacer para matar el aburrimiento, sentí que estaba en medio de la nada.

Mi mente hizo un recuento de las últimas horas. No dejaba de pensar en que cuando me acercaba a Alex la vida me empujaba a un paradero desconocido. El único lugar donde quería estar era a su lado, junto a su característico humor, junto a su aroma, junto a su rostro, simplemente deseaba con todo mi ser retroceder el tiempo y regresar a la última vez que le vi, para deshacerme en sus brazos y permanecer así hasta que nuestros brazos estuvieran entumecidos.

Alex fue el recordatorio de que en algún punto de mi vida fui capaz de amar de verdad y que no todo el tiempo estuve perdida entre mis sombras. Después de que se fue de México, tuve en claro una cosa: no podía desperdiciar el tiempo que tenía con las personas que más quería, y no estaba haciéndole justicia a esa ideología, lo que menos tenía era tiempo. Debía aprovechar los últimos momentos con Alex antes de irme, entonces ¿qué estaba haciendo?, si fui a buscarle era para despedirme y entregarle la carta, no para pelearme cada dos horas con él.

Bajé del auto y lo busqué a mi alrededor. Detrás mío estaba la carretera y enfrente estaban dos cabañas que parecían encontrarse ocupadas: en la primera había una familia haciendo una fogata y en la segunda estaba la luz prendida. No tendríamos donde dormir.

Me alejé del auto y caminé hasta cansarme, pero las calles estaban vacías, no había nada a excepción de tierra mojada, hasta que el sonido de una bocina a alto volumen llamó mi atención; al otro lado de la carretera, entre un par de árboles, había un pequeño bar junto con un grupo de hombres fumando. A sus espaldas se encontraba una ventana y vi a Alex del otro lado sentado, frente a la barra, bebiendo.

Alex miró hacia afuera, supongo que pensó que yo seguía en el coche, pero al encontrarse conmigo delante del bar, dejó caer los hombros. Su rostro estaba algo rojo, sus ojos eran cristalinos, sus manos temblaban cada vez que llevaba la botella a su boca, su respiración era lenta y todo él me imploraba que terminara cuanto antes con lo que estaba haciendo. Tenía que decirle adiós antes de que él quisiera decirme hola.

No me iría porque no quisiera seguir siendo su amiga, me iba porque mi tiempo en su vida había terminado. Tanto cariño, tanto delirio, tantas lágrimas, tantos suspiros, tantas sonrisas y tanta adrenalina, sería lo que me llevaría conmigo. Alex fue uno de los capítulos más importantes de mi vida.

Tomó varios tragos bajo mi mirada. Al principio se mostró egocéntrico, después desafiante, de ahí pasó al resentimiento seguido de la desesperación, luego me lanzó toda la culpa y finalmente cerró los ojos para aceptar que nunca fue nuestra intención llegar hasta ese punto.

Apuesto a que, si Sabrina hubiera visto a Alex así, solo y tendido en esa barra, me habría dicho que yo ya había jalado bastante del hilo y que estaba a punto de romperse. Alex y yo no estuvimos destinados a estar juntos, así que era el momento de retirarme y respetar la decisión de Dios.

El grupo de hombres se fue al poco tiempo en que llegué. El único que bebía era Alex, pues las demás personas estaban jugando billar.

Entré al bar y Collins estaba girando la botella ya vacía en la barra, pero dejó que se cayera cuando me senté a su lado.

Mi intención era mantenerme callada y que, si él tenía que decir algo lo hiciera, si no sólo estaría a su lado hasta que pudiera pararse por su cuenta.

Parecía estar a punto de dormirse o desmayarse. Llevaba tiempo que no tomaba como aquella noche y era probable que, por la mañana siguiente, tuviera una de las peores resacas de su vida. Por suerte esa vez no tenía ninguna herida física.

Pasamos media hora en silencio, pretendiendo que nos interesaba el billar, pero en realidad nos interesaba saber si estábamos bien. Alex fue el primero en romper el hielo, no me refiero al hielo por el cual no hablábamos en ese momento, sino al hielo que nos impedía hablar sobre el pasado.

—Kim, éramos totalmente diferentes. Tú siempre estabas ahí para mí y yo no apreciaba esa lealtad, me convertí en alguien tóxico.

Alex me estaba respondiendo la pregunta, que por mucho tiempo rondó por mi cabeza, y que debí haberle hecho en cuanto nos vimos: ¿por qué se fue de México sin despedirse?, ¿por qué si decía quererme tanto me dejó sin saber en qué fallé?

—Alex, la apreciaste después, así que no digas que no lo hiciste y sí, ambos nos volvimos tóxicos, también asumo la responsabilidad.

—Siempre había personas a tu alrededor, sabía que en cualquier momento te darías cuenta de que merecías a alguien mejor y tenía miedo de quedarme solo. Yo no era nadie.

—Aunque siempre había personas a mi alrededor, siempre te escogí. Sabía que no eras perfecto, pero también pude apreciar tu esfuerzo. Ese esfuerzo era mejor que estar con cualquier otro chico, pero empezaste a querer controlarme mediante los demás y me hacías daño a propósito para anclarme a ti.

—Matías me dijo que estaba enamorado de ti, Jorge nunca dejó de quererte y yo te hacía sufrir la mayoría del tiempo. Además, si Octavio descubría que estábamos juntos, no sé qué te hubiera hecho. Así que decidí irme de México, no te dije nada porque siempre fuiste testaruda. En cuanto a mi conducta, reconozco que no debí burlarme de ti y prohibirte tener ciertas amistades, mis celos fueron insanos y soy consciente de ello —me sorprendió que lo admitiera, pues solía pensar que yo era la única culpable y que estaba exagerando.

—¿Es cierto que ya no me querías? —mi corazón temblaba ante la posible respuesta.

¿Cuántas veces esperé en la estación del metro para abrazar a Alex y me encontré con caras desconocidas?, ¿cuántas veces vi su espalda doblarse y sus puños ardiendo porque no era feliz?, ¿cuántas veces lloré al oír los estúpidos chismes sobre la razón de nuestra ruptura?, ¿cuántas veces sentí que estaba enloqueciendo porque creía ver a Alex en la fila del supermercado, en la calle o incluso en mi propio trabajo? Muchas veces.

—Comparando el cariño que te tenía con el que tú me demostrabas, no era justo. Pensé que se debía a que lo que sentía por ti se había ido, pero después de que me fui de México supe que te quería demasiado. Nunca había amado así a alguien y supongo que me asusté. Por eso no regresé y te dejé ir para que encontraras lo que en realidad te merecías —suspiró y miró la botella hecha añicos a lado de su silla—. Cuando me dijiste que te casaste, hiciste que dejara de arrepentirme de haberme ido. Tú hiciste que ese sacrificio valiera la pena. Además, éramos un par de niños descubriendo cómo ser adultos.

No quería abrir más esa herida, pues al final de todo ambos mentimos para proteger al otro. No podía pedirle mucho a Alex y me dio más de lo que tenía.

—Gracias —Algunas lágrimas se acumularon en nuestras miradas—, porque al irte me demostraste cuanto me querías. Ahora lo entiendo, preferiste herirme de esa manera a darme un peor golpe que tal vez no hubiera resistido. Gracias a ti conocí a Marco.

—Te dije que encontraríamos a alguien mejor —asentí porque mi voz no podía salir, era como si todos los sentimientos impidieran que expresara lo que pensaba.

—Lo nuestro fue muy intenso, nos convertimos en nuestros propios miedos. Tú en tu padre, porque vivías en un ambiente violento, y yo en mi peor enemiga porque no supe irme. No sé cómo aguantamos todo eso —Alex rio y asintió secándose los ojos—. Sin embargo, valió la pena, gracias a ti me convertí en una mejor versión de mí misma y supe quién no quería ser. Si tuviera que volver a pasar por todo eso para ser quien soy ahora, lo haría todo de nuevo, incluso sabiendo el final.

Nuestra relación fue una montaña rusa de emociones, si no hubiéramos terminado pudimos habernos dañado mucho más que antes.

—Gracias Kim, por quererme a pesar de lo malo.

—Gracias a ti, por ser una de las lecciones más importantes de mi vida.

Alex se mostró desconcertado, habíamos cerrado un ciclo con agradecimientos y no con gritos.

Nuestros Últimos Momentos Juntos

Escucha aquí: Youngblood de 5 Seconds of summer

Al salir del bar corrimos cuesta abajo. El aire golpeaba nuestras mejillas y acariciaba nuestros párpados. Sostuve a Alex al percatarme de que sus pies se enredaban al caminar. El alcohol afectó su compostura, pero dejé de lado el cansancio reflejado en sus ojos, ya que preferí llevarlo a algún lugar seguro antes de que la noche y la oscuridad le devoraran de un solo bocado.

La gente de paso lo veía con estupor, sin embargo, continúe con mi camino y llevé a la persona que amé hasta donde sabía que no correría peligro. Me asusté al verlo temblar y estar a punto de acariciar el suelo con la mitad del cuerpo.

—Kim, no te vayas. Richard se enojará al verme llegar de esta manera. Si estoy contigo el regaño será menor.

Algunas veces volteé para asegurarme de que ningún coche viniera a nuestro encuentro. Estaba sosteniendo la mano de Alex cuando advertí que estábamos demasiado lejos del auto.

—Alex, ¿puedes subir escaleras? —Alex sonrió antes de contestar. Abrió un ojo y me observó hasta que paré de andar.

—Kim, puedo subir una montaña de ida y de regreso.

Por lo menos una pizca de egocentrismo permanecía en él. Decidí entrar en un pequeño hotel que encontré al perderme entre las calles. El mostrador al igual que la recepción se encontraban vacíos, a mi lado izquierdo había una puerta con el letrero “solo personal autorizado”. Del otro lado de aquella puerta se oía a dos personas discutir sobre quién limpiaría las habitaciones del segundo piso.

—Alex, aguarda aquí mientras voy por la llave de la habitación. Por favor no hables con nadie.

Me alejé, no sin antes colocarle mi bufanda alrededor del cuello y la nariz para evitar que se enfermara. Me resultó de gran ayuda que no hubiera personas a la vista y que el hotel estuviera prácticamente oculto.

La libreta de registros se hallaba en el mostrador contiguo al teléfono. Me asomé al pasillo de al lado para ratificar que estuviéramos solos. Giré el cuaderno, había pocos cuartos ocupados así que me di el lujo de elegir el mejor para Alex.

Los precios eran razonables a excepción de las suites VIP que tenían precios más altos. Decidí registrarlo en una habitación al final del pasillo, cerca del sótano, para no tener la atención del personal, pues si ellos veían el estado de Alex lo echarían tan pronto pudieran.

—Kim.

Alex susurró mi nombre y me buscó a su lado. Tomó mi bufanda para taparse mitad del rostro. Su boca se movía sin producir sonido, solo dibujaba mi nombre en el aire al compás de la lenta melodía que sonaba en el lugar.

—Aquí estoy, Alex.

—¿Ya estamos en casa?

—Estamos en un lugar mejor. Tranquilo, llamaré a Lu y le diré que te encuentras bien.

Antes de irnos, Alex pidió otro par de tragos, le supliqué que dejara de beber, pero dejé de hacerlo al notar que necesitaba olvidar la realidad por unas cuantas horas. En el pasado él no era de beber mucho, porque durante cualquier fiesta Richard solía emborracharse, así que Alex tenía que mantenerse sobrio para llevar a su madre y a sus hermanas a casa.

—No me siento bien. Tengo demasiado frío y mi cabeza está pesada. Además, acabo de perder tu bufanda. ¡No puede ser, no la veo!

Dejé de escribir para reírme sobre lo último, sacudió sus manos y tocó sin querer las hojas de la planta junto a él. Pareció asustarse porque se inclinó hacia adelante hasta tumbarse en el piso. Los empleados dejaron de pelear al oír la caída de Alex, por lo que me apresuré a tomar la llave de la habitación y lo arrastré por el pasillo, él no dejaba de reír, parecía que le estaba dando un ataque.

—Alex, no te rías o nos van a echar de aquí.

No me fijé que ya habíamos llegado a la habitación y seguí caminando, hasta que mi espalda chocó contra la pared.

—Kim, hay una pared detrás de ti.

—No me digas —con rapidez abrí la habitación, levanté a Alex y cerré la puerta. Intenté llevarlo a un sofá individual, pero algo impidió que él pudiera caminar.

—Creo que se atoró mi abrigo.

Alex tenía razón, parte de su abrigo estaba atorado con la puerta, así que la abrí para arreglarlo y cayó de cara al suelo lo que provocó un aumento en el volumen de su risa.

El ataque de risa duró muy poco, pues después vomitó durante unos minutos. Supe que eso le recordaría aquella vez en que Sabrina le cuidó cuando estábamos en camino a Tijuana.

—Si Sabrina estuviera aquí estaría volviéndose loca y gritándote por cosas tontas. “¡Dale su espacio o se va a asfixiar”, “¡Tenemos que llevarlo a un hospital!”, “¡Nicolas, si Alex muere te voy a golpear en la cabeza hasta que quedes más estúpido de lo que estás!”

Me dijo Alex al reincorporarse, creí que no recordaba nada de su primer viaje en carretera con nosotros.

—¿Cómo recuerdas todo eso? Se supone que estabas inconsciente.

—Podía oír algunas cosas, sobre todo los gritos de Sabrina, pero no podía moverme. Era como si no hubiera dormido en toda mi vida y aunque quería levantarme no podía.

—Tranquilo, esta vez no te inyecté nada.

—Esta vez no está Jorge, Nicolas ni Sabrina.

—Sí, ellos no están aquí —dije con un hilo de voz.

—¿Por qué no organizamos un viaje? Invitaremos a Sabrina y a Jorge, podemos ir a la playa o esquiar como siempre quiso él.

Por supuesto que quería hacer un viaje con ellos para recordar viejos tiempos, pero Alex no sabía que era imposible. Nunca volveríamos a estar los cuatro juntos. No en la Tierra.

—Jorge se lesionó una pierna, no creo que pueda esquiar.

—Entonces vamos a la playa, Sabrina ama nadar.

—Eso sería lindo, de nuevo convivir todos juntos.

—¿Por qué no vamos a México y los sorprendemos?

—¿Cómo te sientes? —desvié la charla.

—Me duele algo la cabeza, pero es soportable.

—Ya no estás tan pálido y ya no te ríes como un loco.

—Tu torpeza es la que me divierte.

—Oye, en mi defensa no vi esa pared —toqué su mejilla y sentí la diferencia de temperatura entre su rostro y mi mano.

—¿Por qué estás tan fría?

—No lo sé, tal vez se me bajó la presión por el susto que me diste.

—Sólo bebí un poco.

—Sí y vomitaste mucho.

Alex decidió dormir, ya no se sentía mal, pero estaba agotado. Se quedó dormido mientras hablábamos de si preferíamos la pizza con piña o sin piña, aunque al principio estábamos hablando de que Matthew aún no le había pedido matrimonio a Alicia. No sé cómo terminamos hablando de algo totalmente distinto.

Me acerqué a Alex para despertarlo, había dormido por seis horas y teníamos que seguir con nuestro viaje en carretera. Pasé mi mano por su rostro. Su piel estaba suave bajo mi tacto, sus pestañas aun parecían irreales y su aroma había cambiado de loción cara a simplemente jabón.

Coloqué mi cabeza en su pecho, me rodeó con sus brazos y olvidé mi intención de irnos, pues era la última vez que sentiría un abrazo suyo. Levanté la mirada para saber si estaba despierto; sin embargo, estaba profundamente dormido.

¿Cómo odiar a Alex? ¿cómo odiar a alguien que en algún momento fue mi todo? Hundí mi cabeza en sus brazos, si hubiera podido llorar lo habría hecho, si hubiera podido hacer todas las cosas que haría alguien en mi situación, hubiera sido la persona más feliz. Pero, cuando él leyera la carta, podría odiarme por no decirle que Sabrina debía ser quien se la entregara, y podría llenarse de miedo o hacer preguntas que yo ya no podría contestar porque tenía que regresar a casa en menos de una semana.

—Alex, no te quiero herir. Te juro que esa no es mi intención. Quiero que cumplas todos los sueños que siempre tuviste —acaricié su brazo para disminuir el dolor que podía causarle, aunque en realidad era mi forma de tranquilizarme.

Pasé horas en silencio pensando una y otra vez sobre lo que estaba ocurriendo y que nadie podría explicarlo porque no había razones coherentes para tal suceso.

—¿Qué hora es?

No me percaté de que Alex despertó. Busqué mi reloj y me sorprendí por la hora.

—Las siete, ya es tarde.

—¿Cuánto tiempo dormimos?

—Más de ocho horas.

—Es mejor que nos vayamos.

Regresamos la llave de la habitación en la recepción. El joven del mostrador no reconoció a Alex, pero no le quedó de otra al encontrar su nombre anotado junto a la palabra “pagado”.

—No dejaba de verte —Me dijo después de que encontramos el auto.

—¿Quién?

—El chico del hotel.

—No me miraba a mí, te miraba a ti, porque no recordaba haberte entregado esa llave.

—Como digas, pero estoy seguro de que le gustaste.

—No es cierto —Alex lanzó una risa nerviosa y se dirigió hacia una carretera distinta a la que esperaba—. ¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa, así que prepárate y ponte cómoda. Será un viaje largo.

Encontraremos a Alguien Mejor

Escucha aquí: Never Gonna Like You de Bea Miller y Snakehips



—¡Felicidades, conseguiste lo que querías!

Me dijo Sabrina en cuanto entró al departamento. Yo estaba haciendo mi reporte de trabajo cuando escuché que la puerta se azotó y Sabrina aventó sus tacones al sillón.

—¿Qué se supone que quiero?

—Estar con Alex, él terminó conmigo hoy —subió las escaleras y me dejó sin explicarme las razones.

Dejé de hacer mi reporte y me concentré en lo que me había dicho mi prima. No regresé al hospital desde que Alicia prohibió mi entrada, entonces ¿qué tenía que ver yo con su ruptura? Alex no me correspondió y al despertar no pareció estar feliz de que estuviera mirándolo desde la puerta porque no me animaba a entrar.

Me dirigí al refrigerador por un poco de pastel de chocolate y subí a la habitación de mi prima, pero no estaba ahí, así que me dirigí a la mía. Sabrina estaba guardando mi ropa en todas las maletas que teníamos.

—¿Qué haces?

—Es mejor que te vayas, cada vez que te veo me recuerdas que Alex me terminó por tu culpa.

—¿Por qué dices que terminaron por mi culpa? No entiendo nada.

—Porque ahora él no sabe si te quiere a ti o me quiere a mí. También me dijo que si quería estar con él debía renunciar al trabajo en la empresa. Trabajar en la empresa es lo mejor que me ha sucedido.

—Si te molesta que me acerque a Alex, prometo alejarme de él.

—Eso ya no importa, ya terminamos y necesito tiempo a solas. ¿Qué harías si estuvieras en

mi lugar? —No pude responderle, preferí ayudarla a guardar mi ropa, era justo que yo me fuera. No merecía estar bajo ese techo sabiendo que herí a Sabrina. Al principio ella se sorprendió, pero continuó con su postura—. Puedes venir por lo demás mañana, cuando yo no esté aquí.

—Sabri, perdóname. Puedes quedarte con mi pastel de chocolate.

Eso sonó muy infantil, pero de verdad estaba decepcionada de mí misma, pensé que Alex le rompería el corazón a mi prima y al final fui yo quien lo hizo.

Mary me llamó mientras estaba conduciendo hacia un hotel, no quise contestarle, ya que no podía soportar perder a otra persona. Silencié el celular, sin embargo, la pantalla no dejaba de iluminarse a causa de la insistencia de Mary.

—Hola Mary —contesté con un nudo en la garganta.

—¡Hola Kim! ¿Estás con Sabrina?, ¿te enteraste de que Alex y ella rompieron?

—Sí, me pidió que me fuera de la casa, después de todo soy la culpable de que Alex terminara con ella.

—¿Qué?, ¿te quieres casar con Alex?

—Yo no dije eso, ¿a qué te refieres?

—Sabrina y Alex tuvieron una pelea, pero no fue por ti.

—Alex le dijo que no sabe lo que siente, ¿no?

—Como tal no. Sabrina y Alex estaban en una entrevista, le preguntaron a Alex si pensaba casarse con ella en un futuro, pero él dijo que no cree en el matrimonio. Al terminar la entrevista Sabrina estaba furiosa, pero él nunca te mencionó o eso creo.

—No sé qué decirte Mary, pensé que yo tenía parte de la responsabilidad.

—No, ¿qué te dijo Sabrina? —No quería hacer el problema más grande, así que no entré en detalles.

—No me dijo mucho, solo que Alex no está seguro de sus sentimientos. Mi prima no quiere perder su empleo en la empresa.

—Que extraño, ella tiene una versión diferente de los hechos. Te hablaba para pedirte que me contactaras con Sabrina, me bloqueó y no responde a los mensajes de ninguno de nosotros.

—Pues no creo que quiera hablar conmigo, estoy vetada de su vida.

—No eres la única. ¿Dijiste que te echó de la casa?

—No creo que echar sea la palabra correcta, prefiero decir que pidió su espacio. Mi prima

necesita un respiro de mí.

—Bueno, es comprensible. ¿Dónde te vas a quedar?

—No lo sé, pensaba hospedarme en un hotel cerca del trabajo.

—Tienes derecho a tu propia casa, pero tendrías que ser vecina de Sabrina.

—Exacto, por eso prefiero quedarme en otro lugar, después buscaré donde vivir. Por ahora no tengo cabeza para tomar una decisión.

—Puedes quedarte conmigo.

—Si Sabrina se entera que vivo con ustedes, creerá que no me importó lastimarla y odiará más a tu hermano.

—No lo creo, mi padre sigue de viaje en Estados Unidos, Alicia no vive aquí y Alex está haciendo sus maletas para irse también, así que ahora la única que vive aquí soy yo.

—La prensa hará un escándalo si ven que Alex se va y yo me mudo contigo.

—No si entras por la parte de atrás. Le diré a los guardias que te dejen entrar. Por favor, sabes que me da miedo quedarme sola y me enteré de que sabes disparar.

—¿Cómo supiste eso?

—De hecho, es otra cosa que debo contarte. Por favor, ven a quedarte. Si quieres te pago con tal de que te mudes conmigo.

—Mary, eso sonó bastante raro.

—De acuerdo, tú me pagas.

Ambas reímos y cambié la dirección del volante, pues yo tampoco quería estar sola y necesitaba hablar con alguien.

Me recibieron unos compañeros del trabajo en la entrada privada de la mansión. No obstante, los rumores en torno a mi relación con Alex no faltaron, pues ambos hombres intercambiaron un secreto que logré oír: "Ella es la amante de Alexander. Sabrina está mejor"

Me estacioné junto al auto de Collins. Pensé que Mary no hablaba en serio cuando dijo que él se iría, pero su auto estaba repleto de cajas y desde donde me encontraba podía escuchar el sonido de los muebles rechinando en su habitación.

—Kim, ¡qué bien que aceptaste mi invitación! —Mary me recibió con los brazos abiertos.

—Tampoco quería estar sola. ¿Dónde está tu hermano?

—Tranquila, está encerrado en su cuarto y solo sale para meter cajas al auto, eso se repite

cada hora así que puedes entrar sin que te vea. No le he dicho que te invité y no sé si le agrade la idea —Mary y yo nos dirigimos a la sala de invitados, Alex no pasaría por ahí así que podíamos hablar sin el riesgo de ser escuchadas—. ¿Cómo estás?

No pude más, comencé a llorar y Mary me abrazó extendiéndome un pañuelo, aún recuerdo la manera en que me abrazaba, ella fue una hermana para mí.

—Yo no quería hacerle daño a mi prima y fue justo lo que hice.

—No le hiciste daño, ella fue quien terminó con Alex, así que es su culpa. Tal vez en el fondo sabe que él te prefiere.

—¿Cómo podré trabajar en la misma empresa? Ambas nos sentiremos incómodas si coincidimos en los pasillos.

—Puedes pedir que te cambien el turno o si quieres yo se lo pido a mi padre. No creo que se oponga.

—No, creerá que tuve que ver con que Alexander y Sabrina rompieran. Además, no le caigo bien y no sé el porqué.

—Hablando de eso, Richard ya lo sabe.

—¿Qué sabe?

—Sabe que tú estabas en un grupo de criminales o algo así —tomó un sobre oculto en un libro del estante detrás de nosotras.

Se aseguró de que nadie estuviera cerca y me lo entregó. Dentro había más de veinte fotografías que comprobaban que Sabrina y yo no éramos tan inocentes como parecíamos.

—¿De dónde sacó esto? Es prácticamente imposible que descubran a La Bola Ocho.

—Mi padre tomó la computadora de Alex y encontró los correos que un tal Octavio le envió. Después contrató a un investigador privado y obtuvo toda esta información.

—¿En serio? Octavio solo intercambia correos con los integrantes de La Bola Ocho. Él no permite contacto con otras personas.

—Sí, ahora Richard sabe que Alex paga cincuenta mil pesos mensuales para que tú y Sabrina no regresen a ese grupo.

—¿Cómo que Alex paga cincuenta mil pesos?

—¿No lo sabías? Alex le ha estado pagando a Octavio, él lo tiene amenazado con volver a entrar a la empresa y robar más de lo que ya robó.

Mary disminuyó el volumen de su voz al nombrar el robo y bajó la cabeza haciéndome saber que estaba decepcionada.

—Mary, te lo quise contar, pero no quería que creyeras que te quería hacer daño y era peligroso que te vieras implicada en todo esto.

—Lo sé, esa historia de que salvaste a mi hermano de un asalto me pareció interesante, pero un día después de la entrevista Alex no dejaba de quejarse sobre una chica gótica que estuvo a punto de robarle. Tú encajaste perfecto con esa descripción y uní todas las piezas.

—Entonces supongo que te acercaste a mí para saber la verdad.

—Al principio quería entregarte a la policía, pero te convertiste en mi mejor amiga e, investigando un poco, me topé con un testimonio en internet de una chica llamada Valentina, que fue parte de La Bola Ocho, así pude entender muchas cosas de ti.

—Sí, recuerdo que Octavio nos contó sobre ella. Fue la capitana del grupo anterior a nosotros, pero huyó del país en cuanto terminó su contrato.

—Valentina subió un video a internet, fue viral unos cuantos días, hasta que la policía informó que estaba loca y una semana después ella dijo que inventó todo, pero sabemos que estaban amenazándola. No quiero hacerte sentir mal, no tienes que pedir perdón, te convertiste en mi mejor amiga —No podía verla a los ojos—. Ellos son los malos, tú solo caíste en su trampa. Incluso, creo que soy yo quien debe pedirte perdón por desconfiar de ti y de mi hermano.

—Mary no tienes que disculparte. ¿Qué opina Richard?

—Él estuvo a punto de despedirlas, pero Alex le dijo que eso es ilegal, porque no habían hecho nada malo como empleadas. El robo que hicieron ocurrió cuando ustedes no trabajaban en la empresa y ya no eran miembros de La Bola Ocho, así que Alex debió ser despedido, pero Richard no quiere otro escándalo. Mucho menos después de presentarlo como su sucesor.

—Richard no debe tardar en volver.

—Regresará en un mes, justo para mi graduación. Prometió no faltar, creo que tiene la esperanza de que mi madre asista, pero no sé si seré capaz de aceptar que ella regrese a nuestras vidas como si no hubiera pasado nada —observó una foto de su madre en el librero, pero no parecía triste, sino enojada—. Extraño a mi madre, pero no me sirve llorarle, porque ella decidió irse de mi vida, y no es justo que sufra por alguien a quien no le importé. ¿Soy mala persona por pensar eso?

—Mary, tú no eres mala persona y tienes el derecho de sentirte así. ¿Cómo está Alicia?, sé que ella era muy apegada a Erika.

—¿Qué te puedo decir? Tal vez por ello es que me siento mal. Alicia se inscribió a cursos de cocina, de ejercicio y de idiomas para mantenerse ocupada, aunque a veces la descubro llorando. Mi madre nunca despreció a Alicia, eran muy unidas porque la adoptó legalmente, así que supongo que el dolor es peor para mi hermana. Tiene que lidiar con que su verdadera madre no la quiso y con que la madre que la crio también la abandonó.

—¿Crees que dejarla sola está bien? Me refiero a que ella necesita sentirse querida, ¿por qué no la invitas a vivir contigo?

—¿No quieres vivir conmigo?

—Claro que quiero vivir contigo, pero sería injusto que tu hermana viva en otra casa y yo, que soy una impostora, viva aquí.

—Alicia es de las personas que prefieren estar solas. Desde pequeña era así, se apartaba. Además, la he llamado varias veces para invitarla a mudarse aquí y no quiere. No te preocupes, Alicia sabe cuidarse sola. Sabes, necesitamos distraernos un rato, ayúdame a hacer mi vestido de graduación.

—No soy muy buena cosiendo y ese tipo de cosas.

—Puedes ayudarme a hacer el diseño entonces —Mary se levantó y me extendió su mano—. Ambas merecemos despejarnos. Puedes comer todo el helado que quieras.

—¿Hay helado de vainilla?

—Lo escondí especialmente para ti.

Qué bello fue tener amistades como la de ella. Aquella vez nos desvelamos diseñando su vestido de graduación, pues pronto entraría a la universidad. Mary era una persona totalmente distinta si de crear se trataba, se volvía tan perfeccionista que varias veces me hizo repetir un boceto porque no dibujaba la silueta perfecta, pero no podía enfadarme con ella, ya que no se burlaba de mis dibujos como Camila o no me regañaba por mascar chicle.

Mary me prestó un colchón inflable, pues después de que terminamos de diseñar otros vestidos, entró una abeja a su habitación. La hermana de Alex se ocultó detrás de su tocador y aunque la abeja se fue, me obligó a quedarme con ella por si el insecto regresaba con su "escuadrón" en busca de Mary.

—Oye Kim, ¿ya te dormiste? —abrí los ojos.

Mary sostenía un matamoscas y tenía los ojos bien abiertos mientras estaba sentada en su cama. No me di cuenta en qué momento se puso una chamarra de esquiar para asegurarse de que si la abeja regresaba no fuera a picarla.

—Mary, ya te dije que la abeja no regresará a picarte. Deberías dormir, no creo que los escuadrones de abejas existan.

—Claro que existen, pero quería hablarte sobre otra cosa.

—¿Sobre qué?

—¿Cuándo te cases con Alex puedo ser tu dama de honor?

—Mary, tu familia apenas me permite ver a tu hermano. No dejarán que me case con él o

siquiera que seamos novios.

—Confía en mí. Si mi hermano no se casa contigo será porque es un tarado, pero de una vez te aviso que yo diseñaré tu vestido de novia.

—De acuerdo —bostecé y Mary apagó la luz—. Descansa Mary.

—Descansa futura cuñada.

A la mañana siguiente me dirigí por un vaso de agua a la cocina y me encontré a Alex desayunando, me miró un segundo y siguió comiendo. Giré para irme, pero Alex me llamó y no me quedó de otra. Peiné rápido mi cabello y regresé a la cocina.

—¿Me llamaste?

—Sí, buenos días —Se limpió la boca con una servilleta—. Supe que Sabrina te echó de la casa, te pido una disculpa por haberte afectado.

—No te preocupes —No comprendí cómo se había enterado, Mary no le pudo decir nada porque desde que llegué no se había separado de mí. Alex me extendió unas llaves y como no quise aceptarlas, tomó mi mano para depositarlas—. ¿Qué es esto?

Eran tres llaves diferentes sujetas a un llavero con el logo de la empresa y mi nombre grabado en la parte de atrás.

—Son las llaves de tu casa. No tienes de qué preocuparte, no está en el fraccionamiento de Sabrina, si no en el que está cerca de la empresa, así que ahora no tienes excusa para no llegar temprano. Te ahorré media hora de camino.

—¿Richard sabe que me diste estas llaves?

Alex estaba echando más fuego a la posibilidad de que Richard lo despidiera, pero no parecía importarle, era como si desde hace tiempo quisiera hacer algo para irse de la empresa de su padre.

—No hace falta que le diga, como empleada tienes derecho a tu propia casa.

Terminó de desayunar y depositó sus platos en el lavabo, después se lavó los dientes y yo seguí sin saber qué decir. No podía salir de la cocina porque no quería ocasionar otra pelea.

—Tal vez tengo derecho como empleada, pero ¿es justo que la empresa que perdió dinero por mi culpa me dé un lugar donde vivir?

—En teoría fue mi culpa, yo accedí a que La Bola Ocho entrara a robar.

Alex tomó su maleta que estaba junto a las escaleras, no me había dado cuenta de ella a pesar de que estaba al pie del primer escalón.

—¿Por qué le pagas mensualmente cincuenta mil pesos a Octavio? —dejó de caminar hacia la salida y su maleta hizo un sonido extraño por la repentina pausa.

—No le doy cincuenta mil pesos. Quien te haya dicho eso, está equivocado.

—No trates de mentirme, conozco a Octavio desde hace tres años y se podría decir que te conozco más de lo que crees.

—Pues no me conoces lo suficiente.

Por fin logró cruzar la puerta sin tener que detenerse por mis preguntas, pero lo seguí hasta su auto dispuesta a saber por qué lo mantuvo oculto todos esos meses.

Había mucho aire y por desgracia solo llevaba un suéter delgado con unos shorts que me prestó Mary. En cambio, Alexander llevaba unos pantalones de mezclilla, unos tenis Nike blancos, una chamarra negra y una playera con la leyenda "Put a sock in it", en español significaba "Cierra la boca ". No sabía si la llevaba a propósito para los reporteros que rodeaban la entrada o por todo lo que estaba surgiendo entre él y mi prima. De cualquier forma, la que se calló fui yo.

Alex cerró la cajuela después de subir su maleta y suspiró para dirigirse a mí como si no tuviera de otra.

—Porque me tiene amenazado con que puede entrar a la empresa cuando él quiera y… —Alex no completó la frase.

—¿Y? —cerró ambos puños.

—Y se enteró de que trabajan en la empresa, por lo que, si no quiero que ustedes regresen a ese grupo, debo pagarle por su libertad.

—Eso no estaba en el contrato que firmaron.

—¿Qué importancia tiene el contrato, Kimberly? Me sorprende que a estas alturas continúes creyendo que Octavio respeta esos repugnantes contratos. Si me disculpas, tengo que irme.

—¿A dónde vas?

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Irás a tu departamento?

—No, porque volverías a encontrarme.

—¡Te salvé la vida! ¿Acaso eso es un delito?

—¡No, claro que no! Pero ahora por tu culpa Sabrina y yo terminamos.

—¡Yo no te obligué a estar conmigo!

—No, pero yo te correspondí —subió a su auto y me paré frente a él para evitar que arrancara.

—¡Tú no me correspondiste!

Alex bajó del coche azotando la puerta y me besó con bastante fuerza, no podía separarme porque sus brazos me lo impedían.

Aquel beso debió de ser memorable por ser el primero, pero se volvió una cicatriz de lo que le hice a Sabrina. No podía negarlo, quería estar con Alex, sin embargo, quería estar con él de la manera correcta, sin dudas o miedos rodeándonos en todo momento.

Nadie me había besado de esa manera. Alex podía reconocer cuando iba a rendirme para traerme de regreso a él y mantenerme a su lado con mucha más fuerza que antes. No todos los desastres son malos o peligrosos, algunos son hermosos, como Alex. Él era hermoso si llegabas al fondo de la superficie y aceptabas las cosas que no podías cambiar, pues no se trataba de cambiarlo sino de impulsarlo a ser mejor persona.

—Ya te correspondí. ¿Ahora entiendes por qué no busqué a Sabrina después de terminar? —negué con la cabeza, una lágrima se deslizó por su mejilla y cayó en mi mano. Me afectó pensar que yo era la razón por la cual sus ojos emanaban dolor.

—Porque no siento por ella lo que siento por ti.

—Creí que terminaron porque no crees en el matrimonio.

—Esa es otra razón. Mi madre se fue del país y no sé si se encuentra bien, y Richard me ha estado presionando para pedirle matrimonio a Sabrina porque según él eso hará que la prensa olvide lo que ocurrió, pero por supuesto que no le haría eso a Sabrina. El matrimonio en mi mundo es por interés, lo máximo que puede haber es cariño, pero no amor. No puedo estar contigo porque mi padre sabe que tú fuiste la causa de mi desaparición el día de mi fiesta de cumpleaños y la causa de que nunca asistí a la maestría en Canadá.

—Entonces Sabrina tenía razón, todo es mi culpa.

—No, es mi culpa por permitir que Richard controle mi vida. Sin embargo, no puedo estar contigo o te sentirás peor de lo que te sientes ahora —juntó su frente con la mía—. Kim, lo siento, no tengo nada que ofrecerte.

—Yo no necesito que me ofrezcas algo. ¿Por qué me besaste?

—Porque no volveré. Besarte es la única forma que tengo de decirte todo lo que no pude y de demostrarte cuanto te quiero —acarició mi cabello y se aferró a mi mano.

—No te entiendo. Me dices que sientes algo por mí y después que no volveremos a vernos.

—Puede que pienses que eres la mala, pero yo soy el malo. Tú eres tan paciente y yo me desespero tan rápido. Tú eres más valiente, soportas los comentarios ajenos sin bajar la frente y

yo me aíslo en la resignación o en la locura. Tú eres tan inteligente que no haces caso a las órdenes de los demás, porque llegas al mismo resultado a tu manera, mientras yo necesito prácticamente un instructivo para cualquier cosa. Tú eres tan amable que pones primero a los demás, sin importar qué te hicieron antes y yo soy bastante rencoroso. Kim, eres todo lo contrario a lo que aparentas y yo no soy nadie, soy puro escándalo y billetes.

—Alex, eres amable cuando te lo propones, eres tierno sin que te des cuenta y eres mucho más auténtico de lo que cree Richard. Si subes a ese auto estarás dándole la razón a tu padre, estarás dejando que te conozca a través de su distorsionado criterio. Si te quedas, sé que podrás enfrentar a Richard y demostrarle que eres mejor que él, porque él depende de ti para mantener su imagen.

Alex me soltó y me dio un abrazo, se ocultó en mi cuello y olió mi perfume como si quisiera guardarlo en su memoria porque nunca estaríamos así de cerca de nuevo.

—No me voy porque le tenga miedo a Richard. De hecho, por primera vez no me importa lo que él haga. Me voy antes de perder el coraje y el valor para huir.

—¿Por qué dices que es nuestra despedida? Te vas para no volver a ver a Richard, no porque no me quieras.

—Por eso, me voy porque te quiero y porque no tienes que pagar por mis errores. Kim, encontraremos a alguien mejor —me asustó su afirmación, me asustó pensar que no me consideraba lo mejor para él, sin duda la juventud te impide ver las cosas con madurez.

—¿De verdad lo crees?

—No.

Alex emprendió su huida y yo dejé de reprimirme, porque en ese momento lo mejor para mí era él y aprendí a luchar por quien quiero como no pude luchar por quien quise.

Corrí hasta el otro lado, donde el auto de Collins esperaba a que las puertas se abrieran para salir. Sin consultarle, me subí al asiento del copiloto y me abroché el cinturón. Yo no me aferraba tanto a las personas, pero por él podía ser quien no era.

—¿Qué haces?

—Te acompaño, buscaremos a alguien mejor y cuando tú la encuentres o yo lo encuentre, me bajaré del auto —dejó caer la cabeza sobre el volante y comenzó a reír.

—Debí saberlo.

—¿Qué?

—Olvidé decir que eres perseverante —dio la vuelta al volante para salir a la calle y me extendió un mapa sin dejar de observar el camino.

—¿Para qué es el mapa?

—¿Dónde crees que sea mejor buscar? ¿Por dónde empezamos?

—Por el centro comercial —negó con la cabeza sin dejar de mirar el camino—. Si voy a acompañarte necesito ropa. No me avisaste que haríamos este viaje, por lo que no hice mi maleta.

—No te avisé porque no estabas invitada —Me hice la ofendida y coloqué, de forma teatral, una mano sobre mi pecho.

Con dificultad nos alejamos de la mansión de la familia Collins, ya que los reporteros obstruían ambas salidas como si supieran que Alex se iría. Nunca me habían tomado tantas fotos ni me habían hecho tantas preguntas. Era cuestión de minutos para que Sabrina o La Bola Ocho supiera que Alex y yo estábamos huyendo juntos.

Te Quiero

Escucha aquí First Time de Kygo y Ellie Goulding



Alexander manejó durante diez horas seguidas, al ver que sus ojos estaban a punto de cerrase le propuse cambiar de asiento. A diferencia de las primeras cuatro veces, asintió y se detuvo para cargar gasolina.

Junto había una tienda, así que entré buscando algo que Alex pudiera comer, ya que me obligó a terminar prácticamente toda la comida que empacó. Agradecí haber ido a la casa de Sabrina por el resto de mis pertenencias, porque pude recuperar el efectivo que olvidé.

Compré el refresco favorito de Alex, una botella de agua para mí y tres paquetes de galletas. En la caja había una chica mirando la televisión a un lado suyo, no se dio cuenta de que esperaba a que me atendiera, parecía que su programa estaba muy entretenido o, por lo menos, debía ser importante para que no escuchara mis llamados.

—Disculpe, señorita —Se acercó para pasar el código de las cosas y aceptó el billete sin mirarme a la cara—. Tenga su cambio.

—Gracias —tomé la bolsa con mis compras y la chica se estiró sobre el mostrador al notar que estaba a punto de salir.

—Espera, ¿tú eres la amante de Alexander Collins?

—¿Qué?

Giró el televisor y los clientes, que estaban haciendo fila, dirigieron junto a mí la mirada a un programa de entretenimiento, donde aparecía el video que nos tomaron esa mañana a Alex y a mí.

—"Esta mañana, el hijo del empresario Richard Collins, abandonó su mansión en el centro de la Ciudad de México junto a quien se cree es una empleada de la empresa. De acuerdo con estas imágenes no es la primera vez que se les ve juntos —Múltiples fotos aparecieron en la pantalla detrás de la conductora. En algunas fotos aún vestía con el uniforme de La Bola Ocho, incluso apareció una imagen de mi día de compras con Mary. Otras imágenes eran más

recientes y mostraron un video del último día que vi a Alex antes de su operación—. Por su parte, Sabrina Sorní, quien es la actual pareja de Alexander Collins, no ha dado ninguna declaración.

Sabrina estaba bajando de su auto y los reporteros la interceptaron, ella los apartó con delicadeza y se negó a dar una entrevista. Sus ojos lucían llorosos, así que aparté la mirada. Otro reportero se unió a la conductora.

—Fuentes cercanas a la abogada aseguran que su propia prima, identificada como Kimberly Sorní, es quien se encontraba con Alexander Collins esta mañana. Es evidente que tienen una relación bastante cercana, parece que son más que amigos…

Salí de la tienda sin dar ninguna explicación. ¿Qué pretendía que le contestara? "Claro, soy la amante de Alexander Collins, ¿por qué?, ¿quieres un autógrafo?" La palabra amante era muy fuerte, pues Alex y Sabrina terminaron, pero no podía decírselo a nadie porque no me incumbía.

Alex me abrió la puerta y miró hacia atrás porque la cajera y los clientes estaban tomándonos fotos.

—¿Qué ocurrió?

—Los reporteros.

Alex no me hizo más preguntas, se apresuró a subir al asiento del copiloto y me dio las llaves del auto.

Ninguno habló en un largo rato y tampoco pensamos en tomar un descanso, ambos entendíamos que lo mejor era continuar con nuestro viaje, pues no queríamos detenernos a pensar en todo el daño que hacíamos a los demás por el simple hecho de querernos.

No dejaba de pensar en los ojos verdes de mi prima, pero lo que más me sacudía era la frialdad con que fingía estar bien, por primera vez ella no sonreía y era mi culpa.

Alex y yo nos peleamos demasiadas veces, tanto por cosas inútiles como por cosas importantes. Una vez nos enojamos porque él no me guardó galletas y yo no le guardé agua, aunque él tenía una botella de refresco llena. En otra ocasión nos peleamos porque respondí una llamada de Mary, quien estaba muy preocupada por las noticias y porque dos abejas se habían metido a su habitación.

Llegamos a la frontera con Estados Unidos, Alex y yo mostramos los papeles pertinentes y nos dejaron pasar con facilidad. Por su parte, Alex tenía la ciudadanía estadounidense gracias a su padre, y yo obtuve la mía gracias a un contacto de Octavio cuando todavía formaba parte del grupo.

Después de cruzar, cambié de lugar con Alexander, que decidió conducir a máxima velocidad y tomó un atajo bastante solitario y oscuro.

—¿Kim, no tienes miedo?

—No, estoy acostumbrada a este tipo de caminos.

—¿Por qué?

Cuando estaba en La Bola Ocho, Jorge y yo hacíamos carreras de autos con Nicolas y Camila. La mayoría de las veces llegábamos al mismo tiempo, otras veces Nicolas manejaba tan rápido que Camila estaba a punto de caerse, pues siempre ella y yo íbamos en la parte de arriba del auto. Alfonso siempre nos decía que éramos unas adictas a la adrenalina. Recordar aquello me trajo nostalgia.

—Cuando estaba en grupo, todo el tiempo Jorge y yo hacíamos competencias con Nicolas y su novia. Ellos manejaban a máxima velocidad en este tipo de caminos. Camila y yo subíamos a la parte superior del auto y tratábamos de mantenernos arriba mientras ellos aceleraban. Era peligroso, pero divertido para nosotras.

—Eso suena a algo que definitivamente harías tú.

—Sí, nos agradaba fingir que huíamos de Octavio y Alfonso, era de las pocas cosas que podíamos hacer sin que nos dieran órdenes.

—¿Nunca te caíste?

—Unas cuantas veces, pero no me importó —Se detuvo y me pidió que me bajara del auto—. ¿Por qué quieres que me baje?

Pensé que ya no quería que lo acompañara.

—Puedo ver en tu mirada que extrañas esas carreras. Tal vez no tengamos con quien competir, pero sí tenemos un auto, un loco conductor —se señaló—, y una extraña chica adicta a la adrenalina.

—¿Qué ocurre si la policía nos detiene?

—No lo harán, no hay nadie que nos vea. Anda ya, antes de que me arrepienta.

Con entusiasmo me bajé del auto para subirme al techo. Era extraño estar en un coche distinto al de Jorge, pero me emocionaba revivir ese recuerdo, con la diferencia de que no tendría que regresar a la casa de Octavio y recibir un gran sermón de su parte.

—Dime cuando pueda arrancar —suspiré y le di la señal a Alexander.

Los árboles pasaban junto a nosotros con tanta rapidez que mi cabello se levantaba junto con el aire y mi estómago daba vueltas, pero podía soportarlo, estaba acostumbrada a esa sensación.

—¡Acelera!

—¡Voy a máxima velocidad!

—¡No es cierto! ¿Con quién crees que estás hablando?

Alexander aceleró lo más rápido que pudo. Eso era a lo que me refería: el sonido del aire azotando contra mis oídos junto con la sensación de que estaba a un metro del suelo, pero lejos de la realidad.

Nuestras risas hicieron eco, alcé los brazos para abrazar aquel recuerdo. Las estrellas iluminaban el cielo, pero mi felicidad las opacaba. Nosotros opacábamos a cualquier cosa esa noche.

—¡Alex, no te detengas hasta que me caiga!

—¡Estás loca! ¿Cómo puedes hacer eso?

—¡Práctica y equilibrio! ¡Es como estar en una montaña rusa!

—De verdad que eres única.

—¡Alexander, te quiero!

Esas palabras escaparon de mi boca, no podía creer que lo había gritado mientras Collins manejaba a máxima velocidad y yo estaba sobre el techo de su auto. Sin duda fue uno de mis momentos favoritos a su lado, porque su mundo y el mío se acoplaron de la manera más inesperada y extraordinaria que pude imaginar.

—¡Te quiero, Kimberly Sorní!

Aquí Y Ahora

Alex detuvo el auto a medio camino, era demasiado temprano y la carretera estaba sola, yo dejé de hacer la sopa de letras del periódico al escuchar que abrió mi puerta. Del otro lado estaba él extendiéndome la mano.

—¿Qué ocurre? —Alex palmeó el techo de su auto y volvió a extenderme su mano mientras volteaba detrás suyo asegurándose de que nadie nos viera—. ¿Aquí y ahora?

—Aquí y ahora. Igual que hace diez años.

Tardé en notar que aquel camino fue donde le dije el primer te quiero a Alex. Nunca creí regresar ahí, siempre pensé que si lo hacía estaría casada, con dos hijos y mi historia con Collins sería una anécdota, pero por desgracia no sucedió así.

—No lo sé, este camino es más transitado que hace diez años.

—No te traje cerca de la frontera para escucharte decir eso.

—¿Cerca de la frontera?

—Estamos a unas cuantas horas de cruzar la frontera, sé que traes tus papeles contigo a todas partes, los he visto en tu bolso.

Dirigí la mirada a mi bolso por ser el culpable de que estuviera tan lejos del pueblo y tan cerca de México. Sabía que llevábamos horas viajando, pero nunca pasó por mi mente que el destino fuera mi antiguo país de residencia.

—¿Tú traes tus papeles?

—Sí, nunca los saco del auto. Varias veces he cruzado la frontera y me he quedado unos cuantos días en Tijuana. Pensé que tal vez te gustaría ir a México y visitar a Jorge o a Sabrina.

Los nervios se apropiaron de mi habla. Después le expuse a Alex todas las excusas para no cruzar a México.

—¿Manejarás hasta la Ciudad de México?

—No, en Tijuana compraremos los primeros vuelos disponibles. Entre más lejos de mi casa mejor. Dijiste que te gustaría ir a la playa con Jorge y Sabrina.

—Dije que sería lindo, pero Sabrina salió de viaje fuera del país.

—¿Quién dirige la escuela de música entonces?

—Contrató a alguien.

—Entonces vamos a Querétaro a visitar a Jorge.

—Perdí comunicación con él hace tiempo, no sé dónde vive —mentí.

—¿Qué podemos hacer? —cruzó los brazos—. Visitemos a Vattiare.

—¿Por qué quieres visitar a alguien?

—Después de que te volví a ver empecé a recordar muchas cosas, así que me gustaría ir a México y revivir recuerdos —Si íbamos a México me vería obligada a que Vattiare o alguien hablara con Alex. No era tan fácil como decir que se me había olvidado algo y quería regresar, tampoco podía dejar que Alex se enterara de la noticia sin leer la carta que Luisa guardaba—. Ese no es el punto, sube o ¿tienes miedo?

Bajé del auto y Alex me ayudó a subir. Ya no éramos un par de adolescentes, éramos un par de adultos que aún no habían superado el pesado, como consecuencia nos vimos arrastrados hasta esas circunstancias.

—¿Estás lista? —asentí y Alex arrancó con tosquedad.

Sentí su mirada a través del espejo retrovisor y tuve que actuar para ahuyentar sus sospechas. Me reí como aquella vez y levanté los brazos para despedirme de esa carretera, de ese recuerdo y de Alex.

—¿Puedes acelerar?, por favor.

—¿De qué hablas? Voy a máxima velocidad.

—No es cierto, ¿con quién crees que hablas? —Su risa era eufórica y auténtica.

Cerré los ojos, dejándome llevar por el efecto relajante de su voz. Ojalá hubiera podido quedarme, ojalá Sabrina fuera quien le diera esa carta, ojalá ese día nunca hubiera ocurrido, pero si ese día fuera anulado, no hubiera visto a Alex de nuevo. Sé que es malo no tenerle respeto a la muerte, pero también es malo reprimir los sentimientos por diez años.

—¡Kimberly Sorní, te amo! —abrí los ojos de golpe.

—¡Alex, gracias por todo!

Alex cumplió su palabra y no manejó a esa velocidad por más de un minuto. Al regresar a mi asiento pude notar que mi compañero estaba de mejor humor y emocionado por regresar a México, pero me vi obligada a terminar con esa felicidad antes de que se convirtiera en una tortura.

El auto hizo ruidos extraños y poco a poco dejó de moverse. Alex cambió su expresión cuando el carro se detuvo de manera abrupta, igual que nuestra felicidad y esperanza.

Alex pasó una hora tratando de arreglarlo, pero era inútil, ya no tenía reparación y yo fui la causa de ello.

—Deberías llamar a Matthew —le dije al ver que tomó su celular, yo estaba sentada en una

roca porque él no quería mi ayuda.

—Eso es lo que hago —contestó desesperado—. Matt, necesito que me ayudes. El auto se descompuso cerca de la frontera, pude orillar el auto, pero no tengo dinero para una grúa. Sé que son varias horas de distancia, pero… —Matthew interrumpió a Alex y él suspiró como si hubiera sucedido un milagro —. Por primera vez agradezco tu terquedad, amigo.

—¿Qué te dijo?

—Nos ha estado siguiendo, pero nos perdió de vista cuando se detuvo a cargar gasolina. Estará aquí en una hora o menos. Visitaremos a Vattiare otro día, perdón por esto.

—No te preocupes, pudo pasar algo peor.

Matthew llegó cuarenta minutos después y remolcó el auto de Alex no sin antes mirarme furioso.

Alex estaba dormido en el asiento del copiloto, Matthew estaba manejando y yo estaba en el asiento de atrás sintiéndome incómoda por su manera de verme. Dio una ojeada a su mejor amigo y lo sacudió levemente, Alex no movió ni un músculo.

—Está totalmente dormido. Kimberly, ¿cómo comprendes descomponer el auto cerca de la frontera?, ¿no se te ocurrió algo mejor? —susurró histérico.

—¿Cómo comprendes seguirnos?, ¿tan poca confianza le tienes a Alex?

—Sé que Alexander puede enloquecer, pero también conozco lo que mujeres como tú pueden hacer.

—¿Mujeres como yo? No soy ningún monstruo.

—Sí, eres todo lo contrario, pero él cree que Sabrina está en México y que tú te quedarás por mucho tiempo. Le diste esperanzas, Kimberly.

—Entonces, si tanto te preocupa, ¿por qué no se lo dices tú? Quítale esas esperanzas, dale la carta y llévalo al funeral.

—No lo hago porque estaría tirando a la basura todo el daño por el cual le estás haciendo pasar. Has estado junto a él por mucho tiempo, si le digo tu secreto no valdrá la pena lo que estás haciendo.

—No te entiendo, dices que me odias por mentirle a Alexander, pero tampoco quieres contarle la verdad.

—No es la primera vez que me enfrento a un caso como este y por experiencia sé que la despedida duele. Ponte en el lugar de Alex, ¿qué sentirías si te enteras de que tu exnovia, quien piensas que está viva, murió una semana antes de tu cumpleaños? ¿Qué sentirías si te dicen que pudiste despedirte, pero no lo hiciste? ¿Qué harías si lees una carta que ella escribió antes de

morir? Y, por si fuera poco, tú otra ex es quien te da la noticia.

—¿Crees que para mí es fácil estar con él sabiendo que le oculto ese detalle tan importante? No es fácil escuchar cómo habla del futuro y tampoco es sencillo aceptar que no habrá marcha atrás cuando le dé la carta porque tendré que desaparecer ¡Yo no quería que esta muerte sucediera así!

—¡Nadie lo quiere! Lo lamento, sé que estás sufriendo, pero debo preocuparme por mi mejor amigo que seguirá viviendo, no por alguien que ya ha partido. Cuando Sabrina…

—Matthew, por favor, no hables de Sabrina o colapsaré —Matthew suspiró y dio un puñetazo a la ventana, me sorprendió que no me tuviera miedo, sino que se enojara porque Alex estaba siendo engañado—. De acuerdo, se lo diré si me ayudas con algo.

—¿Ayudarte? No quiero estar más involucrado en esto

—Es sencillo, necesito que grabes la audición de Alex para la academia de música y la envíes con el siguiente mensaje —Me acerqué a su oído para susurrarle mi petición.

—Hago eso y le das la carta, ¿trato hecho?

—Trato hecho.

Estrechamos nuestras manos y, al escuchar que Alex estaba a punto de despertar, fingimos hablar sobre otro tema.

—¿Estaban peleando? —preguntó frotándose los ojos.

—Sí, por estar hablando con Kimberly casi choco.

—Te entiendo hermano. Kimberly es una distracción.

Matthew me guiñó el ojo, no había vuelta atrás, me iría en tres días.

31 De febrero

Escucha aquí: Lose You To Love Me de Selena Gomez



Alex y yo viajamos un par de meses por el mundo. Fue bonito mostrarle mis sitios favoritos y poder ser yo sin que me sancionaran por ello, supongo que aquel viaje me ayudó a sanar muchas cosas de las que nunca había hablado con nadie.

Primero llevé a Alex a Peggy's Cove, un pequeño pueblo en Nueva Escocia, intentamos pescar, pero lo único que logramos fue caernos del bote y ser el hazmerreír de los demás turistas, sin embargo, pudimos observar el bellísimo atardecer desde el faro.

Después, Alex me convenció de esquiar con él en Alaska y fue demasiado paciente conmigo incluso cuando por mi culpa estuvo a punto de quebrarse un brazo, pero a pesar de que Collins era el mejor instructor que podría haber tenido, lamentablemente arrollé a varias personas en el camino y optamos por irnos antes de que mi escasa habilidad deportiva matara a alguien.

A la semana estábamos en Arraial do Cabo, Brasil. Una playa sumamente hermosa donde aproveché para enseñarle a Alex a nadar. Los primeros días Alex tuvo que usar una especie de flotadores, así que los niños se burlaban de él hasta que Collins fue capaz de unirse a sus competencias y ganarles a varios de ellos.

Nuestra siguiente parada fue el Bosque Umbra, en Italia. Estuvimos caminando en círculos durante dos horas sin darnos cuenta, hasta que Alex dijo que todos los árboles se parecían y decidió poner sus iniciales en uno de los troncos. En nuestra última vuelta me percaté de lo que estaba ocurriendo, y decidí no decirle a Alex para que no se enfadara, ya que yo llevaba el mapa. Tardamos tres horas en llegar al lago, pero valió la pena porque tuvimos una maravillosa vista del lugar.

Antes de irnos, Alex me confesó que se dio cuenta de que estábamos caminando en círculos, pero prefirió fingir que íbamos en el camino correcto porque notó mi emoción al ser nuestra guía y llevar el mapa, no quería decepcionarme y arruinarme la excursión.

Nuestro siguiente destino fue Egipto y recorrimos las pirámides de Giza en camello, para lo cual Alex estuvo regateando media hora y solo consiguió que le dieran un descuento de diez dólares porque no entendían su extraña manera de hablar árabe. Al intervenir descubrí que el

hombre sabía hablar bastante bien inglés y en menos de cinco minutos ya estábamos recorriendo a mitad de precio el lugar.

Nuestra última parada fue en Irlanda, recorrimos el puente colgante Carrick-a-Rede. Nunca olvidaré aquel lugar, no solo por sus hermosos paisajes, también porque Alex y yo tuvimos una de las conversaciones más serias de todo nuestro viaje, hablamos sobre nuestro futuro, uno de mis mayores temores.

—Kim, ¿qué piensas acerca de todo esto?

—Espero no caerme, escuché que algunos turistas prefieren regresar en bote porque…

—No hablo del puente, me refiero a lo nuestro. Falta poco para que regresemos y enfrentemos a todos.

Me mantuve en silencio un momento. Mi cabeza hacía lo mejor que podía, tratando de mantener la concentración dada la altura en la que estábamos, mientras notaba la alarmante forma en que mi corazón latía como si estuviera a punto de caer en un acantilado, sin saber si estaba lista para volver a estar con alguien.

—Alicia dice que somos polos opuestos y que cualquier día dejaremos de querernos. Tiene la hipótesis de que te quiero como una forma de rebelarme contra mi padre. Por un lado, tiene razón, todo llega a su fin y no puedo dejar de preguntarme: ¿este es nuestro fin?, ¿podremos llevarnos bien cuando regresemos a México? —dijo al notar que yo no quería hablar.

—Bueno, pienso que tenemos una conexión singular y dado todo lo que hemos hecho, no creo que la palabra amigos sea la mejor etiqueta para nosotros.

—Lo mismo he estado pensando, ¿qué clase de amigos viajan juntos? y ya sabes —volteó y se percató de que un par de chicas oían con atención nuestra conversación, por lo que se arrimó un poco para que se adelantaran y pudiéramos hablar a solas, no obstante, intercambió una sonrisa particular con una de ellas y la manera en que la miró hizo que se me revolviera el estómago—. Tengan cuidado, escuché que los turistas con frecuencia mueren aquí.

—¡Alex, cállate!

—Estaban oyendo nuestra conversación, se ve que les encanta el chisme.

—No sabemos si hablan español.

—¡Chismosa! —gritó y ambas voltearon enojadas—. Definitivamente hablan español. ¡Lo siento, se lo decía a tu amiga!

—Como sea, debemos avanzar antes de que el grupo nos deje atrás.

Collins se interpuso en mi camino y con su brazo me pidió que me detuviera. Me tomó de la mano y no hizo falta que dijera algo, sentí que estaba a punto de decidir por ambos, y que otra parte de mí estaba a punto de quedarse en aquel puente porque mi vida cambiaría.

No sabía si para bien o para mal, pero era inminente que era imposible quedarme en mi zona de confort cuando se trataba de Alex, todo era impredecible y constantemente pedía a Dios que pudiera sobrevivir ante cualquier situación que se avecinara, porque en el fondo le tenía miedo a Alex y a su extraña e hiriente manera de demostrar afecto.

—Te quiero, Kim.

Por un momento me olvidé de que estaba a treinta metros del suelo y lo único que me importó fue que Alex estaba delante de mí, confesando lo que ambos estábamos evitando.

—Yo también te quiero, Alex. Te has convertido en un gran amigo y…

—No, no me refiero a que te quiero como amiga. Esto va más allá del cariño que he sentido por cualquier chica, incluso por Sabrina. Eres la novia a la que más he querido.

—¿Somos novios? Pensé que no querías atarte a alguien, por eso dijimos que íbamos a estar juntos mientras dure, y si me consideraras tu novia no habrías visto de aquella manera a esa chica ni a las demás mujeres que hemos visto durante el viaje.

—¡Kim, olvida lo que hice y lo que dije! Sí, le temo al compromiso, eso es cierto. No sé cuál es tu perspectiva de ello, pero esto que hemos construido o la manera en que te conozco ahora, me hace pensar que sientes algo más por mí que una amistad.

—Aunque sea difícil de creer, no le temo al compromiso. Considero que encontrar a alguien con quien pasar tu tiempo y todo eso, es algo que merece la pena.

—¿Pero? —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Pero todos los días le escribo a Sabrina, aunque sé que ella intuye que estoy contigo, y no recibo respuesta, solo lee mis mensajes y eso hace que me pregunte a mí misma ¿por qué me enamoré de ti? —agachó la mirada y se tambaleó un poco—. De todos los chicos con los que pude salir, te escogí a ti, el novio de mi prima.

—Exnovio.

—Exacto, eso no mejora las cosas.

—Entonces, ¿esto es todo? —Me hice la misma pregunta y mi cerebro comenzó a discutir con mi corazón porque no estaban de acuerdo con qué decisión tomar.

—No, no es todo. Te quiero, solamente que no sé si estás jugando conmigo o no, porque sigues coqueteando con chicas incluso cuando estoy a tu lado, pero te enfadas si un chico me habla así sea para preguntarme cualquier tontería.

—No estoy jugando contigo, no volveré a hacer eso.

—Cuando estamos solos te comportas de cierta forma y sí, me es imposible no sentir por ti algo más que una amistad —rodeó mi cintura.

—De ser así, olvida lo que ha ocurrido en el pasado, quiero estar contigo. ¿Qué dices?

—Presiento que me vas a destruir —dije ocultando mi rostro en su cuello.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque a veces eres muy cruel con tus comentarios. Hay días en que creo que me quieres y otros en los que me siento insuficiente, pero tal vez solo es mi perspectiva.

No, no estaba equivocada, nuestras personalidades cambiaron tanto con el tiempo que Alex se convirtió en alguien que ya no me agradaba, pues usaba la manipulación psicológica para que no me alejara. No obstante, en ese momento, en aquel puente, no sabía lo que nos esperaba y le creí a Alex cuando dijo que me quería.

—Piensas que no estaremos juntos por mucho tiempo.

—Alex, pensar y querer son cosas totalmente distintas. Creo que más bien tengo miedo de lo que pueda ocurrir.

—Tienes miedo de que un día dejes de quererme.

—No, no creo que lo que siento por ti se esfume tan fácilmente, pero quiero a mi prima y sé que esto no es justo. Trato de encontrar una razón que explique por qué piensas que soy mejor que ella, pero no la hallo.

—Bueno, sabemos que todo llega a su fin, Kim. Entonces, ¿deberíamos terminar ahora?, porque según tú vamos a terminar algún día —tomó un sorbo de agua y continuó sin poder mirarme a la cara.

Pensé en los últimos meses y cómo él cambió mi vida por completo. Supe que debía apartar mi miedo e intentar establecer algo con Alex, no quería quedarme por siempre con la duda de qué hubiera pasado o cruzarnos en los pasillos sin siquiera poder saludarnos.

—31 de febrero.

—¿Qué?

—Por lógica todo tiene su fin, pero sería demasiado cruel estar juntos sabiendo que tarde o temprano romperemos. Puede que cambie lo que siento, pero no desaparecerá mi cariño hacia ti, así que engañemos al tiempo. Alex, estemos juntos hasta el ***31 de febrero****, puede que lo nuestro dure poco o mucho tiempo, averigüémoslo. Supongo que es una manera de decir que siempre nos querremos, sin atarnos de por medio.*

No esperé su respuesta y continué avanzando.

—¡Está bien, hasta el ***31 de febrero****! —reí por la forma en que estuvo a punto de caerse.*

—¡Lo prometo!

—Supongo que eso fue un sí a mi propuesta.

—Fue un sí.

—¡Por fin! —gritó lo más fuerte que pudo y me besó.

Aquellas vacaciones fueron un parteaguas en mi vida, porque empezó una de las etapas más especiales y dolorosas, pero de no ser por aquellos instantes en los que pensé y sentí que era normal ciertas conductas, no habría conocido mi fuerza y mis límites.

Algo no anda bien



Al regresar a México, Alex y yo estábamos nerviosos por encararnos a quienes dañamos con nuestros actos. Él se enfrentaría a Richard y yo a Sabrina.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, pensará que quiero hacerla enfadar.

Desde que me fui, no hubo un solo día que no intentara hablar con Sabrina y la única manera de comunicarme con ella era por email, sin poder saber si leía mis correos o no. Pensé que aceptaría mi invitación y nos veríamos en nuestro restaurante favorito, pero la esperé toda la tarde y nunca llegó.

—Estaré aquí por si me necesitas.

—Llegará en una hora, no quiero hacerte esperar. Te veré en casa si es que todo sale bien.

Alex y yo decidimos mudarnos juntos, al principio creí que su propuesta era una broma, pero después me di cuenta de que iba bastante en serio, por ello quería hablar con mi prima. No quería ocultarle más cosas.

—Suerte —Me dijo antes de que saliera del auto.

Entré a la casa que solía compartir con mi prima y me sorprendió ver que todo lucía distinto. Las paredes ya no eran blancas sino de su color favorito: lila. Había pinturas colgadas en las paredes y varias velas con olor a vainilla estaban adornando la mesa de centro. Sabrina había hecho del departamento algo suyo, como siempre quiso.

Pasó una hora y el sonido de unos tacones me sacó de mis pensamientos. La puerta se abrió y mi prima no se asustó al verme sentada en su nuevo sillón, pero cerró la puerta y subió las escaleras sin decir nada, supuse que regresaría.

Minutos después bajó con el pijama que le regalé la primera navidad que pasamos con el grupo, ya no llevaba maquillaje y tenía el cabello recogido en un intento de trenza.

Sabrina se sentó y me dio la espalda para que le ayudara a peinarse, tal como hacia al final del día cuando Octavio y Alfonso nos obligaban a participar en expediciones demasiado largas sin importar que lleváramos horas sin dormir. Tomé aquello como una buena señal y empecé a hablar.

—Perdón por no avisar, pero era la única manera de hablar contigo. Te estuve esperando para comer, te traje la pasta que te gusta.

—Gracias y discúlpame por no ir, tenía mucho trabajo —Se dirigió a la cocina y sacó una botella de vino Marselan, mi favorito—. ¿Quieres? —asentí y me entregó una copa.

—¿Cómo te va en el trabajo?

—Richard me ascendió. Soy la subdirectora de la empresa.

—¡Eso es fantástico! ¿Qué hay de Alicia?

Sabrina bebió un gran trago y subió las piernas al sillón como si tuviéramos una plática casual.

—Enloqueció cuando se enteró, se fue a Europa y dijo que pondrá una empresa allá para hacerle competencia a su padre.

—¿Crees que lo logre?

—Seamos sinceras, esa mujer es muy inteligente, pero le hace falta forjar su propia vida y descubrir si realmente quiere formar parte del mundo de los negocios. La otra vez se aburrió tanto que se quedó dormida en una junta. Tuve que mentirles a unos inversionistas japoneses y decirles que estaba meditando, fue lo único que se me ocurrió —reímos.

—Felicidades, Sabri. Siempre supe que llegarías lejos y aquí estás, ganando mucho más que en La Bola Ocho y sin meterte en delitos.

—Sí, Richard me hace muchas preguntas sobre el grupo, pero no se asusta con nada de lo que le cuento, incluso se mantuvo tranquilo al saber lo más espantoso. Me dice que es como si viera una serie de televisión. Es raro porque lo atrapé tomando notas de lo que le cuento, no me sorprendería que escriba un libro.

—Por lo menos a ti no te odia.

—Él no te odia y yo tampoco —Se reincorporó y dejó caer una lágrima—. Sabía que Alex y tú tenían química, lo supe desde que regresamos del retén. ¿Sabías que se negó a que alguien más te cuidara? Él te miraba como me gustaría que me hubiera visto alguna vez.

—No quería enamorarme de él, hasta llegué a considerar la idea de alejarme de todos, pero él y yo conversamos y decidimos irnos un tiempo porque necesitábamos poner en orden algunas cosas. Tengo algo que decirte...

—Sé que están juntos, en internet no dejan de aparecer noticias sobre ustedes y Mary me dijo que él te propuso vivir juntos.

—Lo haré si estás de acuerdo, no quiero herirte más de lo que ya te he lastimado. No es justo.

—Eres como mi hermana y no puedo oponerme a que estén juntos, tú harías lo mismo por mí —Estaba a punto de interrumpirla, pero me detuvo—. No lo digas, tú no escogiste querer a Alexander. Estoy segura de que, si pudiéramos escoger de quien enamorarnos, no escogeríamos a Collins. Prefiero perderlo a él, que perderte a ti.

—Te quiero más de lo que piensas, eres como mi hermanita —despeiné su cabello—. Yo tampoco te quiero perder, Sabri.

—De hecho, yo también tengo que contarte algo.

—¿En serio? —suspiró.

—Conocí a alguien.

—¡Quiero todos los detalles!

—Es hijo de un socio de la empresa, se mudó hace unos meses de Nueva York. Me da mi lugar y si llegamos a pelear es por quién pagará la cena o cosas de ese estilo. Puedo decir que ahora entiendo por qué no funcionó mi relación con Alex, realmente estoy enamorada de este chico.

—Deseo que te trate bien, si no se las verá conmigo.

—Lo mismo digo, si Alex te hace algo no me importará pedirle prestada un arma a Alfonso.

—Espero que no lleguemos a eso —Nos abrazamos.

Nunca dejé de sentirme culpable por traicionar a mi prima de esa manera, por lo que el remordimiento tampoco se alejó. Fue uno de los precios que pagué por querer a quien menos pensé.

A la semana siguiente, Alex y yo fuimos juntos a la fiesta de graduación de Mary. Se veía hermosa con el vestido azul marino que diseñamos juntas. Por otro lado, la madre de Alex no se presentó ni felicitó a su hija, así que su familia tomó la decisión de olvidarla de manera definitiva, sin embargo, el proceso fue bastante largo y doloroso.

Tuvieron que pasar tres meses para que Richard y yo pudiéramos estar en el mismo lugar, pues decidí renunciar a mi empleo en la empresa como muestra de respeto a los demás empleados y sobre todo a la familia de Alex. Por si fuera poco, Alicia trataba de provocar una pelea conmigo en cada comida familiar; sin embargo, nunca pudo obtener una grosería de mi parte, pues Mary y Alex me ayudaban a controlarme.

En ocasiones Alex y yo teníamos que levantarnos en la madrugada porque sus hermanas acostumbraban a irse de fiesta para olvidar sus problemas familiares. Yo me encargaba de

tranquilizar a Alicia quien ebria lloraba hasta que sus ojos se hinchaban y Alex se encargaba de llevar a Mary hasta el auto porque insistía en seguir bailando mientras bebía ginebra, la bebida favorita de su madre.

Hubo un tiempo en que optamos por rentar una casa para poder cuidarlas a ambas, ya que Richard desaparecía constantemente por sus viajes de trabajo y Mary se deprimía al dormir sola en la casa en la que vivió toda su vida. Por su parte, Alicia se negó los primeros días en aceptar nuestra invitación, hasta que una mañana llegó con varias maletas y no fue necesario que intercambiáramos palabras, me aparté de la puerta y le mostré su habitación que decoramos con entusiasmo.

Cuando Mary entró a la universidad hubo un cambio en ella, fue sanando poco a poco y por primera vez en muchos años pudo rodearse de amigos que la apoyaban. Por otro lado, Alicia decidió tomar el mando de la empresa después de que Alex optó por ser socio y no el director, para sorpresa de todos logró que la compañía se posicionara como una de las más importantes a nivel internacional y Richard no tuvo otra opción que presentarla ante la prensa como su sucesora.

Sin darme cuenta pasaron diez meses. Al principio vivir bajo el mismo techo que Alex fue difícil, pues nos peleábamos cuando hacíamos la despensa o porque se desesperaba si yo tomaba duchas largas. También me enojaba porque le gustaba ver la televisión con un volumen realmente preocupante, pero me gustaba despertar con la imagen de su rostro iluminado por el sol.

Escucha aquí: Grace de Bebe Rexha

Un fin de semana Alex y sus hermanas salieron del país porque ganaron un crucero, yo no pude acompañarlos porque tenía que cerrar un trato de trabajo con un empresario extranjero que estaba interesado en ser mi socio para emprender el negocio que llevaba meses planeando.

Llegué a la propiedad en la que me citó el hombre y, como me imaginaba, al igual que las demás casas en Valle de Bravo, con solo ver el portón se notaba que debía costar varios millones de pesos. Estaba a punto de tocar el timbre cuando recibí una llamada.

—Hola Mary.

—¡Kim! ¿Cómo te fue con el Señor Hank?

—Acabo de llegar a su casa, no te imaginas el terrible tráfico que había y para el colmo la camioneta se descompuso a medio camino

—¿Kim, estás bien? —Al oír la voz de Alex fue inevitable sonreír.

—Ahora sí.

—Ay, que asco me dan —dijo Alicia.

—Hola Ali, me da gusto escucharte.

—Claro, a mí también me da gusto hablar contigo, y ¿qué hiciste con la camioneta?

—Llamé a la grúa y fue un poco tardado el trámite, al final tuve que pedir un taxi y no hallábamos la dirección, el señor Hank va a matarme.

—No digas eso, ni que fuera uno de tus exjefes mafiosos.

—Octavio no era un mafioso.

—Eso pensamos, pero no dudo que lo sea.

—Alicia, ya deja de atemorizarla. Amor, ya no te entretenemos, solo queríamos saber cómo te había ido con Hank, pero estoy seguro de que cuando regresemos celebraremos.

—Gracias, en cuanto tenga noticias les aviso.

—¡Kimberly, ten mucho cuidado!

—¡Alicia, ya cálmate! —gritó Mary.

—Hablo en serio, es extraño que no hayamos encontrado información sobre ese tal Hank y tal parece que la vida trataba de que Kimberly no llegara a Valle de Bravo.

—¿No te llegaron los archivos que me envió?, sus empresas realmente existen. Además, ya sabes cómo es el tráfico en México.

—Vi los archivos, pero hay algo que no me cuadra, por eso te digo que te cuides. No vaya a ser un estafador.

—Kim, no escuches a mi hermana, debe estar celosa. ¡You got this!

—Gracias, Mary. ¡Los quiero! —Alicia se quejó—. Incluso a ti, Ali.

Toqué la puerta y una mujer me abrió con una gran sonrisa, ni siquiera me había presentado cuando se apartó y me señaló el interior.

—Hola, debe ser Kimberly. La estábamos esperando.

—Hola, una disculpa. Tuve un imprevisto, pero le avisé al señor Hank que me demoraría un poco.

—No te preocupes, el señor Hank tuvo que salir un momento. Ya sabes, asuntos de negocios, no ha de tardar en volver. Puedes esperarlo en el jardín.

—Gracias, con permiso.

Entré y un escalofrío recorrió mi columna. Era un terreno amplio y baldío, supe que algo no andaba bien y comencé a pensar en lo que dijo Alicia al quedarme completamente sola. Además, la puerta tenía candado.

Tomé mi teléfono e intenté hablarle a Alex, pero no contestó, así que le escribí un mensaje con la esperanza de que pudiera leerlo de inmediato:

"Algo no anda bien. El lugar luce bastante extraño y estoy sola. El señor Hank ni siquiera está aquí. Tengo miedo"

Envié el mensaje junto con mi ubicación y varias fotos del lugar. Abrí mi bolsa y tomé la navaja que Alicia siempre me obligaba a llevar en caso de una emergencia, la escondí en mi chaqueta y me apresuré a buscar una salida.

El terreno era mucho más grande de lo que pensé y lo fue aún más al distinguir una motocicleta negra entrar a máxima velocidad. Corrí como nunca había corrido en toda mi vida, hasta que me costó respirar y los músculos me empezaron a doler.

—¡Ayuda!

Lloré al recordar el ultimo beso que le di a Alex antes de despedirnos.

Lloré al notar que no podría regresar a la ciudad para cenar con Sabrina.

Lloré al pensar que Jorge y yo ya no lograríamos abrir el negocio que tanto soñamos.

Lloré al desear que Mary no creyera que los había abandonado.

Lloré al aceptar que Alicia tuvo razón, no debí ir a Valle de Bravo.

La motocicleta me alcanzó y el sonido de un disparo retumbó por todo el campo, a pesar de ello seguí corriendo, creyendo que la bala había impactado con la barda que estaba a uno cuantos metros. Estaba a punto de saltarla cuando sentí que mi brazo ardía. Bajé la mirada y me encontré con un rastro rojo: mi hombro sangraba y Alfonso estaba detrás de mí.

—Perdóname, Kim.

Reconocí la voz de Octavio gritándole a Alfonso que tapara la herida cuanto antes. Comencé a marearme, los árboles se tornaron borrosos y mis piernas dejaron de responder. Caí y sentí que unos brazos me sostuvieron.

—Te tengo, no te dejaré morir si es lo que piensas —pensé que nunca volvería a escuchar aquellas palabras.

—Es lo que siempre dices —dije con un hilo de voz

—Bueno, no te he mentido y esta no será la excepción. Dulces sueños —dijo Octavio antes de cargarme hacia la camioneta en la que no me subía desde hace meses.

—¿Kim? ¡Dijeron que venimos para una expedición!

No hizo falta que abriera los ojos, supe que Alfonso y Octavio habían traído a Nicolas a base de engaños.

—Pues esta es la expedición. Más te vale curar perfectamente su herida, la quiero viva y lista para volver a donde pertenece.

—¿A qué te refieres? —sentí unos brazos diferentes.

—Lo que oíste, ella regresará con nosotros porque somos su verdadera familia, no con esa bola estúpida de niños ricos que le lavaron el cerebro.

—¡La secuestraste, Octavio!

—No la secuestré, más bien la recuperé y ante la ley eso no es un delito porque es mi hija.

—¿A qué te refieres con que es tu hija?

En ese instante lo vivido en los últimos meses pareció una película. Estaba gozando de demasiada libertad y demasiada alegría. Debí sospecharlo, era demasiado perfecto para ser real. En ese momento cobraron sentido las palabras que me dijo Alfonso el ultima día que nos vimos.

Suelta mi mano

Escucha aquí: Wrong Direction de Hailee Steinfeld



Desperté en una habitación desconocida. Vattiare estaba junto a mí, ocultó su tristeza detrás de una media sonrisa. Pensé que lo que viví con Alex fue un sueño, por lo que observé mi muñeca derecha y me tranquilicé al observar el tatuaje con la inicial de su nombre.

—Fue idea de Octavio, amenazó a Alfonso con herir a Sabrina si no te traía.

—¿Alex está bien?

—Sí, el crucero que ganó fue una trampa para mantenerlo lejos del país, pero le pude avisar lo que ocurrió. Tranquila, debe estar en camino. Te juro que nadie lo sabía, yo estaba feliz por tú relación con Alex.

—Te creo —Vattiare se echó a llorar mientras se mecía en la silla que ocupaba—. Fui muy tonta por creer que era libre.

—Es mi culpa, debí darme cuenta antes que Octavio planeaba hacer esto.

—No, Vattiare. Te conozco, eres solo una marioneta de Octavio —pensé en Sabrina, en Mary y en Alicia—. ¿Cómo están Sabrina y las hermanas de Alex? ¿Les hicieron daño?

—No, pero todos perdieron la cabeza cuando supieron lo que ocurrió. No te preocupes, no están solos, Jorge viajó de emergencia para ayudarlos a sacarte de aquí. Por otra parte, Octavio descubrió que un socio de Richard piensa fundar su propia empresa, así que ahora nuestro objetivo ya no es la familia Collins. "Collins Company pasó de moda"

Vattiare imitó a Octavio, otras veces me hubiera reído, pero ya no era gracioso.

—Alex no puede acercarse, es peligroso —Me senté en la cama.

El dolor en el hombro no se comparaba con el de mi alma. Busqué mi celular, como si Octavio me dejara conservarlo.

—Tranquila, Matías habló con él y sabe que no puede meterse o su familia pagará un precio alto, pero conseguí tu celular —Vattiare lo escondió entre las sábanas—. Le pedí a Nicolas que lo robara de la oficina de Octavio, así que solo tienes unos minutos antes de que Octavio lo note.

—Le enviaré un mensaje a Alex.

Escuchamos unos pasos en el pasillo y de inmediato oculté el celular. El rey de Roma entró a la habitación y colocó un plato repleto de frambuesas junto con varios medicamentos y un vaso de agua. Creí tener un déjà vu, pues él acostumbraba a hacer eso después de que yo lograba sobrevivir de algún trauma como aquel.

—Hola de nuevo, te traje tu fruta favorita. Si quieres otro plato puedes llamarme, ya sabes la dosis de medicamentos que debes tomar y cualquier malestar que sientas no dudes en decirnos y traeremos a Nicolas.

—Qué sínico eres, me secuestras y quieres fingir que todo está bien. ¡Libérame! Alexander no tardará en hallarme y ustedes irán directo a la cárcel.

—Eres mi hija y solo te traje a casa. No me importa correr el riesgo de que Alexander nos encuentre, porque ni siquiera estamos en la Ciudad de México. ¿Querías fama no? Pues te permití vivir el sueño americano unos cuantos meses, pero es hora de volver a la realidad. Te espero en mi oficina para celebrar el nuevo contrato, y más te vale que no intentes huir porque entonces te despedirás definitivamente de tu adorado Alexander y cuando lo vuelvas a ver estará bajo tierra —salió y desde afuera gritó—. ¡Nos alegra que estés en casa!

—¿Tendré que firmar otro contrato? —Le pregunté a Vattiare.

—Sí, Octavio nos hizo renovar contrato a todos por otros cinco años. Sin embargo, Jorge y Sabrina están haciendo lo posible para sacarnos de aquí. Está vez todos estamos en el mismo grupo, puedes confiar en nosotros. Haremos lo posible para salir de esto con vida, hasta Nicolas está de acuerdo.

—No te preocupes, cinco años pasan rápido, ¿cierto?

De nuevo caminé, sin darme cuenta, hasta la boca del lobo. Vattiare me abrazó y en ese momento quise llorar y gritar, pero no pude hacerlo, me sentí incapaz de llorar por algo que sabía me fue prestado.

Tardé dos semanas en recuperarme de la herida y en cuanto Nicolas me dio de alta, Octavio accedió a regresar a la ciudad siempre y cuando me tuvieran vigilada en el exilio. Después, con ayuda de Vattiare, pude ver a Alex en un callejón que estaba a unas calles de la casa de Octavio. El reencuentro fue doloroso, nos abrazamos tan pronto nos vimos y me dijo tantas cosas que fue imposible recordarla todas, solo pudimos hablar cinco minutos antes de que Octavio y Alfonso regresaran de un robo.

Era más el tiempo que me la pasaba añorando nuestra próxima cita, que el tiempo en el que podíamos estar juntos. Octavio tenía razón, un exsocio de Richard fundó una empresa para hacerle la competencia, sus ventas eran mayores porque el dueño era un empresario local, no un empresario extranjero.

Todo se vino abajo, la felicidad se me fue entre las manos, no había noche en que no me durmiera recordando el rostro de Alex y añorando sus brazos. Mi relación con él se vio afectada, pues el karma me hizo pagar por lo que le hice a Sabrina.

Una tarde se suponía que debía estar en el exilio, pero Camila por ser la nueva capitana me dejó ver a Alex a escondidas. Por primera vez teníamos más de una hora para estar juntos, pero peleamos y terminamos porque él pensó que estaba engañándolo con Nicolas. Después de unas semanas regresamos y a los días terminamos de nuevo, era un cuento de nunca acabar. Parecía que mientras fuera parte de La Bola Ocho no podría gozar de un presente seguro y estable con Alex.

Escucha aquí: I miss you, I'm sorry de Gracie Abrams

Pasaron muchos meses, Sabrina nos dijo que probablemente en una semana estaríamos libres, ya que había conseguido pruebas suficientes para que Octavio y Alfonso fueran a la cárcel. No le quise decir a Alex para no ilusionarlo, pues si era verdad sería una sorpresa y si no lo conseguíamos sería un intento fallido que era mejor no mencionar.

Durante un fin de semana, mientras Octavio y Alfonso hacían una expedición con los nuevos integrantes, Alex me llevó a un parque que descubrimos cuando vivíamos juntos, no tan lejos de la casa de La Bola Ocho por si era necesario correr de regreso.

Nos gustaba recostarnos en el pasto y escuchar música, mientras oíamos las risas de los niños que jugaban a nuestro alrededor. Aunque deseaba con todo el corazón decirle que pronto podríamos volver a vivir juntos, tuve que controlarme para no decepcionarlo si algo salía mal. Aun me arrepiento de esa decisión, pude haber hecho que él se quedara.

Miré el reloj y me levanté del pasto donde estábamos recostados. Alex se despertó confundido.

—Ya casi son las seis. Octavio no tarda en regresar, debo irme.

—Desearía que volvieras conmigo a casa.

—Yo también. Sabrina solo está esperando a que Valentina acepte ser testigo para proseguir con la demanda.

Alex no quiso involucrarse en el plan que había para sacarnos con vida del grupo, él argumentó que la empresa estaba en riesgo y que si se veía involucrado Collins Company quebraría de manera definitiva. Además, el hecho de Octavio tuviera amigos en la policía, que

le cubrieran la espalda, no nos dejó otra opción que dejarlo todo en manos de Sabrina.

—Ten —Me extendió una caja pequeña y al abrirla me encontré con una USB—, ahí guardé una canción que te compuse, escúchala cada vez que necesites algunas respuestas y yo no pueda estar ahí para dártelas.

Lo abracé y planté un largo beso en sus labios. No sabía que era el último.

—Te veré el viernes. No olvides cenar, me preocupa que no te estés alimentando bien.

—No te preocupes, una de mis metas es engordar treinta kilos. Adiós, vampira —me contestó titubeando, pensé que se debía a la incertidumbre constante de no saber si pronto podríamos estar juntos. Lo único que pensaba era en lo mucho que lo amaba y lo extrañaba a pesar de que estaba a su lado—. Oye, creo que Octavio empieza a sospechar que seguimos juntos, ¿por qué no finges que andas con Matías? tal vez así lo despistemos un poco.

Las últimas semanas habíamos peleado más que nunca, la mayoría de las veces dijimos palabras hirientes por la desesperación, pero en lo que a mí respecta no eran cosas que en verdad sintiera, tan solo palabras dichas por mi orgullo y por el cansancio emocional de no poder tener una relación normal con la persona que quería.

—Alex, no le pediré a Matías que se involucre en esto, no sería justo para él y tampoco para ti. Además, yo no soy propiedad de La Bola Ocho, sigo ahí porque me obligaron a firmar otro contrato del que estoy segura Sabrina podrá liberarme, así que debes estar tranquilo. Pronto podremos ser tú y yo solamente, como antes.

—Pienso que estamos jugando con fuego, sabemos de lo que es capaz Octavio. Puede que esto no tenga un buen final y nunca podrás verme sin tener que mentirles y sin tener que preguntarme cada diez minutos la hora.

—Prometo idear algo para ya no tener que hacerlo —Una de mis manos se colocó en su chaqueta, mientras la otra acariciaba su rostro. Tenía un mal presentimiento, pero no quise decírselo—. Alex, siempre haré lo posible por verte una última vez, aunque lo haga para decirte adiós, pero no te rindas ahora. Estamos a unos cuantos pasos de deshacernos de ellos, ten paciencia.

—Es más fácil que encuentres a alguien más y te alejes de mí. En parte soy el responsable de lo que te está ocurriendo, yo aumenté la sed de Octavio al dejarlo entrar a la empresa y gracias a mí pudo encontrarte.

—Alexander, prefiero romper y volver contigo sin importar lo que hagan ellos, pero no saldré con otro chico solo porque te culpas de algo que no es verdad. Desde hace tiempo no tenía un hogar y tú me diste uno. La culpa es mía por haber caído en su trampa —Estaba temblando—. Si lo que te preocupa es que ellos vuelvan a alejarme de ti, prometo que encontraré la forma de verte antes de que me saquen del país.

—Eso es prácticamente imposible, ellos nos vigilan la mayoría del tiempo y ya no tenemos más escondites donde ocultarnos.

—Lo sé, Alex. Trato de decirte que ahora es la única promesa que puedo hacerte, pero la cumpliré y no me iré sin decirte adiós.

—El día que te vayas será ***31 de febrero****.*

—Supongo que así será, pero no me iré porque ya no te quiera sino porque no podré seguir queriéndote.

—Ya es tarde y el grupo se enojará, será mejor que te apresures.

—De acuerdo. Te veré luego. Suelta mi mano o no podré irme.

Me alejé con rapidez y escuché que Alex susurró algo, sin embargo, al voltear no me dijo nada, solo nos sonreímos. Esa fue la última vez que nos vimos y yo no lo sabía, ni siquiera me lo imaginaba.

Ojalá no me hubiera soltado de esa manera tan cruel, pero después, con el tiempo, se lo agradecí, pues pude encontrar a alguien a quien pude enseñarle mis alas y no quiso cortarlas, más bien me impulso a aprender a usarlas.

Tiempo después de que Alex y yo terminamos definitivamente, me enteré de que mientras estábamos juntos continuaba saliendo con otras chicas. La mayoría eran compañeras del trabajo a quienes les pedía fotos, les enviaba mensajes y les comentaba cosas que al verlas me hizo querer vomitar. Sólo así pude entender por qué cada vez que nos encontrábamos con algunas excompañeras, lloraban al vernos y se ocultaban de inmediato. Otras reaccionaban dirigiéndome una sonrisa para nada inocente, pues por la venda en los ojos no pude notar que era la burla de todas.

Fue Una Gran Vida

Regresamos al pueblo y nos encontramos a Richard solo en la casa, porque las hermanas de Alex estaban ocupadas alistando el salón de baile que Mary pronto abriría.

—¿Qué harás hoy? —preguntó Alex mientras se preparaba para ir a la pastelería.

El señor Jan le descontó de su sueldo los días que no trabajó, pero Collins conservó su empleo porque nadie se interesó por el puesto.

—De hecho, necesito tu ayuda. Debo recoger unas cosas en la ciudad.

—¿En la ciudad?

—Podemos ir después de que salgas del trabajo.

—¿Con qué auto?

—Matthew se ofreció a llevarnos.

Alex dejó de peinarse para dirigirse a mí, parecía desconcertado. Sabía que Matthew y yo no nos llevábamos tan bien, pero si el motivo era Alex teníamos que dejar las diferencias a un lado.

—De acuerdo, nos vemos al rato.

Me dio un beso en la mejilla y salió tarareando una melodía. Por otro lado, yo no dejaba de sentirme mal conmigo misma por no poder decirle aún la verdad.

Estaba esperando a Lu en las escaleras de mi casa, pues se comprometió en tomar su descanso para planear a mejor detalle mi despedida; sin embargo, ya eran más de las doce y ella no daba señales de querer cumplir su promesa.

Un niño pequeño se me acercó y empezó a caminar en círculos a mi alrededor, dio pequeños brincos antes de sentarse a mi lado. Continué concentrada en mi búsqueda, pues pensé que Lu podía llegar en una dirección distinta a la habitual.

—Hola, ¿eres la novia del señor Chewbacca?

—¿Me hablas a mí? —creí estar alucinando.

—Sí, ¿a quién más? —El niño me hablaba como si fuéramos amigos desde hace tiempo.

—Perdón, no sé quién es el señor Chewbacca.

—Es el vecino de enfrente. El que siempre parece que está enojado —dijo riendo.

—¿Te refieres a Alexander? —asintió buscando algo en el bolsillo de sus pantalones.

—Es él.

Me mostró un dibujo donde Alex y el niño sostenían un pastel, a su lado estaba un auto coloreado de color rojo y detrás de una ventana se observaba a una mujer con las mejillas sonrojadas y corazones en los ojos.

—y ¿quién es ella? —pregunté señalando a la mujer del dibujo.

—Es mi madre. ¿No es bonita?

—Sí, es muy bonita.

Aquel niño observó su dibujo como si se tratase de un tesoro, luego suspiró y lo apartó de mi regazo.

—Tú también eres linda, pero no puedes estar con el señor Chewbacca. Él no es como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Sé lo que eres —fruncí el ceño, me hizo sentir como si fuera un animal o una criatura mágica—. No quiero ser grosero, pero tú te mudaste hace unos días, y mi madre ha estado enamorada del señor Chewbacca desde que se mudó al pueblo. No es justo que se lo robes.

—Eso es mucho tiempo, pero ¿sabes que es estar enamorado?

—Sí, es sonrojarte cada vez que ves al chico que te gusta, y mirarlo a escondidas simulando que limpias las ventanas, o eso es lo que hace mamá todas las mañanas.

—¿Tú madre hace eso?

—Sí.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Trisha Fleming —tragué en seco, aquello confirmó mis sospechas: él era Chris, el niño que Mary cuidaba.

Antes de que yo llegara al pueblo, Lu me contó sobre él, pero pensé que nunca lo conocería y por lo mismo consideré que no me vería totalmente involucrada en el rumbo de su futuro. Sin embargo, Chris estaba sentado junto a mí, conversando conmigo como si no le importara quien era o que nunca antes habíamos cruzado palabra alguna.

Su mirada provocó que me arrepintiera de querer intervenir en la vida amorosa de Alex. Chris no era un niño con asperger en ese momento, él era un niño que deseaba la compañía de alguien que no solo cumpliera con sus expectativas, sino también con las expectativas de su madre. Él deseaba una familia.

—Tú debes ser Chris. Lu me ha contado que eres un niño muy inteligente y carismático.

—Así es, soy el guapísimo Chris —dijo levantando los brazos como si estuviera musculoso, me pareció tan tierno.

—Yo soy Kimberly Sorní, mucho gusto.

—¿Eres? —Me cuestionó formando una sonrisa mientras acercaba una grabadora de voz a mi boca.

—Sí, todavía lo soy, no tienes de qué preocuparte.

—¿No te da miedo?

—Sabes lo que soy y ¿me preguntas si tengo miedo?

—Mi madre dice que siempre debes hacer las preguntas que te gustaría que te hicieran, porque así puedes responder antes de que los demás hagan prejuicios sobre ti.

—Pues tú madre tiene toda la razón y tú eres muy inteligente.

—Lo sé —bajó la mirada y pensé que se debía a que no recibía cumplidos con mucha frecuencia—. ¿Kimberly, puedo pedirte algo?

—Cuéntame y veré si me es posible cumplirlo —Se acercó a mi oído y me susurró con dulzura su mayor deseo. Un niño de su edad por lo general desea juguetes, viajes o cosas materiales, pero él deseaba un lugar donde refugiarse—. Haré lo que esté en mis manos.

Chris me dio un pequeño abrazo y me dio las gracias. Él no sabía que de por si su deseo estaba a punto de cumplirse sin necesidad de que yo influyera, pero no podía decírselo o arruinaría la sorpresa.

—¡Chris, las galletas ya están listas! —Trisha se asomó por la ventana y llamó a su hijo. El amor que sentía por él se reflejó en su voz y Chris pareció captarlo, así que se despidió de mí y dejó que me quedara con su dibujo, como símbolo de mi promesa—. Te dije que no te alejaras, ¿qué hacías en la casa de junto?, ¿con quién hablabas?

—¡Kim! —Lu estaba afuera de la casa de Richard. Sonreí al verla, pero mi felicidad cambió al percatarme de que tenía en la mano derecha unos boletos de avión. El miedo me orilló a quedarme pasmada y tener que ser arrastrada por Luisa hasta el interior de la casa—. Tenemos un problema.

Lu cerró las cortinas y la puerta con seguro, como si corriéramos peligro si alguien nos veía.

—¿Por qué cierras las cortinas?

Colocó un sobre al centro de la mesa, lo que fuera ya no me sorprendería. Suspiró y con la mano me indicó que esperara ahí. Después se dirigió a la habitación al fondo del pasillo.

Luisa trajo al padre de Alex a la sala de estar y tomó el sobre. Sacó una pequeña hoja con los bordes irregulares, había sido arrancada. Richard y yo intercambiamos miradas, esperando a que

se tratara de una broma de mal gusto, pero Lu era quien estaba delante de nosotros, lo que borró aquella esperanza.

—No quiero que te preocupes Richard. Lo que voy a leer es algo que sabíamos que pasaría, ha llegado la hora —Se dirigió a mí con un tono más severo—. Hiciste de este viaje una despedida demasiado larga y las consecuencias ya se han reflejado.

—Solo dime que dice la nota, soy consciente de las consecuencias.

—De acuerdo:

"Lu, hace unos días, Alicia descubrió la invitación que llegó de México. Traté de distraerla e impedir que se enterara, pero sabes cómo es mi hermana y mis intentos fueron en vano. Ella sabe que Sabrina murió y debido a lo que dijo William en la cena, también sabe que Kimberly está en el pueblo. Sin embargo, ha sucedido algo peor en lo que reconozco tal vez no debería ser participe, soy consciente de que puedes considerar que te he traicionado, pero lejos de ser tu amiga, soy humana. Sabrina fue mi cuñada, fue mi amiga y lamentablemente en sus últimos días fue una desconocida. Alicia y yo viajaremos a México para ayudar en lo que podamos. Puede que no tenga sentido, mas es la única forma que Alicia y yo encontramos para no sentirnos culpables. Dile a Kim que lo siento muchísimo y que, aunque ella pueda considerarme la peor persona y esté enfadada conmigo por no haberme despedido, estoy aquí para ella cuando regrese. Prometemos no decirle nada a Alex, lo mejor será que Kim se lo diga. Perdón de nuevo"

Lu regresó la nota al sobre y se sentó en el sofá, respiró con rapidez y sus piernas empezaron a temblar. Richard pareció estar igual de mal.

—No quiero verlos así, me harán sentir peor. Lu, dijiste que esto era posible y yo sabía que era arriesgado venir al pueblo. Así que no se preocupen o paguen por un error mío. De todos modos, le prometí a Matthew que hoy sería mi último día aquí.

No me había puesto a pensar lo que significaba decir eso: ese viaje había terminado, ese viaje tan hermoso, difícil, doloroso y aterrador, había culminado.

—¿Qué harás?

—Matthew y yo lleváramos a Alex a la ciudad para grabar su audición, Le diré lo que tenga que decirle y mañana le darás la carta como lo habíamos planeado.

—Cuando Mary sepa que…

—Ella te llamará a ti y le dirás lo que acordamos. Lo que no comprendo es porqué cerraste las cortinas.

—William está en el pueblo y se supone que teníamos que volar a México esta mañana. Ellas compraron cinco boletos. Pude cambiar el vuelo, nos iremos al medio día, pero Mary no lo sabe y si su prometido se entera que seguimos aquí, sabrá que algo pasa.

—¿Dijiste que compraron cinco boletos?

—Sí, también compraron boletos para Alex, Matthew y para ti.

Lu no pudo contenerse más, pronto su rostro estaba empapado por sus lágrimas. Richard también lloraba, pero de una forma más discreta.

—Entonces saben qué hacer con mi boleto.

Lu me dio un fuerte abrazo. No fuimos capaces de decirnos adiós. Aún recordaba las ideas erróneas que solía tener sobre ella y en ese momento era la única amiga que me quedaba. Richard trató de darme la mano, yo la tomé antes de que se lastimara. Me dirigí a él:

—Richard, Alex te quiere, solo está dolido por el secreto que ocultaste, pero no dudes que le importas —Me dio un apretón y cerró los ojos para agradecerme—. Gracias a ti tuve una gran vida. Te pido perdón por los problemas que causé, no fue mi intención hacerte daño y estaré eternamente en deuda contigo. Richard Collins no es sinónimo de escándalo, es un gran ser humano.

Le dije reemplazando el titular de la nota que fue famosa después de que su empresa quebró. La única debilidad de Richard fue ser tan perfeccionista y competitivo.

—Fue una gran vida —dijo Lu sonriendo entre lágrimas.

Caminé hacia la salida y me permití mirar la casa, cada rincón y cada pequeño detalle:

El olor a antiguo combinado con la loción de Alex que, aunque no era la misma de antes, era motivo para desconcentrarme.

Su chaqueta colgada en el perchero cerca de la puerta; las zapatillas de ballet de Mary junto al sofá; los diversos reconocimientos de Alicia colgados en las paredes.

El delantal favorito de Lu sobre el respaldo de una de las sillas del comedor; el periódico de Richard, tal vez en el pueblo él era de los pocos que lo leía, pero de igual forma estaba en el centro de la mesa.

La única fotografía familiar colgada en la pared del fondo. Me llevé todas esas imágenes y recuerdos conmigo.

Adiós, Alex

Escucha aquí: La Despedida de Cami

—¿Tenemos que ir hoy?, ¿no podemos esperar hasta mañana?

Me dijo Alex mientras Matthew y yo preparábamos el auto para irnos. Alexander había tenido un largo día de trabajo, por lo que trataba de convencernos de no ir a la ciudad.

—No, avisé en la mañana que iríamos hoy y no puede haber cambios de último momento.

—Pero tú conduces —dijo Alex señalándome, intercambié miradas con Matthew para que me ayudara a evadir esa propuesta.

—Será mejor que yo conduzca, ella no conoce el camino. No queremos llegar tarde.

—Puede usar Google Maps.

—No es tan fácil como parece. No podemos darnos el lujo de arriesgarnos.

—Si manejas tú debe ser fácil, Matthew.

—¿Quieres que choquemos?

—Tienes razón, hermano. Si ella conduce no regresaremos al pueblo con vida.

—Qué graciosos.

Nos dirigimos a una escuela de música que había aceptado prestarnos un piano. Durante el trayecto, Alex hacía demasiadas preguntas por cualquier cosa, era como si lleváramos a un niño pequeño de excursión.

Al llegar, Matthew bajó del auto para hablar con los vigilantes, los cuales no se mostraron felices por nuestra presencia. Matthew les explicó por qué estábamos ahí y con dificultad nos dejaron entrar.

—¿Qué te dijeron? Parecían estar molestos.

—Las clases son por la mañana, así que se negaron a dejarnos entrar. Tuvieron que comunicarse con el director y dejó que pasáramos.

—¿Por qué estamos en una escuela de música?

—Porque he conseguido un piano con el cual ensayes para tu audición.

—¿Audición?

—Sí, aquí grabaremos tu audición para Berklee. Ayer hablé con el contacto que tengo y está

interesado en que audiciones.

—Creí que mi lugar estaba asegurado.

—Lo está, pero ellos quieren ver de lo que eres capaz. No quieren contratar a una persona que no sepa tocar el piano o no esté a la altura del puesto.

—¿Por qué no me dijiste que vendríamos a este lugar?

—Porque te hubieras negado a venir —interrumpió Matthew.

—Alex, necesitas un piano para la audición y es el único lugar que accedió a prestarnos uno gratis.

—Si el problema era el dinero yo podía… —Alex no terminó la oración, por desgracia sus gastos le impedían ver por él, pues incluían los medicamentos de Richard, comida, luz, agua y gasolina, pero no le sobraba dinero para comprar ropa costosa, viajes, autos o un piano—. ¿No había un lugar más cercano a el pueblo?

—No, es la única escuela con un piano C. Bechstein 1904 y accedieron a prestarlo el tiempo que necesites.

El piano que Alex destruyó era un C. Bechstein 1904 y no pudo encontrar otro igual porque en todas partes estaban agotados, por lo que se rindió a conseguir uno.

—Entonces vamos. No te quedes ahí.

Matthew tomó la iniciativa y después de estacionar el auto, salió decidido como si supiera con exactitud a dónde ir.

—Vamos —Alex me siguió segundos después, tomó mi mano y juntos nos dirigimos al salón.

El lugar estaba oscuro, así que prendimos las luces y el piano captó nuestra atención de inmediato, pues estaba al centro del lugar totalmente solitario. Nuestros pasos se oían a causa del eco, las paredes eran blancas y permitían que la iluminación fuera magnifica.

Alex miraba el piano con detenimiento, era posible que surgieran recuerdos, pero de todos solo hubo uno malo y valía la pena intentar que se reconciliara con ese error del pasado. Soltó mi mano y, como si se tratara de un animal salvaje, se acercó con cautela al instrumento para tocar una de las teclas. El sonido retumbó por todo el salón cuando Alex tocó todas las teclas. Su rostro reflejaba dolor y anhelo combinados.

—Manos a la obra —Matthew se alejó de la puerta y caminó hacia Alex para colocar las partituras en el atril.

—¿Qué canción tocaré?

—Tú puedes elegirla —Alex hojeó sus antiguas partituras, que rescatamos de su sótano, y se detuvo al encontrarse con la canción que me escribió.

—¿Qué hay de la canción que te compuse?

—Hace tiempo que no tocas el piano, ¿crees poder con esa? —dijo Matthew al analizar la partitura, luego se la entregó a Alex esperando un no como respuesta.

—Por supuesto que podré tocar esa canción, yo la compuse —Alex le dio una palmada en la espalda a Matthew y se alejó para dejar su mochila al otro lado del salón.

—¿Kimberly, tú escogiste la canción? —Matthew se cruzó de brazos y me señaló las partituras.

—No, tú fuiste quien las escogió. ¿No lo recuerdas? —Me senté en el suelo y saqué la cámara para prepararla.

—Sí, pero tal vez tu hiciste que yo eligiera esas partituras.

—Si Alex te escucha pensará que estás loco.

—Pues no me importa —Me arrebató la cámara y me ayudó a enfocar el lente—. ¿Por qué siempre quieres que él recuerde algo de su relación? Alicia me contó sobre su intermitente romance.

—Matthew, yo no elegí esas partituras. No puedo influir sobre las personas. En objetos sí, pero en personas no. Tampoco soy una hechicera o una bruja.

—¿Ahora quién suena como una loca? —Me regresó la cámara porque escuchamos los pasos de Alex dirigiéndose hacia nuestra dirección.

Pasaron dos horas para que él pudiera completar la canción sin fallos, así que después de lograrlo volvió a intentarlo y para la sorpresa de Matthew pudo tocar la pieza completa de nuevo.

—Está bien, me retracto. Tenías razón.

—Me debes una cerveza. Quiero intentar algo más.

—¿Qué cosa? —Alex comenzó a cantar nuestra canción:

You were everything when there was nothing.

Tú eras todo cuando no había nada.

I was poison and you antidote.

Yo era el veneno y tú el antídoto.

Our love was a kind of movie, but the good is always remote.

Nuestro amor fue una especie de película, pero lo bueno siempre es remoto.

I was a big lie when we met.

Yo era una gran mentira cuando nos conocimos.

And now you are my favorite white lie.

Y ahora eres mi mentira piadosa favorita.

The moon asks me where you are.

La luna me pregunta dónde estás.

and I ask myself the same question with every step I take.

y yo también me lo pregunto con cada paso que doy.

Honey, shall we run away and hide tonight?

Cariño, ¿huiremos y nos esconderemos esta noche?

Are we going to be fugitives in each of our lives?

¿Vamos a ser fugitivos en cada una de nuestras vidas?

Or are we going to be fugitives only in this life?

¿O vamos a ser fugitivos solo en esta?

Everyone knows we're hurting each other, but this cannot be over.

Todo el mundo sabe que nos hacemos daño, pero esto no puede acabar.

How can you save me, but I cannot save you?

¿Cómo puedes salvarme, pero yo no puedo salvarte a ti?

I must confess that being with you feels like I am not sober.

Debo confesar que estando contigo me siento como si no estuviera sobrio.

What am I supposed to do?

¿Qué se supone que debo hacer?

Honey, you are perfect without trying.

Cariño, eres perfecta sin intentarlo.

We are proof that there is no painless love.

Somos la prueba de que no hay amor sin dolor.

In my head you are always shining.

En mi mente siempre estás brillando.

Please, come and make the fear stop.

Por favor, ven y haz que el miedo se detenga.

Honey, shall we run away and hide tonight?

Cariño, ¿huiremos y nos esconderemos esta noche?

Are we going to be fugitives in each of our lives?

¿Vamos a ser fugitivos en cada una de nuestras vidas?

Or are we going to be fugitives only in this life?

¿O vamos a ser fugitivos solo en esta?

Your shadows became mine.

Tus sombras se convirtieron en las mías

But I know you have never been within my reach,

Pero sé que nunca has estado a mi alcance,

So don't ask me to understand your goodbyes

Así que no me pidas que entienda tus despedidas

Because we both know you may not come back.

Porque ambos sabemos que puede que no vuelvas.

Honey, shall we run away and hide tonight?

Cariño, ¿huiremos y nos esconderemos esta noche?

Are we going to be fugitives all our lives?

¿Vamos a ser fugitivos toda la vida?

Or are we going to be fugitives for a while?

¿O sólo seremos fugitivos durante un tiempo?

Can you ever forgive me if I give up?

¿Podrás perdonarme alguna vez si me rindo?

Will you miss what we were and what we could have been?

¿Echarás de menos lo que fuimos y lo que podríamos haber sido?

Maybe it's time to clean up the mess we've made.

Quizá sea hora de limpiar el desastre que hemos hecho.

Or do you really want us to be fugitives for life?

¿O de verdad quieres que seamos fugitivos de por vida?

This is me, setting you free.

Este soy yo, liberándote.

Alex terminó de cantar, Matthew y yo nos encontrábamos estupefactos. La forma en que cantó fue como si no hubieran pasado tantos años desde que escribió esa canción y como si sus sentimientos se hubieran mantenido intactos. La letra fue un golpe a mi alma, pero valió la pena recibirlo miles de veces si era el recordatorio de que él y yo nos quisimos en algún punto de nuestras vidas.

Si nuestros corazones hubieran podido hablar, el salón habría estado repleto de lamentos y heridas empujándose entre sí para abrirse paso y ser curadas. Un alma no llora porque sea débil, un alma llora porque ha sido demasiado fuerte y necesita respirar para continuar en combate, aunque eso signifique ser quien no eres, tener lo que no quieres, amar a quien no amas, soltar a quien quisieras aferrarte y soñar con lo que no es real.

Escucha aquí: Again de Sasha Alex Sloan

El camino de regreso al pueblo fue un encuentro con viejos miedos rasguñando mi mente. Era horrible pensar que llegué sola y me iría sola. Miles de preguntas me atormentaban, sobre todo aquellas que no podía contestar de manera positiva. Era inútil mirar el reloj, pues el tiempo ya no era parte de mi mundo, pero lo era si seguía en el mundo de Alex.

Durante cada semáforo, me descubrí espiando a los autos de mi alrededor, principalmente a las familias que discutían por lo que cenarían o porque no sabían qué música poner. Eran peleas que deberían ser absurdas para mí; sin embargo, eran momentos que, si hubiera podido tener, habría sido demasiado feliz. Sentí envidia por todas las personas que miré, pues tenían un futuro por el cual seguir adelante, algo que yo no podría hacer.

Por estar absorta en mis pensamientos, no me di cuenta de que había empezado a llover: las gotas cubrieron mi ventana y mi reflejo estuvo en cada una de ellas. Lo tomé como una señal de que mis preocupaciones debían irse. La lluvia compartió mis miedos cada vez que cayó un trueno y lo único que quedó a su paso fueron enormes charcos que se secarían al siguiente día, después de que me fuera.

Matthew nos llevó a Alex y a mí a nuestras respectivas casas. Quitó las llaves y no dijo nada, solo continuó sentado viendo el parabrisas. Alex tampoco bajó del auto y no se quitó el cinturón de seguridad hasta que yo lo hice.

—¿Mañana iremos de nuevo? —cerré los ojos y fingí que era una noche normal, donde Alex se despedía y acordábamos vernos después. Aunque ya no tendríamos un después.

—No creo que podamos, pero regresaremos pronto —dijo Matthew decaído.

—De acuerdo, nos vemos mañana.

—Alex, espera —Mi pecho temblaba e internamente me deshacía lo que estaba a punto de hacer.

—¿Qué ocurre?

—¿Podemos hablar en privado?

Alex asintió y se notó su nerviosismo por la forma en que le costó bajar del auto. Me siguió hasta la puerta, era la primera vez que lo dejaba entrar.

—No tienes muchos muebles —cerré y Alex dejó caer su mochila en el colchón mientras daba una mirada a la casa.

—No vi la necesidad de comprarlos, no me quedaría mucho tiempo y la mudanza iba a ser más difícil.

—¿Pero solo tienes un colchón?

—No te traje para hablar del colchón, quiero decirte algo que tengo en la cabeza desde hace tiempo.

—Te escucho —Hice una pausa y guardé una fotografía mental de su rostro para llevarla conmigo.

—La razón de que viniera al pueblo es que necesitaba decirte que siempre te quise, te quiero y

te querré.

—Creí que ya habíamos hablado de eso, Kim.

—Tú hablaste, yo te dije muy poco —Me paré a centímetros de él y pude oír su respiración—. No eres un ser humano perfecto, pero para mí hubo un momento en que lo fuiste todo. No quiero hablarte sobre lo malo, porque por respeto a lo que tuvimos, quiero darte mis buenos deseos para tu futuro. Nunca olvides quién eres, tú no eres una persona mala, eres un hombre con dilemas propios que sé que podrá seguir adelante y ser mejor persona. Cuando te conocí no sabía que me faltaba tanto para llegar a ser la mejor versión de mí y después de que te fuiste aprendí que no podía querer a nadie más sin antes quererme a mí también. Me refiero a que llegué a ti siendo nadie y me voy siendo todo.

—¿Por qué me dices esto?, ¿es porque canté la canción? No tienes que sentirte mal por eso. Si te herí, lo lamento.

—No solo se trata de nuestra canción, se trata de todo el amor que te tuve. Me enamoré de ti no tanto por lo superficial, sino por cada golpe —acaricié su espalda—, por cada cicatriz —acaricié su corazón—, porque eras tan real, por lo menos eso pude apreciar al estar contigo —di un largo suspiro —. Estoy tan agradecida con Dios por haberte puesto en mi vida, y si tuviera que hacer todo de nuevo lo haría. Te admiro por tu dureza, aunque a veces sea la causa de tu carácter fuerte. Te admiro por no dejar que los problemas con tu padre se reflejaran en tu rostro. Te admiro por estar siguiendo tus sueños. Te admiro por tus virtudes, que no deberían estar tan escondidas. Te admiro por tu locura...

—Kim, ¿qué estás haciendo? —*«Despedirme»*.

—Te estoy soltando, no quiere decir que no esté contigo durante las caídas o cuando estés en la cima, quiere decir que hago lo mismo que hiciste por mí. Te perdono, nos perdono, me perdono.

Le di un fuerte abrazo y puse todo mi amor en él. Hace años me negaba a soltarlo y aunque seguía haciéndolo diez años después, elegí dejar de aferrarme a él. Sentí como si todo ese tiempo el rompecabezas de mi vida hubiera estado incompleto y al decirle adiós a Collins pude conseguir descifrarlo todo.

Alex y yo no estábamos destinados a estar juntos sino a compartir un momento de nuestras vidas y así averiguar quiénes queríamos ser, para convertirnos en una mejor versión de nosotros mismos y poder amar de la manera adecuada a la persona correcta.

—Kim, ¿estás bien?

—Mejor de lo que crees.

—¿Por qué mañana no desayunamos juntos? Verás que te sentirás mejor —Alex acarició mi hombro y su voz irradió cierta esperanza al decirme que estaría bien.

—Alex, ¿quisieras dar un paseo conmigo después?

—¿Paso por ti? —No le respondí, quería encontrar las palabras correctas.

—No tienes que hacerlo, yo pasaré por ti —Alex no dejó de abrazarme hasta que Matthew encendió las luces del auto por accidente—. Confía en mí, si te digo que tus fantasmas no son malos es porque quien eres vale mucho —pasé mi mano por su rostro.

—Está bien. Tengo que irme o Richard se preocupará.

—Lu y Richard fueron de excursión con tus hermanas.

—¿A esta hora?

—Se fueron a medio día, olvidé decírtelo. No te preocupes, estarán bien.

—Llamaré a Lu. Buenas noches, trata de descansar.

—Adiós, Alex. Gracias por todo. Te quiero, no lo olvides. No me olvides.

—Adiós Kim.

Alex salió y lo último que vi fu su sonrisa y su cabello despeinado por el viento. Estuve un par de segundos observando la puerta, como si alguien fuera a entrar por ella, hasta que sentí una gran paz inundando mi mente y supe que había hecho lo correcto.

Y me fui.

Calma

El sol empezaba a asomarse por la ventana, yo me retorcía en la cama por no poder encontrar un lugar que tuviera sombra. La casa estaba en completo silencio, era raro no escuchar la silla de ruedas de mi padre paseando por el jardín o a Luisa haciendo el desayuno.

Mi alarma no tardaba en sonar, así que me dispuse a aprovechar los pocos minutos que me quedaban antes de prepararme para el trabajo. Sin embargo, el sonido insistente de mi celular no me dejó por lo menos cerrar los ojos.

Me levanté con la vista algo borrosa y tomé el teléfono. Creí que me encontraría con el mensaje de las noticias que me enviaban todas las mañanas, pero se trataba de cinco mensajes de texto, así que desbloqueé la pantalla.

"¿Cómo estás?"

"¿Quieres hablar?"

"¿Necesitas algo?"

Alicia no era el tipo de persona que preguntaba esas cosas por querer parecer amable, lo hacía si en verdad ocurría algo preocupante. Me aseguré de que el número fuera el de ella y no hubiera leído mal. Después vi los dos mensajes de Mary, que eran más largos de lo que esperaba: "Hola, ¿puedo llamarte? Sé que no quieres hablar con nadie, pero necesito darte la dirección de la casa donde será el funeral o ¿quieres que pase por ti?"

El latido de mi corazón retumbaba tan fuerte que podía oírlo. ¿Quién había muerto? De inmediato pensé en mi padre, pero si fuera así Lu o mis hermanas me hubieran informado en seguida. Después pensé en Lu, pero Matthew no hubiera estado tranquilo durante el día anterior. En cambio, si se trataba de mi mejor amigo era coherente tantas preguntas.

"Alex, papá y Lu ya están en México. Su vuelo se atrasó, pero llegaron bien y Alicia ya fue a recogerlos al aeropuerto. Sé que estás pasando por un momento difícil, pero ella quería que estuvieras aquí y creo que se lo debes. Debes despedirte de ella. Si de algo sirve, mañana no entraremos al funeral hasta que estés listo, no te dejaremos solo, Alex. Por favor, llámame"

Deduje que la persona que murió era una mujer. ¿Era Jessica?, pero ¿por qué harían un funeral para ella en México si solo vivió allá durante tres años? Otra notificación se asomó en la barra, era un mensaje de voz. Pensé en no escucharlo, pero no podía aguantar la incertidumbre. Creí que podría ser Kim, así que lo abrí sin detenerme a pensar en si era buena o mala idea hacerlo.

"Alex, ya no sé qué más decirte. Te necesito —Mary estaba llorando y apenas entendí lo que dijo—. No creo poder ir sola y presentarme como si ella y yo siempre hubiéramos sido amigas. La extraño —Me partió el corazón oír a mi hermana así de triste, pero ¿quién murió?, ¿debía apresurarme para comprar un vuelo a México?—. Lo siento, todavía no lo creo. Me siento fatal, Sabrina siempre fue dulce conmigo y yo de la noche a la mañana dejé de hablar con ella. Murió sin saber que era como una hermana para mí..."

«¿Sabrina murió?»

«Sabrina murió»

«¡Sabrina murió!»

Dejé caer el celular cuando sentí que las paredes se me vinieron encima. Mis piernas temblaban y la sorpresa me hizo vomitar. ¿Cómo Kim pudo ocultarme que Sabrina murió o ella tampoco lo sabía? ¿Qué trataba de decirme la vida? Era justo que me castigaran por lastimarla, pero no era justo dejarla morir creyendo que no me importaba o que nunca la quise. ¿Por qué la vida no me dejaba estar tranquilo?

Recordé los ojos verdes de Sabrina al verme por primera vez; sus gritos de preocupación porque me habían disparado; el casete que me dio por mi cumpleaños, aunque aún no nos conocíamos; su expresión al insistir en que le enseñara a tocar el piano; su risa cuando la agarraba desprevenida y le hacía cosquillas hasta que su rostro estuviera rojo; su dulce olor a cereza; sus locas ideas sobre la existencia de los extraterrestres; la manera en que decía mi nombre como si le gustara su sonido; nuestras competencias en la pista de atletismo; mi nombre tatuado en su hombro derecho; su rostro concentrado al arreglarme la corbata y la sonrisa que aparecía porque la besaba de repente; sus pecas que me encantaban y me volvían loco; las noches en que me llevaba un café a la oficina porque sabía que no dormiría; la vez en que la avergoncé en televisión nacional porque dije que no me quería casar con ella; sus lágrimas mojando el suelo del camerino donde le confesé no estar seguro de mis sentimientos; los sollozos que brotaban de su boca porque decidimos separarnos.

Durante veinte minutos no pude levantarme del suelo, ¿cómo atendería una llamada sin lamentarme? No me animaba a ir donde Kimberly. Me imaginaba el dolor que debía estar sintiendo y al verme recordaría el daño que le hizo a su prima. Un daño en el que me vi involucrado y pude dejar que no sucediera. ¿Cómo pude herir a una chica que solo deseaba quererme?

Me levanté para mojar mi rostro, y no me importó vestirme con la misma ropa del día anterior. Después me dirigí a la salida y tuve una lucha interna conmigo mismo sobre qué le diría a Kim. Sin saber con claridad cómo expresaría mi pésame, toqué a su puerta, pero no abrió. La puerta parecía tener seguro, así que espié por la ventana y la casa estaba vacía por completo.

Kimberly se había ido sin despedirse. Busqué una nota o una carta en mi buzón, pues me negaba a creer que ella se fue sin decirme nada.

—Hola señor Chewbacca. ¿Busca algo? —Chris estaba detrás de mí observando cómo espiaba los buzones de todos los vecinos.

—Hola Chris, la verdad ni siquiera sé que estoy buscando.

—¿Quiere que le ayude?

Chris llevaba una playera gris que le quedaba grande, junto a unos pantalones de mezclilla y no traía puestos sus zapatos, Mary siempre lo regañaba por ello.

—No, Chris. No creo que sepas en dónde está la chica que vivía junto a ti.

—¿Buscas a Kimberly? —Sus ojos me miraban con atención y se llevó la grabadora que siempre traía al bolsillo de su pantalón.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Es mi amiga.

Chris me empujó para espiar debajo del tapete de mi casa, después encontró una nota y me la entregó para echarse a correr en cuanto la tomé: *"Ve con Matthew"* era la letra de Lu.

Love In The Dark

Escucha aquí Love In The Dark de Jessie Reyez

Corrí hasta la casa de mi mejor amigo y empujé a la mayoría de las personas que se cruzaron en mi camino, al mismo tiempo espié dentro de los locales o de los taxis que me encontraba esperando ver a Kimberly, pero lo único cercano a ella fue una chica que llevaba el mismo corte de cabello. Por otro lado, debido a las prisas, dejé mi celular en la habitación, así que no pude comunicarme con mis hermanas para decirles que en cuanto pudiera viajaría a México.

Llegué a la casa de mi mejor amigo quien me estaba esperando en la entrada con una maleta en su mano derecha y unos sobres en la izquierda. Matthew me pidió que entrara y cerró la puerta. Me entregó los sobres: mi nombre cubría el campo de destinatario.

—¿Lo sabes? —Matthew asintió y señaló su maleta.

—He estado esperándote desde las cinco de la mañana, pensé que Alicia no podría contenerse y te lo contaría antes que nosotros.

—¿Por qué no me llamaste?

—Kimberly me dijo que no lo hiciera hasta que se fuera, ella no quería hacerte más daño.

—¿Dónde está? —frunció el ceño y repitió mi pregunta.

—¿Qué te dijeron tus hermanas?, ¿te hablaron del funeral?

—Mary me dijo que Sabrina murió y que me están esperando en México, ¿por qué lo preguntas?

—Tienes que leer esa carta, después abre el sobre color crema. Estaré afuera.

Matthew me dejó a solas, me senté en el sofá y respiré hondo antes de abrir la carta. Mi estómago estaba revuelto y la cabeza me dolía como si me hubieran vuelto a disparar. Sin embargo, esa vez la bala que atravesó mi pecho no fue de nitroglicerina sino de dolor.

Para: Alex.

De: La vampira.

Alex, te seré sincera, no sé cómo empezar esta carta sin dejar rastro de mis lágrimas en ella y sin que suene a un discurso aburrido como aquellos que tu padre te obligaba a decir.

Es difícil concentrarme, tomando en cuenta que día y noche soy perseguida, no por la policía o por Octavio, sino por la desesperación y la ansiedad de no poder estar contigo para decirte de

frente todo esto.

Aunque yo odio mentir, sabemos que es lo mejor que puedo hacer. Incluso puedo llenar miles de hojas con fantasías o palabras que quieras escuchar, pero no lo haré. Si algo aprendí a tu lado es que absolutamente todas las personas, en algún momento de sus vidas, necesitan ser salvadas. Tú me salvaste de caer en un pozo sin salida y de nunca haber conocido lo que se siente amar a una persona sin dejar sus defectos a un lado.

Dejaré de balbucear para hablarte de verdad. Por la mañana, al levantarme, descubrí que llevaba los dos últimos días durmiendo. Sé que suena extraño, pero fue como si estuviera paralizada de pies a cabeza, cuando quise moverme no tuve las fuerzas necesarias para hacerlo, sin embargo, después logré recuperarme.

Alex, lo que trato de decir es que creo que ha llegado mi momento, el corazón me pesa y mi cuerpo no deja de temblar. Además, no soy consciente del tiempo: empecé esta carta a las tres y ahora el reloj marca las cinco y media.

¿Recuerdas la ocasión en que el viento te lanzó al rostro aquel diente de león y en cuanto lo tomaste se deshizo?, pues así me siento ahora, como si estuviera a punto de deshacerme en cualquier instante y me fuera a despedazar.

No te voy a entretener, solo te diré que algo está haciendo él. No te sientas culpable de nuestros errores, porque confío en que él es misericordioso y nunca se equivoca con los planes que tiene para nosotros.

Fuiste lo mejor que pude tener en mi juventud y siempre lo serás. No me debes nada, llegué a ti sin nada y me voy con todo lo que no sabía que necesitaba. Supongo que el salir por unos meses del grupo, al igual que dejar de usar ropa y maquillaje oscuro, no era más que una metáfora de lo nuestro, pues me brindaste toda la luz que tenías.

Por último, quiero prometerte que cuando él me lleve yo estaré tranquila y cuando él llegue por ti recuerda esta carta, para que no te tome por sorpresa lo que en tu destino está escrito. De hecho, está escrito en el destino de cualquier ser humano. Al llegar tu momento de partir, yo te recibiré con los brazos abiertos y podremos recordar los viejos tiempos sin remordimientos, culpa o dolor.

Tuve una gran vida, ni siquiera pienses que no lo fue. Sí, hubo malas rachas, pero también existieron buenos tiempos, por los cuales valió la pena todos nuestros sacrificios. Gracias mil veces por todo, te deseo lo mejor donde sea que vayas. Ya no podrás verme físicamente, sin embargo, estaré a tu lado, aunque no lo creas, acompañándote en cada paso que des.

Mi amor por ti no se esfumó, tan solo se transformó y se convirtió en aprecio. Encuentra a alguien que te haga feliz y no la dejes ir, así como yo lo hice. No olvides quién eres.

Pd: Supongo que hoy es el 31 de febrero del que tanto hablamos. Me alegra decir que cumplí mi promesa y te quise hasta el último instante.

Con inmenso cariño.

Kim.

No me di cuenta en qué momento empecé a llorar, pero al terminar de leer mis mejillas estaban empapadas y mi nariz goteaba. Guardé la carta en el bolsillo de mi pantalón y proseguí con el sobre color crema. Hice una pequeña pausa y me preparé para lo peor, era la única forma de que lo que estuviera dentro no me lastimara aún más.

Sentí que mis manos estaban acalambradas y mi respiración estaba agitada, no solo por la carrera desde mi casa hasta la de Matthew, sino por la necesidad de retener el recuerdo de Kim a mi lado, porque era lo único que me quedaba, su recuerdo. Un bello recuerdo. Por otro lado, no encontré la razón por la cual no esperara para decirme la verdad cara a cara. Abrí el segundo sobre:

"*De: Familia Sorní.*

Para: Familia Collins.

Asunto: Funeral.

Estimada Familia Collins:

El esposo, prima y amigos de quien en vida fue Kimberly Sorní.

Invitan a la congregación que, en celebración de su vida, se oficiará el día veintidós de enero, a las 10:00 a.m. en casa de la familia Sorní, previo al entierro en la cripta familiar. Le agradecemos que nos pueda (n) acompañar en este momento.

Por la certeza de su eterno descanso, agradecemos su amor y amistad a ella. Por lo mismo, nuestro deseo es hacer de esta fecha una digna despedida, aislada de arrepentimientos y dolor.

Muchas gracias."

Con las manos temblorosas tomé la última hoja que quedaba, era un documento donde se me notificaba que Kimberly me incluyó en su testamento y me correspondía una gran suma de dinero al igual que el auto que ocupé para escapar el día de la expedición.

Abrí la puerta y me encontré con Matthew de espaldas observando la calle, quien al sentir mi presencia volteó y me sostuvo cuando mis piernas no soportaron mi peso. Primero mis hermanas me hicieron creer que Sabrina fue quien murió, pero a los pocos minutos me enteré de que en realidad quien estaba muerta era Kimberly.

Llegaron a mi mente las pistas de que algo en ella no era normal: el extraño sueño donde me advertía de los ladrones en la bodega de Matthew, Jack preguntándome si veía a alguien sentada en la silla de la comisaría, el comentario del hombre en la pastelería sobre tener alucinaciones, la

piel fría de Kimberly, su insistencia en evadir mis preguntas, Jessica riéndose de mi forma de actuar en el supermercado, Kimberly pidiéndome que distrajera a las personas para que no la vieran manejando, sobre todo, la forma en que me habló al despedirse y su último abrazo.

—¿Cómo es posible? —Le pregunté a mi mejor amigo.

—Ella quiso despedirse de ti y tuvo la oportunidad de hacerlo. No te sugestiones, estará bien. Ella no era un fantasma, era un ángel que estaba de paso.

—Ella era un ángel hermoso —Matthew estaba pálido y yo debía verme peor.

—Sí y considero que es mejor que la recuerdes así. Ella no quería hacerte daño.

—Lo sé. ¿Por qué Mary piensa que Sabrina es quien está muerta?

—Fue una confusión. Mary descubrió a Lu leyéndole la invitación a tu padre y como ella no dejaba de hablar de Sabrina asumió que Kim estaba viva y Sabrina estaba muerta. Después, en la cena con Jessica, William habló sobre los rumores en el pueblo de que te habían visto acompañado de una chica. Algunas personas en el pueblo tienen el mismo don que tenemos mi madre y yo.

—¿Yo tengo ese don?

—No, pero pudiste verla porque era necesario que se despidieran. Quien tiene el don es tu padre, por eso no despedía a mi madre. No quería que pensaran que estaba loco.

—Pero sí dejaba que pensáramos eso de Lu.

—Porque él consideraba que las personas que tienen este don están locas.

—No sé qué decir. ¿Ahora qué sigue?

—Se supone que Sabrina te daría la carta, pero por obvias razones no pudo venir hasta acá y optó por contactar a Lu para que te entregara esto. La familia de Kimberly mandó la invitación para que tú estuvieras ahí, pero si no te sientes capaz de presentarte y afrontar la situación, será mejor que no vayas. Yo te apoyaré en cualquier decisión que tomes.

—Mi padre y mis hermanas están esperándome. Además, quiero respetar la vida de Kim. Iremos a México.

Adiós, Kim

Escucha aquí: Dancing With Your Ghost de Sasha Alex Sloan

No fue necesario avisarle a Alicia que Matthew y yo habíamos llegado al aeropuerto de México, porque en cuanto supo que nuestro vuelo había salido, se dirigió a recogernos. Ella estaba irreconocible, no llevaba maquillaje, su ropa no combinaba y no tenía sus extensiones puestas. No podía ver sus ojos, ya que unas gafas negras me lo impedían.

Antes de comprar el vuelo, Lu me dijo que Alicia y Mary no sabían que Kim había fallecido, pero me prometió decirles la verdad después de que termináramos nuestra llamada.

La ciudad me trajo muchos recuerdos y al estar en ese aeropuerto pensé en el momento en que le dije a Kim que le conseguí empleo a Sabrina y a ella. Nunca creí que meses después estaríamos juntos. Nunca creí que años después estaría ahí para asistir a su funeral.

—Ven aquí, hermosa —Matthew abrazó a mi hermana, parecía que estaba conteniendo el llanto, porque su compostura se quebró al sentir los brazos de Matthew alrededor suyo.

—Fui muy mala con Kim y ella nunca me hizo nada. Me siento como el peor ser humano cada vez que veo a Sabrina, al esposo de Kim y a su familia.

—Lo importante es que estás arrepentida —Alicia se despegó de Matthew y me abrazó.

—¿Cómo estás?

«Destrozado» pensé, pero llevaba así desde hace tiempo, solo que me negaba a reconocerlo.

—Aún no puedo creerlo, sigo pensando que es una pesadilla y que cuando despierte ella seguirá con vida —Mi cuello dolía por la tensión.

—Lo sé. No eres el único, Mary se desmayó al ver a Sabrina.

—¿Vieron a Sabrina?

—Sí, de hecho, vengo de su casa. La estábamos ayudando a preparar la comida y alistar los últimos detalles.

—¿Quiere decir que viste a Kim?

—No he tenido las agallas suficientes aún.

—¿Qué ocurrió?

—Será mejor que Sabrina te explique todo.

El camino a la casa de Kimberly fue duro, porque pasamos por donde solía estar la empresa y

durante el trayecto nos encontramos a Vattiare. Llevaba puesto un vestido blanco y había embarnecido un poco. Su cabello era rubio y su piel estaba bronceada. Si mi hermana no me hubiera dicho que aquella mujer era Vattiare, no la habría reconocido.

Llegamos a una propiedad cuyo portón estaba cubierto de globos blancos. En cuanto la vi supe que aquella casa fue diseñada por Kim, pues era similar a la del boceto que me mostró cuando vivíamos juntos: a la entrada había un jardín amplio rodeado de clivias naranjas y al centro había una fuente. La casa tenía tres pisos y unos ventanales muy bonitos, en la parte superior había un balcón que daba al jardín trasero donde había cientos de sillas y mesas.

Vattiare entró antes que nosotros para mostrarnos el estacionamiento. Por otro lado, nos recibió un hombre alto y de rasgos finos, también estaba vestido con ropa blanca. Me descubrió observándole, pero se alejó de la entrada para ayudar a Vattiare a bajar un retrato de Kim, el cuadro debía medir un metro.

—¿Estás listo? —Alicia se había quitado las gafas, ahora podía ver sus ojos teñidos de rojo.

—No, pero cuanto más rápido lo enfrente, más rápido me acostumbraré.

—De acuerdo —Alicia bajó del auto.

—Amor, adelántate. Quiero hablar con Alex. Te veremos en unos minutos.

—Sí, los veré en la casa —Matthew esperó a que Alicia estuviera a una distancia decente para poder hablar.

—Alex, no puedes decirle a Sabrina que Kimberly se despidió de ti. Ellos lo llevan mejor de lo que te imaginas, pero la herida está frágil y si se enteran, se van a derrumbar.

—¿Entonces tendré que fingir que no veo a Kim desde hace años?

—Sí, los únicos que saben que Kim estuvo en Estados Unidos son Lu, Richard, tú y yo.

—Dijiste que William les contó en la cena.

—William habló sobre los rumores, pero él nunca comprobó nada.

—Está bien, no le diré a nadie.

Matthew y yo bajamos del auto. Por el sonido de las puertas, Vattiare y el hombre dejaron de hablar para mirarnos. La primera en acercarse fue ella.

—Hola, Alex. ¿Me recuerdas? Soy Vattiare, la mejor amiga de Kim.

—Sí, como no hacerlo si casi muero por tu culpa —Me arrepentí de decir aquello en esas circunstancias. Sin embargo, Vattiare comenzó a reír y me estrechó la mano.

—Tienes razón, ¿cómo no me recordarías? Si soy inolvidable. Te presento a Marco, es el esposo de Kim.

Marco me dio un apretón de manos seguido de una palmada en la espalda. Parecía ser un hombre bastante agradable y respetuoso, no me sorprendió que Kim se casara con él.

—Mucho gusto. Soy Marco Velasco, para servirte —me sorprendió que su tono de voz fuera amigable.

—Alexander Collins. Siento mucho tu perdida.

—Gracias, pero no deberíamos estar tristes. Kim no quería que nos sintiéramos mal, quería que las personas más importantes de su vida se reunieran para recordar los buenos momentos con ella. Así que, ¿quieren algo de tomar? El viaje debió ser largo.

—Sí, gracias.

Entramos a la casa, las paredes eran blancas con líneas cafés y en el comedor había una mesa elegante con varios platillos, al parecer recién hechos. Al fondo, del lado izquierdo, estaba una escalera de caracol que llevaba al segundo y tercer piso. ¿Dónde estaría la habitación de Kim?

Por otro lado, al final del pasillo, había una puerta que conducía al jardín y al fondo estaba una alberca rodeada de unas palapas y una hamaca.

La sala estaba repleta de fotografías de Kimberly y Marco. Algunas eran de su boda, otras de sus viajes por distintas partes del mundo y también había fotos con sus amigos. Del otro lado se escuchaban voces, sobre todo la de Mary.

—¿Por qué no desayunan con nosotros? Deben tener hambre —Marco empujó una pintura, no pensé que fuera una puerta. Aquello me confirmó que la casa era creación de Kim.

—Hola, Alex. Me da gusto verte.

Sabrina llevaba un traje blanco de una pieza y el cabello corto por arriba de los hombros, estaba tomando un vaso de agua mineral con un poco de limón.

—Sabri, ¿cuánto tiempo sin saber de ti? —Nos dimos un fuerte abrazo y le di un beso en la frente cuando su voz se empezó a quebrar.

—Tú eres el que no se quiere dejar ver.

—Prometo no alejarme de nuevo.

—¿Por qué no damos un paseo por el jardín? Después podremos desayunar todos juntos.

Asentí y antes de irnos saludé a Mary, prometiéndole que regresaría cuanto antes para estar con ella. Mi hermana tenía la nariz roja y un cobertor alrededor de su espalda y hombros.

Me parecía extraño que el esposo de Kimberly no luciera molesto por tenerme bajo el mismo techo o porque Sabrina quisiera hablar conmigo a solas. Cualquiera que estuviera cerca del exnovio de su esposa, estaría incómodo, tratando de evadir cualquier conversación.

Sabrina y yo paseamos por el jardín, al principio le pregunté sobre su escuela de música y me

contó que las últimas semanas habían sido ajetreadas, ya que en un mes tendría una competencia importante. Luego, me preguntó sobre mi trabajo y aunque quiso disimular la sorpresa, al enterarse de que trabajaba en el pueblo como administrador de los pequeños negocios, no pudo evitar quedarse callada.

—Lo siento, creí que no te gustaba ser administrador. Un amigo me dijo que estudiaste música en Nueva York. Ahora entiendo porque no te he visto en ningún evento.

—Desgraciadamente ser administrador es lo único que sé hacer bien. Tal vez sea mi zona de confort.

—No es cierto, también eres un excelente musico.

—Pero la carrera de administración es la única que me permite ganar el dinero suficiente para pagar las medicinas de mi padre, hablando de él ¿dónde está?

—Está descansando en una de las habitaciones y Lu se ofreció a ir al supermercado por algunas cosas que faltaban. Regresando al tema de tu padre, si necesitas dinero puedes pedirlo, de verdad te doy la cantidad que necesites, a parte de lo que te dejó Kim como herencia.

—Te lo agradezco, pero no es pertinente pedirte dinero después de cómo actué en el pasado y todavía estoy procesando la idea de que Kim me incluyera en su testamento.

—Mira, no sé cuánto dinero gastaste en Jorge, en Kim y en mí. Afortunadamente tengo dinero de sobra y qué mejor que ayudarte a ti, y estoy segura de que Kim supo lo que hizo cuando te incluyó en su testamento.

—Me es suficiente con tu amistad. De verdad estoy apenado por cómo terminaron las cosas.

—Éramos jóvenes e ilusos. Ahora yo soy toda una mujer y tú todo un viejito.

—¿A quién le dices viejito? —Sabrina sonrió.

—¿Lu te dio la carta? —paramos de reír y caminamos más lento.

—Sí, la leí ayer por la mañana.

—Quería ser yo quien te la entregara, pero no podía salir del país.

—Te entiendo, puedo preguntarte ¿qué ocurrió?

—Marco salió por un viaje de trabajo y, como Kim no tenía compañía, me mudé aquí, porque no le gustaba estar sola. Un día eran más de la una de la tarde, Kim no solía levantarse después del mediodía y por ello fui a despertarla. Su respiración parecía ser normal y no tenía fiebre, pero tardó un poco en reaccionar. Me contó que llevaba días sin poder pararse de la cama, no lo noté porque me la pasaba en el trabajo —Sabrina dejaba de hablar para contener la tristeza—. Kim se negó a ir al hospital, me dijo que no quería pasar sus últimos días rodeada de desconocidos o medicada. Sin embargo, hubo una semana en que parecía estar totalmente recuperada, volvió al

trabajo y a su rutina. Incluso remodelamos la casa juntas, todo estaba normal. A la mañana siguiente se desmayó al levantarse, me asusté mucho y la llevé al hospital. Le hicieron exámenes, pero no encontraron la causa. Esa misma tarde falleció. Tranquilo, los doctores dicen que no le dolió.

—Entonces ¿no supieron la causa de su muerte?

—Sí, lo descubrieron cuando ya era demasiado tarde. Tenía una bala encajada en el hombro. Los doctores dicen que llevaba tiempo ahí. También influyó que estuvo en contacto con sustancias nocivas al trabajar para La Bola Ocho.

—Lo siento mucho. No puedo creer que esos miserables la persiguieron hasta el último día de su vida. Entonces, ¿leíste la carta?

—Sí, regresé a casa y encontré varias cartas debajo de mi computadora. Ella tenía el presentimiento de que pronto se iría, así que me dijo que el día de su funeral nadie estuviera llorando y nadie estuviera vestido de negro. Quería que hiciéramos una reunión con las personas más importantes de su vida. Por eso nos vestimos de blanco, preparamos su comida favorita y organizamos este evento. Entre esas cartas estaba la que dejó para ti —comencé a llorar y Sabrina me abrazó—. Alex, no llores. Kim te quiso mucho y por eso solicitó tu presencia. Además, seguro se encuentra en el cielo comiendo un montón de helado de vainilla y viendo películas de Leonardo DiCaprio.

Sabrina trató de hacerme reír como hacía Kim cada vez que no quería verme preocupado o triste, pero no funcionó, así que decidió que regresáramos a la casa para que me distrajera un poco.

Después de que acabamos de desayunar, entró una camioneta a la casa y se estacionó junto al coche de Vattiare. Jorge bajó acompañado de una mujer de piel morena y cabello chino. Abrió una de las puertas de atrás para cargar a un bebé de mejillas regordetas y cabello negro. Aquel niño se parecía demasiado a Jorge. También bajó una niña de aproximadamente seis años, llevaba un iPad en su mano izquierda y un ramo de lantanas en la otra. Jorge y su familia también estaban vestidos de blanco.

—¡Tío Marco! —gritó la niña al entrar a la cocina. El esposo de Kim la tomó en brazos y le dio vueltas en el aire para que ella riera.

—¡Hola, Sarita! Estás más grande que la semana pasada.

—Es porque mamá me ha obligado a comer zanahorias todos los días.

—No exageres, nena. Solo comiste zanahorias el miércoles —La señora dejó de acariciar el cabello de su hija para acercarse a mí—. Buenos días. Soy Miranda, esposa de Jorge.

—Buenos días. Alexander Collins, amigo de la familia.

—Lo sé, Jorge me ha contado sobre ti. Te agradezco lo que hiciste por él.

—No tiene que agradecerme.

—Ellos son mis hijos: Leonardo y Sarah.

—Hola Leo —El bebé me observó y luego empezó a reír. Sarah se acercó a nosotros bastante tímida, por lo que cubrió la mitad de su rostro con el iPad—. Hola, Sarah. Mucho gusto, soy Alexander, amigo de tu papá.

—Hola.

—¡Alexander! —Jorge entró y me abrazó con gran efusividad.

Lucía bastante musculoso, parecía que no se había separado de las pesas por bastante tiempo. Por otro lado, era mucho más alto de lo que recordaba, era alguien totalmente diferente.

—¿Cómo estás, hermano?

—Cansado, casado y tengo dos hijos —respondió y Miranda le dio un leve golpe a Jorge.

—Tú sí que aprovechas el tiempo. Leo se parece bastante a ti y Sarah es muy bonita —La hija de Jorge se ocultó detrás de él.

—Sarah es un poco tímida, pero cuando agarra confianza habla hasta por los codos —Jorge cargó a su hija y ella dejó de cubrirse el rostro—. ¿Por qué no le enseñas al tío Alex lo que has aprendido de italiano?

—Ciao, come stai?

—sto bene grazie e tu.

—Lo ves, la tía Kim también le enseñó a Alex a hablar italiano. Kimberly hablaba siempre en italiano con Sarah, lo aprendió gracias a ella desde los cuatro años.

—Extraño a la tía Kim —Sarah empezó a llorar y Marco la cargó para tranquilizarla.

—Lo siento. Ella era muy apegada a Kimberly, tratamos de explicarle que ella está bien, pero no parece entenderlo todavía.

—No te preocupes, lo entiendo, es difícil olvidar a Kim.

Más tarde llegaron los demás invitados: amigos de la universidad de Kim, sus empleados, la familia de Marco, etc. Todos compartieron algún recuerdo que pasaron con ella. Gracias a aquellos testimonios concluí que Kim siempre fue dadivosa y solidaria con los demás.

Escucha aquí My Tears Ricochet de Taylor Swift

Llegó el momento de sepultarla y, antes de que se la llevaran, me acerqué al ataúd para verla por última vez. Ella lucía casi igual al último día en que la vi, parecía que solo estaba durmiendo

y en cualquier momento despertaría, pero había algo distinto en su expresión, como si estuviera teniendo un sueño hermoso, un sueño del que nunca despertaría.

El camino a la cripta fue doloroso y difícil, sentí que me ahogaba y que me desmayaría en cualquier momento, pero por Mary y Alicia intenté ser lo más fuerte que pude. Sentí como si estuviera fuera de mi propio cuerpo, no pude prestar atención a las palabras de Sabrina y tampoco a las de Marco, ya que mi mano derecha se aferraba a la rosa de Kim. Mi corazón latía apresurado porque tendría que depositar el collar dentro del ataúd.

Antes de que Marco y Jorge cerraran el ataúd, me acerqué para depositar dentro la rosa de oro. Jorge me dio una palmada en el hombro y Marco me agradeció por devolver el collar, creyó que estaba perdido.

Al regresar de la cripta familiar, Marco les pidió a todos los invitados que esperaran unos minutos porque quería compartir algo.

—Finalmente, quisiera compartir con ustedes un video de mi esposa. Lo grabé el último día que estuvimos juntos, sin embargo, algo surgió con la memoria de mi celular y no pude recuperar el video hasta el día de hoy. Supongo que Kim quería que ustedes lo vieran.

Marco se dirigió a su computadora y reprodujo el video. Kimberly estaba a la entrada de su casa ayudando a Marco a sacar sus maletas. Se veía tan bonita, su cabello estaba ondulado y largo, su maquillaje era muy sencillo, pero su sonrisa fue lo que más me llamó la atención.

—Amor, ¿por qué siento que me estás echando a propósito?

—No te estoy echando, te estoy ayudando a sacar tus maletas, que por cierto están muy pesadas, parece que guardaste hasta al perro.

Todos rieron porque Kim llevaba una maleta más grande que ella y parecía que el equipaje tenía pies.

—Amor, ¿dónde estás?, ¡no te despediste de mí! —Ella se asomó detrás de la maleta e hizo una expresión de enojo.

—Ahí estás, perdón cariño, no te vi. Creo que ya es todo.

—Sí, espero que todo salga bien.

—Ven aquí, tenemos que despedirnos.

—No hace falta, sabes que no me gustan las despedidas. Además, solo te vas un par de semanas. Más te vale regresar, si no soy capaz de ir hasta allá y traerte.

—De acuerdo, vendré en cinco años —Kim le dio un golpe a Marco en la cabeza y este sujetó su mano para darle un beso—. ¿Algo que quieras decir? Piensa que este video lo verá mi familia ya que no puedes venir con nosotros y quizá lo suba a Instagram.

—No soy muy buena con las palabras, pero quiero que sepan que los quiero mucho y que son muy importantes para mí. De verdad, todos ustedes tienen un lugar en mi corazón y no quiero que estén tristes porque no estoy ahí, verán que después podremos viajar todos juntos. No olviden comer mucha paella por mí, no recibiré a Marco al menos que traiga una olla repleta de paella.

—Oye, mis padres creerán que solo vamos a España por la paella y no por trabajo.

—Lo siento, tenía que hacer mi encargo. Ya me desvié del tema. Por favor, cuiden mucho a mi esposo y a Jorge, porque juntos parecen niños pequeños.

Me enteré de que Kim conoció a Marco en la universidad, y Jorge y él se volvieron muy buenos amigos a pesar de todo, así que los tres se unieron para fundar la empresa de construcción.

—Pero así nos amas.

—Claro. Aprovechando que publicarás esto quiero pedirles que apoyen mucho a Sabri con sus votos porque en unos meses su academia se presentará en las nacionales. También les comparto que mi mejor amiga Vattiare acaba de inaugurar su tienda de ropa y tiene unos diseños hermosos, así que no duden en contactarla, Marco les dejará en un comentario fijado las redes de Sabri y Vattiare, llamen para que no se queden sin sus vestidos...

—Cariño, estás usando mi video como anuncio publicitario. Solo era una historia para Instagram, no un video para YouTube —Todos estallaron en risas, al igual que Kim.

—Esa es la desventaja de que tengas más seguidores que yo.

—Solo tengo cien seguidores más que tú.

—Aun así, necesitaba que más personas supieran lo que dije.

—De acuerdo, ¿algo que quieres agregar?

—Sí, gracias por formar parte de mi vida. Si necesitan ayuda con algo saben dónde encontrarme. Nos vemos pronto.

Kim levantó la mano para despedirse y el video culminó con ella sonriendo mientras Marco le daba un fuerte abrazo y un beso.

Desde ese día no volví a perder contacto con Jorge, Sabrina, Vattiare y Marco. Aprendí que no podía huir de mi pasado, pues me hizo ser quien era y sin este no hubiera conocido al amor de mi vida.

Ella Fue Mi Todo

Escucha aquí: Superhero de Lauv

El veintidós de enero fue una fecha que jamás olvidaré, porque una parte de mí se quebró y tardó en sanar. Extrañaría la escandalosa risa de Kim y su perfume a vainilla dulce. Extrañaría sentir su mano acariciando mi cara mientras dormía. Extrañaría los momentos en que subía al techo de mi auto mientras yo manejaba a máxima velocidad.

Extrañaría cantar con ella durante nuestros viajes en carretera. Extrañaría nuestras discusiones porque yo prefería el café con azúcar y ella no. Extrañaría el sonido de sus pies descalzos detrás de mí para saltar sobre mi espalda y llenarme de besos todo el rostro. Extrañaría ayudarla a alcanzar su cereal favorito porque su estatura se lo impedía.

Extrañaría entrar a casa con el olor a pastel recién horneado y ella decorándolo cubierta de harina. Extrañaría que me abrazara sin necesidad de pedírselo cada vez que me sentía a punto de caer. Extrañaría tener a alguien que me aceptara por quien era y me impulsara a cumplir hasta mis sueños más locos. Extrañaría mirarla e imaginarme un futuro con ella. Extrañaría verla, aunque sea de lejos, pero me bastaría con verla.

La vida no se trataba de tener muchos amigos, dinero, fama o beber las mejores botellas de whiskey. Se trataba de arriesgarte a hacer lo que quisieras, a tomar las únicas oportunidades de ser feliz. No se trataba de tener miedo por fallar en el intento, porque cuando yo creí que iba a fallar, conocí al amor de mi vida y pude estar con ella por unos meses.

Qué bello fue el dolor por haber tenido a alguien en mi vida que me puso el mundo de cabeza, en lugar de haber tenido el arrepentimiento por no demostrarle cuánto le quería, le quise y le querría por el resto de mi existencia. Aprendí que la vida te golpea con lo que más quieres, pero si no lo hiciera, no sabrías lo afortunado que eres.

Kimberly fue mi tormento favorito, mi antídoto preferido, mi punto débil, mi herida más importante, mi mejor freno, mi mejor amiga, mi sonrisa más pura, el amor de mi vida. Ella fue mi todo.

Arcoíris

Dos meses después

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a su esposa.

William levantó el velo de mi hermana y selló su promesa. Mary se veía radiante, pues su vestido de novia lo había diseñado junto con Kim diez años atrás. Mi hermana insistió en usarlo, ya que para ella significaba que Kim estaba en el día más importante de su vida.

A mi lado, Richard lloraba y sostenía la mano de Alicia. Al regresar de México, Richard me explicó, mediante Lu, todos los secretos que nos ocultó: cuando la empresa quebró, Anthony Benson comenzó a trabajar para la empresa que era nuestra competencia. Sin embargo, La Bola Ocho, antes de ser descubierta, logró extraer casi todo su dinero por completo, haciendo creer que Anthony y mi padre tuvieron algo que ver en ese robo.

Richard demostró su inocencia y pudo salir de la cárcel un año después, pero se demostró que Benson había ayudado a La Bola Ocho a robar el efectivo. Mi padre, al no poder ayudar a que Benson fuera liberado, consiguió que lo trasladaran a la comisaría del pueblo y cumpliera su condena ahí. Por otro lado, Benson sufría de disartria, una afección que no le dejaba hablar, debido a su demencia previamente diagnosticada.

—Alex.

Alicia me sacó de mis pensamientos y me señaló a nuestro padre quien pedía tomar mi mano. Me acerqué y lo abracé, él se sorprendió al principio, pero se relajó al notar que estaba siendo sincero.

—Aquí estoy, papá —Richard sonrió cuando me volví a referir a él como mi padre.

Una semana después.

—Alex, ¿puedes atender la mesa siete? Por favor.

Me dijo Jan antes de que me preparara para irme, pues mi jornada laboral había concluido y la pastelería estaba a punto de cerrar.

—Creí que ya habíamos cerrado.

—Así es, pero tenemos un cliente especial. Quiere que lo acompañes a partir su pastel de cumpleaños.

Jane me guió hasta las mesas donde Chris estaba sentado acompañado de mi familia. Tenía un gorro de cumpleaños en la cabeza y Trisha estaba encendiendo la vela de su pastel. Todos empezaron a cantarle la canción de feliz cumpleaños, por lo que me uní y ocupé el único lugar

vacío que estaba junto a Chris.

Al terminar la canción, pidió un deseo y ayudó a su madre a repartir el pastel. A mí me dieron la rebanada más grande, ya que él insistió por haberle regalado un pastel tiempo atrás.

—Alex, ten. Más vale tarde que nunca —Trisha me extendió un sobre que contenía el dinero que me debía.

—No tienes que pagarme. De verdad quise regalarles aquel pastel.

—No, debes aceptarlo. Me apena estar en deuda contigo.

Mary se levantó para tomar una foto a Chris, sin embargo, al hacerlo empujó por accidente a Trisha y ocasionó que ella tirara su bolsa. Le ayudé a levantar sus pertenencias y me topé con la tarjeta de la escuela de música que me prestaba el piano para ensayar mi audición. Trisha siguió recogiendo sus cosas hasta que se percató de que me detuve para apreciar la tarjeta.

—Deberías ir a esa escuela, Mary me contó que te gusta la música y sus clases no son caras.

—De hecho, suelo ir ahí los fines de semana a tocar el piano.

—¿De verdad? Yo doy clases de canto en esa escuela. ¿Por qué no pasas a visitarme la próxima vez que vayas?

—Claro, si quieres podemos tomar algo después —Trisha se sonrojó un poco y le devolví su tarjeta, pero al hacerlo nuestros dedos se tocaron y sentí una conexión extraña.

—¿Cuál fue tu deseo, Chris? —preguntó Luisa mientras Trisha y yo no dejábamos de mirarnos.

—Eso —dijo señalándonos a Trisha y a mí. Ella y yo solo nos reímos y continuamos charlando el resto de la fiesta.

Tres meses después recibí una carta de Berklee, pensé que me darían la información necesaria para enviarles mi audición o que en el peor de los casos me dirían que no tenían vacantes disponibles. Al abrir el sobre me encontré con algo inesperado:

“Estimado señor Collins:

Le extendemos un cordial saludo. Nos complace informarle que nuestra academia está interesada en ofrecerle un lugar en nuestro equipo de compositores, por lo que le solicitamos ponerse en contacto con nosotros cuanto antes. “

El sobre incluía un CD y un álbum de fotos. Reproduje el disco en la televisión de Matt y me sorprendió que se trataba de la ocasión en que volví a cantar Fugitives frente a Kim. No sabía que Matthew me había grabado, pero ese video me trajo algunos recuerdos.

—No sabía que habías grabado ese momento.

—Kim me pidió que lo hiciera. El último día me entregó las fotos que te tomó en el orfanato, bailando con Jan y Jane, junto a Chris, en fin. Ella me entregó todas las fotos que tenía de ti y escogí las mejores. Después adjunté el CD, las fotos y una nota en el sobre.

—¿Qué nota?

—Kim y yo hicimos un trato. Ella te decía la verdad y yo enviaba tu audición junto a la frase que una vez le dijiste *"Tocar el piano me recuerda que no necesito hablar con las personas para decirles cómo me siento. Me gusta que la música hable por mí. Me gusta perderme en su sonido al expresar mis sentimientos. Tocar el piano no es un pasatiempo es ser quien soy"*

Un nuevo comienzo

—Entonces ¿te irás?

Llevaba saliendo los últimos meses con Trisha Fleming, pues, desde que echó de manera definitiva a su exmarido, nos volvimos bastante cercanos al "coincidir" varias veces en la escuela de música donde ella trabajaba.

Trisha era muy graciosa, paciente, amable, en algunos momentos algo asustadiza por dejar que Chris fuera a la escuela, pero a pesar de eso ella era mi persona favorita.

—Sí, he firmado el contrato esta mañana.

—¿Qué harás con los trámites de adopción de Jason?

Al regresar de México, después de convivir con los hijos de Jorge, supe que quería adoptar a Jason lo más rápido posible y Trisha me ayudó a hacer la mayoría de los trámites.

—Continuaré los trámites desde Boston, porque la hermosa mujer que vivirá conmigo me ayudará a finalizar el papeleo.

—¿Vivirás con otra mujer? Pensé que nuestra relación era seria.

—Lo es. Por eso trato de pedirte que Chris y tú se muden conmigo a Boston —Trisha levantó la mirada y me dio un pequeño beso.

—¿Estás seguro?

—Sí, no es necesario casarse para saber que quiero estar contigo por el resto de mis días. Además, es hora de que inicien una nueva vida, lejos de tu exmarido y de los horribles vecinos.

Trisha tenía los ojos llenos de lágrimas las cuales empaparon mi chaqueta al depositar su rostro en mi hombro.

—¿Por qué lloras, mami?, ¿el señor Chewbacca te hizo algo?

—No, cariño. Alex, tú y yo nos mudaremos a Boston.

—¿Hablas en serio?

—Sí Chris, seremos una familia y pronto tu hermano Jason podrá vivir con nosotros también —Chris saltó y me abrazó junto a su madre.

—¡Extraordinario! Kim cumplió su promesa.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de que ella se fuera al cielo me prometió que tú te integrarías a nuestra familia. Sabía

que podía confiar en ella.

Trisha abrazó a su hijo y me miró para saber si estaba bien, yo con un beso en la frente le dije que lo estaba. Sería inevitable no escuchar el nombre de Kim sin recordarla.

Después de un año, cuando teníamos un hogar estable y gozábamos de una estabilidad económica, Jason legalmente se convirtió en nuestro hijo.

Trisha, Chris, Jason y yo comenzamos una nueva vida lejos del pueblo, sin olvidar el pasado, porque gracias a nuestros errores y lecciones estábamos juntos.

—¡Papá! ¿Puedo llevar a Jason a ver los patos?

Enfrente de nuestra casa había un estanque, donde Chris pasaba la mayor parte de su tiempo libre.

—De acuerdo, pero no los alimenten demasiado o los perseguirán por todas partes.

Trisha y Chris dijeron a la vez lo que siempre le decía al hacerme esa pregunta. Jason solo rio y le extendió la mano a su hermano.

—Ya lo sé, papá. No hace falta que me lo digas —Chris salió de la casa sosteniendo la mano de Jason que con pequeños pasos logró llegar al lago.

—¡Chris, no olvides que más tarde iremos a comprar tu traje para la boda de la tía Alicia y el tío Matt!

—¿Puedo llevar mi traje de Capitán América?

—¡No! —contestamos Trisha y yo al unísono.

—¿Seguro que podrás cuidar a los niños un par de horas?

—Por supuesto, no te preocupes. Debes ayudar a Alicia con su boda.

—Gracias por entender —Trisha tomó su bolso y me dio un beso—. Si llama Sabrina ¿le puedes decir que ya le envié la lista de canciones para la boda? —asentí—, y si llama Vattiare ¿le puedes decir que tu hermana cambió de opinión y quiere que su vestido sea una talla más chica?, por favor.

—Me pediste lo mismo hace diez minutos, ya te dije que sí se los diré. Yo te advertí que sería difícil organizar la boda de Alicia.

—No puedo dejar que lo haga sola. Presiento que se me olvida algo —Le extendí las llaves del auto y ella me agradeció mientras se sonrojaba.

Seríamos Un Sueño Hecho Realidad y No Lo Sabíamos



Diciembre 2012

Estaba tocando el piano en mi departamento, pues esa mañana había tenido una pelea con mi padre, debido a que sin consultarme me presentó como el próximo director de Collins Company. Además, Richard no escuchó los argumentos que le di sobre porqué yo no era el mejor candidato para tomar su lugar.

La única habitación iluminada era el cuarto donde me encontraba, el resto del departamento estaba oscuro. Por otro lado, mi mano izquierda no paraba de sangrar, pues al discutir con mi padre lancé un golpe a la ventana de su oficina y mi puño traspasó esta. Preferí huir de la empresa a quedarme para una revisión médica.

Un par de pisadas se oyeron en el jardín, pero lo pasé desapercibido porque estaba acostumbrado a que el gato del vecino se paseara por mi departamento. Sin embargo, el suelo vibró a causa de un golpe y después se oyeron pasos dentro de la cocina.

Dejé de tocar el piano y, sin encender la luz, me dirigí hacia el ruido. Otra respiración impidió que me mantuviera sereno. Percibí un olor a vainilla, lo que me pareció aún más extraño. Mi pulso era acelerado y mi mente estaba en blanco.

—Se dirigen hacia esta calle —dijo una voz femenina.

Una patrulla pasó y el sonido de la sirena provocó que la sombra de aquella mujer se agachara con rapidez.

—¡No te muevas!

Prendí la luz y descubrí que la chica que me asaltó, semanas atrás, estaba sentada debajo de la ventana de la cocina. Tenía puesta la capucha de su sudadera y sostenía un walkie-talkie.

A comparación de la última vez que nos vimos, no llevaba maquillaje. Su piel blanca estaba al natural, por lo que pude apreciar sus labios rosados, su nariz enrojecida por el frío y un par de lunares en su mandíbula.

—¡Alexander, me asustaste!

—¿Qué haces aquí? —bajé el bate de béisbol que agarré al pasar por mi habitación, siempre lo tenía preparado para casos como ese.

—Necesitaba esconderme. Pensé que estabas en la mansión de tu padre.

—¿Cómo entraste?

La voz de un policía nos interrumpió. La chica me indicó que guardara silencio y algo en ella me hizo obedecer. Tal vez la forma en que susurró mi nombre provocó que me mostrara vulnerable. También me atrapó su mirada: sus ojos eran café oscuro, pero poseían un brillo que nunca había visto antes.

La chica se reincorporó para dar una mirada furtiva al exterior, yo seguía delante suyo con el corazón paralizado y en alerta.

Aunque me había asaltado semanas atrás, el verla ocultarse dentro de mi casa y sin amenazas suyas de por medio, me hizo admirarla por un par de segundos, a decir verdad, ella era hermosa, pero no podía decírselo porque no tenía caso. No podía verme involucrado con ella de ninguna manera o mi padre tomaría represalias en mi contra.

—Creo que se fueron, pero no estoy muy segura. Sigo oyendo la sirena —dejó de darme la espalda y al darse cuenta de que el bate estaba en el suelo, me dirigió la mirada. Yo estaba petrificado.

—¿Interrumpí tu juego de béisbol? Lo siento mucho, era esconderme aquí o meterme al contenedor de basura.

—¿Cómo entraste?

—Amigo, la ventana estaba abierta. Cualquiera podría entrar, tienes que ser más precavido. Por suerte no soy una asesina —Ella no era cualquier persona.

—¿Por qué te persigue la policía?

—Es una historia bastante larga y aburrida —La chica suspiró y se acercó para tomar mi mano, no se asustó al ver la sangre, sólo tomó una gota con uno de sus dedos y con un pañuelo envolvió mi mano—. Necesitas ayuda con esa herida. ¿Tienes un botiquín?

—Hace unos días me apuntaste con una pistola y ¿ahora quieres curarme la mano?

—Es lo mínimo que puedo hacer. No puedo salir de esta casa y de seguro no quieres que alguien se entere de que vives aquí.

—No, gracias. No quiero que me cure una delincuente —aparté mi mano y di un paso hacia atrás. No pareció molestarse por el rechazo, de hecho, me sonrió y supongo que fue ahí cuando supe que me atraía.

—Está bien, aunque si no atiendes esa herida se puede infectar y no podrás tocar el piano en un largo tiempo.

Accedí a que la intrusa me curara la mano. Ella no se asustó al quitar la especie de vendaje que me hice y descubrir que la herida era peor de lo que pensábamos, incluso parecía ser experta en curar esa clase de desastres.

—¿Cómo te lastimaste?

—Accedí a que me curaras, pero no contestaré tus preguntas y no te atrevas a pedirme más dinero del que te di.

—De acuerdo, perdón por ser irrespetuosa.

Con las pinzas tomó un pequeño pedazo de vidrio, que no sabía que tenía enterrado, y lo apartó con un solo movimiento.

—¡Auch! Eso dolió.

—¿Quién te dijo que tener un pedazo de vidrio en la mano no es doloroso? —Prosiguió a sacar los demás trozos—. Tal vez no puedas tocar el piano por un par de semanas. Lamentablemente la herida ha empezado a infectarse.

—No necesito ambas manos para tocar el piano.

—Claro que tener una mano lastimada no te detendrá. ¿Por qué te gusta tanto tocar el piano? Antes solía pensar que tu padre te obligaba a ser un prodigio, pero ahora veo que me equivoqué.

—Tocar el piano me recuerda que no necesito hablar con las personas para decirles cómo me siento. Me gusta que la música hable por mí. Me gusta perderme en su sonido al expresar mis sentimientos. Tocar el piano no es un pasatiempo, es ser quien soy —Hice una pausa y ella se detuvo para tomar una venda—. Sin embargo, tú no comprendes. Prefieres estar aquí malgastando tu tiempo en vez de trabajar.

—Tienes razón, no puedo comprenderte porque no tengo dinero suficiente para tener un piano de lujo o mi propia casa, Por otro lado, no considero que curarte sea malgastar mi tiempo.

Terminó de vendar mi mano y no me soltó hasta que la policía dejó de hacer su recorrido.

—Debo irme. Si te preguntan, nunca me has visto.

Esperó a que la patrulla se alejara para saltar por la ventana.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté antes de que se fuera.

—Accedí a curarte, pero no a decirte quien soy. No pienses que soy mal educada, pero

tampoco es como si decirte mi nombre me convierte en un mejor ser humano.

—Yo soy Alexander Collins —rio.

—Ya lo sé. Gracias por cubrirme y espero que tengas una gran vida.

—¿No quieres volver a verme? —sonrió y yo hice lo mismo.

—Creo que también te golpeaste la cabeza. Aquí la pregunta es ¿tú quieres volver a verme después de lo que te hice?

—No...

—Eso creí.

—Perdón por decepcionarte.

—Tranquilo, sólo rompiste mi fantasía de casarme contigo, tener un niño y una niña y un perro llamado aguacate —dijo con sarcasmo.

—Tal vez pueda cumplir lo del perro.

—No gracias, así estoy bien. Adiós.

Corrió antes de que le hiciera otra pregunta. Sin embargo, un collar con la letra K se asomó de su sudadera y desde entonces no dejé de pensar en nombres con esa inicial que pudieran darme una pista de su identidad.

Aquella noche, después de ese encuentro, regresé a mi habitación con la sensación de que los últimos minutos habían sido un sueño. Años después comprendí que Kimberly y yo seríamos un sueño hecho realidad y no lo sabíamos, ni siquiera nos lo imaginábamos.

Epílogo

Escucha aquí: The Butterfly Effect de Before You Exit

Estaba en una habitación blanca, no distinguía nada, sólo un cálido y agradable silencio. Me sentía liviano como una pluma, sin preocupaciones, odio o dolor. Lo único que tenía eran buenos recuerdos de mis hijos, de mi esposa, de mis nietos, de mi familia y de mis amigos.

Por fin pude ver con más claridad, me sorprendí al notar que lucía igual a cuando tenía veintiún años, ya no tenía arrugas y tampoco tenía canas.

Miré mi alrededor y descubrí que estaba en un lugar cubierto de nieve, había un paisaje espectacular, y el aire se sentía tan puro que no pude evitar suspirar de alivio.

Al centro había un camino que conducía a una casa blanca. Lo seguí y al llegar noté que una mujer estaba esperándome con una sonrisa mientras saltaba una y otra vez. Ambos corrimos lo más rápido que pudimos, su risa provocó que llorara de felicidad. Por otra parte, debido a la nieve no pude evitar caer.

—Hola Alex, bienvenido —Se agachó para extenderme la mano. Lucía más hermosa que antes.

—Hola, Kim. ¿Cuánto tiempo sin vernos?

—Cuarenta y seis años para ser exactos. Prometí recibirte y aquí estoy.

—¿Hasta el **31 de febrero**?

—Aquí no se usa el tiempo, pero sí. Hasta el **31 de febrero**.

Kim me ayudó a levantarme y nos dirigimos al interior de esa casa blanca.

Nos dirigimos juntos a aquella eternidad con la que tanto soñamos.

FIN

"El ruido sordo y hueco me hará sonreír, lo admito. Algo poco habitual últimamente, ya que en los últimos tiempos he sido como Aimeé Rondelé en El cielo también llora, una película francesa que no has visto. Interpreta a una asesina y diseñadora de moda que solo sonríe dos veces en todo el metraje. La primera, cuando sacan del edificio al matón que liquidó a su padre, pero no estoy pensando en esa vez. Es en la del final, cuando consigue por fin el sobre con las fotografías y, sin abrirlo, lo quema y sabe que todo ha terminado. Recuerdo la imagen. El mundo vuelve a ser lo que era, es lo que dice su sonrisa. Te quise y ahora te devuelvo tus cosas, las saco de mi vida como a ti, es lo que dice la mía. Sé que no puedes imaginarlo, tú no, Ed, pero tal vez si te cuento toda la historia la entenderás esta vez, porque incluso ahora quiero que lo comprendas. Ya no te quiero, por supuesto que no, aunque todavía quedan cosas que mostrarte. Sabes que me gustaría ser directora de cine; sin embargo, tú nunca fuiste capaz de ver las películas que surgían en mi cabeza, y por eso, Ed, por eso rompimos."

Daniel Handler
Y por eso rompimos (2011)

Escucha aquí: Cómo Acaba de Elsa y Elmar

31 De Febrero

Brenda Ponce Lizaola

AGRADECIMIENTOS:

Me es primordial empezar agradeciéndole a mi hermana, quien fue la primera lectora de este libro y me ayudó a mejorar aún más aquellos detalles que, sin su ayuda, hubiera sido difícil perfeccionar. Desde leer los primeros borradores hasta darme consejos sobre la portada y aportando ideas divertidas al manuscrito. Ella fue pieza clave para que este libro pudiera ser publicado. Ili, gracias por escucharme hablar de este sueño repetidamente y compartir mi emoción por ello. Deseo que un día, cuando cumplas cada uno de tus sueños, pueda apoyarte tal como hiciste conmigo.

Gracias a mi mamá, por inculcarme desde pequeña el hábito de la lectura. Aún recuerdo los libros que me leías, desde aquel libro en francés de Peter Pan hasta los cuentos de navidad que imprimiste para leérmelos antes de dormir, y gracias por amar mi historia tanto como yo. Nunca olvidaré tu reacción al leer los últimos capítulos y cómo lloraste por varios minutos, supongo que sólo así pude creer que había hecho un buen trabajo como escritora.

De igual manera agradezco a mi abuelito y a mi tío Sergio por impulsar mis sueños y llevarme a las ferias del libro donde pude afianzar mi gusto por la lectura. También por ser un soporte importante en mi vida y cuidar de mí como solo ellos podrían hacerlo.

Asimismo, a mi padre por enseñarme el mundo de booktube y acompañarme muchas veces a comprar libros sin importar cuanto tiempo tardara en escogerlos.

Gracias infinitas a mis ángeles y a Dios, que desde el cielo iluminan mi camino cuando más lo necesito.

A mi abuelita Flor por ver en mí algo que todavía trato de hallar. No hay día en que no me hagas falta, pero supongo que cuando se trata de ti ninguna medida de tiempo me hubiera sido suficiente. Gracias por estar para mí cuando más lo necesito pues, a pesar de que no estás físicamente conmigo, siempre encuentras la manera de hacerme saber lo que necesito, como en aquel sueño en el que me dijiste aquella frase que hasta la fecha sigue recordándome lo fuerte que soy. Gracias abuelita, por ser pilar en este proyecto.

A mi tío Gersito y a mi tía Violeta por entusiasmarse tanto cuando supieron que quería publicar un libro. Tío, me hubiera gustado poder entregarte cara a cara esta historia, no obstante, sé que desde el cielo mi abuelita y tú me acompañaron en cada aspecto del proceso creativo. Solías decirme que siempre debía estar dos pasos adelante, te prometo que así será y esto es tan solo el inicio de todo.

A mis amigas de la universidad: Ari, Daph y Fanny por apoyarme en este sueño a pesar de conocernos por tan poco tiempo. Sin embargo, deseo que nuestra amistad dure hasta que cada una de nosotras cumpla aquellas metas que aún ni siquiera nos planteamos.

Gracias a mi yo de quince años por crear esta historia sin importar los obstáculos que hubo a su alrededor. Me gustaría poder viajar en el tiempo para decirte lo fuerte que eres, no dejes que apaguen tu luz y, cuando más fuerte parezca la tormenta, más cerca estás de recuperarte a ti

misma. No sabes lo agradecida que estoy contigo por haber encontrado en la escritura una manera de expresar todos los pensamientos y sentimientos que te envolvían en ese momento.

Finalmente, gracias a ti querido lector(a) por haber llegado hasta aquí y apoyar esta loca historia que surgió de la nada, pero se convirtió en todo para mí.

Acerca de la Autora:



Brenda Ponce Lizaola es una escritora mexicana que proviene de una familia donde el arte como la escritura, la pintura y la música es algo habitual.

Empezó a escribir desde que era una niña, pues su madre le inculcó el habito de la lectura desde la infancia y, años más tarde, al leer Delirium de Lauren Oliver, supo que quería ser escritora.

Actualmente estudia Administración de Empresas y uno de sus mayores sueños es abrir un restaurante con su hermana. Sus aficiones son muy variadas ya que, además de escribir constantemente, le gusta leer, viajar, bailar, cantar y componer covers en español de sus canciones favoritas.

Entre sus autores preferidos se encuentran Lauren Oliver, Julianne Donaldson, Taylor Jenkins Reid, Antonio Malpica, Paulo Coelho, Suzanne Collins y Laini Taylor. Sus gustos musicales son igual de variopintos y entre sus cantantes favoritos se encuentran: Selena Gomez, Taylor Swift y James Arthur. Entre las series de televisión que sigue están Grey's Anatomy, 3%, The Rain, Stranger Things, The Good Doctor, The Vampire Diaries y El Barco.

Brenda Ponce Lizaola es una escritora que se caracteriza por ser capaz de tejer historias emotivas que tocan el corazón y, justo cuando crees conocer el camino, sorprende con giros inesperados que mantienen la emoción en cada página.